

# COMANDANTE

KATY  
EVANS

SERIE LA CASA BLANCA 2

CHIC 

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



## CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

1. Juramento
2. Evento de inauguración
3. El despacho oval
4. La Casa Blanca
5. Rueda de prensa
6. Televisión
7. Guantes
8. El Air Force One
9. El palacio del Elíseo
10. De vuelta
11. Proceso de adaptación
12. Él
13. Primera dama
14. FBI
15. Trabajo
16. Gala
17. Avisa, por favor

18. Despertad al presidente
19. Hogar, dulce hogar
20. América
21. Titulares
22. Jardín de las rosas
23. Planes
24. Boda presidencial
25. Buena suerte
26. Camp David
27. Vida
28. Lo inesperado
29. Cena de estado
30. Multitud
31. Cambio de planes
32. Invitaciones
33. Me amas
34. Tragedia
35. Estoy aquí
36. Júnior
37. Medalla de honor
38. Bailando en el balcón
39. ¡Cómo crece!
40. Novedades del FBI
41. Infinitamente
42. Que empiece el juego
43. Campaña presidencial
44. Gracias por la campaña presidencial
45. El final

*Playlist*

*Queridos lectores*

*Agradecimientos*

*Sobre la autora*

# **COMANDANTE**

**Katy Evans**

**Serie La Casa Blanca 2**

**Traducción de Andrea Quesada para**

**Principal Chic**



# COMANDANTE

V.1: marzo, 2018

Título original: *Commander in Chief*

© Katy Evans, 2017

© de la traducción, Andrea Quesada, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Bookfly Design

Corrección: Sandra Soriano y Virginia Buedo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

[info@principaldeloslibros.com](mailto:info@principaldeloslibros.com)

[www.principaldeloslibros.com](http://www.principaldeloslibros.com)

ISBN: 978-84-17333-13-3

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# COMANDANTE

## La pasión de Matt y Charlotte llega a la Casa Blanca

Nos enamoramos en la campaña electoral.  
Y eso fue solo el principio. Ahora él es el presidente de Estados Unidos.  
Y me desea. Desea mi cuerpo.  
Mi corazón. Mi alma.  
Y me quiere a su lado. En la Casa Blanca.

## Llega la esperadísima segunda entrega de *Presidente*

«En *Comandante*, Katy Evans mezcla realidad, erotismo y romance. El resultado es pura magia.»

**Audrey Carlan**, autora de *Calendar Girl*

«Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin aliento, y con Matthew Hamilton se ha superado.»

**C. D. Reiss**, autora *best seller*

«Juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos y que pondré todo mi empeño en preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos».



## Juramento

**Matt**

*Hoy*

Me visto de negro. Me ato la corbata y abrocho los gemelos. Me dirijo al comedor de la Casa Blair para recibir al funcionario superior de la Oficina Militar de la Casa Blanca, que ha venido a entregarme los códigos secretos que debo utilizar en caso de ataque nuclear. Junto a él hay un ayudante con toda la información nuclear que pasa a ser responsabilidad mía. A partir de hoy al mediodía, ese hombre será mi sombra durante los próximos cuatro años.

—Todo un placer, señor presidente electo —dice la sombra.

—Lo mismo digo. —Le estrecho la mano, después la del funcionario de rango superior cuando me entregan los códigos nucleares y se marchan.

Normalmente, el presidente que abandona el cargo organiza un *brunch* para el siguiente durante su investidura. No es el caso con Jacobs y yo. Agarro el abrigo negro y meto los brazos por las mangas mientras le asiento a Wilson, que está en la puerta.

Me parecía una buena idea visitar a mi padre hoy. El día en que me convierto en el cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos.

\*\*\*

Mi padre está enterrado en el Cementerio Nacional de Arlington. Es uno de los tres presidentes que descansan allí.

Hace mucho frío y el viento ondea mi gabardina, que me llega a la altura de los gemelos. Camino hacia la tumba de mi padre y sé que los veintiún disparos de los rifles del cambio de guardia en la tumba del soldado desconocido pronto perturbarán el silencio.

Me arrodillo frente a su lápida y leo el nombre grabado en ella: «Lawrence “Law” Hamilton: presidente, marido, padre, hijo».

Murió hace mucho tiempo y de un modo lo bastante trágico como para que te persiga el resto de la vida. Que deja huella.

—Hoy hago el juramento. —Se me encoge el corazón cuando pienso en lo mucho que le hubiera gustado presenciarlo—. Papá, te prometo que lucharé por la verdad y la justicia, por la libertad y por las oportunidades para todos nosotros. Eso incluye encontrar a la persona que te hizo esto.

Lo recuerdo como si fuera ayer: los ojos sin vida de mi padre; Wilson sujetándome, mientras que yo solo quería correr hacia él. Lo último que me dijo fue que era demasiado cabezota. Quería que me metiera en política; yo insistía en que quería labrarme mi propio camino.

Tardé una década en sentir la necesidad de hacer lo que mi padre siempre había querido que hiciera.

Hoy, me siento orgulloso de venir a visitarlo con la clase de noticias que lo convertirían en el padre más feliz del mundo.

A veces parece que hablo más con mi padre aquí que durante los últimos años que estuvimos en la Casa Blanca.

—Mamá está bien. Te echa de menos. Nunca ha vuelto a ser la misma. Lo que pasó la atormenta cada día. Y también el hecho de que la persona que te hizo esto ande suelta. Creo que se lamenta de los años en que intentaba reconstruir vuestro matrimonio. Ella siempre tuvo la esperanza de que, cuando abandonáramos la Casa Blanca, recuperaría a su marido. Sí, ambos sabemos lo que pasó después.

Niego con la cabeza en un gesto de pesadumbre y veo las flores congeladas a los pies de la lápida.

—Parece que ha venido a verte.

Vuelvo a sentir el instinto protector de un hijo que no quiere ver a su madre sufrir.

Pienso en lo que me diría mi padre: «Estás destinado a hacer algo grande. No dejes que el resto del mundo se lo pierda». Y hoy, de entre todos los días que han pasado desde que se fue, es cuando más lo echo de menos.

—Conocí a una chica maravillosa. ¿Recuerdas que te hablé de ella la última vez que te visité? La dejé escapar. Dejé escapar a la mujer que amo porque no quería que pasara por lo que pasó mamá. Y me he dado cuenta de que no puedo hacer esto sin ella. La necesito. Me hace ser más fuerte. No quiero hacerla sufrir si me toca acabar bajo tierra; no quiero que lllore cada noche, como mamá, porque ya no estoy ahí con ella. O que lllore porque estoy al otro lado del país, me necesita y se ha dado cuenta de que no estoy en casa. Pero no puedo renunciar a ella. Soy un puto egoísta, pero no puedo hacerlo.

Siento que la frustración me invade y finalmente admito:

—Iré a hacer el juramento y consagraré mi vida a este país. Haré lo que tú no pudiste hacer y mil cosas más. Y la recuperaré. Te haré sentir orgulloso.

Me apoyo en la lápida para levantarme; mi mirada se cruza con la de Wilson y él asiente en mi dirección.

Regresamos a los coches y me paro para mirar de nuevo a Wilson antes de subirme en uno de los vehículos.

—Oye, le he ido echando un ojo, como me pediste —dice.

Respiro el aire frío, niego con la cabeza y meto las manos en los bolsillos de mi gabardina negra.

Ella es el único pensamiento constante e incesante en mi mente; es el dolor que me atenaza el pecho. La única mujer que he amado de verdad.

Se marchó a Europa el día después de las elecciones. Lo sé porque fui a verla cuando el resultado de los votos se hizo oficial. La besé. Ella me besó. Le dije que la quería en la Casa Blanca. Me dijo que se iba a Europa durante unos meses con su mejor amiga, Kayla.

—Es mejor así —dijo—. Me cambiaré el número de teléfono. Creo... creo que lo necesitamos.

Me costó tanto no ir tras ella, mantenerme alejado... Se cambió de número. Encontré el nuevo. Intenté no llamarla. Lo conseguí a duras penas. No pude evitar pedirle a mi equipo que averiguara cuándo iba a regresar a Estados Unidos.

«No quiere saber nada de ti, Hamilton. Haz lo correcto».

Ya lo sé, pero no puedo renunciar a ella. Han pasado dos meses y me estoy volviendo loco.

Ya estoy harto.

—¿Qué has descubierto?

—Ha vuelto del viaje y ha respondido a la invitación para uno de los eventos de esta noche, señor presidente electo.

Ha vuelto de Europa justo a tiempo para mi investidura.

Se me encoge el corazón. Me he mantenido alejado y no hay parte de mi ser que no quiera verla. Tendré las llaves del mundo, pero le he dado la espalda a la que abre el corazón de la mujer que amo. ¿Cómo puedo estar orgulloso de eso? Derramó una lágrima aquel día. Solo una. Y fue por mí.

—Bien. Esta noche asistiremos a ese evento.

Me subo al coche con el Servicio Secreto pisándome los talones y me doy golpecitos en el muslo con los dedos, impaciente. Me hierva la sangre solo con pensar que la veré esta noche; solo con imaginarme la melena pelirroja y los ojos azules de la mujer que amo mientras saluda a su nuevo presidente.

## Charlotte

Hoy es un día histórico.

Matthew Hamilton será investido presidente; el más joven en la historia de los Estados Unidos de América.

Me encuentro entre una multitud de cientos de miles de personas que se han reunido en el Capitolio de los Estados Unidos. Me hicieron llegar una invitación para que asistiera con un acompañante, así que he venido con Kayla. Me acomodo en mi asiento, más cerca del que ocupará Matt que de la multitud que estará a sus pies.

Han abierto el National Mall a los ciudadanos, algo que no se había hecho hasta que ganó su padre. Y, ahora, otra vez. El país entero está comprometido con el resultado; demasiado ansioso por celebrarlo con él; demasiado expectante como para mantenerse al margen.

Un coro de niños canta *America the Beautiful* y estoy hecha un manojo de nervios, emociones y sentimientos. La canción finaliza y la banda de los soldados de la Marina empieza a interpretar un tema patriótico más alegre.

Las trompetas suenan a todo volumen.

A través de los altavoces, el presentador anuncia al presidente que abandona el cargo, su mujer y otros miembros de su partido político. El público aplaude mientras todo el mundo se sienta. Y entonces el entusiasmo de la multitud aumenta y, después de anunciar a varias personas de renombre, el presentador finalmente proclama:

—¡Señoras y señores, el presidente electo de los Estados Unidos, Matthew Hamilton!

«Vale, respira».

«¡Respira, Charlotte!».

Pero siento como si tuviera una cuerda invisible alrededor del cuello cuando Matt camina por la alfombra azul hasta la plataforma y el público grita a todo pulmón:

—¡Hamilton! ¡Hamilton! ¡Hamilton!

Saluda a todos los miembros del gabinete y a su madre; estrecha la mano de todos y cada uno de ellos. Su madre está sentada a la izquierda del micrófono y, después de saludar a la multitud con una amplia sonrisa y un gesto con la mano, Matt se sitúa a su lado.

Retuerzo los dedos fríos. Mis ojos, que con tantas fuerzas habían ansiado verlo, ahora duelen.

Tiene un aire imponente mientras el vicepresidente electo, Louis Frederickson, de Nueva York, hace su juramento.

Está tal y como lo recuerdo. Le ha crecido un poco el pelo. Muestra una expresión calmada y sobria. Lo veo agachar la cabeza para oír lo que le susurra su madre; frunce el ceño y después sonrío y asiente.

Mariposas.

Malvadas y perversas mariposas vuelan como locas por mi estómago.

Respiro hondo y miro hacia abajo, a mis dedos helados y rojos.

Hace muchísimo frío, pero cuando presentan a Matt y su voz de barítono me llega a través del micrófono, siento calidez en mi interior. Como si estuviera comiendo un plato de mi sopa preferida. Como si fuego líquido fluyera por mis venas. Como si una manta envolviera mi corazón.

Levanto la cabeza. Él está en la plataforma, calmado y solemne. Lleva una gabardina negra, un traje perfecto y una corbata roja; el viento alborota su pelo de color negro azabache. Tiene una expresión sombría cuando coloca una mano sobre la Biblia y levanta la otra.

—Yo, Matthew Hamilton, juro solemnemente que desempeñaré fielmente el

cargo de presidente de los Estados Unidos y que pondré todo mi empeño en preservar, proteger y defender la Constitución.

—Felicidades, señor presidente —dice el presentador.

La cabeza empieza a darme vueltas.

«¡Hostia puta!».

Matt es el presidente de los Estados Unidos de América.

Una enorme oleada de vítores estalla. La gente se levanta. Todos aplauden y disfrutan de la euforia colectiva; el país recibe a su nuevo comandante en jefe.

Me sobresalto cuando oigo las veintiuna salvas que atraviesan el aire, una detrás de otra.

Las trompetas suenan de nuevo.

Los espectadores ondean banderitas de los Estados Unidos.

Hay gente que llora.

La música de la orquesta suena cada vez más alta en todo el National Mall del Capitolio de los Estados Unidos.

Matt saluda a su público. Su sonrisa es lo más encantador que he visto nunca. Su mirada recorre los cientos de miles de personas que se han reunido hoy aquí; personas que lo han querido durante décadas, desde que era el hijo del presidente. Ahora él es el presidente.

El más joven y atractivo del mundo.

La multitud sigue ondeando sus banderitas.

Cuando las salvas finalizan, el presentador dice:

—Es todo un honor para mí presentar el cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos, Matthew Hamilton.

Matt da un paso hacia delante. Apoya las manos en el estrado, se acerca al micrófono y su poderosa y profunda voz resuena en el recinto. Me conmueve escuchar ese sonido, lo que hace que sienta una punzada de nostalgia y una oleada de emoción.

—Gracias. Estimados ciudadanos... Vicepresidente Frederickson —saluda—. Me presento ante vosotros agradecido y asombrado por el verdadero cambio que podemos lograr en este país cuando nos pongamos en marcha como colectivo.

—Los aplausos lo interrumpen y hace una pausa—. Ciudadanos, gracias por darme esta oportunidad.

Matt asiente con la cabeza, serio, y mira de un lado a otro. Sus poderosos

músculos tensan la tela de la gabardina.

—En nuestro país, luchamos por la verdad y la justicia.

—Hace una pausa—. Por la libertad y por el bien. —Se detiene de nuevo—. Luchamos y vivimos por ello y, si tenemos suerte, morimos por esos ideales... —De nuevo, pausa—. Ahora no es el momento de quedarse en segundo plano y esperar que todo salga bien. Es el momento de hacer que vaya bien. Recompensar a nuestro país, ofrecerle lo mejor de nosotros mismos. América se constituyó sobre el principio de libertad; ha adoptado la promesa de unidad, paz, justicia y verdad. Solo si preservamos y respetamos quienes somos haremos justicia a la esencia de lo que representamos... y lo que seguiremos representando. Un modelo a seguir para los demás países del mundo. La tierra de los libres. El hogar de los valientes. Alcancemos todo nuestro potencial y garanticemos el disfrute de todo por lo que nuestros antepasados lucharon con tanta valentía, no solo por nosotros mismos, sino también por todas las generaciones que están por venir. Queríais un líder que os llevara a esta nueva era con valor, convicción y buen ojo. Ciudadanos —hace una pequeña pausa—, no os defraudaré.

El público estalla en un rugido conjunto y empieza a corear «Hamilton». Hamilton: el hombre del momento. Del año. De sus vidas. Sonríe a modo de calurosa bienvenida y acaba el discurso con un intenso y ronco: «Que Dios os bendiga y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América».

Un brillo cálido me recorre el cuerpo y se me hace un nudo en la garganta.

Suena el himno nacional. Mientras el coro de ciudadanos que cantan reverbera por todo el Capitolio de los Estados Unidos y los hogares del mundo, me coloco la mano sobre el corazón e intento cantar la letra del himno, pero eso no me ayuda a aliviar el intenso y desconocido dolor que siento en el pecho. Este día es importante para mí... no solo como ciudadana, sino como la mujer cuyos sentimientos sobre este día son directamente proporcionales a lo que siente por el nuevo presidente. Y lo que siento por él no tiene fin.

Es inconcebible.

Eterno.

Esto es lo que él quería. Lo que nosotros queríamos. Lo que el país entero quería. Es el primer día de la era de cambios que están por venir y me muero de ganas de hablar con Matt, aunque solo sea durante unos minutos. Quiero decirle lo orgullosa que estoy de él. Cuánto me duele no tenerlo, pero lo segura que me siento al saber que luchará por nuestros intereses.

Estoy sentada entre la multitud y tengo los ojos vidriosos a causa de la emoción que siento en el pecho. Después, el himno acaba.

—Vamos, tenemos que ponernos guapas para el evento de inauguración — dice Kayla mientras me agarra del brazo y me arrastra tras ella.

Me levanto, pero me resisto un poco. Las piernas me pesan, como si supieran que no quiero ir en esa dirección. Como si, en vez de eso, quisieran avanzar hacia donde está Matt, que se despide de las personas de su alrededor antes de marcharse.

Observo que se detiene en la parte superior de las escaleras tapizadas con moqueta azul.

Matt se gira hacia la multitud con una mirada poderosa.

Aguanto la respiración y después niego con la cabeza.

«No está buscándote, Charlotte; puedes volver a respirar con normalidad».

Suspiro y me froto la sien. Niego otra vez con la cabeza mientras esperamos al desfile de la avenida Pennsylvania.

—No creo que deba asistir.

—Venga ya —replica Kayla con una expresión inquisidora en el rostro—. Hemos vuelto justo a tiempo para la investidura porque querías venir. No puedes rechazar la invitación a un evento como ese.

Continúo mirando a Matthew.

Matthew Hamilton.

Mi amor.

Recuerdo sus ruiditos al hacer el amor; la forma en que se le entrecortaba la respiración; el brillo de sus ojos. Recuerdo el sabor de su sudor cuando estaba dentro de mí; la manera en que lo besaba, lo lamía y quería más y más de él, todo lo que pudiera ofrecerme.

Momentos íntimos.

Momentos entre un hombre y una mujer.

Momentos que parecen haber sucedido hace mucho tiempo y que nunca podré olvidar. Me aferro a ellos porque no quiero olvidarlos. Cuando miro al presidente, quiero recordar el tacto de su pecho bajo el traje con corbata y sus fuertes músculos. Quiero recordar su cuerpo cuando nos uníamos, tan grande como el título que posee ahora, y quiero recordar lo que sentía al tenerlo dentro de mí. No quiero olvidar nunca del sonido de su voz en la oscuridad, cuando nadie nos miraba, y lo dulce que era.

No quiero olvidar que, durante un tiempo, Matthew Hamilton, el



cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos, fue mío.

\*\*\*

Vuelvo a mi apartamento, me ducho, me seco el pelo y me preparo para el evento de esta noche.

He estado en Europa durante los últimos dos meses. Hacía mucho frío; pasamos más tiempo en el hotel que haciendo turismo, pero no nos importó. El único motivo por el que no estaba en Estados Unidos, el país que amo, cerca del hombre que amo, es porque necesitaba recuperarme.

No quería caer en la tentación de llamarlo. Tenía miedo de quedarme y verlo en todos los titulares; de que el mismísimo aire de Washington D. C. oliese a él. De encontrármelo en la calle o, simplemente, de que los recuerdos me asaltasen allá donde fuera y no pudiese respirar con normalidad. Europa me gustó. Me centró. Sin embargo, ansiaba volver a casa. No podía estar ausente durante la investidura de Matt.

Le conté a Kayla que me enamoré de él durante la campaña. No le di más detalles. Insistió, pero no le dije nada más. Ahora entiendo que, cuando eres una persona relevante como Matt, no puedes confiar ni en aquellos en los que se supone que deberías. Me dio miedo que en una noche de borrachera Kayla se fuera de la lengua, así que mantuve nuestra aventura en secreto y me lo guardé en el corazón, incluso cuando Kayla insistía en que no era amor de verdad y que lo superaría mientras estábamos en París, la ciudad del amor.

No lo superé.

Por mucho que le diga a mi corazón que sea fuerte, aún duele.

¡Dios!

¿Cómo voy a ser capaz de mirarlo a los ojos esta noche?

Con una mirada sabrá todo lo que siento por él.

Espero que, de entre todos los eventos que hay hoy, su visita al mío sea breve. Que solo nos dé tiempo a decir un «hola» rápido y después tenga que irse a saludar a los demás, que estarán ansiosos por hablar con su nuevo presidente.

Aun así, me visto con la misma atención al detalle que una novia el día de su boda.

Veré al hombre que amo; quizá sea la última vez que lo haga, y la niña que hay en mí quiere estar lo más guapa posible.

Y tan deseable como él me veía entonces.

Me peino la melena pelirroja y la dejo suelta. Escojo un vestido palabra de honor de color azul que conjunta con mis ojos. Me pinto los labios de rojo oscuro y le pregunto a mi madre si puedo coger prestado el abrigo de piel de la abuela. Nunca he comprado nada de piel porque no estoy a favor del maltrato animal, pero este abrigo tiene un valor sentimental para mí, y hoy hace muchísimo frío.

Mis padres van a un evento diferente al mío.

—Deberías considerar seriamente venir con nosotros —me ha dicho mi madre esta mañana.

—Voy con Alison; es la nueva fotógrafa de la Casa Blanca y tiene que estar en este evento para capturar el momento.

—De acuerdo. ¿Charlotte?

—Dime.

—¿Seguro que estás preparada?

Sabía a qué se refería. Es consciente de que entre Matthew y yo hubo algo más, aunque nunca le conté los detalles. Sabe que me enamoré, y tener una hija enamorada del *sexy* y joven presidente es suficiente para que cualquier madre sufridora se preocupe.

Me ha costado contestarle a causa del nudo que se me ha formado en la garganta, pero he asentido con la cabeza y luego me he dado cuenta de que no podía verme.

—Sí.

Sé que no será fácil. Pero tengo que verlo.

Quiero felicitarlo. Quiero que sepa que estoy bien, que estoy orgullosa de él, que saldré adelante y que quiero que él haga lo mismo.

## Evento de inauguración

**Matt**

—Presidente Hamilton. Señor presidente.

Levanto la cabeza y fijo la vista en el hombre que acaba de hablarme. Estoy almorzando y no puedo pensar en otra cosa que no sea esta noche.

—Lo siento. Demasiadas emociones en un solo día.

Sonrío, me paso la mano por el pelo y me inclino para hablar con el líder de la mayoría del Senado.

Es increíble, nunca descansamos. Incluso en eventos sociales hablamos de política.

Intento averiguar qué piensan algunos de los hombres que se encuentran hoy aquí. Tanto a mí como a mi país nos interesa que las propuestas de cambio coincidan con las del Congreso y el Senado. Ya veremos si será tan fácil conseguirlo.

—Le he preguntado si la primera reforma de su programa tendrá que ver con la energía renovable.

—Es una de mis prioridades, pero no encabeza la lista.

—Es todo lo que puedo decirle por el momento.

«Todo a su debido tiempo. Todo a su debido tiempo».

Me siento aliviado cuando por fin nos preparamos para el desfile de la avenida Pennsylvania. Caminamos rodeados de vehículos presidenciales de color negro. Mi abuelo y mi madre caminan a mi lado y nos dirigimos juntos a la avenida más famosa del país. Cientos de miles de personas llenan las calles para ver el desfile. En el aire ondean banderas de los Estados Unidos.

Es todo un honor participar en él.

Mi abuelo avanza como un rey orgulloso y sonrío de oreja a oreja.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Tendrás que ponerte de acuerdo con los demás partidos o no conseguirás ni una mierda.

Mi abuelo no es precisamente mi héroe, pero sé cuándo tengo que escucharlo. Y cuándo no.

—Los demás partidos se pondrán de acuerdo conmigo —confirmo mientras saludo a la multitud.

A mi derecha, mi madre permanece callada.

—Tienes una habitación en la Casa Blanca —digo mientras le aprieto la mano con firmeza.

—Oh, no. —Ríe, y durante un momento fugaz de felicidad parece una jovencita—. Siete años fueron más que suficientes.

Le suelto la mano para continuar saludando a la multitud. Sé que recuerda aquel día igual a este de hace una década. Y no solo recuerda el día en que desfiló por primera vez con mi padre, sino el día que lo mataron... y la comitiva que desfiló con su ataúd.

—Y, además, tengo la sensación de que alguien la ocupará pronto —añade.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que se refiere a su habitación en la Casa Blanca.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco. No renunciarás a aquella chica. No lo has hecho. Nunca te he visto tan... triste, Matt. Aunque hayas ganado las elecciones.

Me quedo tan sorprendido de lo bien que me conoce mi madre que no se me ocurre nada que contestar. Sabe lo mucho que me ha costado no llamar a Charlotte. Que durante meses me he dicho a mí mismo que es lo mejor para los dos, que no puedo hacerlo todo, que fracasaré si lo intento. Pero no me lo trago. Quiero recuperar a mi chica y eso es lo que haré.

—Ella lo es todo para mí —admito.

Llegamos al número 1600 de la avenida Pennsylvania.

Las puertas se abren. Desenrollan la alfombra roja. Desde dentro de la casa, mi perro, Jack, al que transportaron desde la Casa Blair esta mañana, baja por las escaleras para darnos la bienvenida.

Mi madre está deslumbrante. Podría parecer que está encantada de regresar a la Casa Blanca. Quizás una parte de ella lo esté. Sé que otra parte tiene miedo de que acabe como mi padre.

Subimos por la alfombra roja de las escaleras desde la entrada norte.

—Señor presidente —saluda mi escolta. Le estrecho la mano—. Bienvenido a su nuevo hogar —añade.

—Gracias, Tom. Me gustaría conocer al resto del personal mañana. ¿Puedes encargarte de ello?

—Sí, señor presidente.

—¡Tom! —dice mi madre, y lo abraza.

Jack camina por delante de nosotros cuando pasamos por la puerta principal, que está abierta de par en par.

—Señor presidente —dice uno de los escoltas—, hay un bufé para usted y sus invitados en el comedor antiguo mientras se prepara para los eventos de esta noche.

—Gracias. Encantado de conocerte...

—Charles.

—Es un placer, Charles. —Le estrecho la mano y luego me dirijo hacia el ala oeste.

Me encuentro con Portia, mi asistente, que ya está organizando su mesa a las puertas del Despacho Oval.

—¿Qué tal, Portia?

—¡Uf! —dice, y resopla—. Hago lo que puedo. Esta casa es inmensa. Tu jefe de personal, Dale Coin, me dijo que podía llamar a los guardaespaldas si necesitaba cualquier cosa.

—Perfecto. Hazlo.

Entro en el Despacho Oval y Jack pasa detrás de mí.

Pedí que volvieran a instalar el escritorio de mi padre, que estaba en el almacén. Me dirijo hacia la mesa y observo el sello presidencial de la alfombra que tengo bajo los pies. Paso los dedos por la madera. La bandera de los Estados Unidos está detrás de mí y justo al lado descansa la bandera con el sello presidencial. Rodeo mi escritorio, me siento y echo un vistazo a los documentos que me han dejado preparados. Jack olfatea cada rincón del despacho mientras yo reviso cada página.

Hoy me han revelado información confidencial: negocios con otros países; altos riesgos de seguridad; asuntos en los que la CIA y el FBI están involucrados y que continuarán igual, a menos que yo diga lo contrario; información sobre nuestra relación con China; Rusia está jugando con fuego; el ciberterrorismo está en aumento...

Hay muchísimas cosas por hacer, joder, y estoy listo para empezar.

Una hora después dejo el papeleo, pero, en vez de volver al bufé, me dirijo a la zona residencial; quiero prepararme para los eventos de esta noche.

La Casa Blanca nunca descansa por completo, pero esta noche los pisos de arriba están más silenciosos de lo que recuerdo. No oigo ni a mi padre ni a mi madre. Estoy solo en el mismo sitio en el que han estado otros cuarenta y cinco hombres antes que yo.

Jack lo olfatea todo como si no hubiera un mañana mientras me dirijo a la habitación Lincoln, el lugar que he escogido para instalarme.

—Bienvenido a la Casa Blanca, colega. O, como dijo Truman, bienvenido a «la gran celda blanca» —digo en voz alta.

Atravieso la estancia y miro por la ventana; observo las hectáreas que rodean la Casa Blanca. Percibo la niebla que hay fuera y siento el frío.

Estoy listo para verla; me ducho y me cambio de traje. Me abrocho los gemelos con habilidad mientras pienso en que por fin veré sus preciosos ojos azules de nuevo.

—¿La echas de menos?

A los pies de la cama, desde donde me observa, Jack levanta la cabeza. Como si ella fuera la única mujer en el mundo.

Sonrío, me inclino hacia él, le acaricio la cabeza y descuelgo la chaqueta del esmoquin de la percha.

—Yo también la echo de menos. —Meto los brazos por las mangas y vuelvo a mirar a Jack—. Pero no tendremos que echarla de menos durante mucho más tiempo.

## Charlotte

—¡Señoras y señores, el presidente de los Estados Unidos!

Casi se me cae la copa cuando el anuncio resuena por todo el salón.

Me levanto al mismo tiempo que Alison, que está emocionadísima por ser una de las fotografías de la Casa Blanca. Mientras ella tomaba fotos de los invitados, yo socializaba a su lado, copa en mano; y entonces resonaron esas palabras.

Me quedo sin aliento, como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el

estómago.

Este es el evento más pequeño de los cinco que se celebran esta noche. Todos esperaban que el presidente asistiera a los otros primero. No estoy preparada para verlo. ¡Solo me ha dado tiempo a beber una copa de vino! Y ahora está aquí.

Dios mío.

Estoy diez veces más nerviosa que cualquier otra mujer de la sala. Hay cientos de ellas, todas más importantes, más inteligentes o más bellas que yo; todas ríen nerviosas, emocionadas, mientras Matt Hamilton, mi Matt Hamilton, entra en el salón.

«Mmm. No. Él no es tuyo, Charlotte, así que más te vale dejar de ser tan posesiva».

Pero no puedo evitarlo.

Verlo hace que anhele caminar a su lado, agarrada de su brazo, por muy ridículo que suene. Una cosa es observarlo en el estrado, lejos de mí.

Y otra cosa muy diferente, estar en la misma sala que él.

Lleva un esmoquin negro.

Es tan atractivo...

Está mucho más cerca de mí ahora que en los últimos dos meses.

Casi puedo olerlo. Desprende un aroma caro, limpio y masculino.

Alison sigue haciendo fotos a mi lado.

¡Clic, clic, clic!

Matt se apodera del salón con su presencia, camina con decisión y saluda rápidamente a los que se aproximan a él. ¿Está más alto? Da la sensación de que destaca sobre los demás. ¿Puede ser que esté más musculoso? Se le ve enorme. Su postura y sus zancadas son las de un hombre que sabe que el mundo entero gira a su alrededor, lo cual no es del todo falso.

—¿Sabes lo que me gusta de Matt? Que además de ser guapo es listo —dice Alison, esboza una «O» con los labios y suspira. Después se relame los labios con un destello de malicia en los ojos—. ¡Ñam, ñam, ñam!

Cuando me doy cuenta, yo también estoy relamiéndome.

«No puedo volver a hacer eso».

Alison cambia de posición para hacer una docena de fotos más, no solo de Matt, sino de las caras exultantes y asombradas de la gente que está a su alrededor.

Le brillan los ojos mientras saluda a una persona tras otra. Le salen arrugas cuando sonrío, lo recuerdo muy bien. Recuerdo el tacto de su barba incipiente por las mañanas, aunque ahora está perfectamente afeitado.

Tiene el pelo peinado hacia atrás y las facciones marcadas. Está guapísimo. Siento espasmos por todo el cuerpo y no consigo controlarlos. Es como si cada poro, cada parte de mí, todavía se acordase de él. Como si aún lo deseara.

Alzo la mano para tocar la zona donde antes llevaba la insignia conmemorativa de su padre, pero lo único que siento bajo los dedos es la piel que mi vestido palabra de honor deja al descubierto.

Se me acelera el corazón mientras Matt continúa saludando a todo el mundo y se acerca al área donde estoy yo, con mi copa helada en la mano. Se le ve tan feliz... Una mezcla de emociones se instala en mi estómago. Felicidad, sí; pero su presencia también es un recordatorio de lo que he perdido.

¿Lo he perdido?

Nunca fue realmente mío.

Pero yo era suya. Toda suya. En cuerpo y alma. Y habría hecho lo que me hubiese pedido. Sin embargo, intenté aprender a valorarme de nuevo. Mientras viajaba por Europa, traté de ver los motivos por los que lo nuestro nunca habría funcionado. Entre ellos, el hecho de que soy joven e inexperta, justo lo contrario de la clase de mujer que necesita un presidente. No estoy tan preparada como él. No importa lo mucho que yo desearía ser mayor, más experimentada y más adecuada para estar a su lado.

«Tampoco es que él me quisiera ahí», me recuerdo.

No sé qué hacer cuando la multitud se aparta y Matt sigue avanzando.

—Voy al baño —anuncio, y me marcho al tiempo que me pregunto por qué he venido, por qué dije que sí. Era un día importante para él, no quería perdérmelo. Pero sigue doliéndome tanto como el día que ganó las elecciones, el día que lo dejé y compré un billete de avión a Europa, donde estuve dos meses con Kayla, congelándome de frío y bebiendo chocolate caliente. Volví justo a tiempo para su investidura. No podía perdérmela.

Aterrizar en los Estados Unidos fue una sensación agridulce: es mi hogar y amo mi país. Es donde nací y donde quiero morir y enamorarme, pero también es el país liderado por el hombre al que amo y al que intento olvidar con desesperación.

Me meto en el baño de mujeres, que está vacío. Me miro en el espejo y susurro:



—Respira. —Cierro los ojos, me inclino hacia delante y tomo aire. Después abro los ojos—. Ahora sal de aquí, dile hola y sonrío.

Es lo más difícil que me he obligado a hacer en toda mi vida.

Vuelvo al salón y lo observo a cada paso que doy. Todo el mundo espera para saludarlo. Para que él les devuelva el saludo y les haga caso.

Alison me ve y me hace una foto.

—Estás enamorada hasta las trancas. No te culpo —comenta.

—Tampoco quiero que lo hagas —susurro.

Sonríe y sigue haciéndome fotos.

Lo miro como si estuviera sedienta y él fuese un manantial. Un metro ochenta de pura fantasía, un hombre de verdad, guapísimo. Es tan atractivo que me cuesta creer que exista tal belleza.

Y, de repente, está a tres pasos de mí y dice:

—Gracias por venir.

Dos pasos.

—Me alegro de verte.

Un paso.

Intento sonreír cuando se detiene delante de mí, alto, moreno y guapísimo. Todo el mundo contiene la respiración. El salón se queda en silencio. Parpadeo, incrédula.

Matt Hamilton.

Dios. Es tan *sexy*. Levanta las cejas y me mira fijamente a los ojos al tiempo que esboza una tímida sonrisa. Labios gruesos, exuberantes y muy, muy traviosos.

Me cuesta respirar; bajo la cabeza y asiento ligeramente.

—Señor presidente.

Estira el brazo para cogerme la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Me alegro de verte —dice con la voz particularmente grave.

Recuerdo aquella vez que me contó que se excitaría mucho si algún día lo llamaba «presidente» y no puedo dejar de sonrojarme. Sin embargo, no voy a mencionar ese detalle ahora.

Tiene los dedos cálidos y fuertes. Me sujeta la mano con firmeza.

Es una sensación increíble.

Ni siquiera me ha estrechado la mano. Me ha agarrado la mano, prácticamente. Y cada centímetro de mí se acuerda de su mano. De su tacto.

Antes de soltarme, noto que me desliza algo en la palma. Se inclina y me susurra al oído:

—Sé discreta.

Guardo lo que parece ser un papelito en mi puño mientras él se aleja para saludar a los demás invitados.

Con el corazón desbocado, lo observo retirarse; después, con discreción, abro la nota.

«En 10 minutos. Acceso sur. Sube en ascensor y entra en la habitación que hay al final del pasillo».

Me estaba esperando.

Cuento los minutos mientras empieza la actuación en directo de Alicia Keys y Matt inaugura la pista de baile con su madre.

El presidente más atractivo que jamás he visto.

«¿Dónde ha aprendido a bailar así?», pienso.

Sujeto la copa de vino mientras lo observo bailar con su madre. Ella ríe y parece más joven de lo que es, aunque el dolor de sus ojos nunca desaparece del todo. Matt le sonrío e intenta con todas sus fuerzas aliviar su dolor.

Amo tanto a este estúpido hombre que me dan ganas de pegarle a algo.

Cuando finaliza el baile, otras parejas salen a la pista y veo a Matt, que sigue provocando risitas nerviosas por el salón, excusarse e irse por un acceso diferente al que me ha indicado.

Se ajusta los gemelos mientras cruza la habitación. Sus agentes lo siguen por la misma salida. Dejo la copa de vino en una mesa y me digo a mí misma que no es una buena idea, que si voy el corazón se me volverá a romper en mil pedazos. Pero a una parte de mí le da igual.

Es Matt.

Crucé el océano Atlántico para olvidarlo, pero nadaría a través de mil océanos por él.

Mi corazón siempre será suyo.

El mismo corazón que tuvo que poner un océano de distancia entre nosotros por miedo a tenerlo cerca.

El que late desbocado mientras me dirijo al punto de encuentro que me ha indicado.

Sigo las instrucciones al pie de la letra. Wilson está a las puertas de la habitación junto a un ejército de agentes del Servicio Secreto. Susurra algo en el micrófono de su pinganillo mientras asiente en mi dirección y sujeta el pomo de

la puerta.

—Hola, Wilson.

—Señorita Wells. —Asiente de nuevo y abre la puerta—. El presidente la está esperando.

—Gracias.

Supongo que el corazón me va a cien por hora porque voy a volver a verlo, pero también porque no sé qué esperar.

Entro en la habitación y la puerta se cierra con delicadeza.

Me quedo sin aire, como si una aspiradora hubiera absorbido todo el de mis pulmones.

Una aspiradora llamada Hamilton.

La habitación tras él me parece un escenario. Impone mucho. Es electrizante. Solo tengo ojos para el hombre alto, moreno y musculoso que tengo delante de mí. Su postura es firme pero informal a la vez y tiene una mano en el bolsillo de los pantalones. La pajarita que lleva es perfecta. Incluso su peinado es perfecto; no tiene ni un pelo fuera de sitio, y me muero de ganas de acariciárselo con los dedos.

Pero en sus ojos hay un universo entero, oscuro e infinito. Su mirada es intensa mientras me observa lentamente y desliza los ojos por mi cuerpo enfundado en este vestido, desde mis ojos hasta mi nariz, mis labios, garganta, hombros, pecho, abdomen y, finalmente, mis piernas.

Me resulta muy difícil hablar. Su manera de mirarme boicotea mi decisión de ser fuerte. Tengo que hacer que deje de desnudarme con la mirada.

—Te sienta bien ser presidente —digo sin poder evitarlo, porque mientras él sigue mirándome yo aprovecho para hacer lo mismo. Observo su cuerpo atlético y musculoso, la forma en que el esmoquin le enmarca los hombros.

Cuando Matthew oye mis palabras, alza los ojos de nuevo hacia mi rostro y me mira fijamente. Responde con sencillez y su voz es tan grave como la recordaba; el tono es firme y no muestra ningún tipo de remordimiento:

—Estás preciosa.

Respiro profundamente. Sus palabras son como una patada en el estómago. La sangre se me acumula en las mejillas. Es como si este hombre encendiera una hoguera dentro de mí y yo no pudiera hacer nada para apagarla.

—No he venido hasta aquí porque espere un «felices para siempre» —susurro.

—Pero te mereces un felices para siempre.

Matt se pone serio. Sus ojos oscuros y sombríos continúan observándome con intensidad.

—Me he mantenido alejado de ti —dice. Da un paso hacia mí y saca la mano del bolsillo.

—Ya lo he notado. —Mi voz suena áspera y me siento tan abrumada por su presencia mientras se pasea por la habitación que aparto los ojos. Tengo las emociones a flor de piel. Levanto la vista un segundo después y me encuentro su mirada inquebrantable, que no ha desviado de mí ni un segundo—. ¿Te resulta más fácil? —pregunto.

—¡Joder, no! Y no sabes cuánto me está costando no tocarte ahora.

Se pasa una mano por la cara y percibo un deje de arrepentimiento en su voz, cuando se detiene a unos pasos de mí y dice:

—Estar conmigo podría resultarte doloroso. Por eso querías que me alejara de ti. Eres consciente de que, si estuviésemos juntos, te haría daño, aunque esa no fuera mi intención. Sé que no era la intención de mi padre hacer sufrir a mi madre durante años.

—Ahora mismo, verte me hace daño.

Se toca la mandíbula y después me agarra la barbilla.

—Mírame —dice con voz ronca y grave mientras clava sus ojos oscuros en los míos—. No puedo darte lo que de verdad te mereces. No puedo darte una casa y ni siquiera podemos salir a cenar como lo haría una pareja normal. Pero te quiero. Te necesito en mi vida, Charlotte.

La forma en que me toca hace que me tiemblen las rodillas. Respiro hondo para poder hablar:

—He aceptado que no puedo tener nada más contigo y me parece bien. No vale la pena. Estás haciendo cosas más importantes que estar conmigo.

Frunce el ceño, pensativo, mientras me acaricia la mejilla con delicadeza.

—El mayor riesgo de todos es herirte por no poder darte lo que necesitas. Pero quiero dártelo. Quiero dártelo todo.

Intento no temblar. Me paso la lengua por los labios, nerviosa, y ansío que vuelva a tocarme; que me diga más cosas. Quiero más Matt.

—No he venido hasta aquí por eso. Quiero que tengas una muy buena presidencia, y también que sepas que me alegro de que lo nuestro terminara.

—No quiero que lo nuestro termine. —Le brillan los ojos, deja caer la mano y se limita a mirarme—. Soy un puto egoísta. Te quiero solo para mí. ¡Dios mío! Cada día me pregunto qué haces, con quién hablas, a quién le sonríes. Quiero

ser la respuesta a todas esas preguntas.

—Yo tampoco quiero que nuestra relación acabe, pero tiene que ser así, Matt.

Niega con la cabeza y sonrío con tristeza.

—No necesariamente. A la mierda lo de alejarme de ti. No es lo que quiero. ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres esto?

—¿Qué es «esto»? —pregunto, confundida.

—Todo.

Se me revuelve el estómago, como si acabara de subirme a una montaña rusa. Me quedo paralizada mientras Matt espera mi respuesta.

No soy capaz de mentirle, creo que nunca lo seré.

—No quiero que te alejes de mí.

—Te he hecho una pregunta. ¿Quieres todo cuanto puedo darte?

Dios. La fuerza que tiene sobre mí es como la de un imán. El dolor que percibo en sus ojos me recuerda al mío.

Ahora es el presidente, pero sigue siendo Matt. Mi primer flechazo, mi primer amor. Y sé que, después de Matt, nunca querré amar a otro hombre que no sea él.

—No sé lo que significa «todo». Quiero ir poco a poco —contesto.

—¿Cómo de poco a poco?

—Muy poco a poco, Matthew —insisto.

Suspira y su mirada se suaviza.

—Es demasiado. Tú eres demasiado —añado—. Pero no me importa nada más. No quiero que te alejes de mí.

Me mira apasionadamente, como si acabara de declararse un incendio en sus ojos.

—Es solo que no sé cómo puede funcionar esta relación sin que los medios de comunicación se vuelvan locos y monten un espectáculo del que no quiero formar parte —añado—. Ha pasado poco tiempo desde la campaña presidencial, la gente pensará que tuvimos una aventura durante todo ese tiempo.

—Es que la tuvimos.

Me sonrojo de nuevo cuando me asaltan todos los recuerdos y me percató de la aspereza de su voz. Los momentos que pasé con él son demasiado valiosos para mí como para contárselos a la prensa.

—Sí, pero esos momentos fueron nuestros. —Me sonrojo aún más al

percibir la intensidad de su mirada, como si él también los recordara claramente —. No quiero que los utilicen en tu contra. O en la mía.

Guarda silencio durante unos segundos en los que se limita a mirarme. Todo él hace que empiece a salivar: sus familiares ojos de color marrón oscuro, cálidos y líquidos cuando me observa. Cuando levanta la mano para sujetarme la barbilla, mi cuerpo entero se sobresalta. Como si quisiera más.

—Ven a la Casa Blanca. Sé mi primera dama en funciones —dice con voz grave.

—Matt, no creo que pueda.

—Claro que puedes.

Me sorprende cuando veo que lo dice de verdad. Solo percibo decisión y seguridad en su mirada.

—Puedes hacer lo que quieras con el cargo. Defínelo a tu manera.

—Pero se le daría mucho mejor a tu madre —insisto.

—Y, sin embargo, aquí estoy, pidiéndotelo a ti.

—¿Por qué?

La chispa juguetona que recuerdo tan bien aparece en sus ojos de nuevo.

—Porque estás guapísima a mi lado.

—Ja, ja. —De repente, me doy cuenta de que estoy sonriendo; no puedo evitarlo.

Él también esboza ligeramente una sonrisa, pero mantiene la mirada seria.

—Porque no me imagino a ninguna otra mujer a mi lado. Y porque nadie lo haría mejor que tú.

Se me acelera el corazón.

—Ya lo arreglaremos. Piénsalo antes de tomar cualquier decisión. Deja que salga contigo en público sin tener que escondernos. Iremos tan despacio como quieras.

—La prensa empezará a especular.

—Que especulen todo lo que quieran. Como primera dama en funciones, duermes en la Casa Blanca, vas agarrada del brazo del presidente y puedes hacer muchísimas cosas, Charlotte. Quiero verte extender las alas y volar alto, y deseo hacer todo cuanto esté en mi mano para que lo hagas.

—No me veo siendo una de esas damas. No soy lo bastante refinada.

—Eres una condesa; tienes un don innato para la elegancia.

—Deje de coquetear conmigo. Es usted un sinvergüenza, señor presidente.

Ríe. Frunzo el ceño y él se aproxima. Se inclina hacia delante, me besa fugazmente y con delicadeza.

—Lo tomaré como un sí. —Apoya su frente contra la mía—. Enviaré a alguien a por tus cosas para que las lleven a tu habitación de la Casa Blanca y mañana pasarán a recogerte.

—No puedo mudarme, Matthew...

—Escucha, sé que no quieres un circo entero de periodistas en la puerta de tu piso cada día durante cuatro años. Quiero que estés en un sitio seguro, y conmigo estarás más segura.

—Pero... —No se me ocurre ninguna respuesta, y tampoco creo que mis vecinos merezcan que una manada de periodistas y el Servicio Secreto les acosen las veinticuatro horas del día—. Bueno, verás, la verdad es que no creo que nadie tenga que venir a recogerme...

Me interrumpe mientras atraviesa la estancia en dirección a la puerta.

—Podemos hablarlo mañana. Pasarán a buscarte temprano.

Lo observo salir de la habitación y aproximarse al grupo de agentes del Servicio Secreto. Permanezco en la sala durante unos instantes hasta que él desaparece por el pasillo. Tengo la sensación de que puedo volver a respirar. Cuando me dirijo hacia la salida, Matt entra de nuevo.

—Espera, me he olvidado de una cosa.

Me empuja hacia el interior de la habitación y, de repente, posa sus labios sobre los míos. Jadeo cuando me tocan y me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos. Demasiado. Su sabor, la manera en que su lengua traviesa se enreda con la mía e intensifica el beso. Abro la boca por instinto y se me escapa un gemido mientras chocan, se abrazan y se funden. Su sabor... Dios mío. Sus besos son un éxtasis divino para mí. Son impulsivos y voraces.

Inclina la cabeza hacia un lado para profundizar el beso lo máximo posible durante el preciado minuto que dura. Deja escapar un quejido cuando se separa de mí y me sujeta la cara con sus cálidas manos, apoya la frente contra la mía y dice con un tono de voz intenso:

—Esto no ha acabado.

—Matt...

—No ha acabado.

Intento fingir que mil y una sensaciones no acaban de despertarse en mi interior y doy un empujoncito contra su pecho para recordarle que tiene que marcharse. Matt ni se inmuta.

Mira los labios que acaba de besar largo y tendido y después a mí. De esa manera en que solo él me mira, como si supiera cada sueño, cada miedo y pesadilla, todo lo que he sido y lo que seré.

Como si supiera que... era, soy y seré siempre suya.

Sonríe y, después de contemplarme una última vez, se va y me deja con las rodillas temblando.

—Señor presidente —dice Wilson mientras Matt se ajusta la chaqueta del esmoquin, ya que, al parecer, soy la causante de que se le haya desabrochado.

Él se limita a asentir y camina seguro de sí mismo por el pasillo, con el resto de sus hombres pisándole los talones.

\*\*\*

—Jackie Kennedy, la princesa Diana; todas jóvenes, hermosas y queridas por su pueblo.

—No puedo creerme que estés comparándome con ellas —le contesto a Kayla mientras se sienta en mi diminuto sofá.

—¿Por qué?

—No me veo siendo como ellas. No sé ser una primera dama. No soy como mi madre. Para ella es fácil: tiene labia y se mantiene tranquila y serena. A mí me sudan las manos cuando pienso en toda la gente importante que buscará razones por las que no doy la talla.

—Sí que das la talla. El mismísimo presidente te lo ha pedido. Todo el mundo estaba fascinado con vosotros desde que empezó la campaña. Diste la cara, les demostraste que Matt no se había equivocado al elegirte. Es un hombre inteligente, hazles ver lo que él ve en ti.

Suspiro.

—No tienes por qué hacerlo todo de una vez —añade.

—Desde luego que no. No pienso hacerlo todo de una vez. Paso a paso. Jessa me decía eso cuando era pequeña: «Paso a paso llegarás muy lejos».

Continúa mirando a su alrededor con asombro.

—Guau. Madre mía, todavía no puedo creérmelo.

—No se lo digas a Sam, o a Alan, a nadie, hasta que se anuncie oficialmente, por favor.

—Por supuesto.



Miro fijamente por la ventana, igual de asombrada que ella. Quería a un hombre al que amar profundamente y destacar profesionalmente. ¿Puedo tener ambas cosas?

¿Por qué cuando por fin se te presenta una oportunidad el miedo que sientes es tan grande que casi te dan ganas de renunciar a ella?

—Si alguna vez dudas de que este es tu lugar, quiero que sepas que sí lo es. Jackie y Diana. Ambas fueron muy amadas. Ambas aportaron algo nuevo, algo que no podía conseguirse solo con experiencia. Repite conmigo, Charlotte: «El presidente me ha pedido que sea su primera dama en funciones. Y yo he aceptado el cargo».

Trago saliva y asiento con la cabeza. Lo he echado demasiado de menos. Haría lo que fuera por volver a tenerlo cerca de mí. Lo que fuera. Dicen que para crecer como persona tienes que desafiarte a ti mismo, apuntar más alto e incluso hacer algo en lo que puede que fracasases.

No hay mayor desafío para mí que esto.

Tratar de estar con el hombre al que amo sin pensar en cuán importante, grande e imponente es. Intentar marcar la diferencia, no a pequeña escala, sino de una forma que trascienda las ciudades, los estados y los continentes.

Dios mío.

Seré la primera dama en funciones de Matthew Hamilton.

Tengo miedo, pero, a la vez, me asusta lo mucho que lo deseo. Lo mucho que ansío ser su primera dama de verdad. Su único amor. Su chica, su mujer, ser... suya. Suya de cara al público, suya por la noche, suya cada mañana, suya por derecho.

¿Acaso quiere algo así para su futuro? «Todo», me dijo Matt.

Pero todavía no quiero preguntarle a qué se refería con eso. Porque... Poco a poco. Ahora mismo, no podría soportar nada más.

\*\*\*

No duermo en toda la noche. Me quedo tumbada y despierta en la cama de mi pequeño piso, tocándome los labios. Cierro los ojos con fuerza mientras me invaden todos los recuerdos. Los ojos de Matt que me persiguen. Él, que hace un rato me ha dicho que me quiere a su lado en la Casa Blanca. Recuerdo aquella vez en la que describió a la mujer con la que le gustaría sentar la cabeza:

*—Algún día haré todo lo que tengo que hacer y ella será mía. Recuerda mis palabras.*

*—¿Lo sabe ya? —pregunto en voz baja.*

*—Se lo acabo de decir —responde.*

Me arde la sangre cuando lo recuerdo. Quiero demostrar que soy digna de ello. Que me merezco estar allí. Que merezco ser la mujer de Matt Hamilton.

Sé que ganarme al público no será fácil. Pero también sé que, a pesar del miedo, la incertidumbre y la falta de confianza en mí misma, sigo siendo yo. La que quiere hacer algo distinto. La que se ofreció a ayudarlo con su campaña presidencial. La que se enamoró completamente de él.

## El despacho oval

**Matt**

Si quieres destacar, no puedes dejar las cosas para mañana.

Cuatro años parecen muchos y ocho, una eternidad; pero no son tantos. Eso lo aprendí de mi padre. Todo lo que se pospone acababa por no hacerse. Las reformas que no se ponen en marcha se quedan estancadas; terminan siendo sueños muertos que nunca se cumplen, pues cada nueva administración de cada presidente cuenta con sus propios planes.

Me dedico a asimilar información confidencial durante toda la noche y leo, a veces con respeto hacia mis predecesores por sus decisiones y otras con repugnancia. En muchas ocasiones, lo único que puedo decir es «joder».

Hablo con mi jefe de personal, porque hay muchas cuestiones que tratar.

También hablo con mi secretaria de prensa, Lola Stevens, para organizar una rueda de prensa mañana y presentar a Charlotte al mundo.

—Quiero los borradores de la reforma de la energía renovable y la sanitaria; debemos mejorar esos ámbitos. Quiero promover otra reforma para garantizar la igualdad salarial y más oportunidades para las madres trabajadoras —le explico a Dale mientras avanzamos por los pasillos del ala oeste hacia la sala del gabinete. Cuando entro, todo el mundo se levanta.

—Buenos días —les digo a los miembros de mi gabinete.

—Señor presidente.

—Buenos días, señor presidente —saluda el vicepresidente, Louis Frederickson.

Lo escogí para este cargo porque es un hombre sincero, modesto y sensato. Es justo la persona ideal para llevar a cabo todos estos cambios en nuestro país.

Me siento y miro hacia los periodistas, que están detrás de los miembros de mi gabinete.

—La prensa no tiene acceso a esta reunión —declaro.

—¿Una foto rápida, señor presidente? —pregunta un reportero que trata de convencerme.

—Tenemos mucho trabajo por hacer. Sé que vosotros también. Que sea rápido, chicos —contesto mientras abro el grueso dossier por la primera página. Todos los miembros tienen uno igual delante de ellos.

Los *flashes* estallan durante los siguientes diez segundos y después Dale abre la puerta.

—Ya basta —dice, y les indica que salgan.

La puerta se cierra y miro a todos los miembros de mi gabinete mientras saboreo el silencio.

—Tendremos mucho trabajo. Algunos días dormiremos muy poco, comeremos menos y solo podremos pensar en los proyectos que tenemos por delante. Quiero asegurarme de que todo el mundo lo entiende; no obligaré a nadie a quedarse durante los próximos cuatro años. Mi objetivo es vasto, exhaustivo y muy concreto. Así que empecemos.

Me pongo las gafas, bebo un sorbo de agua de mi vaso y comenzamos.

# La Casa Blanca

## Charlotte

La Casa Blanca posee una majestuosidad que te envuelve incluso cuando estás a kilómetros de distancia. Hoy, sin embargo, no puedo evitar sentirme abrumada por su tamaño, esplendor y blancura mientras mi nueva jefa de personal, Clarissa Sotomayor, me guía por la Casa Blanca, por el segundo piso de la residencia y, más específicamente, por mi habitación. Y, si el hecho de venir aquí desde mi apartamento en un coche negro y rodeada de hombres armados no bastara para impresionarme, caminar por los pasillos sin fin de la Casa Blanca sí que lo hace.

Seré la primera dama más joven de la historia, ya que Matt es el presidente de los Estados Unidos más joven de la historia. Después de hablar con Kayla sobre Jackie y Lady Di ayer por la noche, me sorprende a mí misma hoy comparándome con ellas. ¿Seguro que esto no es un sueño?

¡Estoy enamorada del presidente, joder!

Matthew me ha pedido que venga y asuma este cargo.

No puedo creer que esto me esté pasando.

Es poco después de la hora de comer y aquí estoy.

—Esta es tu habitación —anuncia Clarissa mientras abre la puerta de par en par.

Me quedo con la boca abierta.

No he tenido que mover ni un dedo. Han trasladado todas mis pertenencias desde mi apartamento «roñoso y poco seguro», como mi madre suele llamarlo, a la segura, enorme y glamurosa Casa Blanca.

A esta habitación.

Mi habitación.

Mi habitación en la Casa Blanca.

—Charlotte, ¿estás segura? —me ha preguntado mi madre este mañana,

—Sí —mentí mientras hacía las maletas, nerviosa, emocionada y con la certeza de que haré lo que haga falta para marcar la diferencia y de que esta es la mejor oportunidad para hacerlo. Y también con la certeza de que haría lo que fuera por él, por estar a su lado.

Mientras hablaba con mi madre era plenamente consciente de que un grupo de agentes del Servicio Secreto estaba esperándome fuera.

—Charlotte —dijo mi madre con la voz temblorosa.

—No se lo digas a nadie aún, no hasta que el presidente lo anuncie en la rueda de prensa.

—No sé si estoy sumamente orgullosa o preocupada ahora mismo —dijo, expresando sus dudas.

—No pasa nada, puedes sentir ambas cosas. —Suspiré—. No te decepcionaré.

—Tú nunca podrías decepcionarme.

«Ya lo creo que sí», pensé, «claro que podría»; pero no quería pensar en aquel único acto egoísta que, de haber salido a la luz, la hubiese avergonzado. Lo único que hice simplemente porque quería, sin preocuparme por nadie más: la aventura que tuve con Matthew Hamilton antes de que se convirtiera en presidente. Tenía tanto miedo de que fuera un escándalo...

Y sigo teniendo miedo. Me dejó claro desde el principio que no quería una familia, y no creo que pueda soportar que se me rompa de nuevo el corazón. Sin embargo, ni se me ocurriría rechazarlo. Supongo que tengo esperanza.

Tengo esperanza de que lo nuestro funcione. Esperanza de que quizá esté hecha para esto. Estoy decidida a intentarlo.

Matt emprendió su presidencia sin una mujer. Sé que su mayor miedo es no ser capaz de tener ambas cosas y que sacrificó sus necesidades personales por las de su país. Lo admiro por ello. Si él puede poner a su país por delante, yo también.

Podemos ir poco a poco. Trataré de ser primera dama en funciones y, aunque creo que el cargo me queda grande, tengo ganas de intentarlo. La última vez que me sentí así de feliz fue cuando me pidió que me uniera a su equipo durante la campaña presidencial.

Pero, aunque nosotros vayamos poco a poco, todo lo demás avanza muy

deprisa. Esta mañana, el Servicio Secreto ya me estaba esperando en la puerta de casa. Y ahora estoy aquí. Respiro profundamente y admiro la estancia.

—Es la habitación de la reina —explica.

Me aclaro la garganta mientras contemplo la lujosa habitación. Madre mía, el hombre al que amo estará... durmiendo cerca de mí. Noche tras noche.

—La habitación del presidente está al otro lado del pasillo. Su jefe de personal me ha pedido que la lleve hasta allí cuando esté lista.

Respiro y entro en mi dormitorio, en la residencia más fotografiada del mundo. Me siento abrumada, feliz y... temerosa de no dar la talla, de no ser como las otras primeras damas. Dejo mis cosas en el suelo, miro a Clarissa, sonrío y asiento; me invade una inmensa gratitud mientras camino por los concurridos pasillos hacia el ala oeste.

—La señorita Charlotte Wells viene a ver al presidente —dice Clarissa a la asistente de Matt. Trabajó con nosotros durante la campaña presidencial, pero la destinaron a San Francisco y al final no tuve ocasión de hablar con ella. La saludo, me sonrío y se levanta de su escritorio.

—Está esperándote. Me llamo Portia. Me alegro de conocer a la primera dama.

—Gracias. —La cabeza me da vueltas. Ella abre la puerta del Despacho Oval después de llamar.

Trago saliva cuando veo las majestuosas cortinas que enmarcan las ventanas y la mesa.

Y... Matt. Vestido de traje.

Entro en el Despacho Oval. Él está de pie, apoyado en la mesa con los brazos cruzados sobre el pecho; cinco hombres más y su jefe de personal lo acompañan. Veo a Hessler y a Carlisle entre ellos y les sonrío, pero, irremediablemente, mis ojos se vuelven a posar en unos de color marrón oscuro.

—Charlotte —dice a modo de bienvenida mientras sonrío.

—Señor presidente.

—Me alegro tanto de verte. —Carlisle me abraza rápidamente y Hessler asiente en mi dirección y me ofrece una sonrisa falsa. Después, Matt les indica que se marchen con un movimiento de cabeza.

La puerta se cierra y me quedo a solas con él.

Con Matt.

Él lo es todo para mí.

Todo él.

Este sitio. Esta habitación.

—Bienvenida a casa, preciosa —dice, y sonrío ligeramente.

Trago saliva. Río y soy consciente de que tiene sus ojos clavados en mí.

—El despacho es más grande de lo que imaginaba.

Matt se limita a sonreír y me guía hacia los sofás. Me siento delante de él y me paso la lengua por los labios, nerviosa.

—Me alegra ver a Carlisle y a Hessler. Pensaba que ibas a pedirle a Carlisle que fuera tu jefe de personal —comento.

—Lo hice. Lo rechazó por motivos de salud. Además, a él lo que le gusta es planear la campaña electoral. Quiere estar listo cuando volvamos a presentarnos dentro de cuatro años. —Su voz me relaja y me excita a la vez—. Carlisle, Beckett y Hessler forman parte de mi gabinete de cocina.

—¿Hessler tampoco forma parte de tu equipo?

—Quería tener más experiencia antes de convertirse en jefe de personal. Parece que ambos están más interesados en estar preparados para la reelección. —Percibo diversión en su voz—. Ya lo sé, queda muy lejos. Pero ellos son así.

—¿Cómo estás, Matthew?

—Preparado. Estoy preparado. —Su expresión se vuelve seria y recorre el Despacho Oval con la mirada. Observa el retrato de George Washington y después fija la vista en mí—. Pondré en marcha cambios muy significativos, lo cual me llevará tiempo, pero los llevaré a cabo sí o sí. —Frunce el ceño y me mira fijamente—. ¿Cómo estás tú?

—Asustada. Feliz. Asustada —repito, y río. Me encojo de hombros y le devuelvo la mirada—. No podía dormir pensando en esta oportunidad. Quiero que la Casa Blanca se abra al público un poco más, que los ciudadanos puedan experimentarla de un modo distinto, no solo como un museo por el que pasear. También me gustaría implementar proyectos para mujeres y niños.

—Hazlo —dice sin preguntas.

—De acuerdo. Lo haré. —Respiro hondo y sonrío—. Estoy emocionada. Hay tantas cosas que me gustaría hacer que no sé ni por dónde empezar.

—¿Vas bien de momento? ¿Necesitas algo?

Niego con la cabeza.

—Todo esto es mucho más de lo que necesito.

—Quiero que te sientas como en casa.

—Lo intento. —Esbozo una sonrisa sincera—. No quiero cometer ningún error, pero sería tan fácil equivocarme... Todo es demasiado nuevo, así que iré



paso a paso.

Matt sonrío.

—Cuando amas algo tanto como a tu país, harías lo que fuera por ello. No me cabe duda de que he escogido a la primera dama adecuada.

Me sonrojo de los pies a la cabeza.

Reposa los codos sobre las rodillas y se inclina hacia delante.

—Espero que sepas, cariño, que pedirte que fueras mi primera dama no es solo una excusa para verte. De verdad pienso que tienes mucho que ofrecer a nuestros ciudadanos. Independientemente de nuestra relación, quiero que tengas un sueldo y yo mismo te pagaré directamente por tu trabajo —dice Matt.

—¿Qué? No puedo aceptarlo. —Niego con la cabeza—. No necesito un sueldo.

—Todos los que trabajamos aquí tenemos un sueldo excepto la primera dama. ¿Crees que es justo? —Sonrío.

—Pero a mí no me escogieron para formar parte de tu equipo.

—No todo el mundo fue elegido.

Miro a mi alrededor, asombrada por el lujoso entorno. Contemplo el mullido sofá tapizado en el que estoy sentada y fijo la vista en Matt.

—Trabajaré de lo que más me gusta, dormiré sana y salva en la casa más grandiosa del país. —«Cerca de ti», pienso—. No quiero un sueldo. Si insistes, entonces lo donaremos a la fundación Mujeres del Mundo, que ayuda a mujeres en paro a encontrar trabajo.

—De acuerdo. —Me dedica una sonrisa juguetona que lo hace aún más atractivo.

Me retuerzo las manos.

—No me acosté contigo para asegurarme un puesto en la Casa Blanca.

—Ya lo sé. Necesito a gente en mi equipo en quien pueda confiar, y confío en ti.

—Gracias, señor presidente.

—Matt —responde en voz baja.

Sonrío, pero no puedo decirlo.

—La verdad es que me gusta cómo suena «señor presidente» cuando sale de tu boca. —Su sonrisa se vuelve más amplia—. Pero echo de menos escucharte pronunciar mi nombre.

—Matt —susurro.

—Ven aquí, cariño. —Da unos golpecitos en el hueco del sofá, a su lado.

Trago saliva, me levanto, recorro la distancia que nos separa y me siento junto a él.

Levanta los brazos, enreda los dedos de una mano en mi pelo y posa la otra en mi cuello para atraerme hacia él con delicadeza. Sus ojos oscuros me miran con intensidad mientras apoya su frente contra la mía.

—Te daré el tiempo que necesites para acostumbrarte a todo esto, pero quiero dejar claro que sigues siendo mía. Siempre lo fuiste y siempre lo serás —dice.

Una promesa.

Una promesa que temo creer por miedo a perderlo; por miedo a que nunca sea mío del todo, como antes.

Respiro profundamente, me deleito con su aroma y dejo que Matt me envuelva mientras noto cómo me atrae hacia él y posa los labios sobre los míos.

Jadeo y me pasa la lengua por los labios.

Dejo escapar un gemido. Matt hace lo mismo, me rodea la espalda con un brazo y me besa. Su tacto es puro fuego: sus labios son llamas; su lengua, gasolina, y yo ardo. Siento el calor en la punta de los pezones, en las manos y en los pies. Por todo mi ser.

Mi respiración se vuelve superficial y se me acelera el corazón, pero entonces se aleja de mí.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto, sin aliento.

Matt frunce el ceño.

—¿Me lo preguntas a mí o a ti misma?

—A mí. Creo. No soy capaz de separarme de ti.

—Yo tampoco.

—Dijimos que iríamos poco a poco.

—Esto... es poco a poco. —Me envuelve el rostro con las manos, me besa de nuevo y sumerge su lengua en mi boca—. Te he echado de menos. Estos dos meses sin ti han sido horribles. No quiero pasar un día más sin ver tu rostro. Tu sonrisa. Estoy seguro de que se esconde en alguna parte. —Mira mis labios y me levanta las comisuras de la boca con los pulgares.

—Matt, para.

Sonríe cuando río, pero luego su expresión divertida se desvanece.

La forma en que me observa la boca hace que me estremezca.

Sus ojos oscuros adquieren una intensidad sensual y brillan de pasión. De emoción. Centellean, posesivos, de un modo que nunca he visto antes. Hasta ahora. Sesenta y ocho días después de verlo por última vez.

Sesenta y ocho días en los que no podía respirar al pensar que lo había perdido y que nunca jamás podría estar con él de nuevo.

Se me contrae la entrepierna.

Gimo y lo acerco hacia mí mientras me toma entre sus brazos.

Tiene la boca caliente y húmeda, es más posesiva que nunca y encaja sobre la mía a la perfección.

Me aprieta más contra él. Tiemblo sobre su regazo y no quiero que deje de besarme nunca.

Soy una chica normal que se enamoró cuando no debía. Soy una hija, una amiga y una mujer trabajadora. Sé cómo me llamo, aunque apenas lo recuerdo ahora que la calidez de su boca inunda la mía.

Estamos hambrientos el uno del otro. Le clavo las uñas en los músculos de la espalda.

Noto el cuerpo duro de Matt debajo de mí mientras me explora con las manos, como si quisiera memorizar cada centímetro, y me agarra con firmeza.

—Te quiero en la Casa Blanca. Quiero que estés donde yo esté.

Jadea; su voz se ha vuelto grave. Yo también jadeo mientras le beso la mandíbula y pienso cuánto lo he echado de menos.

—Quiero que te corras en la polla del presidente, gatita juguetona.

Me toca la entrepierna con la mano y me acaricia por encima de la tela de los pantalones. Gimo en voz baja y lo agarro de los hombros con fuerza para apoyarme en él.

—No... —digo, y siento cómo el placer me recorre todo el cuerpo y se extiende por cada nervio, cada músculo y cada átomo—. Te necesito... demasiado... —Dejo escapar un gemido.

Sonríe, me besa con más intensidad sin detenerse. Me acaricia sobre la tela de los pantalones más rápido. Le rodeo el cuello con los brazos, acerco las caderas hacia su mano y me dejo llevar por las sensaciones.

—¿A quién has venido a ver, eh? Dímelo —insiste.

Se lo digo.

Al presidente de los Estados Unidos.

A mi amor.

## Rueda de prensa

### Charlotte

La emoción se palpa en el ambiente de la sala de prensa de la Casa Blanca cuando Matt habla con los periodistas. Se disparan docenas de *flashes* cuando sube al estrado.

—Soy consciente de que esto es poco convencional. Normalmente, el presidente de los Estados Unidos está casado, no como yo, o tiene un miembro cercano de la familia que lleva a cabo las funciones de primera dama; en mi caso, esto tampoco será así. Se lo he pedido a una mujer a la que respeto y admiro profundamente por muchas razones. Entre ellas, porque siente la misma pasión que yo por este país y tiene un corazón igual de grande que su sonrisa. Señoras y señores, les presento a la primera dama en funciones de los Estados Unidos de América, Charlotte Wells.

«Respira, respira, respira».

Matt me indica que suba al estrado con un gesto.

La prensa sigue haciendo fotos. Me sorprende ser capaz de caminar con la atenta mirada de Matt y la de todos los periodistas de la sala sobre mí. Me asombro de la tranquilidad con la que actúo cuando pronuncio el discurso que he practicado con Lola, la secretaria de prensa, hace tan solo una hora.

—Gracias, señor presidente. —Su aroma me envuelve cuando pasa por mi lado y me aferro a él para que me dé fuerzas. Miro fijamente a casi todos los periodistas, aunque eso me ponga aún más nerviosa—. Es todo un honor estar aquí hoy. No me avergüenza admitir que cuando Matt, el presidente, me pidió que ocupara este cargo pensaba que no iba a aceptarlo. Pero resulta que no es fácil decirle que no al presidente, especialmente a este...

Lo miro fijamente y, cuando él levanta una ceja y los periodistas ríen, me

calmo.

—Aunque todavía siento que no merezco este cargo que se me ha otorgado, prometo hacer todo cuanto esté en mi mano para representar a nuestro país y hacer justicia a la presidencia de Matthew Hamilton. Muchas gracias.

Aplausos.

—¡Señorita Wells...!

—Señorita Wells, ¿podría especificar qué tipo de relación hay entre usted y el presidente...?

Lola me sustituye, se inclina hacia el micrófono y afirma:

—No habrá ronda de preguntas, gracias.

Y así, la rueda de prensa llega a su fin y sigo a Matt fuera de la sala.

—¡Ha ido muy bien, señorita Wells! ¿Podría echarle un vistazo a la planificación...? ¡Oh! Señor presidente.

Mi jefa de personal retrocede cuando se da cuenta de que Matt sigue ahí. Caminamos juntos por el pasillo y nos dirigimos hacia su jefe de personal, que le espera al final.

—Lo has hecho genial —dice Matt, y me mira a los ojos.

El efecto que su mirada me causa nunca parece disminuir.

—Probablemente porque estabas a mi lado.

—Créeme, lo has conseguido tú solita. —Le brillan los ojos de emoción.

—La verdad es que creí que me iban a abuchear. Pero te adoran tanto que cualquier cosa que hagas les parece bien.

—No es verdad. —Me escudriña—. Pero quienquiera que dijo que los americanos no tienen un gusto exquisito estaba muy, pero que muy equivocado. —Levanta las cejas e incluso su sonrisa un tanto arrogante es atractiva a más no poder.

Hay tanta intimidad en su mirada... Me recuerda las noches que pasábamos juntos, sus besos, las palabras que me dedicaba.

Deseo que me toque. Quiero tocarlo. Pero algo tan sencillo como eso podría causar un alboroto y un escándalo. No queremos que los primeros meses en la Casa Blanca se vean afectados por esto.

Me sonrío una última vez antes de irse. Su jefe de prensa le explica todo lo que debe hacer. Me cuesta apartar los ojos de él; el traje le sienta tan bien... Aparto la mirada y la fijo en la mujer que tengo delante.

—¿Le gustaría echarle un ojo a sus deberes como primera dama? —pregunta

mientras caminamos hacia mi despacho—. La verdad es que depende de usted y de lo mucho que quiera involucrarse en ello, pero si desea ser muy activa siempre hay menús por revisar, eventos sociales por planear y organizar...

«Esperar desnuda en la habitación del presidente», pienso para mí misma, consciente de que me estoy sonrojando. Eso puede esperar. Primero hay que tener claro qué haremos.

No quiero fallar a este país, a mis padres, a mí misma. Ni a Matt.

\*\*\*

Duermo sola en la habitación de la reina. No dejo de pensar que Matt, el presidente, está al otro lado del pasillo. Lo oigo entrar en su habitación a medianoche. Camino de puntillas hasta mi puerta para ver si escucho algo mientras decido si debería ir a verlo o no.

Anhelo tocarlo y besarlo.

Pego la oreja a la puerta y, de repente, oigo que alguien se acerca.

Se me acelera la respiración, regreso a la cama corriendo y me tapo con las sábanas cuando la puerta se abre. Matt aparece en el umbral. Oigo cómo cierra la puerta y lo veo avanzar hacia mí en la oscuridad.

Me incorporo, sobresaltada.

—No puedes dormir aquí, el personal se pondrá a hablar y es demasiado pronto para que la prensa empiece a publicar rumores.

Se sienta en una silla al lado de la ventana, a unos metros de la cama.

Frunzo el ceño.

—¿Qué haces?

—Mirarte.

# Televisión

## Charlotte

—¡Es todo un honor para nosotros dar la bienvenida a nuestro plató a Charlotte Wells!

—Señorita Wells, ¿se sorprendió cuando el presidente Hamilton le pidió que fuera primera dama?

—Mucho.

—¿Por qué?

—No tengo un par de guantes blancos buenos.

Risas.

—El país se decepcionó bastante cuando se desmintieron los rumores de un posible romance entre el entonces candidato Matthew Hamilton y usted. ¿Hay algún secretillo entre usted y el presidente Hamilton que pueda contarnos?

—Sí que tengo unos cuantos. La verdad es que me gusta observarlo. De un modo muy profesional, claro.

Risas.

—Es usted muy refrescante. Y parece que al presidente Hamilton también le gusta observarla a usted, señorita Wells. No perderemos la esperanza.

Me sonrojo ligeramente cuando pienso en la noche anterior. Dormí como un bebé al sentirlo tan cerca. Aunque, cuando desperté y vi su silla vacía, su aroma había quedado impregnado en mi almohada. Me pregunto si me abrazó durante la noche.

—Estoy dedicada al cien por cien al cargo de primera dama y él al de presidente —respondo.

Salgo del estudio de grabación entre aplausos y pancartas.

Río, saludo con la mano e intento esconder la sonrisa cuando Stacey, una de las agentes designadas para protegerme, me guía hasta el coche.

Ambas subimos a la parte de atrás de una de las limusinas presidenciales.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto.

—Usted es la niña bonita de Estados Unidos. La adoran, señorita.

—Charlotte —la corrijo. Miro fijamente por la ventana. Nunca habría imaginado que me acogerían así.

## **Matt**

—La primera dama en televisión —comenta Dale.

Doy un paso, me apoyo en el sofá y la observo.

—Es el ojito derecho del país —añade él.

Miro la televisión mientras Charlotte deja con la boca abierta a todo el que se cruza en su camino.

—Mírate —susurro.



# Guantes

## Charlotte

Me han entregado un libro con las fotografías y los nombres de cada miembro del personal de la Casa Blanca. Por lo que me explicaron, es una medida de seguridad, por si algún día veo a alguien que no me resulta familiar. Lo he estado estudiando para asegurarme de conocerlos a todos.

A la mañana siguiente, vuelvo a echarle otro vistazo al libro y, de repente, Clarissa aparece en la puerta de mi despacho en el ala este.

—El presidente le ha enviado esto.

Sujeta una caja plateada con un lazo blanco.

Abro la boca de forma involuntaria.

Resisto el impulso de abrir la caja al instante. No es lo que haría una primera dama. Así que me levanto, acepto la caja, la deposito encima de mi mesa y la abro con delicadeza. Primero le quito el lazo y después el envoltorio. Finalmente, levanto la tapa.

Dentro hay dos guantes blancos de satén preciosos.

¿De verdad?

Nada me ha puesto nunca tan cachonda. No solo porque se trata de un regalo *sexy*, sino porque además quiere que me sienta cómoda en la Casa Blanca. Como primera dama.

Se acabó. No puedo más. ¿Es posible enamorarse de nuevo del mismo hombre? Porque creo que lo acabo de hacer. Incluso cuando nunca, ni por un segundo, dejé de amarlo.

\*\*\*

Lo veo un poco más tarde mientras camino por el pasillo; intento memorizar dónde está todo y saludo a cada miembro del personal por su nombre.

Ver a Matt, alto y moreno, caminando con un grupo de cuatro hombres a su alrededor hace que se me pare en seco el corazón.

Se detiene cuando me ve, se mete una mano en el bolsillo de los pantalones y me dedica una media sonrisa. Después sigue avanzando.

Lleva las gafas puestas.

Tengo la boca seca y la zona que hay entre mis piernas está demasiado húmeda.

—Charlotte. Me gustaría invitarte a cenar esta noche, en el comedor antiguo. ¿Podrías echarle un vistazo al menú?

Nuestras miradas se cruzan y me enciendo por dentro.

—Espero poder encontrar el comedor —comento.

Por debajo del marco dorado de sus gafas Ray-Ban, su sonrisa se funde con su mirada.

—Alguien se asegurará de que lo encuentres.

—Lo sé. Siempre lo hacen.

Sonrío y miro a mi alrededor: sus guardaespaldas esperan y los miembros del personal van de un lado para otro, enfrascados en sus respectivas obligaciones.

—De hecho, se supone que tengo una reunión con el chef esta tarde. Debo aprobar los menús de la semana.

—Qué considerada, señorita Wells.

Sé que está coqueteando conmigo. Y me gusta. Lo echo de menos. Quiero coquetear más. Quiero hablar con él y que me cuente todo lo que hace. Pero ahora no es el momento.

—Me sabe mal que tanta gente tenga que esperarnos —susurro.

Su mirada se ensombrece.

—Intentan facilitarnos las cosas, se encargan de los pequeños detalles para que nosotros podamos centrarnos en los grandes.

Asiento y sonrío.

—Nos vemos esta noche.

Él también asiente y se dirige al ala oeste.

\*\*\*

Según me han explicado, el comedor antiguo es el más pequeño de la Casa Blanca. Me alegro de estar sentada en una mesa de tamaño estándar de un máximo de seis personas, para variar. Esta mesa pertenece a la colección de muebles personal, y más moderna, de Matt. Él se sienta en un extremo y yo a su derecha. Cenamos una versión de mi plato favorito que ha preparado el chef de la Casa Blanca.

—No sabía qué querías, así que les he pedido que prepararan la receta de quinoa especial de mi madre, la que ella y Jessa prepararon para ti y tu padre cuando nos conocimos.

—Lo recuerdo. Estabas muy mona. Eras una bolita de fuego.

—Ese fuego lo provocabas tú —murmuro, y pongo los ojos en blanco.

El comentario que acabo de hacer le sorprende y deja escapar una risita, pero poco después frunce el ceño con seriedad.

—Eras demasiado joven, cariño.

—Despertabas muchos sentimientos en mí —explico, y niego con la cabeza al recordar el dolor que me causó durante mis años de pubertad.

Esboza una mueca a modo de reprimenda y me mira los labios.

—Matt... —murmuro cuando veo la forma en que me mira.

Se inclina hacia delante y nuestros ojos quedan a pocos centímetros de distancia. Su voz grave y voraz me destroza por dentro.

—Te echo de menos. Echo de menos tocarte. Quiero poder besarte donde y cuando quiera.

Aprieto los muslos bajo la mesa.

—Yo también quiero, pero supone un gran cambio para mí.

—¿Vas a darme un beso por los guantes, al menos?

Mi cuerpo se pone más rígido y ansío su tacto, pero cuando consigo controlarme digo:

—Sí, pero aquí no. Esta noche, cuando estemos solos.

Se le oscurecen los ojos.

—Mmm... Lo estoy deseando. —Se mete una cucharada de quinoa particularmente llena en la boca.

Después de cenar, nos sentamos en la habitación amarilla de la segunda planta y nos tomamos unas copas. Matt hace un gesto con la cabeza a modo de

orden silenciosa y, de pronto, el personal se dispersa y obtenemos la privacidad que deseamos. Me giro hacia Matt en el sofá. Adopta una postura relajada, pero su mirada refleja todo lo contrario. Es como presenciar un incendio descontrolado.

—No te muevas —le advierto—. Es solo un besito. Si te mueves, no seré capaz de parar.

Su risa ronca me envuelve.

—Cariño, no puedes esperar que me controle cuando me miras así... —Me acaricia la mejilla. Los ojos le brillan con intensidad.

—Shhh. Cierra los ojos.

Me pongo encima de él, con las piernas a ambos lados de sus caderas. Matt desliza las manos por mi cuerpo hasta llegar a mi trasero y cierra los ojos. Dios, me siento tan cerca de él, tan segura, tan cachonda.

Lo miro y siento que voy a explotar. Lo amo tanto. Le acaricio los labios con la punta de los dedos y él me los muerde.

—No —digo con una risita.

Gime con los ojos aún cerrados.

—Quédate quieto —le indico.

Se queda quieto y prepara los labios.

Inclino la cabeza y presiono mi boca contra la suya. Mil descargas eléctricas me recorren el cuerpo cuando los separa. Sumerjo la lengua en su boca y él desliza las manos por mi espalda para apretarme contra su polla mientras su lengua húmeda se enreda con la mía. Me agarra el culo con ambas manos y su tacto hace que mil mariposas revoloteen por mi estómago. Una oleada de recuerdos amenaza con ahogarme con cada segundo que pasa, con cada beso.

Rodeo su nuca con los brazos y, aunque Matt no está moviéndose, siento su fuerza y la influencia que tiene sobre mi corazón.

—Gracias por los guantes —digo sin aliento, y me aparto poco a poco.

Sonríe y se mueve hacia delante al tiempo que yo me levanto. Me tiemblan los pies cuando me alejo de su boca roja y su pelo despeinado.

—De nada. Gracias por esforzarte tanto para que nuestra cena fuera perfecta.

—La he disfrutado mucho. —Suspiro—. Ahora mejor me voy. Los dos necesitamos descansar para mañana.

Se limita a sonreír y me mira en silencio mientras me alejo.

El presidente de Francia organizará una cena de Estado en honor a Matt y me han reorganizado la agenda para procurar que asista con él.

Estoy emocionada, nerviosa y excitada por el beso de antes.

Tan emocionada y excitada que no consigo dormir. Sé que Matt tampoco lo hace porque la puerta de su habitación no se cierra en toda la noche.

# El Air Force One

## Charlotte

La última vez que crucé el Atlántico, lo hice para alejarme de Matt.

Hoy lo cruzo a su lado. Subimos en el Marine One en el jardín sur de la Casa Blanca. La comitiva de vehículos presidenciales entorpece demasiado el tráfico, así que optamos por ir en helicóptero hasta el aeropuerto.

Llegamos poco después y nos escoltan hacia el avión presidencial, el Air Force One, que tiene la bandera estadounidense plasmada en la cola con orgullo.

El presidente me indica que avance y se me acelera el corazón cuando entro en el avión privado más grande que he visto jamás. Es muy, pero que muy lujoso; está decorado con gusto en tonos *beige* y con madera oscura.

Camino por el pasillo y echo un vistazo a las habitaciones y a las diferentes estancias.

No puedo creer que esté aquí. El hecho de estar tan asombrada y que el resto de personas estén como si nada me avergüenza un poco. Intento controlarme mientras nos dirigimos a los asientos y, de repente, caigo en la cuenta de que Matt está dos pasos por detrás de mí. Lleva una chaqueta de color azul oscuro con el sello presidencial que me dan ganas de arrancarle.

—Menudo cambio de cuando estábamos en campaña presidencial, ¿verdad? —susurro, y miro a mi alrededor con admiración. Me quedo con la boca abierta cuando me percató de que aún hay más habitaciones—. Madre mía, es como un hotel aéreo: sala de conferencias, despacho... —añado. Abro otra puerta y se me escapa un gemido de sorpresa—. ¿Dormitorio? —le pregunto por encima del hombro.

—Sí.

Entro para verlo mejor y oigo cómo se cierra la puerta.

Me doy la vuelta y veo a Matt quitándose la chaqueta.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. Lo único que funciona ahora mismo son mis órganos sexuales; solo soy consciente de la inundación de calor líquido entre mis muslos y de mis pezones duros presionando contra la suave cachemira de mi jersey y el encaje de mi sujetador.

Matt se da cuenta.

Percibe mis pezones en punta, como si lo saludaran, mis pechos sensibles y mis mejillas, que se sonrojan. Se me acelera la respiración.

—Debo acabar algunas cosas del trabajo. Pero antes tengo que hacer algo o explotaré.

Sus susurros desencadenan en mí temblores que me recorren la columna mientras veo cómo se acerca.

Matt se saca la camisa de dentro de los pantalones, me agarra las manos y las coloca en su pecho. Después, mete las suyas por debajo de mi jersey y me acerca hacia él. Nuestros dedos recorren la piel del otro. Sus ojos son como dos bolas de fuego.

—Tu entusiasmo me mata, cariño —dice con la voz áspera mientras me acaricia el labio inferior con el pulgar.

Gimo, se inclina y me besa la frente.

—Sé que hemos quedado en que iríamos poco a poco. Así que te besaré. Muy poco a poco. Porque, cuando empieces a gemir por todo el avión y por el Palacio del Elíseo cuando lleguemos, quiero que sientas mi sabor en tu boca y quiero que cada gemido sepa a mí —dice en voz baja, y desliza los labios, demasiado despacio, tortuosamente despacio, por mi nariz.

El corazón me late desbocado y Matt respira profundamente, como si estuviera intentado absorber mi aroma. Prolonga mi tortura con la suya propia y, finalmente, susurra:

—Ahora bésame tú, Charlotte. Un beso de verdad. Como si me echaras de menos. —Presiona sus labios contra los míos.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando noto su tacto y abro la boca. Nuestras lenguas se encuentran y me aprieto contra él. El gemido que profiere tiene el mismo efecto sedante que el beso.

¡Y qué beso!

No es solo sedante. Hace que me estalle el alma y me explote el corazón. Es húmedo y firme. Apoyo las manos en sus hombros. Matt me rodea la cintura

con los brazos y nuestros torsos se funden. Mis labios se hunden sin parar en los suyos. Matt es como una fiera hambrienta.

Me acaricia la lengua con la suya y después me succiona los labios.

Nos besamos durante lo que parece una eternidad y, a la vez, un instante. Nos separamos ligeramente, pero Matt no se aleja demasiado. Me mira a los ojos mientras yo me lamo los labios. Los tengo hinchados y sensibles a causa del beso.

Le arde la mirada. Dios, cuánto lo he echado de menos.

Matt sigue observándome con sus ojos oscuros.

Aprieta los dientes. Lentamente, me acaricia de nuevo el labio inferior con el pulgar.

Me abalanzo sobre él, lo agarro del pelo y abro la boca para besarlo con lengua.

Nuestros cuerpos se convierten en uno solo y me sumerjo en sus labios.

Me envuelve el rostro con una mano mientras se aparta ligeramente y me mira la boca.

—Si no paro ahora, todo el mundo sabrá que hemos estado besándonos.

Observa mis labios rojos e hinchados a causa del beso con orgullo y sin una pizca de arrepentimiento en la mirada.

Trago saliva. Me he quedado sin aliento.

Me desliza una mano por la espalda, debajo del jersey, y me acaricia la piel desnuda.

Gimo y apoyo las manos en sus hombros durante unos segundos.

Hay algo depredador en su mirada, y solo la aparta de mí cuando los pilotos anuncian que despegaremos dentro de poco.

Esboza una sonrisa juguetona.

—Ponte cómoda en algún lado durante el despegue. Échate una siesta si te apetece. Yo voy a revisar algunos documentos que tengo pendientes para poder disfrutar de ti lo máximo posible en París.

Solo con pensarlo, un rayo de emoción me recorre todo el cuerpo. Asiento.

Encuentro un asiento y me abrocho el cinturón. Tras el despegue, observo cómo nos alejamos de Washington D. C. y sobrevolamos el océano Atlántico y, por una extraña razón, siento que no merezco estar volando en este avión, con el presidente y con Estados Unidos dependiendo de nosotros para que lo representemos como se merece.



No me cabe duda de que Matt lo hará, ya que no le supone ningún esfuerzo; el rojo, el blanco y el azul le corren por las venas. Yo solo soy una chica que antes trabajaba en la fundación Mujeres del Mundo, la hija de un senador que quería hacer algo grande, pero que nunca soñó con poder hacerlo a esta escala. Y me enfrento a las dudas a las que supongo que nos enfrentamos todos: si somos lo bastante buenos, si tenemos el temple necesario para estar a la altura de la ilusión de esa mejor versión de nosotros mismos que hay en nuestra mente. Pero de eso se trata, ¿no? De perseguir nuestros objetivos, incluso cuando parezca que nos eluden.

Sin embargo, no puedo permitirme fracasar en este sueño que es demasiado grande para mí. Quiero ser una gran primera dama; quiero ser una gran mujer, merecedora de un gran hombre. El hombre al que amo.

# El palacio del Elíseo

## Charlotte

—*Président Hamilton!*

Los *paparazzi* nos dan la bienvenida amontonados a las puertas del Elíseo y, una vez pasada la verja, el presidente y la primera dama de Francia nos esperan en los primeros peldaños de las escaleras para darnos una calurosa bienvenida y enseñarnos el palacio. Camino por los jardines con la primera dama mientras los presidentes avanzan unos pasos por delante de nosotras, negocian y hablan sobre los problemas mutuos a los que nos enfrentamos, entre ellos, el terrorismo islámico. Cuando terminan la conversación, Matt se reúne conmigo y un miembro del personal nos acompaña hasta nuestra habitación antes de la cena de Estado que se celebrará en honor a Matt.

—Presidente Hamilton, si le parece bien, se hospedarán en nuestra mejor habitación de invitados. —El ujier lo guía hacia dentro—. Primera dama —añade, y asiente con la cabeza para indicarme que entre. Después se va.

Siento que me hierve la sangre cuando caigo en la cuenta de lo que esto significa.

## Matt

Charlotte parece confundida. Finalmente, entra en la habitación, rodeo su cintura con un brazo y cierro la puerta con el otro.

—¿Una sola habitación? —pregunta.

—No tienen por qué saber los detalles de nuestro acuerdo.

Frunce el ceño al darse cuenta de lo contento que estoy ante la situación. Estoy agotado, pero cuando pienso que la tendré toda para mí esta noche siento un chute de adrenalina por las venas.

Se ha cambiado de ropa en el avión. Lleva puesto un conjunto de chaqueta y falda de color marfil y los guantes que le regalé. Le quito el guante de la mano derecha, dejo sus dedos expuestos y me los llevo a los labios. Meto su dedo corazón en mi boca. Pruebo su sabor. Lo succiono suavemente. La observo entrecerrar los ojos y percibo cómo se le ponen los pezones de punta y se le acelera la respiración.

—Te deseo. Dime que me deseas. Que deseas esto.

Le brillan los ojos cuando me mira.

—Dime que lo echabas de menos —insisto.

—Yo...

No dejo que acabe la frase. Le quito el otro guante inmediatamente y me llevo la otra mano a la boca. Esta vez, le beso la palma de la mano.

—¿No lo echas de menos? —Mi voz se vuelve grave por el deseo—. ¿Ni siquiera esto? —Lamo la palma, beso la muñeca y mordisqueo y saboreo su piel.

Le pesan los párpados. Sus pupilas se dilatan mientras observa cómo mis labios le recorren la piel sensible del antebrazo. Después susurro:

—Quizá te has olvidado. Es probable que tengamos que descubrir si te acuerdas de algo. De lo que sea.

Le desabrocho el primer botón de la chaqueta.

A estas alturas jadea visiblemente. Me gusta eso.

Joder, me gusta demasiado.

Mis propios pulmones se contraen y tengo la polla hinchada al máximo. Parpadea cuando se da cuenta y se sonroja.

—Sí que me acuerdo —dice, y traga saliva con dificultad.

Desabrocho los dos últimos botones y le quito la chaqueta.

—¿De qué te acuerdas, Charlotte? —pregunto en voz baja. Me pesan los ojos, pero no puedo apartarlos de ella, de esta chica, esta mujer, esta primera dama. Mi primera dama—. ¿Te acuerdas de esto? —Poco a poco, deslizo una mano entre los muslos, por debajo de la falda, y la toco por encima de las bragas.

Está húmeda, lista para mí, y se me acelera el corazón. La necesidad de

sentirla a mi alrededor, de estar dentro de ella, de hacerle el amor, de follar, hierva a fuego lento por mis venas.

La oigo tragar saliva.

Le levanto la falda y la miro, húmeda, con las bragas pegadas a la entrepierna. La tela está mojada y me pongo aún más cachondo.

Me inclino, apoyo la frente contra la suya, la miro fijamente a los ojos y le bajo las bragas hasta los tobillos. Ella se las quita por completo y se acerca a mí. Introduzco un dedo en su abertura y busco entre las profundidades. Dios, está tan apretada... Tan mojada que me empapa la base del dedo.

—¿Te acuerdas? —insisto; la acaricio entre las piernas y la observo jadear mientras meto y saco el dedo y repito el movimiento. Cierra los ojos y trata de luchar contra esa sensación, contra mí.

Con la mano que tengo libre desabrocho los primeros botones de la blusa de seda que llevaba puesta debajo de la chaqueta y sumerjo la cabeza entre sus pechos con la intención de romper sus defensas y hacerla mía de nuevo.

—¿Te acuerdas de esto? —Beso la parte superior de su pecho.

Inspira profundamente y mueve las caderas hacia mi dedo. Dirijo la boca hacia su pezón, lo rodeo con la lengua por encima de la tela del sujetador y humedezco la zona. Entonces lo succiono, tela incluida, y encuentro su núcleo con el pulgar. Lo rodeo y veo que una oleada de placer la inunda. Es como una droga. Ella es mi droga. Darle placer es mi droga.

—Dime que te acuerdas de esto, cariño —susurro mientras desabrocho el resto de botones de su blusa. Aparto la tela del sujetador para meterme su pezón en la boca directamente y succionarlo como si mi vida dependiese de ello. Gimo cuando tiembla y su cuerpo se relaja.

La levanto, la apoyo en la mesa de al lado y le separo las piernas para acceder a la zona mientras la sigo acariciando y besando.

—Matt, no...

—Eso no es lo que quiero oír. No me digas que no te acuerdas de esto; sé que lo deseas. Que me deseas.

Abre la boca y le meto la lengua mientras la sujeto por la nuca y profundizo el beso.

Nunca he sido tan dulce y brusco a la vez con una mujer. Nunca he querido hacer el amor y follar a la vez. Ella hace que quiera realizar ambas cosas y de todas las formas posibles, provocar cada gemido, cada jadeo, cada respiración; quiero adueñarme de ella.

Se retuerce para acercarse más a mí y se muerde el labio para evitar decírmelo.

La beso con delicadeza; me permite morderle el labio inferior y encajar mis labios sobre los suyos. Se abre por completo y me ahogo en el sabor de su boca y en su aroma. Es tan dulce y pura... Estoy aquí por ella. Lo hago todo lo mejor que puedo por ella. Joder, intento ir más allá; me ha abierto los ojos, me ha hecho darme cuenta de que lo que hacía no era suficiente. Quiero más. Quiero esto. La deseo. Y quiero hacer lo correcto por ella.

Estoy decidido a hacer que lo nuestro funcione.

Poco a poco, hoy, día tras día, caricia tras caricia, derribaré sus muros. Será mía de nuevo: primero su cuerpo, después su alma y, finalmente, su corazón. No la dejaré escapar.

—Ábrete para mí, cariño. ¿Te acuerdas de cómo era antes? ¿Eh? Dime que sigo aquí —suplico, y le agarro un pecho, lo aprieto con suavidad mientras la acaricio por dentro—. Y aquí. Dímelo, preciosa. Dime que mi Charlotte ha vuelto a mis brazos.

Alcanza el clímax. Respira entrecortadamente y se aferra a mis hombros, como si yo fuera lo único que la mantuviera en pie.

—¡Dios mío! —Presiona la mejilla contra mi cuello y después se aparta de mí.

Ríe.

—Matt... Se te da muy bien este tipo de cosas. Seducirme y darme placer.

Me lamo el dedo.

—Mmm. A su servicio, señorita Wells.

—Señor presidente, es usted un sinvergüenza.

—Soy tu sinvergüenza.

Traga saliva y abre los ojos como platos. Le bajo la falda y la ayudo a bajar de la mesa.

—Tenemos que prepararnos.

—¡No puedo ir sin bragas!

—Vive al límite —digo—. Eres una primera dama guarrilla. Una primera dama muy traviesa, pícara y sexy —añado, y vuelvo a subirla a la mesa—. Ábrete de piernas —ordeno.

Lo hace. Estoy poniéndola a prueba; no pienso dejar que vaya a ninguna parte sin bragas. Solo con pensarlo ya me pongo cachondo.

Le deslizo las bragas por las piernas poco a poco, se pone en pie y la beso

tranquilamente mientras se las subo hasta su dulce coño y su culito redondo.

## Charlotte

Acabamos duchándonos. Por separado. No creo que ninguno de los dos pudiera reprimir sus deseos si nos duchásemos juntos. Yo seguía muy cachonda mientras me frotaba el cuerpo con la esponja y pensaba que Matt estaba fuera, esperándome.

Me vestí mientras él se duchaba. Elegí un vestido largo de seda de color azul; la falda estaba compuesta de diferentes capas de tela, una sobre otra. Intenté que no se me cayera la baba cuando Matt salió de la ducha y empezó a secarse con la toalla, completamente desnudo, ofreciéndome un atisbo de todo lo que adoro, quiero y echo de menos.

La cena de Estado es un evento lujoso. Todos los invitados franceses de prestigio gravitan hacia Matt. Posee una elegancia tan natural: se adueña del salón como si fuera la única persona en el mundo que ha entrado y entrará en él.

Forma parte de su encanto natural y las mujeres, en especial, se percatan de ello. Yo también tengo a mis propios admiradores e intento no ser celosa, sobre todo porque Matthew no para de mirarme y yo tampoco puedo dejar de mirarlo a él.

Cuando se van todos los invitados, nos quedamos charlando con el presidente francés y su primera dama, todos con nuestras respectivas copas en la mano.

—Vosotros dos —comenta el presidente francés mientras nos señala a Matt y a mí y, acto seguido, apunta los dedos hacia sus ojos—. Los ojos no engañan. Sois nuestros invitados; mi mujer y yo deseamos que estéis cómodos en una sola habitación en vez de en dos; de hecho, creo que el resto de habitaciones del Elíseo están ocupadas, ¿verdad, *chérie*?

La risa que Matt profiere es grave y muy masculina.

Y muy, pero que muy *sexy*.

—Lo que pasa en París se queda en París —añade el presidente francés, y nos guiña el ojo.

—No me importaría pasar un tiempo a solas con mi primera dama —admite Matt. Se inclina hacia delante y me mira fijamente.

—Las oportunidades como estas son escasas, ¿verdad? —El presidente francés ríe y levanta la copa—. Por el presidente Hamilton y su encantadora primera dama.

Matt levanta la copa y me mira; tengo que apretar los muslos. Doy un sorbo y alzo una ceja.

La mujer del presidente francés me sonrío antes de llevarse la copa de vino a los labios.

Finalmente, después de un día tan largo, nos dirigimos a nuestra habitación.

Cerramos la puerta. La estancia me parece tan ajena que siento un poco de añoranza, aunque mi verdadero hogar está delante de mí; es viril y mide más de metro ochenta. Me sumerjo en sus ojos oscuros y su sonrisa traviesa. Él me observa mientras me quito los zapatos.

No sé qué hacer con las manos mientras Matt se desabrocha los gemelos y los deja en la mesa. No deja de mirarme en ningún momento.

Hay algo en esta soledad, en el hecho de tenerlo para mí sola, en esta ciudad, que me parece un momento robado. Como si estuviera apropiándome de algo que no me pertenece, pero que ansío.

—Ven aquí.

La forma en que susurra me hace temblar. Sé que ha detectado mi añoranza y anhelo. El anhelo que siento por él y por mi hogar. Y cuando abre los brazos de par en par, voy hacia él. Lo abrazo, entierro la cara en su cuello y dejo que me estreche contra su cuerpo. Dios, lo echaba tanto de menos...

—Ven aquí —repite, como si me necesitara más cerca aún.

Me guía hacia la cama, me rodea la cintura con un brazo para acercarme más a él y extiende sus manos por mi espalda y la piel desnuda que el vestido deja al descubierto. Todo mi cuerpo está pegado al de Matt, que me envuelve en el abrazo más protector que he experimentado en mi vida. Es una pared de músculo, piel y calidez, y me sumerjo aún más en él, todo lo cerca que puedo.

Matt también me estrecha con más fuerza.

Estoy temblando y me siento aturdida. Su aroma. Sus manos en mi espalda. El peso de su mirada sobre mí. La mano de Matt me aparta el pelo de la cara mientras me mira, aunque yo intento esconderme porque estas ganas que me han entrado de llorar seguro que son culpa del *jet lag*. No puedo romper a llorar sin motivo aparente. Sin embargo, entierro la cara en su cuello y agarro la tela de su

camisa firmemente mientras intento recomponerme y dejo que sus caricias tranquilizadoras me consuelen.

—Todavía te amo.

—Lo sé. —Su voz suena grave y ronca por la emoción.

—Te sigo amando más que a nada en el mundo.

—Lo sé. Ven aquí. —Me acerca más hacia él y me agarra la nuca con una mano mientras mete su lengua en mi boca y me besa.

Durante mucho tiempo.

Sujeta mi rostro con ambas manos y me clava su mirada intensa.

—Te amo, Charlotte. Muchísimo. Tanto que no podía dejarte escapar. Tanto que no dejaré que vuelvas a escaparte. Mi vida era un infierno sin ti. No podía dejar de pensar en ti día y noche, joder. Lucharé para merecerte y para que te quedes a mi lado. No volveré a cometer el mismo error. No volveré a pensar que no puedo tenerte. Porque te tendré. Siempre. ¿Lo entiendes?

Besa mi oreja, se aparta de mí, me mira a los ojos con intensidad y me envuelve la cara con sus manos.

—¿Me has entendido, cariño?

Lo miro.

—No he escuchado bien la primera parte.

Esboza una sonrisa pícara y ríe. Después se pone serio. Me da la vuelta para ponerme bocarriba y se sitúa encima de mí. Me mira directa e intensamente, me acaricia la mandíbula con el pulgar y confiesa:

—Te amo, preciosa.

—¿Cuánto? ¿Así? —Separo el dedo índice del pulgar lo máximo posible.

Matthew niega con la cabeza.

—¿No? —pregunto, decepcionada.

—Infinitamente, cariño. Mi amor por ti es infinito.

Sigue sujetando mi cara entre las manos y me besa con delicadeza, con una ternura infinita, con una calidez infinita. Con un amor infinito.



## De vuelta

### Charlotte

De vuelta a Washington D. C., nos besamos tranquilamente en el dormitorio del avión presidencial. Estoy sentada en su regazo y ardo de deseo por él.

—Tengo ganas de ti, tengo tantas ganas de ti, Charlotte... —gruñe.

Perdemos el control. Se inclina hacia delante, me aprieta contra su cuerpo y le agarro de la camiseta mientras lo beso, con intensidad y sensualidad, sin control, y siento sus labios dominantes y hambrientos sobre los míos, que se mueven igual de rápido. La escena es como un incendio, las llamas se alimentan de nuestra pasión.

Matt profundiza el beso con su lengua mientras gruñe y me masajea el culo con las manos.

—Eres mía. Dime que eres mía.

—Soy tuya.

—Estoy cansado de esconderme. Entiendo que tenemos que ir poco a poco de cara al público, pero, Charlotte, te quiero en mi cama. Quiero estar dentro de ti. Nada más entrar en mi habitación, te quitaré la ropa y nada podrá separarnos. Nada.

—Eso es lo que me da miedo. Debo asegurarme de que soy capaz de verdad de convertirme en la primera dama que este país se merece.

—Eres más que tu trabajo. Eres una mujer. La mujer que necesito.

Cubre mi pecho con una mano e introduce su lengua en mi boca de repente, más rápida e intensamente, y me demuestra cuánto me necesita. Lo agarro del pelo y me pierdo en el momento mientras gimo y jadeo. Nuestras manos exploran

el cuerpo del otro y nuestras bocas se funden de nuevo, desenfrenadas.

—Pronto —susurro.

Matt gruñe.

—Estoy harto de las duchas de agua fría.

—Lo siento. Me cuesta mucho aguantarme.

—Si te concentras en la parte sobre la que estás sentada, te darás cuenta de que no eres la única.

Sonrío y el deseo que siento me hace temblar.

—Pronto.

## Proceso de adaptación

### Charlotte

Matthew ha tenido que volar a Canadá para reunirse con el primer ministro canadiense, por lo que invierto esos días en adaptarme a la vida en la Casa Blanca.

El domingo echo un vistazo a los menús y le digo al chef que no creo que sea necesario preparar platos o postres lujosos en el día a día, y que una tarta de manzana casera ya es más que suficiente.

Ha creado una versión de tarta de manzana con varias capas, que incluye tarta de queso y canela. No he probado nada tan delicioso en mi vida.

—Jamás he ido a un restaurante donde sirvieran comida tan buena como la que usted prepara, chef.

—Es nuestro trabajo garantizar que comen bien y están contentos. Y también es nuestra responsabilidad hacerles quedar bien a usted y a nuestro país delante de todos los mandatarios extranjeros que nos visitan.

Organizaremos una cena de Estado para el presidente Asaf dentro de dos meses y, antes de marcharse a Canadá, Matt dijo:

—No repares en gastos.

Una de las cosas que he descubierto desde que llegué a la Casa Blanca es que la familia que la ocupa paga por sus gastos personales, y eso incluye el personal y la comida.

—Matt, sé que tu familia tiene dinero, pero te vas a quedar sin nada si...

Empezó a reírse y me aseguró de nuevo:

—No repares en gastos. Estamos en Estados Unidos y en la Casa Blanca. Considéralo una inversión.

—Si nos ajustamos a un presupuesto razonable para la cena, el Departamento de Estado pagará la factura —me aseguró Clarissa cuando se lo pregunté más tarde.

A veces me paseo por la casa con el comisario y le pido que me explique datos sobre los cuadros o las reliquias. Hay mucha historia entre estas paredes y tanto por descubrir... Me encanta, pero hace días que no veo a Matt.

He comprobado mi agenda y he hablado con el secretario de prensa, el jefe de personal y el coordinador de eventos. Me están dando ganas de ajustarla a la de Matt para cuando él vuelva y, de repente, Clarissa dice:

—El jefe de personal del presidente me ha pedido que te reajuste la agenda para que puedas asistir a varios eventos con él.

Me sonrojo. ¿Tiene tantas ganas de verme como yo a él?

—Por supuesto. Será todo un placer.

El coordinador de eventos y ella se miran con malicia. Río.

—Sé lo que estáis pensando.

—No hemos dicho ni una palabra.

—Mirad, los dos queremos hacerlo lo mejor posible...

—No estamos juzgándolos, señorita Wells. Al contrario. Hacen muy buena pareja.

Me limito a sonreír porque no sé qué decir. Lo echo tanto de menos... Me resulta increíble estar aquí y saber que estamos dándonos una oportunidad.

El día antes de que Matt regrese, no puedo aguantarlo más y me dirijo al ala oeste.

—Portia, ¿podrías llamar al presidente?

—Mmm... ahora mismo está en el avión presidencial. Déjeme ver si puedo contactar con él.

Después de unos minutos, espero a que se ponga al teléfono.

—Hola. —Su voz suena grave.

—Siento molestarte, ¿estás ocupado? Seguro que sí. —Río y suspiro—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

—¿Quieres que mañana cenemos juntos en el comedor antiguo?

—Allí estaré —dice sin pensárselo dos veces.

Seguir adelante con nuestra relación me pone un poco nerviosa. Necesito esa conexión. Estoy volviéndome loca. Quiero sentir la fuerza de sus brazos

envolviéndome. Lo amo y solo quiero que sepa cuánto lo deseo.

## Matt

Estoy tenso, no consigo relajarme.

Estamos en el avión presidencial sobrevolando Washington D. C.

He estado ensayando un nuevo plan de actuación para impulsar la economía.

—El mercado se ha movilizadado. El dólar se fortaleció en el momento en que usted se convirtió en presidente —dice el vicepresidente Frederickson mientras juega con una pelota de tenis: la lanza al aire y la atrapa cuando cae.

—El mercado simplemente se dedica a especular. Necesitamos cifras concretas para potenciar la economía del país. ¿Cómo va la reforma educativa? —le pregunto a Dale.

—La semana que viene ya estará acabada.

—Quiero que invirtamos en la juventud de nuestra nación. La educación tiene que ser prioridad. Después nos pondremos con el sistema sanitario, el salario igualitario y las bajas de maternidad, para que las mujeres puedan estar con sus hijos el tiempo que necesiten. Hoy en día hay demasiadas personas con problemas a las que no se ha atendido como Dios manda.

—Como usted diga, señor presidente.

—Contacta con el portavoz de la Casa Blanca. Me gustaría reunirme con el líder demócrata y el republicano. Podemos llegar a un acuerdo sin necesidad de construir mil fronteras entre nosotros.

Dale asiente, se marcha y Frederickson lo sigue.

—¡Cógela! —grita, y me lanza la pelota.

Jack salta, atrapa la pelota antes de que yo pueda hacerlo y viene hacia mí con ella en la boca.

—¡Buen chico! —Frederickson aplaude, impresionado.

Me pongo las gafas, sigo leyendo y pillo a Jack olisqueando mi taza de café cuando deja la pelota en mi mesa.

—Se acabaron los juegos, amigo.

Inclino la taza y dejo que pruebe una gotita. No dejo de pensar en ella y en

su melena pelirroja, que ondea cuando me trae café. Me la imagino tumbada debajo de mí. Gimiendo. Pidiéndome más.

Quiere que cenemos juntos. Sé lo que quiere. Yo también lo deseo.

Me pidió que le diera tiempo porque le preocupaba la opinión de los medios de comunicación.

He sido paciente, pero estoy harto de preocuparme por el qué dirán. Estoy harto de no poder salir con ella en público. Estoy hasta los huevos de esconder que, aparte de mi trabajo, ella es lo más importante para mí. Tengo ganas de cenar con ella. Estoy hambriento y no de comida.

# Él

## Charlotte

Oigo el helicóptero mucho antes de verlo descender en el jardín sur de la Casa Blanca. Mi primer instinto es correr hacia la puerta como hace Jack cuando Matt llega a casa, pero me obligo a bajar las escaleras y a caminar hacia la entrada con tranquilidad.

Matt baja del helicóptero y Jack sale disparado. Yo espero en las escaleras y sonrío cuando Jack me alcanza. Le rasco la cabecita, pero miro fijamente al hombre alto y distinguido que se aproxima hacia mí.

Lleva una gabardina encima del traje y el viento lo despeina.

Camina decidido, como siempre. Jack espera a mi lado y mueve la cola, contento.

Nuestras miradas se cruzan. Me limito a sonreír y entro de nuevo en casa. Cuando hemos avanzado unos metros, a una buena distancia de los agentes, me acerca a él y mi decisión de esperar hasta después de la cena se derrite un poquito. Me acaricia la nuca con delicadeza.

—Te he echado de menos —susurra en mi oído.

Y me derrito un poco más.

Su fuerza se infiltra en mi cuerpo; llega hasta lo más profundo de mi ser, hasta la médula. Si estuviésemos solos, lo empujaría hacia el interior de alguna habitación para que deslizara sus manos por todo mi cuerpo, para sentir su mirada fija en mí, el tacto de su piel bajo mis dedos y su lengua enredándose con la mía.

—Yo también.

Jack ladra, feliz. Matt se aparta un poco y percibo el fuego que arde en sus

ojos.

—Aquí no —dice.

Respiro e intento ser paciente.

Me dedica una sonrisa pícaro, me agarra la barbilla y me mira intensamente.

—Ve a mi habitación. —Es una promesa.

Se me acelera la respiración.

—¿Y la cena?

—Tengo todo cuanto quiero aquí delante y no pienso esperar ni un segundo más. Tengo que ocuparme de una cosa primero, pero vuelvo enseguida.

Me dirijo primero a mi habitación para elegir un camisón provocador; fue lo único que me compre en París. Es de color blanco y tiene un lacito en el centro.

¿Lo compré con la esperanza de que Matt lo viera algún día?

Me convencí a mí misma de que era para mí, pero ahora no estoy tan segura. Lo escondo por debajo de la chaqueta y soy consciente de que el Servicio Secreto no está apostado muy lejos de mí mientras cruzo el pasillo en dirección a su habitación. Cierro la puerta, me cambio rápidamente en su gran dormitorio y voy directa a la cama. Empiezan a temblarme las piernas.

Su dormitorio es un poco más grande que el mío y la cama huele a él. Respiro hondo y me deleito con su aroma. Entonces oigo que la puerta se abre y, acto seguido, se cierra.

Mi sonrisa de felicidad se desvanece cuando abro los ojos y observo unas piernas fuertes y largas, unas caderas estrechas y una camisa blanca que está completamente desabrochada.

Tiene una erección.

Su rostro refleja diversión y tiene el pelo despeinado, como si estuviera tan ansioso por volver a casa que hubiera descuidado su apariencia.

—Eres una caja de sorpresas, Charlotte —dice en voz baja mientras observa mi camisón.

No puedo respirar.

El poder y la seguridad que irradia me envuelven; su mirada penetrante y su sonrisa masculina me vuelven loca.

Me muerdo el labio mientras me incorporo y me apoyo sobre los codos. Le aguanto la mirada con timidez.

—¿Te gusta tu regalo de bienvenida? —Señalo el camisón sexy y el lacito que hay en el centro.



Los dos nos hemos echado mucho de menos y el deseo que existe entre nosotros es palpable.

Cruza la habitación, me agarra del brazo y me ayuda a levantarme. Tira de mí y me quedo pegada a su pecho. Luego me estira del pelo para que eche la cabeza hacia atrás y lo mire. Jadeo, abro la boca y allí está Matt. Cubre mis labios con los suyos apasionadamente. Su aliento caliente sobre mi boca me hace cosquillas.

—Me gusta el regalo —dice mientras juega con el lacito del camisón—. Aunque aún no te lo haya quitado.

Estira del lazo y lo deshace. Siento cómo corre el deseo por mis venas.

—El hecho de que esté semidesnuda no significa que vaya a acostarme contigo.

Abre el camisón y deja mi cuerpo al descubierto.

—El hecho de que te pidiera que vinieras a mi habitación no significa que haya estado pensando en ti.

Pero sí que quiero que piense en mí. Porque yo no puedo dejar de pensar en él. Deslizo las manos por su camisa.

—¿No? —Muevo las caderas contra su cuerpo.

Retira el camisón y me deja un hombro al descubierto.

—No. —Se inclina y besa la piel que ha dejado expuesta.

La reacción que provoca en mi interior es increíble.

Siento su tacto sobre mi cuerpo y todos mis sentidos se centran en el lugar que está acariciando.

Su aroma me intoxica, sus labios son lo más perverso del mundo. Se me cierran los ojos, echo la cabeza hacia atrás y lo agarro del pelo. En público lo lleva peinado a la perfección, pero me encanta cuando lo lleva despeinado después de pasarse los dedos varias veces.

Tiro de él para que levante la cabeza y ríe entre dientes en voz baja, me agarra la cara con una mano y me besa con firmeza y decisión.

Es como una caída libre. Le brillan los ojos de deseo y anhelo y entonces intensifica el beso. Nuestras lenguas se enredan y la suya es fuerte, húmeda y ansiosa. No puedo evitar abrirle la camisa y tocar los músculos que hay debajo. Los tiene perfectamente delineados.

Cada vez que nos besamos es como si fuera la primera. Pero, en esta ocasión, parece que sea la última.

Termino de desabrocharle la camisa y veo el pin de la bandera de Estados

Unidos en la solapa de su chaqueta. Me recuerda todo el trabajo que está llevando a cabo y lo pequeña que soy en comparación con la vida de los millones de personas a las que está ayudando.

—Matt, puede que los demás nos oigan...

—No veo a nadie más que a ti y a mí en esta habitación

—espeta con la voz ronca. Me desnuda con la mirada.

Me estremezco de deseo.

Matt gruñe como si estuviera pensando lo mismo que yo, me levanta y me agarra el culo con ambas manos. Al instante apoyo las mías en sus hombros.

—Dios mío, preciosa, me pones tanto... No me canso de ti.

Me muerde el labio y después me besa. Nuestras bocas encajan a la perfección. Huele de maravilla, a colonia y a su propio aroma; mil mariposas me revolotean por el estómago cuando su lengua se enreda con la mía.

—Matt —digo, sobrecogida.

—¿Qué? —Esboza una sonrisa juguetona y me empotra contra la pared. Me sujeta con firmeza y desliza su mano entre nuestros cuerpos, hacia mi entrepierna.

Gimo y aprieto las caderas contra él. Me agarra un pecho y me aprieta el pezón. Lo chupa y yo me estremezco.

—Dios.

—No puedo tirarme a la primera dama contra la pared. Sería de mala educación.

—Me da igual, hazlo.

Lo agarro del pelo y acerco su cara a la mía. Beso su cuello mientras me lleva a la cama, me tumba en el centro y se inclina sobre mí.

Me estremezco bajo la calidez de su mano, que me recorre el abdomen.

Fija la mirada en mis ojos. Sus labios ardientes y suaves rozan los míos de nuevo. Abro la boca ligeramente y él mete la lengua. Gruñe y deja que se enreden durante un rato mientras explora mis curvas con sus manos poco a poco, sin ningún tipo de prisa, como si fuera capaz de detener el tiempo para que disfrutemos de este momento eternamente.

Se aparta lo bastante como para quitarse la camisa y me mira.

—Dios mío, encajas a la perfección en mi cama. Mírate.

Trago saliva, río y gimo a la vez.

Estoy desesperada por estar con Matt, pero también nerviosa por volver a

acostarme con él, porque es muy importante; significa mucho para mí. Sabe lo que siento por él y he estado esperando este momento durante muchas noches solitarias en las que lo he echado mucho de menos... Es la primera vez que estamos juntos desde que me dijo que me amaba.

—Estoy nerviosa —admito.

Se aleja de mí con calma, se quita la camisa poco a poco y deja al descubierto sus gloriosos músculos.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Es solo que... eres el presidente. Y...

—No estés nerviosa. Sigo siendo yo.

Matt, que se ha quitado todo menos los pantalones, me agarra los brazos para que los levante por encima de la cabeza mientras explora mi cuerpo con sus manos.

Muevo las caderas y se me escapan algunos gemidos.

Él respira profundamente y fija sus ojos en los míos.

—Eres preciosa.

Me agarra de la nuca y me acerca hacia él. Parece que ha perdido el control, porque me besa con tanta fuerza e intensidad que la cabeza me da vueltas.

Me agarro a él, arqueo la espalda y me pego a su cuerpo. Noto cómo se me ponen los pezones de punta mientras le acaricio la nuca.

Matt se desabrocha el cinturón y se quita los pantalones. Mi respiración se entrecorta cuando deja su miembro erecto al descubierto.

Se tumba encima de mí; yo gimo y lo agarro. Matt inclina la cabeza hacia delante, en dirección a mis pezones; lame uno, después el otro y juguetea con la lengua sobre ellos. Los succiona y, a continuación, desliza una mano entre mis piernas y hacia mi interior. Sus dedos se mueven ágiles dentro de mí, primero uno y después dos. Arqueo la espalda y el placer me provoca espasmos por todo el cuerpo.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Te quiero a ti —jadeo.

Desciende sobre mí, me besa un hombro y me atrae hacia él.

—Me muero de ganas de estar dentro de ti. No puedo dejar de pensar en lo que se siente. Quiero que te derritas de placer.

Me abre las piernas un poco más.

—Matt —digo, seria, y su mirada refleja confusión—. Dejé de tomarme la

píldora desde que... bueno, desde que me fui a Europa y eso...

Estira el brazo hasta su mesita de noche, agarra un preservativo y lo abre con los dientes.

—No te preocupes. Mis empleados son unos expertos en asegurarse de que su presidente tenga todas sus necesidades cubiertas.

Esboza una sonrisa burlona mientras se lo pone y me humedezco aún más. Me acaricia la entrepierna y después se mete un dedo húmedo en la boca, se agarra la polla con la mano que tiene libre y me tienta con ella.

Gemimos a la vez y nos besamos sin restricciones mientras enredo las piernas alrededor de su cuerpo. Su voz cada vez se vuelve más grave.

Me penetra. Su erección es más gruesa que nunca y noto como si me dividiera el cuerpo en dos. Gimo en voz baja; arañó su espalda y muevo las caderas hacia él, en una silenciosa súplica para que me dé más.

—Tómame, sí, Charlotte. Así, tómame, preciosa.

Me penetra enérgicamente, se le tensan los músculos, su respiración se acelera por momentos y marca el ritmo.

Grito tan fuerte que creo que los guardaespaldas apostados a las puertas de la habitación nos oyen, pero no me importa, y a Matt tampoco. Deja escapar un gemido gutural, me agarra las manos y las coloca por encima de mi cabeza mientras me folla más intensa y profundamente, sin control, como si quisiera enterrarse dentro de mí para siempre. Como si quisiera que nos fusionáramos en una sola persona.

Lo anhele tanto... No puedo dejar de acariciar sus brazos, sus hombros, su pecho.

—Ven aquí —gruñe, y me besa de nuevo con firmeza. Me embiste con todas sus fuerzas y me deleito con su sabor, su aroma.

Me succiona el pezón de nuevo mientras recibo sus embestidas. Respondo a cada movimiento de cadera que me ofrece con otro igual y suplico en silencio que no pare.

Baja el ritmo y me la saca. Acto seguido, me acaricia el clítoris con el pulgar. Gimo y me mete un dedo mientras me observa atentamente.

—Estás tan prieta y húmeda... Eres una avariciosa.

Saca el dedo y vuelve a penetrarme.

Aprieto las piernas alrededor de su cuerpo aún más, levanto la cabeza y lo beso mientras su cuerpo impacta contra el mío. Y entonces está en todas partes. Me embiste profundamente y siento que me va explotar el corazón cuando

repite el movimiento.

Ambos gemimos.

Es el hombre al que amo y está follándome con todas las de la ley. Sus movimientos son fuertes, concienzudos y me destrozan por dentro hasta que ya no puedo aguantarlo más. Por la forma en la que él se mueve, me toca, me muerde y me lame, sé que yo no era la única que se moría de ganas de hacer el amor.

Me da un beso que me llega al alma y me hace volar mientras nuestras lenguas se enredan y lo acerco hacia mí. Nuestras respiraciones van al unísono y ambos arqueamos el cuerpo para estar más cerca el uno del otro.

Arremete contra mí, más fuerte y profundamente, y fijo la mirada en él. Nuestras bocas se encuentran, nuestras manos palpan el cuerpo del otro y nuestras respiraciones se aceleran cada vez más.

Oigo los ruiditos que profiere cuando me penetra. Estoy muy húmeda. Matt la tiene muy grande y se mueve muy rápido. Nuestros cuerpos luchan por acercarse aún más.

—Estoy tan bien... Dios, estoy tan bien que ya tengo ganas de volver a empezar.

—Sí —jadeo.

El deseo que siento me nubla la visión. Le recorro el pecho, el cuello y la mandíbula con la boca, y su barba incipiente me raspa los labios.

Me estremezco, vulnerable. Es tan *sexy*...

Me abruma sentirlo dentro de mí, como si mi corazón fuera a explotar en cualquier momento. Somos uno. El hombre que tengo encima de mí, que nunca se ha entregado a nadie por completo y que es reacio a abrirse a los demás hace que desee hacerlo mío.

Me embiste de nuevo y los sonidos guturales que se le escapan me informan de que está a punto de correrse, como yo. Ralentizamos el ritmo, pero la pasión que sentimos es la misma.

Nuestros cuerpos encajan a la perfección y lo acerco hacia mí para que se quede dentro.

—Déjame verte —dice—. Ábrete de piernas.

Me mira y empieza a besarme de nuevo, nuestras lenguas se funden y me frota el clítoris con el pulgar mientras sigue penetrándome profundamente hasta que encuentra mi punto G.

—Córrete.

Mi entrepierna aprieta su miembro con más fuerza aún y, cuando empiezo a moverme más deprisa, Matt contrae los músculos, arquea la espalda, gime de placer y se corre conmigo.

Estoy demasiado débil como para moverme así que me quedo quieta durante unos segundos. Matt va a limpiarse y cuando vuelve me estrecha entre sus brazos.

Me besa el cuello y me acurruco contra él.

Madre mía, no importa lo cerca que esté de él, nunca será suficiente.

Respiro su aroma profundamente y le rodeo el cuello con los brazos. Lo oigo reírse entre dientes y me hace cosquillas con su aliento.

Nos quedamos tumbados durante unos minutos, desnudos, saciados y enredados entre las sábanas.

El vello en el pecho de Matthew es demasiado tentador para mis dedos.

—Debería marcharme —susurro contra su garganta mientras le acaricio el pecho—. Una cosa es que el personal especule sobre si echamos un polvo rapidito y otra diferente es que empiecen a hablar de que pasamos la noche juntos.

Hago el ademán de agarrar mi ropa y Matt se da la vuelta. Se queda tumbado boca arriba, entrelaza las manos detrás de la nuca y frunce el ceño.

—Pues que hablen. Deja que los rumores surjan. No tenemos que confirmar nada hasta que queramos.

Dudo por un momento. Solo un momento. Después niego con la cabeza.

—Es demasiado pronto. Sé que todo está un poco en el aire y a la espera de que se aprueben las diferentes reformas en los próximos meses. Eso es lo que tendría que aparecer en los titulares, no nuestra relación.

Me mira largo y tendido mientras me visto en silencio y frunce el ceño de nuevo.

—Les daré más temas sobre los que hablar. Tengo otros planes además de las reformas; solo necesito asegurarme de que todas las partes cooperen. Pero, Charlotte —añade mientras cruzo la habitación. Levanto una ceja—, te visitaré cada noche.

Me muerdo el labio para que no se me escape una sonrisita y siento mariposas en el estómago.

—Como desee, presidente Hamilton.

Esbozo una sonrisa pícara y abro la puerta sin hacer el menor ruido. Después salgo de la habitación y me dirijo a la mía.

# Primera dama

## Charlotte

Qué pícara soy: me tiro al presidente cada noche y durante el día actúo como una devota primera dama.

Al salir de la escuela de primaria de Virginia me reciben una ráfaga de viento y un cúmulo de periodistas. Algunos han estado en las clases mientras yo leía cuentos a los niños y les explicaba la importancia de la lectura. Les hablé de lo mucho que mejoró mi vida y cómo me ayudó a descubrir las cosas que me gustaban y las que quería cambiar en el mundo.

Una niña peinada con dos coletas mencionó que de mayor quería ser como yo. Me reí y le dije que tenía una idea mejor: de mayor tenía que ser ella misma, porque nadie lo haría mejor que ella.

No puedo dejar de pensar en eso en el coche presidencial, de vuelta a la Casa Blanca.

Stacey está conmigo en la parte de atrás. Me encanta lo eficiente que es: siempre está susurrando cosas en el micrófono de su pinganillo y abre y cierra todas las puertas para dejarme pasar.

—Antes tenía una vida un poquito más normal —le explico mientras miro por la ventanilla y observo cómo se abre la verja de la Casa Blanca—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Cuatro años. Trabajaba para la anterior primera dama.

—¿Qué puede esperar una de la vida como primera dama?

—La realidad es un poco más caótica de lo que muestran las cámaras. Pero... —Hace una pausa.

—Cuéntamelo —insisto.

Parece dudar unos segundos, como si estuviera preguntándose si debería explicármelo o no. Sin embargo, sospecho que el anhelo en mis ojos hace que hable sin tapujos.

—La señora Jacobs no era tan simpática como tú.

Me quedo callada y ella continúa:

—Eres una mujer de a pie. Eso les encanta. Igual que el presidente Hamilton. Ambos lo sois. —Asiente con la cabeza en señal de respeto—. Muchos de nosotros, y especialmente las mujeres, soñamos con vivir la vida que tú disfrutas. Y con que el joven y atractivo presidente les haga caso —añade.

—Matthew no me... —Me detengo—. Veo que ya han empezado los rumores —comento.

—Todo el mudo está pendiente de vosotros, desde que te nombré primera dama —dice, y después ríe—. Respetamos al presidente, y a ti. La Casa Blanca no es solo un lugar para la política; también nos encargamos de las familias que residen en ella.

Familias. Solo con pensarlo se me encoge el corazón. Me pregunto cómo sería tener una familia con el presidente, con el hombre al que amo.

—Gracias por contármelo.

Sonríe. Stacey ha sido mi sombra desde que llegué, junto con otros miembros del Servicio Secreto, y me siento muy agradecida, incluso hasta cierto punto incómoda, por la dedicación que muestran hacia mí. He aprendido que hablan en código, especialmente en temas relacionados con Matt y conmigo. Stacey es una mujer soltera, tiene cuarenta y cuatro años, sigue una dieta alta en proteínas y le hace ojitos a Johnson, un miembro del Servicio Secreto.

Paso el resto de la semana haciendo planes con Clarissa. Me encanta visitar mil lugares, hablar e interactuar con todo el mundo, pero también me doy cuenta de que nos miran a mí y a mi equipo con respeto. Siempre que menciono al presidente abren los ojos como platos, como si acabase de mencionar al mismísimo Dios.

Quiero que sepan que el presidente no es solo un líder inteligente y decidido, sino que también es una persona normal. Como yo.

Si hay algo que sé es que el trabajo de la primera dama lo decide ella misma. He estado pensando en mis predecesoras, en las cosas por las que se las recuerda, y me pregunto en qué destacaré yo como primera dama.

Jackie Kennedy convirtió la Casa Blanca en un espectáculo de la evolución del estilo y el gusto de América. Era un icono de la moda, distinguida y



elegante, la primera que contrató a un comisario de arte para la Casa Blanca.

Eleanor Roosevelt era rebelde para su época. Hablaba sobre los derechos civiles y los derechos de las mujeres y, a día de hoy, probablemente sigue siendo la primera dama más formidable que ha pasado por la Casa Blanca. En aquel entonces no existían mujeres que fueran periodistas y tenían la entrada prohibida a las ruedas de prensa de la Casa Blanca. Pero Eleanor organizaba sus propias ruedas de prensa con sus propias normas y, de ese modo, obligó a los medios de comunicación a contratarlas.

Otras primeras damas se han quedado sentadas en reuniones del gabinete. Algunas actuaban como anfitrionas y planeaban las cenas de estado. Pero la mayoría de ellas han hecho mucho más. Han puesto en marcha proyectos en contra de las drogas en las escuelas y mejoras en el sistema sanitario y la nutrición.

Así que me siento con Clarissa y le explico que quiero definir este cargo de un modo que creo que puedo asumir; que quiero representar al presidente con la misma vitalidad que emana de él y que deseo ser una primera dama activa y ocupada para dejar la huella de la Casa Blanca en el mayor número de estados posibles, no solo planificando conferencias y visitas a escuelas, hospitales y áreas de trabajo, sino también invitando a los ciudadanos a que vengan a la Casa Blanca.

El tiempo que llevo aquí ha sido tan emocionante e inspirador... Ojalá más personas tuvieran la oportunidad de estar tan cerca de la historia y el corazón de Estados Unidos como yo.

—He hablado con el presidente sobre la posibilidad de que la Casa Blanca esté abierta al público. Quiero estar en contacto con los ciudadanos. También tengo la intención de pedirle permiso personalmente para responder algunas de las cartas que llegan a la Casa Blanca.

Clarissa asiente con la cabeza mientras toma notas a toda velocidad.

—Además —añade ella—, quieren conocerte un poco mejor. Tu trabajo no es oficial; la prensa se pregunta cuánta influencia tienes en la Casa Blanca y sobre nuestro presidente. Quieren saber quién es su primera dama. Lola planificará algunas entrevistas aquí, en el ala este.

Me pongo nerviosa, pero sé que esta es mi oportunidad para arrojar un poco de luz sobre los asuntos que me preocupan, y no para centrarnos en mí. Así que acepto.

—¡Excelente! —exclama Clarissa.

## **FBI**

### **Matt**

El director del FBI me entrega los documentos.

—Aquí tiene, señor presidente. Me gustaba su padre. El país entero sufrió una gran pérdida cuando murió de forma tan inesperada. Sabía que querría tener esto.

—¿Está todo aquí?

—Absolutamente todo, señor.

—Lo leeré esta noche. Pronto tendrás noticias más.

—Sí, presidente Hamilton.

# Trabajo

## Charlotte

El resto de la semana transcurre entre un frenesí de visitas, entrevistas y la planificación de la próxima cena de Estado. Matt tiene aún más trabajo que yo, pero hace un esfuerzo por tener algo de tiempo para verme, y eso no solo me conmueve, hace que desee que sepa de verdad cuánto lo apoyo, a él y a todo lo que hace por nuestro país. Que solo con estar cerca de él y saber que quiere estar conmigo tanto como yo me basta.

Las reformas que intenta poner en marcha no son fáciles. Supondrán cambios permanentes en nuestros programas del sistema educativo, de asistencia sanitaria y de energía. La Casa Blanca le apoya, pero el Senado votará dentro de poco y nunca se sabe lo que puede pasar.

Un día, después de cenar, sacamos a pasear a Jack por los jardines de la Casa Blanca.

Hacía muchísimo frío, pero llevaba puesto un abrigo y un gorro y me encantaba ver el aliento de Matt en el aire mientras hablábamos de nuestra respectiva jornada. Me gustaba que no pudiera dejar de darme golpecitos en la nariz, roja por el frío, mientras me ofrecía una sonrisa preciosa.

De vuelta en la Casa Blanca, un silencio misterioso nos envolvió.

—Caminar por esta casa nunca dejará de asombrarme —dije.

—Es un privilegio que no hay que tomarse a la ligera.

—¿Sabes eso que dicen de «si las paredes hablaran»? Estas sí que hablan. Cada obra de arte en las paredes. Cada reliquia.

Avanzamos en silencio.

El bullicio habitual del día se había reducido, pero todavía se percibía en el

aire, igual que el electrizante despliegue de la historia entre estas paredes. Nacimientos y muertes, celebraciones y lutos.

Pasamos por delante del retrato de John Fitzgerald Kennedy, que mira hacia abajo, modesto y carismático, y el retrato del padre de Matt, ambos situados en un largo pasillo con una alfombra roja.

Matt echó un vistazo al pasillo y después posó su cálida mirada en mi rostro para observar la emoción reflejada en él.

—Tardaron diecisiete años en construir el edificio. La idea fue de George Washington, pero nunca tuvo la oportunidad de mudarse.

Lo miré mientras seguíamos caminando, esperando que me explicara más cosas.

—Casi se quema en la guerra de 1812, cuando los británicos invadieron la capital. En mitad de la noche, las tropas enemigas lanzaron jabalinas incendiarias a través de las ventanas, quemaron el ático y las llamas inundaron toda la planta, después la planta principal y, finalmente, el sótano. Y mira ahora. —Me guiñó el ojo—. En Estados Unidos, si te caes, vuelves a levantarte más fuerte que nunca. —Esto último lo dijo al tiempo que me sujetaba la barbilla.

Reí, me sonrojé y asentí.

—¿Recuerdas el retrato de Washington que está en el Despacho Oval? Los soldados saquearon la casa, pero la primera dama de entonces, Dolly Madison, rompió el marco y lo escondió.

—Si la casa se quema, me llevo tu retrato.

—Quiero que te hagan uno a ti.

—¡Matthew!

—Lo digo de verdad —insistió. Me agarró la mano y me llevó escaleras arriba hasta su habitación.

Jack se había quedado dormido a los pies de la cama para cuando Matt y yo estábamos desnudos debajo de las sábanas. Él dibujaba con sus dedos sobre mi piel y me explicaba en voz baja qué partes de mí quería inmortalizar en el retrato.

Matt ha estado ocupadísimo estos últimos días con montañas de proyectos y negociaciones. Yo también me mantengo ocupada, pero después de la jornada espero a que llegue la noche y me pregunto si Matt acabará pronto o no. Ha estado trabajando tanto que el gabinete de prensa de la Casa Blanca nunca descansa. Los titulares siempre tienen algo que ver con la Casa Blanca. Matt ha tomado el programa electoral de la campaña y está cumpliéndolo punto por

punto. Tal y como prometió.

Hay presidentes y presidentes, pero hacía muchísimo tiempo que no teníamos uno así. ¿Y exactamente como él? Nunca.

Yo tampoco he estado tan ocupada en mi vida, pero mientras espero, cansada y con agujetas a causa del ajetreo del día, me muero de ganas de tener un momento de intimidad con él. Me pregunto qué hace, si me dormiré antes de que venga, cómo ha pasado las últimas tres noches o si estaré despierta cuando entre a la habitación y me acaricie todas las partes del cuerpo que ansían su tacto.

Mañana tenemos nuestro primer evento: una cena para recaudar fondos para la fundación Agua Limpia para la Nación, a la que asistirán famosos. Aunque han pasado tres días desde que hicimos el amor, ya me he dado cuenta de que Matt no mentía cuando dijo que vendría a verme todas las noches. Cada mañana me despierto con la sensación de haber dormido en los brazos de alguien y el cojín huele él.

Anoche estaba paseando para despejarme un poco cuando su mejor amigo de Harvard, Beckett, salió a mi encuentro.

—¿El presidente sigue en el ala oeste a estas horas?

Asentí.

—Vaya. —Frunció el ceño—. No ha respondido a mis llamadas. ¿Hay algún motivo por el que esté tan empeñado en hacerlo todo ahora?

—Dijo que lo haría. Quiere que sus primeros cien días como presidente sean innovadores para que los demás sigan la misma línea.

—Tú le inspiras —dijo Beckett. Me guiñó un ojo y siguió caminando—. Lo sacaré de la oficina y nos iremos los dos a correr.

—Muy bien. Llevaos a Jack también, lleva unos días encerrado y está muy inquieto a causa de la lluvia. No creo que le guste tanto la política como a Matt.

Me quedé pensando en sus palabras.

¿Inspiro a Matthew? ¿De verdad?

Sé que está decidido a triunfar, que heredó un imperio roto que tiene que reparar y que hay puentes destruidos entre ambos partidos que debe reconstruir, todo ello mientras explora la complicada red política de Washington D. C., que incluye un sinfín de jugadores, piezas de un gran ajedrez, como los representantes de los *lobbies*, la Casa Blanca o el Senado. Y ha de llevarlo a cabo mientras tiene presentes los objetivos, la voluntad y el bienestar del pueblo.

Cuando conocí a su padre, el presidente Lawrence Hamilton, me sentí muy inspirada. Pero nada en mi vida me ha inspirado tanto como ver a Matt trabajar. Así que decido que esta noche, en vez de esperar en mi habitación, iré al Despacho Oval cuando vuelva de correr con Beckett y los pasillos estén tranquilos.

\*\*\*

—¿Qué pasa? —pregunto, alarmada y confundida al ver la expresión en el rostro de Matt.

He venido a visitarlo al Despacho Oval. Iba descalza y lo encontré en su escritorio trabajando bajo la luz de la lámpara. Quizá fui un poco atrevida cuando avancé hasta su mesa y me subí encima. Al hacerlo, algo de debajo del escritorio se ha desatado y Matt lo ha agarrado antes de que llegara el suelo.

Es un pañuelo. Un pañuelo rosa que parecía estar escondido en algún compartimento de la mesa de su padre.

De repente, se me revuelve el estómago y los dos miramos fijamente la tela rosa en la mano de Matt.

Me tiemblan las manos y un escalofrío me atraviesa la columna.

—Esto no es de mi madre —dice Matt.

No puedo ni pensar en ello. Estoy demasiado impactada después de presenciar algo tan fútil en el Despacho Oval. Me siento como una mirona, como si Matt y yo hubiésemos pillado a su padre haciendo algo prohibido.

La expresión de Matt es una mezcla entre ira e incredulidad.

—Lo siento. —Le tomo la mano—. ¿Quieres que...?

—Necesito un poco de aire fresco.

Matt se levanta, se marcha y, acto seguido, oigo a los guardaespaldas salir corriendo detrás de él. Me quedo sola con mis pensamientos lúgubres y la mente llena de preocupación.

Matt vuelve poco después.

Parece haber aclarado sus pensamientos, ya que va directo hacia el teléfono.

Llama a mi padre, que fue amigo del suyo durante muchos años, y supongo que confiaba en que todo lo que le contara a mi padre nunca saldría de estas cuatro paredes.

Nos sentamos con él en la sala contigua al Despacho Oval y Matt le pregunta mil cosas sobre su padre.

—¿Y tú nunca supiste cuáles eran sus intereses, aparte de la política y la Casa Blanca?

—Sabía... sospechaba, más bien... que algo había cambiado el año antes de que lo mataran. Sonreía más y viajaba más. Parecía que le habían inyectado un chute de vida.

—¿Y eso podría estar relacionado con una mujer?

—Es posible. No estoy seguro. Siempre asumí que era porque se había dado cuenta de que le quedaba poco tiempo en la Casa Blanca y de que por fin podría recompensar a su familia.

—Gracias, Robert.

Parece que Matt está tranquilo, pero cualquiera que le conozca, que le conozca de verdad, detectaría la tensión que se le acumula en los hombros.

—Charlotte, me gustaría hablar con tu padre a solas durante unos minutos.

Sonrío cuando fijo la mirada en sus ojos reconfortantes y asiento con la cabeza. Me levanto y abrazo a mi padre.

—Gracias, papá. —Lo beso en la mejilla y me da golpecitos en la mano cuando la apoyo en su hombro. Me mira con orgullo cuando me marchó.

Hay algo en la manera en que Matt me ha pedido que me marchara que me hace temblar. Me pregunto si va a contarle lo nuestro a mi padre. Parece algo típico de él querer que mi padre sepa que hay algo entre nosotros antes de que todo el mundo se entere.

Salen dos minutos después y estoy segura de que le ha dicho algo sobre nuestra relación, ya que percibo una chispa de malicia reflejada en su mirada cuando mi padre se despide de mí.

Matt contacta con el FBI después. Sigo nerviosa por lo que ha pasado. Mientras esperamos a que Sigmund Cox llegue al Despacho Oval, Matt me pide que me quede. Cuando le entrega el pañuelo, sus ojos de color marrón claro se cruzan con los míos, acerados, decididos y tan fríos como mi cuerpo ahora mismo.

Sé qué significa este hallazgo. Lo decepcionante que es imaginar que, seguramente, el padre de Matt tenía una aventura con otra mujer durante su presidencia. Sobre todo si consideramos que dejó bastante abandonados a su mujer e hijo. Hacerlo por el país era una cosa, pero ¿por otra mujer?

Después de explicarle a Cox lo que hemos encontrado, Matt le entrega los expedientes del FBI.

—Quiero que el caso se reabra y que un especialista lo investigue las

veinticuatro horas del día. Quiero que me den información de verdad. Quiero detalles. Y, por supuesto, esto es una investigación de alto secreto. Nadie aparte de ti, los que estamos en esta habitación y el especialista puede saberlo.



# Gala

## Charlotte

Esa noche duermo entre sus brazos en mi habitación mientras pienso en su padre, sabiendo que seguramente Matt estaría pensando en lo mismo.

—¿Qué le has dicho a mi padre cuando me has pedido que os dejase a solas?

—Que estoy enamorado de ti —ha admitido.

Ahora son las seis y pico de la tarde del día siguiente y uno de los miembros del personal me informa de que el presidente me ha dejado un vestido en el armario para la cena de esta noche.

Jack entra corriendo a mi habitación, como si planeara explicarle a Matthew qué me ha parecido su regalo.

Es impresionante.

Lo ha confeccionado un diseñador americano que es una de las nuevas promesas de la moda y que se pondrá el mundo por montera. Es un vestido de encaje y lentejuelas con un poco de transparencias que dejan entrever la espalda y los hombros.

Me lo pongo con cuidado y me miro en el espejo para asegurarme de que parezco una primera dama de verdad. El vestido dorado me llega hasta los tobillos y brilla como si fuera una joya. Decido dejarme la melena pelirroja suelta. Agarro el chal que va a conjunto y salgo por la puerta.

Matt me espera al final del pasillo con las manos en los bolsillos. La chaqueta se le arruga por detrás a causa de su postura; está mirando el jardín por la ventana. Me quedo embobada con la perfección de esa figura esbelta y vestida de negro. La pose que ha adoptado le enfatiza los músculos de las piernas y la forma de las caderas; además, los pantalones le aprietan el culo porque tiene

las manos embutidas en los bolsillos...

«¡Respira, Charlotte!», pienso.

Intento respirar con normalidad. Matt se vuelve hacia mí como si hubiera sentido mi presencia.

La sorpresa se refleja en su rostro y su mirada lasciva me recorre todo el cuerpo. Jack trota hacia Matt; él le rasca la cabeza y el perro se sienta a su lado, pero no aparta la vista de mí. Me escudriña el rostro como si pretendiera memorizarlo. Como si se hubiese olvidado de él.

Yo tampoco escatimo miradas. Si simplemente estuviera ahí de pie con su perro, ya me parecería guapo. Pero ¿vestido de traje? Me vuelve loca. Lleva el traje del mismo modo que la presidencia: con elegancia, aplomo y facilidad. Da la impresión de que ha nacido para ser presidente y lucir ese traje.

Avanza hacia mí al tiempo que me inunda una oleada de incredulidad y deseo. Lo quiero todo de este hombre: su amor, su apellido y hasta sus hijos. Lo contemplo mientras camina por el pasillo de la residencia de la Casa Blanca. Asistiremos los dos a un evento social y será mi primera aparición pública con él.

Necesito unos segundos (quizá mil) para adaptarme a mi nuevo cargo.

Matt sigue avanzando y me desnuda con la mirada a cada paso que da. Curva los labios y esboza una sonrisa seductora.

—¿Estás lista? —pregunta, y extiende su mano hacia mí.

Asiento y observo la mano que me ofrece, la misma que he estrechado tantas veces. Entrelazo mis dedos con los suyos y bajamos las escaleras.

Sujeto mi vestido, lo levanto para evitar tropezarme con él mientras desciendo. Jack baja a la carrera y anuncia nuestra llegada con un ladrido al personal del Servicio Secreto.

Matt fija la mirada en uno de los agentes que están esperándonos mientras salimos por el pórtico norte de la Casa Blanca.

—No es la primera vez que me enfrento a los medios de comunicación. No debería sentirme tan vulnerable.

—No te pongas nerviosa. Los dejarás sin palabras.

Me detengo de golpe y lo miro. Recién salido de la ducha, relajado, guapísimo; está hecho todo un señor presidente, tranquilo y seguro de sí mismo.

—¡Pues no parece que a ti te haya impresionado mucho! —exclamo, divertida.

—Me estoy entrenando en el arte de controlar mis emociones. Créeme, me

has dejado boquiabierto.

El fuego en su mirada hace que le brillen los ojos, su voz se vuelve más grave; me tiemblan las rodillas.

El deseo en sus ojos se intensifica cuando toma mi brazo para que lo apoye sobre el suyo y me guía por las escaleras de la Casa Blanca hacia el coche presidencial que nos espera en la entrada.

—Pórtate bien, Jack —advierde Matt, y levanta las cejas. Jack se sienta y nos ve partir.

Subimos al coche presidencial y nos ponemos en marcha, rodeados de vehículos de seguridad de color negro por doquier.

Es surrealista formar parte junto a él de esta comitiva. El número de personas necesario para protegerlo oscila en torno a cien. Viajamos escoltados por veintiséis vehículos, incluyendo el de asistencia médica, las motos y la prensa. Es una obra maestra perfectamente orquestada con cientos de participantes, todos trabajando con un mismo objetivo: garantizar la seguridad del presidente.

Estoy tan ensimismada observando a las personas de la calle que se vuelven hacia nuestra comitiva cuando pasamos por su lado que tardo unos minutos en percatarme de que Matt está mirándome.

Está guapísimo vestido con ese traje y huele tan bien... Su colonia nubla mi mente. Su presencia, su proximidad, su mirada. Aprieto los muslos bajo mi precioso atuendo, que brilla como si fuera el vestido de la mismísima Cenicienta. Lo deseo. Lo deseo tanto... Física y emocionalmente. Anhele nuestras noches a solas en las que hablábamos de todo...

En la Casa Blanca hay muchísimas personas: mayordomos, asistentes, porteros, ujieres, además de todo el personal del ala oeste. Me pregunto si algún día seré lo bastante valiente para hacer algo más que meterme a escondidas en la habitación de Matt.

Lo miro a los ojos.

—Todo esto es muy surrealista.

Esboza una sonrisa y me mira durante unos segundos antes de decir:

—Hagamos oficial nuestra relación hoy.

Un escalofrío recorre mi cuerpo por completo cuando escucho esas palabras.

Pienso en aquellas noches, durante la campaña presidencial, en las que no podía conciliar el sueño pensando en él.

Recuerdo que ganó. Que me marché a Europa. Que ahora vivo en la Casa

Blanca con él. Que estoy más enamorada que nunca y que estamos retomando nuestra relación poco a poco.

Poco a poco.

Con una lentitud completa y exquisita, Matt desliza su mano por debajo de mi pelo hasta mi nuca; me besa la frente y luego la boca. Es un beso dulce y fugaz que deja una sensación de ardor en mis labios cuando se acaba.

Me mira la boca con orgullo masculino y sin un ápice de arrepentimiento.

—Estoy cansado de que lo nuestro sea un secreto. Quiero que todo el mundo sepa que eres mía. Sé que al pedirte que hagamos pública nuestra relación te pondría en el ojo del huracán. Esperaré todo lo que haga falta, Charlotte, pero yo estoy listo.

Trago saliva.

—Es lo que más ansío en el mundo —susurro.

Desliza su mano hacia el hueco que hay entre mi hombro y mi cuello y me acaricia la piel desnuda. Mientras, la comitiva avanza sin detenerse hacia el lugar del evento.

—Es solo que tenía la esperanza de... hacerme valer como primera dama antes de anunciar nuestra relación. Ahora no sé lo que quiero —confieso, y lo miro fijamente. Hay algo depredador en su mirada—. Lo único que siempre he deseado es salir contigo. Sin preocuparnos de esconder nuestra relación —admito.

—¡Pues hazlo! Sal conmigo.

La llama ardiente reflejada en sus ojos llena mi cuerpo de una agradable calidez y entonces digo:

—Creo que, si vamos poco a poco, aumentan las posibilidades de que los ciudadanos se acostumbren al hecho de que tengas una novia en la Casa Blanca.

—Las especulaciones ya han empezado. La mitad del país se preocupará por si eres una distracción para mí. La otra mitad estará encantada. No me importa. Te quiero y quiero que te quedes conmigo de forma indefinida, cariño. —Me agarra la barbilla—. Tendrás que asumir que el hombre del que estás enamorada es el presidente; tú me has ayudado a llegar hasta aquí.

Río y él sonrío.

Su mirada me acaricia y me enciende por dentro.

—Cuando no podemos estar juntos, echo de menos tu aroma. Tu rostro. El tacto de tu piel. —Sonríe, me sujeta la cara con ambas manos y se inclina hacia mí—. Me dejas sin palabras. Y así se van a quedar todas las personas que te

miren esta noche... y no es que me entusiasme mucho la idea —susurra.

Me sonrojo de pies a cabeza y no sé muy bien qué hacer, aunque consigo decir:

—Es usted una persona muy directa, señor presidente.

Ríe y se le escapa un gruñido grave cuando se acerca más a mi oído:

—Piensa en lo que te he dicho. Este fin de semana hablaremos sobre los temas que te preocupen.

Trago saliva de nuevo.

—Me parece bien.

Asiente con la cabeza y se aparta de mí justo un par de segundos antes de que lleguemos al lugar del evento.

El coche presidencial se detiene. Estoy un poco mareada por el estrés que me provoca mi primera aparición pública. Matt sale del coche y oigo a las personas que están esperando fuera. Algunos jadean, otros susurran y entonces la prensa empieza a gritar:

—¡Presidente Hamilton! ¡Señor presidente!

Matt se gira hacia el interior del coche, extiende una mano y me ayuda a salir.

Decir que me siento abrumada es quedarse corta. No sé si se debe a que es nuestra primera noche juntos (de forma oficial) o si siempre será así, pero esbozo una sonrisa, aunque mi instinto me diga que evite las cámaras. Tomo su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Pongo un pie en la acera, salgo del coche y los *flashes* me ciegan. Agarro a Matt del brazo y noto cómo me atrae hacia él cuando entramos en el edificio.

\*\*\*

Casi de inmediato se forma una cola de personas que están deseando saludarlo.

Me quedo a su lado. Reconozco a algunos de sus amigos y a otras personas famosas. Oírlos hablar de Matt es divertido y me impresiona lo fácil que le resulta ser presidente.

La forma en que sonrío a los demás, cómo a veces le da una palmadita a alguien en la espalda mientras le estrecha la mano, su cercanía, el modo en que se muestra abierto, humano y honesto. Aun vestido de traje es imposible no notar cómo se mueven sus músculos bajo la chaqueta mientras se pasea por la sala y saluda a todo el mundo. Hace que se me pongan los pezones en punta.

Llevar el vestido que él mismo ha escogido hace que me sienta muy *sexy*; es como si Matt quisiera marcar su territorio. Después de la conversación en el coche, saber que desea que lo nuestro avance y que hagamos oficial la relación provoca un incendio en mi entrepierna siempre que se cruzan nuestras miradas.

Reprimo un pequeño escalofrío, me paseo por el salón y empiezo a socializar con los demás. Me obligo a ser más accesible y me repito una y otra vez: «Es lo que haría mi madre. Es lo que haría la madre de Matthew».

Doy la bienvenida a embajadores, congresistas y senadores.

Desde el otro extremo de la habitación, Matt me observa y veo la admiración reflejada en sus ojos.

En cierto momento, durante la primera hora, lo veo avanzar hacia mí y, cuando pasa por mi lado, me roza el hombro con el suyo y comenta:

—Estás haciéndolo genial. —Su voz es grave y rebosa pasión.

—Conozco las reglas del juego —respondo, presumiendo.

Levanta las cejas.

—¿Sí? Cariño, este juego lo inventé yo.

Y antes de dirigirse a dar la bienvenida a un grupo de personas que acaban de llegar, me susurra al oído:

—Te besaría ahora mismo, pero, como he dicho antes, no hago las cosas a medias. Especialmente si tienen que ver con mi mujer.

Nos separamos de nuevo y la multitud lo engulle.

—¡Santo cielo! Me sorprendió mucho cuando el presidente Hamilton te anunció. Eres muy, pero que muy joven —dice una mujer mayor mientras me observa con expresión de sospecha en el rostro.

Trago saliva, nerviosa, y me siento juzgada.

—Sí, lo soy—afirmo—. Pero la madurez de una persona no siempre está determinada por los años que tiene. Estoy totalmente dedicada al presidente y a mi cargo.

Me alejo poco a poco y justo después caigo en la cuenta de lo que le he dicho.

«Estoy totalmente dedicada al presidente...».

Me pregunto si él es consciente de que, aunque intento ser agradable, educada y sociable con todas mis fuerzas, esto es muy difícil para mí.

Me cuesta respirar y siento que el vestido me aprieta demasiado. Busco a Matt entre la multitud. Lo sigue persiguiendo una docena de personas que quieren saludarlo.

Siento la necesidad de estar en un sitio más normal y, de repente, comprendo el deseo de Matt de llevar una vida normal, considerando que se crió en este mundo.

Sé que siempre que lo vea durante estos próximos cuatro u ocho años las cosas serán así. Y también cada vez que salgamos juntos en público. Él siempre será el sol alrededor del cual giran los planetas de nuestro universo.

¿Y las mujeres?

Las mujeres están por todas partes.

Las veo abalanzarse encima de él y se me encoge un poco el corazón. Es la historia de nunca acabar. Lo desean. Se trata de Matthew Hamilton. No solo es un codiciado soltero, sino que también es el hombre más poderoso del país.

Soy su primera dama en funciones. Pensé que sería buena idea dejar que Matt llevara a cabo su trabajo y yo el mío antes de que los detalles sobre nuestra relación salieran a la luz. Quizá solo esté intentando acostumbrarme a las cámaras y que la gente me acepte. No me gustaría convertirme en la becaria que se tiró al presidente. Se podrían desencadenar miles de habladurías; sin embargo, una parte de mí espera que, si me gano el respeto de la gente como primera dama, me aceptarán sin reparos.

Quizá solo me esté engañando.

La prensa se deleita con todo tipo de detalles. Pueden especular sobre mí cuanto deseen y, como Matt ha dicho antes, los ciudadanos pensarán lo que quieran.

He sido yo la interesada en que pensaran que Matt estaba soltero.

Ahora me arrepiento un poco de mi decisión.

Noto cómo me sonrojo a causa de la frustración y la necesidad de respirar, así que me doy la vuelta y busco un lugar más seguro.

Ahora mismo no puedo fingir ser la primera dama perfecta, hay demasiados ojos escudriñándome y demasiadas mujeres comiéndose a Matt con los ojos. Se me revuelve el estómago cuando pienso si de verdad soy capaz de hacer esto: de estar con alguien como él, amar a alguien como él, llegar tan lejos y ostentar un cargo de tal envergadura.

Me dirijo hacia fuera y veo que Stacey me sigue.

—Solo quiero tomar un poco el aire —explico.

Stacey habla por el micrófono del pinganillo y me abre la puerta. Agradezco que me dé espacio, lo necesito, y camino por el gran balcón, lo más lejos posible del evento, envuelta en el viento frío de la noche.

Estoy desconcertada y necesito espacio. Intento recomponerme y el corazón me da un vuelco cuando oigo su voz detrás de mí. No lo he oído acercarse. Matt es así de sigiloso; se acerca a ti mientras estás despreocupada y, cuando quieres darte cuenta, está en todas partes. En todas las malditas partes: en tus sueños, en todos y cada uno de tus pensamientos, justo delante de ti, tan imponente, guapo, musculoso, elegante e intocable...

—¿Sabías que nunca antes te he visto enfadada? —pregunta en voz baja, preocupado.

—Lo sé, lo sé... Fui yo la que te pedí que fuéramos poco a poco. Es culpa mía ponerme celosa y dudar de mí misma. —Respiro hondo mientras pienso qué decir a continuación—. Es difícil compartirte cuando por fin tenemos tiempo para estar juntos...

Me giro y nos quedamos cara a cara, callados. Matt me mira.

—No tienes que hacerlo. No tenemos por qué complicar esto, Charlotte.

Trago saliva.

—Has estado socializando con todo el mundo como una profesional. No he visto algo tan precioso en mi vida.

Respiro hondo de nuevo, avanzo hacia él y, cuando lo tengo delante de mí, le acaricio los dedos de las manos con delicadeza.

—Vale la pena. Lo haría todas las veces que hiciera falta por ti —admito, y lo digo de verdad.

Le estrecho los dedos y me dirijo al salón de nuevo. Cuando Matt me abre la puerta, digo:

—Quiero que lo nuestro sea oficial. Pronto. Estoy lista. Te quiero. Quiero estar contigo y deseo que todo el mundo lo sepa. —Le suelto la mano y me alejo de él.

Los invitados nos observan mientras entramos y se me corta la respiración cuando Matt, Matthew Hamilton, entrelaza sus dedos de nuevo con los míos.

Noto como si un rayo me atravesara todo el cuerpo al sentir su tacto sobre mi piel.

«Madre mía, joder», pienso emocionada.

Levanto la cabeza rápidamente y lo miro, nerviosa. «¿Qué estás haciendo?».

Le brillan los ojos mientras me observa, como si esperase que reaccionara así, y dice:

—Baila conmigo.

—¿Qué?



Estoy tan sorprendida que todo a mi alrededor se desvanece excepto él. Matt me mira fijamente con sus ojos oscuros tratando de persuadirme.

Parece un Dios.

Se me hace un nudo en la garganta e intento responder, sin éxito. Entonces reparo en la hija del fiscal general, en las modelos y actrices, todas ellas mirándonos. Me invade otra oleada de celos y no puedo evitar burlarme de su propuesta.

—¿Estás seguro de que quieres bailar conmigo? Tienes cientos de admiradoras esperando que se lo pidas.

Me mira con diversión en los ojos.

—Lo que pasa es que a mí solo me interesa una. —Baja un poco más la voz y tira de mí. La diversión se ha transformado en pasión—. Ven aquí, Charlotte.

Empiezo a temblar de lo nerviosa que estoy. Matt me acerca a él y me lleva hacia la pista de baile.

Estoy aterrada y abrumada. Burbujitas de emoción me recorren el cuerpo. Empezamos a bailar. Matt me envuelve por completo, las cámaras nos fotografían y los invitados nos contemplan mientras damos vueltas por la pista de baile.

Me aprieta contra su cuerpo de un modo protector. Todos mis sentidos se despiertan cuando me toca. La excitación corre por mis venas. Probablemente no es el sentimiento apropiado para esta situación, bailar con el presidente, pero no puedo evitarlo. Quiero que se acerque aún más. Quiero sentirlo dentro de mí. Quiero recordarle que, entre todas las mujeres que lo miran con deseo, me ama a mí; pero, al mismo tiempo, quiero alejarme por miedo hacer pública nuestra relación. Todo el mundo sabrá y verá que Matt y yo...

—Esto no es una buena ida —susurro, consciente de que el salón entero está mirándonos con asombro y emoción.

—No me importa.

—Matt... Señor presidente —protesto, y espero que su profesionalidad cambie la mirada territorial con la que me contempla. Oteo a mi alrededor y busco una vía de escape, aunque apenas consigo mover las piernas.

Nuestros cuerpos se rozan mientras bailamos: sus musculosas piernas acarician las mías y sus bíceps me sujetan con firmeza mientras la canción nos envuelve.

Matt se limita a sonreír.

—Una vez dijiste que no te importaría estar al lado del presidente —

comenta.

Mi libido se vuelve loca cuando sonrío así. Pronuncia cada palabra con voz ronca y seductora. La proximidad de su boca hace que me palpite el corazón desenfrenadamente.

—Eso era antes —susurro, preocupada.

Su mirada intensa me escudriña.

—¿Antes de que te enamoraras de mí o después?

Nos quedamos mirándonos hasta que se acaba la canción.

—Antes de que hicieras esto. Nos está mirando todo el mundo —digo, y el pánico que siento se refleja en mi voz.

—Perfecto.

Sonríe, se inclina hacia mí y me planta un beso en la boca.

\*\*\*

—¡No puedo creer que lo hayas hecho! —lo reprendo cuando volvemos a casa.

—¿De verdad? —pregunta, y ríe entre dientes.

—Si ahora mismo buscara mi nombre en internet, apuesto lo que quieras a que habrá cientos de rumores e historias circulando por ahí.

—No me importan lo más mínimo, y tampoco deberían importarte a ti. —Me acerca hacia él—. Somos adultos. Eres mi primera dama. Podemos estar juntos, Charlotte. Es verdad y tenemos que aceptarlo, aunque no te guste. Lo superaremos.

Nos quedamos en silencio. Matt me agarra la cara para que lo mire.

—Ahora mismo, lo único que saben es que te he besado. El mensaje es claro: eres mía. Salimos juntos. Lo que me recuerda que quiero invitarte a cenar. Me he pasado la noche celoso, pensando que estabas a solas con otro. Estoy celoso de cualquier hombre que haya estado contigo, que te haya dado la mano o besado. Ahora soy yo... —Me besa con intensidad.

—No tienes nada de lo que preocuparte —le aseguro.

Me agarra por las caderas y me sube a su regazo. Sus ojos brillan con pasión y cierto egoísmo.

—Y tú tampoco. Te he visto esta noche. Estabas roja como un tomate, celosa de las mujeres que me saludaban.

Me muerdo el labio.

—¡Eres... la fantasía de todas! Claro que me he puesto celosa. Y está bien, puede que seas su fantasía, pero también eres la mía.

Me observa mientras me muerdo el labio.

—Te olvidas de que no estoy disponible. Hace tiempo que no estoy disponible para nadie, excepto para ti.

Se acerca a mí y pasa su lengua sobre el labio que estaba mordiéndome. Acto seguido, desliza una mano por debajo de la falda de mi vestido y me acaricia los muslos con la punta de los dedos. Se me acelera la respiración cuando alcanza la zona húmeda de mi ropa interior.

Sus ojos brillan cuando se da cuenta de mi excitación.

—Levántate el vestido. Quiero tocarte más.

Obedezco y abro más las piernas mientras él me besa con lengua intensamente e introduce un dedo dentro de mí.

—Dios mío, eres más adictiva que la droga. ¿Qué quieres aquí, preciosa? —Gruñe; estoy empapada.

Gimo contra su boca, le rodeo el cuello con los brazos y muevo las caderas hacia él.

—A ti.

—¿De quién es esto? —Su lengua se enreda aún más con la mía y mueve el dedo hacia dentro y hacia fuera. Me vuelve loca; loca de celos, pasión y deseo.

—Tuyo.

—Exacto. —Ahoga mis gemidos con su boca.

# Avisa, por favor

**Matt**

A la mañana siguiente, Lola deja caer el periódico sobre mi mesa con un fuerte golpe. El titular reza:

«EL MEJOR BESO DE LA HISTORIA: ¡EL PRESIDENTE HAMILTON Y LA PRIMERA DAMA SORPRENDEN A LOS INVITADOS CON UN BESO QUE QUEDARÁ GRABADO EN LOS LIBROS DE HISTORIA!».

—Tenemos que hablar sobre Charlotte.

—No.

—Hemos creado miles de empleos con tu reforma energética, pero el espectáculo de ayer lo ha eclipsado. —Tartamudea cuando se da cuenta de lo que ha dicho—. Con todos mis respetos, señor presidente. —Asiente—. Podías haberme avisado antes —añade.

—No, Lola, no podía. —Me recuesto en la silla y cruzo los brazos detrás de la cabeza—. Que los miles de puestos de trabajo creados no hayan sido portada no significa que no estemos creando empleo. Y el número de puestos de trabajo seguirá aumentando. Relájate.

Me humedezco el dedo y paso la página del periódico.

Lola respira hondo.

—Ahora sí que te aviso —añado, y hago una pausa—. Voy a casarme con ella.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído. Gracias, Lola —digo, y doy por zanjada la conversación.

Nuestro país está roto. Jacobs era un presidente débil. Ignoró a todas las minorías de la nación. Además, la situación con Oriente Medio estaba peor que nunca.

Tengo muchas otras cosas pendientes antes que preocuparme por los medios de comunicación.

Lola abre los ojos como platos y palidece.

—¿Cómo esperas que controle a la prensa?

—No necesitan que los controlemos. Me encargaré de ello cuando tenga que hacerlo. Haz unas cuantas llamadas. Asegúrate de que algunos medios informan sobre nuestros logros. Aparte de mi beso con la primera dama —añado con una expresión burlona en el rostro.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Señor presidente.

Se retira mientras leo el titular de nuevo. Debajo hay una foto de Charlotte entre mis brazos y con las manos apoyadas en mis hombros; estaba apartándose, pero también abrió la boca para besarme.

¿Y Lola quería que la avisara?

Ni siquiera yo sabía que iba a hacerlo.

Quiero venerar a esa mujer. Ayer me apetecía deslizar las manos por todo su cuerpo. Cientos de mujeres trataban de llamar mi atención, pero yo solo tenía ojos para Charlotte.

No pretendía montar un espectáculo. Actué sin pensar. Estoy acostumbrado a controlar estas situaciones. La culpa la tienen las expectativas de los demás; que yo sea un Hamilton más y que, por ello, tenga que cargar con el peso del mundo sobre mis hombros. En cambio, ella solo me pide que sea yo mismo y nada más. Los demás no paran de hacerme preguntas, cuestionar mis planteamientos... Pero Charlotte no. Sé que en realidad le gusta que me relaje un poco y pierda el control; anoche me dejé llevar completamente.

Anhelaba su boca. Quería que todo el mundo la viera entre mis brazos. Mía, mía, mía.

Charlotte ha visto cada parte de mí y sigue mirándome como si yo fuera el sol.

Está preocupada; quería que fuéramos poco a poco en nuestra relación. Ahora tengo la sensación de que es lo único que no puedo hacer.

Mi padre se olvidó completamente de mi madre, y tener a Charlotte tan cerca y tan lejos a la vez... No puedo hacerlo. Quiero que sea el centro de

atención, junto a mí. Que sea primera dama de verdad y que lo nuestro deje de ser un secreto. Que se convierta en mi mujer. Se merece mucho más de lo que ella cree.

Quiero más de ella.

Quiero más para mí.

Sí, la amo más que nunca.

Quiero su pasión, su bondad, su autenticidad, su risa...

La quiero a ella.

Estoy enamorado de esa mujer. Hubo un momento en mi vida en que pensé que no podía hacer ambas cosas a la vez: gobernar un país roto y estar con ella. Pero sé que moriré intentando hacer las dos cosas. Así soy yo. Soy el presidente, pero también soy un hombre. Ella es la mujer que amo y con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Es así de sencillo.

Aparto el periódico que Lola ha dejado en la mesa y, cuando miro el reloj para comprobar cuánto falta para mi próxima reunión, Portia anuncia:

—Señor presidente, el señor Cox del FBI ha venido a hablar con usted.

Me levanto y me abrocho la chaqueta del traje. Cox entra en el despacho y extiende su mano para estrechar la mía.

—Hola, Cox —digo, y acto seguido nos sentamos.

—Hemos estado investigando. Encontramos huellas en el pañuelo y las hemos rastreado hasta una tienda de la ciudad de Washington D. C. El propietario nos confirmó que la mujer del presidente era una clienta habitual y que, a veces, el presidente encargaba regalos para ella.

—Dios mío, iba a regalarle el pañuelo a mi madre. —Me paso una mano por la mandíbula y siento que la frustración ruge en mi interior.

—Seguiremos cualquier pista, sin importar lo insignificante que sea —me asegura Cox.

Lo miro fijamente.

—Hacedlo.

# Despertad al presidente

## Charlotte

La noche después de «el mejor beso de la historia», estoy mirando la televisión cuando Matt sale de la ducha con una toalla envuelta alrededor de la cintura. Parece un Dios encarnado en un ser humano *sexy* de pelo oscuro y ojos marrones. No puedo creer que me besara. Con lengua. Delante de miles de personas y, por lo que parece, delante del mundo entero.

«... asombrados cuando el presidente Hamilton besó a la primera dama en la pista de baile. La prensa ha preguntado lo que todos queríamos saber durante la rueda de prensa de esta mañana. ¿El presidente Hamilton está saliendo con Charlotte Wells? La postura oficial de la Casa Blanca es que sí».

Está por todas partes. Hoy he recibido cientos de llamadas. Allan también me ha llamado con un evidente tono de decepción en la voz, ya que hace tiempo era él quien quería salir conmigo. «¿Estás saliendo con el presidente de los Estados Unidos?», me ha preguntado.

Kayla: «¡Casi me muero cuando he visto la foto! ¡Me estoy perdiendo un montón de cosas! ¡Charlotte! ¡Cuéntamelo todo!».

Y mi madre:

—No sé qué decir. Tu padre y yo... —Sonaba como si estuviera a punto de llorar—. ¿Lo amas?

—Ya sabes la respuesta, mamá. ¿Por qué iba a estar aquí si no? Nunca habría sido lo bastante valiente para desempeñar este cargo si no estuviera ligado a Matthew.

—Entonces eso es todo lo que importa —contestó.

Toda información es poca. Para el público y para nuestros familiares y

amigos. Matt me ha contado que Beckett le llamó y le dijo: «¡Bien hecho, tío!».

Todo el mundo quiere saber más sobre nosotros.

Matthew apaga el televisor cuando se sienta en la cama. Yo espero, preparada y ansiosa, y gravito hacia él cuando estira un brazo en mi dirección.

Puedo sentir la electricidad entre nosotros; la conexión que sentimos, demasiado fuerte como para negarla, siempre presente, que nos envuelve y nos atrae hasta que ya no podemos estar más cerca el uno del otro.

Hacemos el amor muy apasionadamente. Me dice lo preciosa y lo especial que soy para él y lo mucho que me necesita. Cuando acabamos, nos quedamos tumbados, sudados, saciados y temblando. Entonces alguien llama a la puerta.

Matt sale disparado de la cama y se pone los pantalones.

—Señor presidente. —Es la voz de Dale Coin.

Matt abre la puerta y me tapo con las sábanas. Estoy muerta de vergüenza y asustada por la expresión sombría en el rostro de Dale.

—Ha habido un problema. Seis de los miembros de nuestro personal han sido secuestrados en Siria.

Matt se vuelve hacia mí y me mira con los ojos entrecerrados.

—Ahora vuelvo —dice.

—Matthew... —Empiezo a hablar, pero no sé qué decir.

Me mira con seriedad mientras se pone la camisa.

Siento una punzada de dolor y preocupación en el estómago por nuestros ciudadanos. Matt se marcha, me visto rápido y me dirijo a mi habitación. Allí no puedo hacer más que caminar de un lado a otro y rezar.

Lo veo en las noticias.

La dura realidad que acompaña a cada catástrofe que sucede en los Estados Unidos ahora la siento muy cerca. Demasiado cerca.

Es nuestro pueblo. Han atacado a mi país. A mi hombre.

Ser primera dama es mucho más que entrevistas y vestidos bonitos. Es todo lo demás.

No creo que esté preparada. Soy consciente de que la pequeña burbuja de la vida perfecta que mis padres crearon para su única hija no me preparó para esto, para vivirlo todo tan de cerca.

Es difícil mantener la esperanza de que todo saldrá bien cuando veo a las fuerzas rebeldes de Siria quemar la bandera de los Estados Unidos por televisión y los camiones de armamento de nuestras tropas que han volado por los aires.



Rompo a llorar y, finalmente, me quedo dormida. Me despierto cuando oigo que se abre la puerta de mi habitación.

Observo la silueta de Matt en el umbral.

Ya ha tomado una decisión. Puedo verlo en sus ojos.

Una parte de mí no quiere saber si esa decisión acarreará consecuencias más graves.

Tengo miedo. Sufro por mi país. Sufro por mi presidente.

Camina hacia mí y me levanto, aunque me tiemblan las piernas. Necesito abrazarlo y que me abrace muy fuerte. Quiero que apacigüe el dolor intenso que siento.

Juega con el lacito de mi camisón.

—¿Estás bien? —susurro.

Su mano se detiene y me mira fijamente.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto.

—No —responde con la voz grave.

Le acaricio la mandíbula y su barba incipiente me raspa los dedos. Me pongo de puntillas y lo beso. Es un beso casto, sin lengua.

—No sé qué hacer. El país entero está llorando. Siento un dolor que nunca antes había llegado a experimentar, como si el sufrimiento del mundo entero fuera el mío.

—Sí que lo es. Es nuestro. —Me mira fijamente. Tengo la sensación de que mis pulmones se han transformado en piedras; apenas puedo respirar.

—Solo deja que... —Aparto la mirada. Estoy segura de que tengo los ojos hinchados y un aspecto horrible. Quiero estar guapa. Quiero que se desahogue conmigo. Quiero que tome todo cuanto necesite de mí.

Me dirijo al baño. Respiro hondo, me lavo la cara y me peino. Intento ponerme guapa para él. Me quito el camisón y me quedo desnuda.

Cuando salgo del baño, Matt ya no está.

Me pongo un albornoz y salgo de mi habitación. Está sentado en el Despacho Oval, revisando unos papeles.

Entro, levanta la cabeza y me abro el albornoz.

—Si crees que no puedo soportar lo que tienes pensado hacer conmigo ahora mismo, te equivocas —digo con la voz ronca.

Le empieza a temblar la mandíbula y me quito el albornoz por completo.

Se levanta mientras la prenda cae a mis pies. Me agarra cuando me acerco a

él, me sube a la mesa, me abre de piernas y me lame.

Justo ahí.

Me corro.

Dejo escapar un gemido de éxtasis mientras tiemblo bajo sus labios y me corro con su boca pegada a mí. Matt se alimenta de mi orgasmo como si estuviera hambriento.

Me quedo tumbada en la mesa.

Matt se pone en pie y me mira desde arriba, con las pupilas tan dilatadas que apenas percibo el color de sus ojos.

Me levanta y me cubre con el albornoz.

Y sale del despacho.

—Señor —dice un miembro del Servicio Secreto cuando Matt sale.

—Está aquí conmigo —les explica al agente y al portero que le acompaña cada noche a su habitación. Matt me hace señas para que lo siga.

Pasamos junto al personal mientras caminamos, nos sonríen y me preocupa estar alimentando los rumores.

—Mi habitación está por allí —señalo cuando llegamos a la zona residencial de la Casa Blanca.

—No vamos a tu habitación.

El portero abre la puerta de la habitación de Matt y este le da las gracias.

—Ve a dormir, Bill. Eso será todo por hoy.

Matt cierra la puerta y me lleva a la cama. Me agarro a él, lo beso y ardo en deseos por tocarlo.

Se quita la ropa rápidamente mientras lo observo. Toda esa fuerza. Sus brazos musculosos cubiertos de vello negro y suave. Su pecho está cubierto con el mismo vello y forma una línea que atraviesa su abdomen y desaparece por debajo de los pantalones. Deslizo la mirada por esa línea hasta que llego a su polla.

Se tumba encima de mí y nos miramos fijamente.

Me lame las comisuras de la boca y me derrito por momentos.

—Dime que me deseas.

Presiona su erección contra mi abdomen mientras con una mano agarra mi cadera y con la otra me sujeta la cara. Me mete la lengua en la boca y me da un beso lento, húmedo y sensual.

—Dímelo.

—Te deseo —susurro mientras arqueo la espalda.

Desliza la mano que tiene en mi cara hacia abajo.

Por mi garganta.

A lo largo de mi abdomen.

Más abajo.

Hasta mi entrepierna.

Y me penetra con dos dedos.

Su expresión se torna feroz por la pasión.

Se le escapa un gemido, a mí también.

Me estremezco debajo de él.

Me mira durante unos instantes. Sus ojos se oscurecen cada vez más mientras me tienta con la polla. Estoy esperándolo mientras jadeo. Se aparta un poco y después me penetra despacio, con un movimiento controlado de sus caderas que me hace ser consciente de cada centímetro que entra dentro de mí; de cada centímetro que me posee.

Me llena, sin preservativo, piel con piel, como si no pretendiera dejar ni un centímetro de mí sin recorrer, follar y ocupar. Se adentra en mi cuerpo sin reservas. Se tensa cuando me la mete del todo y gime cuando mi cuerpo lo succiona con avaricia y le aprieta el miembro, para que no lo saque.

Ambos intentamos recuperar el control e ir despacio, pero su cuerpo tiembla de deseo. Muevo las caderas y él hace lo mismo. Gruñe, levanta la cabeza de entre mis pechos y me besa como si no hubiera nada ni nadie en el mundo que le importe más que yo.

—Lo eres todo, eres todo lo bueno y puro que hay en la Tierra —dice con la voz ronca.

Me agarra las caderas y se aleja solo un poco para embestirme después, tan profundamente que lo siento hasta en el corazón.

—Y tú eres todo lo que quiero —jadeo mientras Matt desliza las manos por mi espalda y me aprieta el culo con ambas manos. Me agarra con firmeza mientras arremete contra mí más fuerte. Agacha la cabeza y apoya su frente contra la mía mientras me penetra.

Me estremezco cuando llego al clímax. Su cuerpo fuerte y musculoso sigue moviéndose encima de mí sin piedad. Me lloran los ojos de placer cuando Matthew aumenta el ritmo y me observa con intensidad mientras me corro.

Gimo en voz baja, pero aun así me temo que lo ha escuchado toda la Casa Blanca.

Estoy perdida. Soy suya. No quiero estar en ninguna otra parte. Nunca seré de nadie más, él es mi hombre, mi comandante, mi Dios.

Mientras me corro, sus ojos brillan al mirarme y puedo ver la emoción reflejada en su rostro, cada sentimiento que intenta ocultar en público, toda la pasión grabada en su cara normalmente impasible que ahora se hace visible frente a mí.

Me corro aún más, si es que es posible, y me tiembla el cuerpo de pies a cabeza, hasta la médula.

Matt se corre dentro de mí y sé que es a causa de mi clímax. El orgasmo le reverbera por todo el cuerpo. Yo sigo corriéndome y moviéndome, pero él me agarra por las caderas y me obliga a quedarme quieta para metérmela entera. Se me nubla la visión y empiezo a ver colores bajo los párpados. Me agarro a él y lo oigo respirar, satisfecho, contra mi cabeza.

Nos quedamos quietos. Nuestras respiraciones resuenan por toda la habitación. Estoy agotada, pero quiero más. Incluso aunque aún esté dentro de mí.

Estamos sudando. Los ojos de color marrón oscuro de Matt se deslizan por mi cuerpo desnudo.

—No puedo dejar de pensar en ti.

Parece sorprendido y un poco frustrado mientras me agarra la nuca y me acerca la cabeza hacia sus labios. Noto cómo introduce la lengua en mi boca y gimo.

—Joder, aún no estoy listo para hacerlo otra vez —confiesa con la voz ronca, y me desliza una mano por el vientre.

Llega a mi entrepierna y la acaricia con delicadeza.

—¿Eres muy sensible, Charlotte? —pregunta mientras me masajea ligeramente con un dedo.

Se me escapa otro gemido. Quiero chuparlo, cada centímetro de él y, desde luego, quiero chupar cada centímetro de su gran polla presidencial.

—Te quiero a ti —jadeo—. Una y otra vez. Y quiero...

Dejo que mis ojos se posen sobre su erección y me acerco más a él. Miro su polla: tiene la punta hinchada y se le marcan las venas. La tiene tan grande que me pesa en la mano cuando la agarro. Sujeto los huevos, deslizo los dedos hacia arriba, rodeo el miembro con las manos y me lo meto en la boca.

Se me escapa un gemido cuando noto en la lengua el sabor salado de la gota de semen que tiene en la punta de la polla.

Matt gruñe y empieza a moverse dentro de mi boca. Me agarra del pelo, se sumerge aún más y me llena la boca con su polla. Cada vez que embiste, murmura: «Charlotte».

Antes de correrse, me agarra la cara, nuestras bocas se encuentran y nos besamos apasionadamente.

—Más —murmuro mientras nos besamos y palpamos el cuerpo sudoroso del otro.

Al instante, me tumba en la cama y va directo a donde quiere ir.

El ritmo se vuelve frenético, la cama chirría y me folla con fuerza mientras me mira como si no hubiera nada ni nadie más precioso en el mundo que yo, desnuda y temblando en su cama.

Me folla de un modo primitivo, como si supiera que es el hombre más poderoso del mundo, y me pone tanto que me corro enseguida.

Me deshago en su cama y languidezco entre sus brazos. Matt ríe entre dientes cuando gimo como si me doliera.

—¿Estás bien? —Me sujeta el rostro, inspecciona mis facciones y después el resto de mi cuerpo, como si lo estuviera admirando aunque estuviera preocupado.

—Mejor que bien. Me acabo de tirar al presidente. —Esbozo una sonrisa triste y desolada. Después, Matt me mira mientras me pellizca un pezón, travieso.

—Acabo de follarme a la primera dama y no tengo intención de dejar de hacerlo.

Matt agarra un pañuelo de papel, me limpia la entrepierna y se me encoge un poco el corazón.

—Lo siento. Me he dejado llevar. Tendré más cuidado la próxima vez. —Me agarra la cara y besa mi frente. Después me mira fijamente—. No pasará nada, ¿verdad?

Lo miro a los ojos, caigo en la cuenta de lo que está preguntándome. Si hay algún riesgo de que me quede embarazada.

—Creo que no —susurro—. Tranquilo —añado con firmeza.

Sonríe y me besa.

—Tu tacto es increíble —me asegura.

Cuando vuelve, se sienta en el borde de la cama y se queda callado. Está tenso, con los codos apoyados sobre los muslos.

—Si tienes que irte, no te quedes por mí —susurro.

Se pasa una mano por la cara y me mira.

—Ahora mismo no puedo hacer nada. Ya he llamado a quien tenía que llamar. Nos reuniremos en la sala de crisis. —Mira el reloj de la mesita de noche y niega con la cabeza—. Más tarde.

Me pongo de rodillas encima de la cama y me dirijo hacia él.

—No les pasará nada, ¿verdad?

Tensa la mandíbula cuando lo envuelvo con mis brazos.

—He enviado un equipo de rescate de ocho personas, así que espero que todo salga bien. —Sacude la cabeza con decisión; le brillan los ojos.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunto.

Me besa mientras piensa.

—Reza por nosotros.

—Lo siento mucho.

—La paz tiene un precio. Siempre. —Me mira a los ojos—. Pero merece la pena. —Me acaricia y me besa la frente—. Duerme, cariño.

Me tumbo de nuevo, se deja caer sobre los cojines, se estira a mi lado y me acerca hacia él.

Se me cierran los ojos. No importa lo que pase fuera de esta habitación, me siento la mujer más segura del mundo entre sus brazos. La tranquilidad que me aporta me invade y me quedo dormida mientras lo abrazo, como si yo, una chica normal y poca cosa, pudiera consolar al hombre más poderoso del mundo.

Me despierto a las cinco de la madrugada y Matt no está. Me incorporo en la cama.

—¿Matt?

Echo un vistazo por la habitación, salgo de la cama y me visto. Lo encuentro en la cocina familiar pequeña.

—¿Estás bien?

Toma mi mano, tira de mí para que me siente a su lado y luego me presiona la palma con el pulgar. Se me acelera el corazón y siento una mezcla de pánico y terror. Tengo la sensación de que las costillas me oprimen el pecho y me han aplastado los pulmones.

—He tenido una reunión a primera hora en la sala de crisis.

Sé por qué. No es fácil tomar decisiones difíciles. Pero entonces nuestras miradas se cruzan y Matt esboza una sonrisa.

—Lo hemos conseguido. Hemos liberado a nuestros hombres. Un par de

ellos estaban heridos, pero no ha habido víctimas. El equipo de rescate ha hecho un gran trabajo.

—Madre mía, gracias a Dios.

—Sí, gracias a Dios.

—Y gracias a ti. Y a ellos.

Se pasa una mano por el pelo, me acerca hacia él y me besa apasionadamente.

—Señor presidente —interrumpe un agente del Servicio Secreto—. El helicóptero está listo.

—Vamos. —Se pone en pie y coge la chaqueta que estaba colgada de la silla—. Llegarán en avión. Estaré ahí para recibirles.

—Tengo que dar una charla en un colegio de Nueva Orleans.

Matt asiente.

—Entonces nos vemos el fin de semana.

Se marcha para tomar un avión hasta Fort Lee.

Por la ventana, observo cómo se alejan varios helicópteros de la Marina. Solo uno de ellos lleva a Matt.

# Hogar, dulce hogar

**Matt**

He pasado dos días con nuestros hombres y sus familias. Tuve una reunión con algunos de mis generales y solicité nuevos planes de actuación detallados sobre la crisis de Oriente Medio.

Entrada la tarde, subo a la parte de atrás del coche presidencial con Wilson. Ponemos rumbo al helicóptero para volver a Washington D. C.

—¿Está en casa?

Es bastante práctico que mis agentes siempre estén en contacto con Charlotte.

Tengo tantas ganas de verla... Me quito algo más que la ropa cuando estoy con ella. Me desprendo de todas las expectativas que ponen en mí, de mi nombre, del cargo de presidente; me deshago de todo, hasta que solo quedo yo. Un hombre de carne y hueso, que no es perfecto, pero que intenta serlo con todas sus fuerzas; un hombre que la ama. Como nunca ha amado a nadie.

—Sí, señor. —La voz de Even Wilson refleja cierto tono divertido.

Joder, ya estoy viejo para estas tonterías.

Se me acelera el corazón solo con pensar en ella. Doy golpecitos en el asiento con los dedos mientras volamos.

Solo con recordar la forma en que se entregó a mí la otra noche, dispuesta a hacer lo que le pidiera, dulce y vulnerable, me dan más ganas de verla.

Llegamos a la Casa Blanca y Jack se pone a ladrar como un loco.

—¡Busca a Charlotte! —le digo.

Lo sigo mientras se dirige a la habitación de Charlotte moviendo la cola.

—Buen chico. —Le rasco la cabeza, abro la puerta y, antes de entrar, le



ordeno que se quede quieto.

Ella está leyendo en la cama. Alza la mirada y, cuando me ve, abre los ojos como platos, sorprendida.

Tenso la mandíbula. Siento una necesidad de protegerla que me consume. Quiero liberar el mundo del mal, de cualquier injusticia, de cualquier cosa que pudiera herirla a ella o a alguien como ella.

Estoy cansado, apenas he dormido estos días, pero me pongo cachondo al instante. Debería marcharme y relajarme con una copa de vino. Debería desconectar, joder. Pero no me iría ni aunque me apuntaran con una pistola a la cabeza.

Charlotte se levanta y deja el libro encima de la mesa.

Camino hacia ella, a los pies de la cama, la acerco a mí e inclino la cabeza hacia sus labios. Al principio la beso con delicadeza, pero se intensifica poco a poco. Dos segundos después tengo las manos enredadas en su pelo y la acerco aún más a mí.

—Veo que te alegras de verme.

—Sabes muy bien que sí —jadeo. Me siento posesivo y sonrío al ver lo satisfecha que está.

Charlotte ríe y me mordisquea los labios. Gimo y le muerdo los suyos más fuerte. Es tan dulce... Es dulce por dentro y por fuera, y yo soy un hombre mucho más goloso desde que la conozco.

Quiero casarme con ella. Quiero casarme con ella ahora mismo.

Nos besamos. Noto su sabor, su tacto, la libertad que me aporta su boca, sus manos. Nuestras lenguas se retuercen y se funden.

La empujo con delicadeza para que se siente en el banco a los pies de la cama y me agacho frente a ella. Le desabrocho el camisón y se lo subo hasta las caderas. No lleva ropa interior, su coño está rosado y húmedo. Los pantalones me aprietan debido a mi prominente erección. Succiono su clítoris y le meto los dedos, primero uno, después dos y, finalmente, tres. Le acaricio el punto G. La observo mientras arquea la espalda y gime de un modo tan tentador que aumenta mi deseo.

Me duele la polla de lo hinchada que la tengo.

La desnudo por completo y después me quito toda la ropa. Beso su cuerpo poco a poco pero intensamente y le abro los labios con la lengua. Empieza a correrse antes de que la penetre. Dejo de besarla durante unos segundos y la observo llegar al clímax encima de mi polla. Después me acerco a su boca y la

beso de nuevo. Gime durante todo el orgasmo y acerca las caderas hacia mi pelvis.

La sujeto, la embisto tan fuerte como puedo y gimo cuando me corro.

—Me has echado de menos —dice con una sonrisa en los labios. Está roja por el esfuerzo y una fina capa de sudor le cubre la piel.

Yo también sonrío y miro hacia abajo. Permanezco dentro de ella unos instantes.

—Sí. —Le acaricio las mejillas con los nudillos.

Es la clase de mujer que valoras, con la que compartirías el resto de tu vida. Pero la vida política todavía no la ha endurecido como a mi madre. Charlotte es una mujer gentil y dulce; es decir, es la antítesis de la política. No quiero que este mundo contamine su espíritu. Me gusta pensar que en algún lugar del planeta hay personas que cargan con todos los problemas para garantizar que otros puedan vivir en la inocencia. Ella es una de esos «otros». Pero eso cambió la noche en que nos llegó la noticia del secuestro. Puedo ver las sombras que ahora se reflejan en sus ojos. Me mata por dentro que se sienta así, pero entre las sombras también se percibe la templanza de una mujer fuerte e independiente.

Y, al igual que la chica dulce y apasionada... esa mujer también es mía.

# **América**

## **Charlotte**

No importa cuánto me guste la Casa Blanca, salir a la calle e interactuar con los ciudadanos estadounidenses siempre será especial. Sé que no soy la única que se siente inspirada con esta visión cercana del país; a Matthew también le encanta.

Él es muy inteligente a la hora de planear las reformas para el país. Porque sabe que las ideas para estos cambios, reconocer lo que nuestra nación necesita de verdad, no se te ocurren sentado en el Despacho Oval, sino en las calles, mientras estrechas la mano de un soldado y le das las gracias por su trabajo; cuando miras los ojos de un niño y te das cuenta de que lo único que quiere es tener una familia.

Matthew Hamilton es el presidente de los Estados Unidos y ahora es el momento de poner todas sus ideas en práctica.

Ahora es cuando me doy cuenta de que puedo destacar y tener una influencia decisiva a través de él, a través de la Casa Blanca, si soy lo bastante valiente como para arriesgarme y cambiar el mundo. Paso a paso. Incluso el cambio más pequeño puede significar una gran diferencia y acabar teniendo repercusiones importantes en nuestro día a día.

Además, me percató de que nuestra presencia en las calles también inspira a nuestro pueblo; les da esperanza. Y los que la perdieron la recuperan. Representamos algo concreto. Y lo defendemos con orgullo.

Hemos visitado diferentes estados. Yo me he encargado de hablar con las mujeres y los niños mientras Matt organizaba diferentes reformas, las evaluaba y las ponía en marcha una a una.

No estoy acostumbrada a este tipo de vida, a tener tantas personas a mi disposición: ayudantes, maquilladores, el Servicio Secreto. Todos, bajo

juramento de confidencialidad, dan sus vidas por nosotros. Es todo un honor que trabajen para nosotros. Tampoco estoy acostumbrada a ser el centro de atención ni a recibir invitaciones de los fans y de gente que nos apoya, o peticiones de organizaciones benéficas que desean que Matt o yo les respaldemos.

Me he esforzado por estar al día. Ahora mismo estoy en California, la tierra de las estrellas de Hollywood y los *paparazzi*, y todo ha resultado ser una locura. Matt dijo que me acompañaría a un evento organizado por la NASA al que me han invitado.

Alison y yo, junto a varios de sus *managers* y representantes, estamos terminando de grabar un anuncio para fomentar el uso de energía renovable cuando Matt llega en el avión presidencial de su viaje a las oficinas de la NASA. Le pido a mi guardaespaldas que me lleve al aeropuerto para darle la bienvenida.

Lo observo mientras desciende del avión vestido con un traje negro y con una corbata color carmesí. Se sorprende al verme, me acerca a él y me besa en los labios.

La prensa aprovecha la situación.

«HAMILTON NO SE CORTA NI UN PELO CON LA PRIMERA DAMA».

La noche anterior, después de que volviera de una cena con una larga lista de personas influyentes de Hollywood, leímos el titular de las noticias de última hora en su *suite*:

«UN VIDENTE SE COMUNICA CON EL EXPRESIDENTE LAW HAMILTON: “¡MATT EXIGE VENGANZA!”».

—Pues sí que parece que sea él —dice Dale Coin, como si de verdad creyera que un vidente podría modificar el recuerdo que Matt tiene de su padre.

Él esboza una sonrisa irónica y deja el periódico sobre la mesa. Se gira para mirar por la ventana con la mirada ensombrecida y dice:

—No exijo venganza, sino justicia.

Abro mucho los ojos cuando veo lo serio que está.

La prensa no ha dejado de opinar sobre el conflicto con Oriente Medio; Matt ha hablado con los generales que están ejecutando varias operaciones de rescate para sacar a nuestros hombres de allí. Aparte de eso, todo el mundo sigue pendiente de nuestra relación. Y el hecho de que me bese, me coja de la mano para ayudarme a salir del coche y coloque la suya en la parte baja de mi espalda no mejora la situación.

Fotografían todos los gestos de cariño que nos dedicamos y, con lo

vergonzosa que soy, no es que me entusiasme la idea.

En la televisión, un periodista opina: «Parece que al presidente le gusta estar con la señorita Wells, como vemos en el vídeo; tanto el público como el presidente estaban encantados con ella y con el primoroso vestidito púrpura que lució en la cena de Estado que se organizó para el presidente Asaf. Lo que todos deseamos saber es cómo se desarrollará esta situación y si nuestro presidente estará demasiado distraído con la primera dama».

Matt apaga el televisor y se recuesta en la silla. Me mira con expresión seria y sombría; los miembros de nuestro personal nos dejan a solas.

Matthew solo ha reservado una *suite* para los dos; otro dato con el que se quedarán los periodistas.

Trago saliva, miro por la ventana y me acuerdo de todas las personas que han venido a saludarle; lo mucho que deseaban interactuar con su presidente.

—No quiero ser una distracción para ti. Parece que los medios de comunicación están más pendientes de nosotros que de las mejoras que estás implementando en el país. Eso no me gusta.

—Se centran en lo que quiere la audiencia.

Me mira como si pensara que soy la causa de que haya tanta audiencia y no él, el soltero más codiciado, que me persigue descaradamente allá donde vamos. Fija la vista en el pin del águila que llevo en lado derecho de mi vestido. Sé que le gusta que me lo ponga.

—Toda presidencia tiene sus momentos difíciles. No sabemos cómo serán los nuestros. Quizá tengamos que lidiar con el conflicto de Oriente Medio, con una guerra nuclear o cibernética —explica en voz baja—. ¿Sabes cuál es el problema de las elecciones de las últimas décadas? ¿Sabes por qué las opiniones de los candidatos varían tan drásticamente y cuando se convierten en presidente no cumplen con las promesas que habían hecho durante la campaña?

—Dime.

—El día en que llegas a la presidencia te cuentan información confidencial; todo cuanto necesitas saber para dirigir un país. Información sensible y poderosa, que va desde documentos sobre espionaje hasta tratados con naciones extranjeras. Conocer toda esa información puede destruir los planes de un candidato. Se decepcionan y, como consecuencia, el país sigue arrastrando las decisiones que se tomaron hace décadas.

Quiero que siga explicándome cosas.

—Cada presidente abandona el cargo más envejecido de lo normal. Es el

trabajo más difícil del mundo. Me prometí a mí mismo que nunca me dedicaría a esto. Cada vez que mi padre y yo aterrizábamos en los jardines de la Casa Blanca con el helicóptero, él siempre me decía «Bienvenido a casa», y yo le contestaba «Bienvenido a la cárcel», y después me respondía: «Sí, hijo».

—¿Qué has descubierto, Matt?

—Demasiados temas con vacíos legales, tratados que no nos benefician, peligros inminentes con los que debemos lidiar con delicadeza. Por eso estoy aquí, Charlotte. Sabía que no sería fácil, pero estoy cansado de ver cómo nos estrellamos y nadie hace nada al respecto. Sé lo que hace falta para dirigir un país: tienes que volcar tu alma en ello y tomar decisiones difíciles que no siempre serán las adecuadas. Pero nos merecemos a alguien que esté dispuesto a tomarlas y a respaldarlas para que podamos salir adelante como nación, aunque tenga que sacrificarlo todo para llevarlo a cabo.

—Pero tu padre sacrificó su vida —contesto con tristeza.

Se rasca la nuca, después suspira y se reajusta la corbata.

—No creo que lo mataran por su labor presidencial.

—¿A qué te refieres?

—Cox y yo sospechamos que fueron temas personales, más allá de sus políticas.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Matthew, por favor, no te metas en situaciones peligrosas. Eres el comandante en jefe; no abras la caja de Pandora, como dijo mi padre un día.

—Sé cuidar de mí mismo. Y, Charlotte —añade; su mirada se ensombrece cuando se inclina hacia delante y me agarra la barbilla para que lo mire—, también cuidaré de ti. ¿Te queda claro? —Me mira fijamente, seguro de sí mismo—. De ti y de este país. Ahora a dormir, cariño.

Se quita los zapatos y deshace el nudo de la corbata mientras me desvisto, me pongo el camisón de encaje y me meto en la cama.

—Apuesto a que te has venido conmigo porque me echabas de menos.

—Para nada —dice demasiado rápido. Coge unos cuantos documentos y se sienta en la silla que hay al lado de la cama.

—¿Ni un poquitín? —pregunto mientras dejo un espacio de unos tres centímetros entre el índice y el pulgar.

Entrecierra los ojos y, desde donde está sentado, me coge la mano y me aprieta los dedos para acortar la distancia entre ellos.

—Así mejor.

—Idiota.

Matt ríe entre dientes.

—Shhh, no le hables así a tu presidente. —Se pone las gafas y empieza a ojear los papeles.

—Acabo de hacerlo, estimado señor presidente.

Ríe, se coloca los documentos en el regazo y me toca el pelo.

—Vete a dormir. Tengo que acabar unas cosas.

Me tumbo. Matt, con esas gafas que le sientan tan bien, lee y me mira de vez en cuando, como si le tranquilizara contemplarme mientras duermo. Los monstruos que me acechan desde las tinieblas no pueden hacerme daño, no mientras él me proteja.

—¿Te acuerdas del niño que visitamos durante la campaña presidencial? —pregunta.

—Claro que me acuerdo. ¡Se llama como tú!

—Le he estado siguiendo la pista. Lo he invitado a la Casa Blanca. Él y sus padres nos honrarán con su presencia el mes que viene.

—Has cumplido tu promesa

—Por supuesto que sí.

Se me escapa un grito ahogado, salgo disparada de la cama para abrazarlo y lo beso por toda la cara.

—¡Eres el mejor!

Pero lo mejor de verdad es la risa de Matt mientras le quito las gafas y lo inundo de besos. Agarra los papeles sobre los que me acabo de sentar y los deja a un lado para que siga cubriéndolo de besos.

Siento su erección contra mi cuerpo.

—Al menos hay algo que sí me ha echado de menos —le susurro al oído.

Me sujeta la cara con ambas manos y me escudriña con una mirada que irradia pura pasión.

—Sabes de sobra que te he echado de menos. Muchísimo —dice en voz baja.

Me levanta la cabeza y entrelaza sus dedos con los míos. Pasa su pulgar por mi labio, luego se mete mi dedo anular en la boca y lo lame.

—¿Qué haces? —susurro, más cachonda que nunca.

—Mmm... Tienes un sabor exquisito. —Esboza una sonrisa seductora, se saca mi dedo de la boca, me agarra del pelo y me besa apasionadamente.

\*\*\*

De vuelta en la Casa Blanca, Matt programa algunas ruedas de prensa que tendrán lugar esta semana. Me cuelo en un par de ellas solo para oírlo hablar.

Me encanta cómo lo presenta Lola:

—Damas y caballeros, el presidente de los Estados Unidos...

Me encanta cómo le cambia la cara a todo el mundo cuando entra. Cómo todos parecen sentirse importantes y ambiciosos, cómo ansían ser mejores personas en su presencia; los colores de la bandera de los Estados Unidos le corren por las venas. Es el nuevo comandante en jefe del país. La prensa es insaciable cuando se trata de él.

Habla con los periodistas de un modo informal, como si fueran amigos de toda la vida; como si hablara con ellos a menudo, lo cual es cierto.

Clarissa me ha pedido que eche un vistazo a unos temas importantes sobre la próxima cena de Estado, por lo que, muy a mi pesar, me marchó y me pierdo el resto de la rueda de prensa.



# Titulares

## Matt

—No te equivoques. La derecha y la izquierda tienen que trabajar juntas. Tienen que ponerse de acuerdo y cooperar para que podamos salir adelante. La globalización es imprescindible no solo para una empresa, sino también para la industria, el comercio, el crecimiento personal y psicológico. Intentamos eliminar la fragmentación de nuestra sociedad. Los partidos de derecha y de izquierda enfrentados... Hay que restablecer las vías de contacto entre ellos. La desinformación que provocó la ruptura de estas relaciones se tiene que acabar. La Casa Blanca tendrá mejores vías de comunicación a partir de ahora: a través de internet, cartas y reuniones con el presidente. La información sobre nuestras políticas y las reformas que se han aprobado estarán al alcance de todos. Seremos más accesibles que nunca mediante un nuevo portal y... señoras y señores... dicho portal se pondrá en marcha esta misma noche.

Hago una pausa y dejo que los periodistas tomen notas antes de continuar con el discurso. Cambio el tono para que suene más íntimo.

—Estoy seguro de que os preguntáis por qué explico esto, ya que Lola podría haberlo hecho igual de bien que yo, o incluso mejor. —Sonrío y hago una pausa—. A partir de hoy, yo también compartiré algo que es importante para mí —admito, y miro fijamente a los periodistas—. Lo más importante que me ha sucedido, aparte de la muerte de mi padre, fue convertirme en presidente.

Los periodistas levantan la cabeza de sus libretas.

Se han dado cuenta de que me refiero a algo que no tiene que ver con la política.

Conozco a estos periodistas, y ellos a mí.

He crecido junto a algunos de ellos. Unos iban conmigo a la universidad; a

otros los conozco de cuando mi padre era presidente.

Me conocen muy bien.

—Estoy convencido que esto no supondrá sorpresa alguna para vosotros —digo alto y claro mientras fijo la vista en todos los ojos que llenan la sala—. Estoy enamorado de la primera dama de los Estados Unidos. En estos instantes, una docena de furgonetas de las floristerías de todo el distrito están de camino a la Casa Blanca y los miembros de mi personal están ayudándome a llenar su habitación de flores. Le pediré que se case conmigo. Hoy. —Sonrío y me acerco al micrófono—. Si tenéis un poquito de tiempo, rezad por mí para que me diga que sí.

—¡A por ella, señor presidente!

—Eso haré. —Esbozo una amplia sonrisa.

Les enseño el anillo que tenía guardado en el bolsillo.

—Mi abuela paterna tenía unos pendientes hechos con dos diamantes y se los dio a mi padre. El primer diamante se lo entregó a mi madre y el segundo me lo dio a mí. Quiero que Charlotte lo lleve en el dedo. He estado haciendo cálculos y creo que he acertado con la talla del anillo. —Solo con imaginar que a lo mejor le va grande frunzo el ceño. Después niego con la cabeza y me lo guardo—. Y no penséis que le pido matrimonio porque Jacobs dijo que yo necesitaba una primera dama, ni porque me gustan sus modelitos.

Los periodistas ríen al unísono. Yo río con ellos y vuelvo a acercarme al micrófono.

—Creo que es una mujer maravillosa. La política no le ha minado el espíritu. Es tan humilde... Es increíble. Es honesta y trabajadora, y sería todo un honor para mí que aceptara ser mi esposa. Ahora, si me lo permitís, tengo un país que gobernar y una mujer que cortejar.

—¿Cuál de las dos cosas es más difícil, señor presidente?

—La segunda, desde luego. —Sonrío de nuevo y asiento con la cabeza—. Que tengáis un buen día.

—¿Cuándo es la boda?

—Tan pronto como sea posible. Me casaría con ella hoy mismo si de mí dependiera.

## Jardín de rosas

### Charlotte

Hoy la Casa Blanca huele a rosas. De hecho, el ala este de la Casa Blanca, donde yo trabajo normalmente, está a rebosar de ellas. Hemos vuelto hace una semana y creo que nunca he visto a tantos miembros del personal llenar una habitación de flores; entran uno tras otro en mi despacho para dejar los ramos.

—¿A qué viene esto? ¿Hay una cena de Estado de la que nadie me ha informado? —pregunto, nerviosa.

Clarissa dirige la mirada a la puerta y allí está Matt, como si nada, con la vista clavada en mí.

Trago saliva.

Clarissa sale sigilosamente de la habitación, junto con el resto del personal.

Una emoción intensa se refleja en los ojos de Matt.

—¿Te ha gustado mi regalo de bienvenida?

—No me he ido de casa. Bueno, sí, pero eso fue hace una semana.

—Exacto. Y te quedarás en casa. Al menos hasta que se acabe mi presidencia. Estás en casa conmigo.

Avanza hacia mí.

—Matt, no. —No sé qué está pasando, pero creo que nunca lo he visto tan decidido en mi vida.

—Entonces ven tú. —Me acerca a él—. Te amo. Te amo y quiero casarme contigo. —Respira hondo y me besa la mejilla.

Se mete algo en la boca y después agarra mi mano, se lleva mi dedo anular a los labios y me pone un anillo con la lengua.

Me quedo con la boca abierta. El corazón me late desbocado. Matt me lame

el dedo entero.

—Mmm... Tienes un sabor exquisito.

—Matthew... El país...

—Ahora mismo el país entero tiene el corazón en un puño; quiere saber si me dirás que sí.

—¿Qué? ¡Estás loco!

—Por ti.

Lo miro fijamente, sorprendida.

—Ya lo saben, Charlotte; hace tiempo que saben lo que siento por ti. No es algo de lo que me avergüence o que quiera esconder. Y tampoco quiero que lo hagas tú. —Me toma la mano y observo nuestros dedos entrelazados.

—Eres el hombre de mi vida, Matthew Hamilton —confieso, conmovida. Se me escapa una lágrima.

—No llores más por mí.

—Son lágrimas de felicidad. Soy muy feliz. ¿Iba en serio lo de que todo el mundo está esperando mi decisión?

—El país entero. Seguro que lo están emitiendo por televisión ahora mismo.

—¿Qué? —Enciendo la televisión.

Una reportera en directo, a las puertas de la Casa Blanca, informa: «¡Nuestro presidente Hamilton va a pedirle matrimonio a la primera dama y estamos ansiosos por saber la respuesta!».

Enfocan a gente con pancartas en las que pone «¡ME CASARÉ CONTIGO, HAMMY!» o «¡DI QUE SÍ!».

Rompo a llorar. Todo este tiempo he estado preocupada de no ser lo bastante buena para él, de si el público no estaba contento conmigo... Y Matt acaba de silenciar todas esas dudas. Él ha hecho que los ciudadanos me quieran a su lado, simplemente porque les ha dicho lo que sentía por mí.

Lloro por el modo en que lo aman, porque nunca ha tenido miedo de ser él mismo de cara al público y les ha demostrado que no solo es un presidente, sino que también es una persona, un hombre normal, y me siento tan inspirada y enamorada que creo que explotaré.

—¡No te quedes ahí sin decir nada! ¡No me dejes así! Tienes a medio mundo sin aliento.

—Yo sí que me he quedado sin aliento, cariño. —Lo miro—. Dile a Lola que venga y que le diga a todo el mundo que he dicho que sí. ¿Cómo has podido pensar que iba decirte que no? ¿Estás loco?

—Creo que ya hemos dejado claro que sí.

Alison y Lola entran por la puerta. De repente, todo el mundo me observa. Noto que Matt tiene toda su atención puesta en mí, como si mi reacción fuera crucial para resolver un problema a escala mundial.

Estoy desconcertada; me gustaría saber en qué narices estaba pensando para hacer algo así. Matt se gira hacia Lola y Alison y sonrío.

—Mirad el anillo de Charlotte.

Lola abre los ojos como platos, entusiasmada.

Matt sonrío.

—Hacedle una foto y difundidla; al fin y al cabo, una imagen vale más que mil palabras.

—¡Charlotte! —exclama Alison. Me acerco a ella y nos abrazamos—. Vale, voy a hacer la foto —dice cuando se da cuenta de que Matt, el presidente Hamilton, está esperando. Se aparta rápidamente y toma una foto de los dos en la que se ve el anillo.

—Lola va a estar muy ocupada —le digo a Matt mientras echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Siempre está muy ocupada.

—¿Y tú? —Puedo imaginarme lo mucho que le perseguirá la prensa después de esto.

—Sé de alguien que estará más ocupada que yo.

Esboza una sonrisa pícara mientras cruza la habitación y descuelga el teléfono.

—Portia. Prepara el equipo. Tenemos que organizar una boda.

Agacho la cabeza para secarme las lágrimas. Seguro que se me ha corrido el maquillaje, y seguro que se nota en la foto que nos acaba de hacer Alison. Pero...

Quería destacar, encontrar mi vocación, tener a un hombre a quien amar. Y lo he conseguido. Increíble, pero cierto. Una chica normal que tiene el amor del hombre más maravilloso del mundo.

\*\*\*

Primero llamo a mis padres. Mi madre se ha quedado sin palabras, así que mi padre le quita el teléfono y me cuenta que él habló con Matt antes de que me

pidiera matrimonio. Que no se lo había contado a mi madre, pero que está sorprendida, contentísima y que se mueren de ganas de asistir a nuestra boda.

Después llamo a Kayla.

—¡Llevo un rato intentando contactar contigo!

—Estaba hablando con mis padres.

—¡Dios mío, Charlotte! —exclama.

—¡Ya lo sé! ¡Qué locura! —contesto mientras contemplo el anillo de compromiso. Es un diamante con forma de pera rodeado de esmeraldas, y es tan bonito que apenas puedo observarlo sin que me tiemblen las piernas.

—Te vas a casar con el presidente de Estados Unidos —dice.

—Sí —afirmo.

—¡Te vas a casar con el maldito presidente de los Estados Unidos! —repite, incrédula.

—Ya soy su primera dama; no te hagas la sorprendida

—añado, y río.

—Él es... el soltero más codiciado del país. ¡Es Hammy! ¡Hammy se va a casar contigo!

—Kayla, tienes que calmarte. No puedes quedarte igual de pasmada cuando estés a mi lado en el altar. Debes aprender a comportarte como una buena dama de honor —añado.

—¿Una buena qué?

—Ya me has oído —río—. La boda será dentro de poco. Cuando Matt les dijo a los reporteros que se casaría hoy mismo conmigo, no bromeaba.

—¿Cuándo será?

—Lo más pronto posible. Tardaré más o menos un mes en planearlo todo, pero...

—Un mes. ¡Madre mía! —exclama—. Cuenta conmigo —balbucea—. Charlotte, estoy tan contenta por ti. Siempre pensé que Sam se declararía primero y que te pondrías un poco triste por no haber encontrado a un buen hombre para ti aún. ¡Y mírate ahora!

Reímos y recordamos anécdotas de cuando éramos pequeñas. Ambas nos prometimos que seríamos amigas para siempre, incluso si una de nosotras se casaba y se mudaba a la otra punta del país o se convertía en una filántropa reclusa.

Cuando cuelgo, respondo a las llamadas de Alan y Mark. Ambos están

bastante sorprendidos y confusos. Después me llaman doce amigos más, una mezcla de excompañeros de trabajo de Mujeres del Mundo y viejos amigos de Georgetown.

Las noticias vuelan, especialmente si consideramos que todas las páginas web hablan de nosotros. Clarissa me ha enseñado algunos titulares, emocionada como el resto del personal de la Casa Blanca, y he estado repartiendo abrazos entre ellos; a algunos ya los considero amigos.

«¡BODA EN LA CASA BLANCA!».

«SALUDAD A LA NUEVA FAMILIA DE LA CASA BLANCA».

«MIENTRAS ESTADOS UNIDOS CONTINÚA SIENDO LA POTENCIA MUNDIAL NÚMERO UNO, EL PRESIDENTE HAMILTON SE ENAMORA».

«HAMMY POR FIN SE CASA... ¡CON SU PRIMERA DAMA!».

«QUEREMOS EXPRESAR NUESTRO PÉSAME A LAS DEMÁS MUJERES DEL MUNDO: EL SOLTERO MÁS CODICIADO DEL PAÍS, NUESTRO PRESIDENTE HAMILTON, SE NOS CASA».

Mientras tanto, Lola sigue ocupada lidiando con la prensa de la Casa Blanca, que quiere saber más detalles sobre la boda.

En cuestión de horas, la emoción en Washington D. C. es tan palpable como la primavera que está al caer. Después de la boda de Grover Cleveland en la Casa Blanca en 1886, por fin habrá otra boda presidencial. Incluso la prensa internacional está anunciándolo.

Hemos recibido llamadas sin descanso.

—La revista *Vogue* quiere que usted y el presidente sean la portada del número de abril.

—Vera Wang quiere diseñar tu vestido de novia.

—El diseñador del modelito amarillo que llevaste en el *Today Show* ha llamado para contarnos que ha vendido las prendas y que Bergdorf y Neiman Marcus le han encargado más. Quiere enviar más diseños y manda su más cordial felicitación por el enlace.

—¡Qué bien! —contesto.

—Charlotte, el chef quiere hablar contigo para saber si deseas que prepare un menú degustación este domingo para que empecéis a pensar qué platos queréis...

**Matt**

Soy el hombre más feliz del mundo cuando entro en el Despacho Oval y me encuentro con una mujer del personal que me deja un montón de cartas sobre la mesa.

—Disculpe, señor presidente —dice, y antes de irse hace una pausa—. Soy una de las personas que lee las cartas, selecciona algunas de ellas y las deposita en su mesa.

—Gracias —contesto mientras asiento con la cabeza, despreocupado.

—Señor, también leía las cartas que le enviaban a su padre. Llevo muchos años trabajando aquí.

Echo un vistazo a los sobres.

—Ha recibido cartas con algunas amenazas.

Sigo observando algunos de los sobres y se me escapa una risita.

—Ya me lo imaginaba.

—Su padre recibía más de esas. Solían ser del mismo hombre.

Frunzo el ceño. Levanto una mano.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Por el sello y la forma de escribir. Parece ser la misma persona. Le ha enviado una. No es ninguna amenaza, es un recorte de un ojo de una revista.

—¿Adónde va a parar toda la correspondencia?

—No estoy segura.

—Hazme un favor. Cuéntales lo que me acabas de decir a Cox y al FBI. Les diré que se pongan en contacto contigo.

—Sí, señor.

Dale Coin entra en el despacho cuando ella sale.

—Será como encontrar una aguja en un pajar, ¿no?

—Sí, bueno, de momento solo tenemos el pajar.



# Planes

## Charlotte

El trabajo no se acaba. En mitad de los preparativos para la boda, el pequeño Matt viene a la Casa Blanca.

Me alegra mucho que nos visite. Nunca sabes cuándo conocerás a una persona que te cambiará la vida. De mil modos distintos, algunos buenos y otros malos. Incluso el encuentro más furtivo puede dejarte huella. Eso le sucedió a Matthew cuando visitó el hospital Children's National, al noreste de Míchigan, y conoció al pequeño Matt Brems. Desde entonces, ese niño de siete años se ha agenciado un hueco en mi corazón, no solo porque es el hijo de una de las mujeres con las que trabajaba en Mujeres del Mundo. El pequeño Matt es un luchador nato y está peleando con un tipo agresivo de leucemia. Hoy, su sueño de visitar la Casa Blanca va a hacerse realidad.

—Ha llegado Matt Brems, señor presidente.

—¡Matt! —grita el niño desde la puerta del Despacho Oval.

—¡Señor presidente! —corrige la madre, horrorizada—. Señor presidente, muchas gracias por invitarnos.

—¿Qué pasa, tigre? —Matt se acerca al niño y levanta la mano para que le choque los cinco.

Saludo al padre y abrazo a Catherine, la madre.

—¿Cómo está?

—Es todo un luchador.

El niño mira a su alrededor y se alisa la corbata, asombrado.

—De mayor quiero ser presidente.

Matt le señala la silla.

El niño se acerca y se sube, todavía sin poder creérselo.

Matt lo sienta bien. Nuestras miradas se cruzan y sé lo que está pensando. En que quizá nosotros tengamos un hijo algún día.

—¿Os vais a casar? —pregunta el pequeño Matt.

—Sí —respondo—. ¿Quieres asistir a nuestra boda?

—¡Sí! —Ríe, feliz—. Pero Sara se enfadará si voy sin ella.

—¿Quién es Sara?

—Una chica del hospital.

—Supongo que podríamos invitar a todos los niños del hospital; serán nuestros invitados especiales.

Miro a Matt, que esboza una de esas sonrisas que hacen que me sonroje. Me dirige una mirada que significa: «Invita a quien quieras, cariño; es tu boda».

Doy gracias cuando Matt se gira para hablar con el niño y tengo un momento para recomponerme.

—¿Crees que tus amigos querrán asistir?

—¡Seguro que sí!

—¿Los puedes invitar tú de nuestra parte?

—¡Sí!

El pequeño Matt se baja de la silla de un salto y camina con la cabeza bien alta, como si se sintiera más importante.

Antes de que se vayan, Matt se sienta con los padres del niño y les dice:

—Quiero que os informéis sobre todas las opciones. Me gustaría financiar su tratamiento. También crearé una fundación en nombre de Matt.

—Gracias. —La madre del niño rompe a llorar.

Cuando se marchan, yo también estoy a punto de que se me escapen las lágrimas.

—Tenemos todo este poder y, sin embargo, no podemos hacer nada por él.

Su expresión es melancólica cuando me responde:

—Hacemos cuanto podemos.

Nuestras miradas se vuelven a cruzar y se me acelera el corazón. La vitalidad que emana me atrae hacia él, pero su mirada seria e intensa me deja paralizada.

—¿Has pensado lo mismo que yo?

—Tendremos uno de esos correteando por la Casa Blanca.

Asiento. A menos de un metro de distancia, Matt me observa y sonrío.

—Serás una madre maravillosa.

—Y tú el mejor padre del mundo.

Me acaricia la mejilla y saltan chispas entre nosotros.

—Tengo muchas ganas de que te conviertas en mi esposa.

\*\*\*

Durante el día, casi no veo a Matt. Ha estado trabajando sin descanso y viajando de cuando en cuando. Quiere que nos escapemos a Camp David durante unos días después de la boda. Es un lugar sin prensa, donde solo estaremos nosotros, y me hace mucha ilusión disfrutar de unos momentos de paz y tranquilidad con él.

Los pensamientos sobre las noches que pasamos juntos acuden a mi mente mientras planeo la boda y viajo por Washington D. C. y Virginia. Me desplazo a esos lugares para visitar algunas escuelas, hablar a los niños de su porvenir y explicarles que son el futuro de nuestra nación.

Cuando Matt está en casa, salimos a correr juntos por los jardines de la Casa Blanca cada mañana. También cenamos juntos y nos pasamos todas las noches encerrados en su habitación.

Cada vez que lo veo entrar por la puerta de la habitación Lincoln, se me desboca el corazón y se me acelera la respiración. Sé que es porque estamos enamorados, pero también porque nunca hemos salido juntos oficialmente hasta ahora y me encanta no tener que escondernos más.

Nunca nos cansamos de estar juntos.

Es como si su masculinidad hubiera aumentado significativamente y sus niveles de testosterona estuvieran al máximo. Hacemos el amor muchas veces al día. En la ducha, a medianoche, por la mañana... En ocasiones lo observo mientras se viste, asombrada, y me pregunto a mí misma si de verdad es mi prometido. A veces, cuando me visto a toda prisa, lo veo con la toalla enrollada alrededor de las caderas, observándome con una mirada que denota admiración, amor y pasión por su mujer.

Y, lo que es más especial, me dirige miradas que expresan un profundo respeto hacia mí.

No podría ser más afortunada.

Se marcha a África durante cinco días, que aprovecharé para planear algo especial para él. He estado pensando en su regalo de bodas. Pero ¿qué le regalas

al hombre que lo tiene todo?

—Alison, me gustaría regalarle algo especial a Matt en nuestra boda. Una vez me dijo que quería un retrato de mí. ¿Puedes hacerme unas fotos? Sería un cuadro pequeño, y quiero llevar el pelo suelto y una prenda que me deje los hombros al descubierto, y que sea *sexy*, pero elegante a la vez. También me gustaría llevar el pin de su padre.

Alison pone los ojos como platos cuando se lo explico.

—Se va a morir de la ilusión cuando lo vea. Quedará espectacular.

Río.

—Quiero que sea íntimo. No será un retrato para colgar de cara al público; será solo para él.

—Entonces puedes contar conmigo. ¿Dónde quieres que te haga las fotos?

—Se me ha ocurrido que podríamos hacerlo en mi apartamento. En teoría, aún es mío hasta finales de este mes. Quiero que el decorado sea sencillo, porque siempre seré aquella niña que conocí.

Alison está encantada con el proyecto, así que, un día antes de que vuelva Matt, después de que el Servicio Secreto nos dé luz verde, nos dirigimos a mi antiguo apartamento. Coloco una silla al lado de la ventana. No es que haya buenas vistas desde aquí, pero me gusta la ventana de fondo en la foto, con vistas normales... de una vida normal.

Sé que Matt siempre ha deseado tener una vida normal, independientemente de que sea el hombre menos normal del mundo. Quizá por eso lo ansía.

Tengo la melena suelta, los hombros desnudos y el cuerpo cubierto por un chal abrochado por delante con el pin del padre de Matt.

—Perfecto. Ahora mírame como si yo fuera él —dice Alison.

Entonces empiezo a pensar en Matt; en sus brazos, en el tono de su voz cuando me abraza, en el momento en que me pidió matrimonio y, de repente, alguien llama a la puerta y Stacey entra.

—Charlotte. El presidente viene de camino hacia aquí.

—¿Qué? —Abro los ojos de par en par y Stacey asiente—. Habrá llegado antes de tiempo —añado.

Me apresuro en quitarme el chal y me pongo el vestido elegante que llevaba antes mientras Alison esconde todo el material de fotografía.

—¿Has hecho alguna foto buena?

—Hay cuatro que han quedado muy bien —contesta mientras guarda todo en su mochila justo a tiempo. Entonces llaman a la puerta.

Alison se cuelga la mochila al hombro y me mira.

—Que se divierta, primera dama.

—Ya lo creo que sí —le aseguro.

—Señor presidente. —Oigo cómo saluda a Matthew.

—Alison. —El tono de su voz refleja diversión.

Cuando entra y me mira, quiero llorar porque lo he echado mucho de menos.

—¡Hola! —digo.

—Me han dicho que estabas aquí, así que he decidido venir a verte.

—¿Qué tal por África?

—Ha sido muy impactante. —Me mira como si estuviera hambriento y yo fuera un bistec.

Matt está guapísimo incluso después de haber pasado horas en un avión. Deja la chaqueta en el respaldo de la silla, se quita la corbata y se desabrocha los dos primeros botones de la camisa. Me observa fijamente mientras lo hace.

Mi cuerpo responde a su presencia inmediatamente. Quiero darle algo. Quiero darle todo.

—Ven aquí —susurro, pero en vez de esperar a que él se mueva, camino hacia él.

Me agacho delante de él y le quito el cinturón. Oigo el ruido de la cremallera cuando se la bajo; tengo la cabeza echada hacia atrás para no apartar mis ojos de los suyos.

Bajo la vista y sus pantalones; su erección queda al descubierto. Me pongo muy cachonda. Me inclino hacia delante y le beso la punta. Matt gime y me agarra la cabeza ligeramente para que me la meta en la boca, así que lo hago.

La cojo por la base. Siento cómo late en la palma de mi mano. Lo miro a los ojos y, con la ayuda de las dos manos, me la meto en la boca. Matt me observa mientras aprieta la mandíbula. Sus ojos reflejan pura pasión y lujuria.

Me la meto más en la boca y Matt mueve las caderas para introducirla más aún. Gimo, y cuando noto su sabor quiero más. Quiero todo cuanto pueda darme.

Entonces me saca la polla de la boca, me agarra del pelo y profiere un gemido muy *sexy*.

—Mírame —dice.

Levanto la vista hacia él y, mientras lo miro fijamente, vuelvo a meterme su polla en la boca y utilizo la lengua para jugar con ella. Contemplo los músculos

de su abdomen, el pecho y su marcada mandíbula.

Me la meto en la boca todavía más adentro y lo lamo con delicadeza; no dejo de mirarlo mientras lo hago. Es la mejor parte.

Agarro la base y succiono con energía. Nuestras miradas siguen conectadas.

Deja escapar otro gemido mientras me agarra de la nuca. Trago saliva y soy incapaz de no emitir gemidos de placer junto a los suyos. Dios, lo amo tanto, lo deseo tanto.

Me arde la entrepierna, pero me encanta tocarlo, tenerlo entre mis labios y darle placer. Le deslizo una mano por los muslos y subo hasta sus abdominales. Matt sonrío ligeramente.

—Me vas a volver loco —admite con la voz ronca mientras me agarra del pelo.

Me aparto durante unos segundos para contestarle:

—Eso es lo que pretendo.

Ríe un poco, niega con la cabeza y frunce el ceño cuando me meto su polla en la boca de nuevo. Se le pone muy dura y me mira como si tratara de controlarse para alargar el momento.

Me agarra del pelo con más fuerza y empieza a balancear sus caderas hacia delante y hacia atrás. Dios, soy yo la que se está volviendo loca. Me la meto más profundamente mientras lo observo y le acaricio los músculos del abdomen. No estoy segura de si es él quien marca el ritmo o soy yo, que muevo la cabeza frenéticamente arriba y abajo.

Gime y me agarra con firmeza. Estoy tan cachonda que noto cómo tiemblo mientras Matt me alimenta con su miembro. Nuestras miradas siguen fijas en la del otro y no las apartamos ni siquiera cuando se deja llevar y le brillan los ojos de pasión mientras se corre. Gruñe en voz baja y empuja su polla lo más hondo posible en mi boca para que me beba cada una de las gotas que emanan de él.

Se sube la cremallera cuando acabamos y sonrío con picardía.

—Te toca a ti.

Me agarra las caderas, me carga sobre su hombro y me lleva hasta mi habitación.

Grito y río mientras trato de aferrarme a él.

—Se supone que hoy solo te lo tenías que pasar bien tú.

—No te preocupes. Me lo pasaré muy bien —contesta, y esboza una sonrisa mientras me deja en la cama con delicadeza y me desabrocha la cremallera del vestido.

\*\*\*

Cuando acabamos, nos quedamos tumbados en mi cama durante horas, desnudos y agotados. Ya es de noche y quiero preguntarle qué tal le ha ido por África, pero sé que está cansando, ya que apenas vocaliza y tiene una expresión pensativa en el rostro. Me da la sensación de que tiene más ganas de escucharme a mí hablar sobre lo que he hecho estos días.

—¿Que qué más he hecho, aparte de planear la boda? —pregunto, y frunzo el ceño—. No es fácil planear una boda de mil invitados en un mes.

Sonríe y me acaricia el pelo. Me observa con esa mirada posesiva a la que ya me he acostumbrado.

—El equipo quiere saber si queremos que nuestra boda se emita por televisión —comento. Estudio la expresión en su rostro—. ¿Tú qué opinas?

—Todo me parece bien, la verdad. —Frunce el ceño, pensativo—. No podemos casarnos en secreto ahora que hemos hecho pública nuestra relación. No me importa casarme por todo lo alto si eso es lo que quieres.

—No lo sé. Sé que te gusta tener privacidad, pero estos cuatro años no te van a dejar tenerla. Y todo el mundo está tan entusiasmado... —Me encojo de hombros—. No veo ningún motivo para que solo las malas noticias salgan por televisión. También podemos emitir las buenas.

—Pues entonces hagámoslo —contesta sin pensarlo dos veces.

—¿Y nuestros votos? ¿Los escribiremos nosotros?

—No. En los votos tradicionales ya se dice todo cuanto quiero decir. —Me sujeta la cara con las manos y se pone encima de mí para mirarme—. Y si tengo que decir algo más, ya te lo diré después. En privado. Dejaré que el público disfrute de ti un poco, pero eres mía. Solo mía.

Me besa intensamente y antes de marcharnos hacemos de nuevo el amor.

\*\*\*

Creía que nos dirigíamos a la Casa Blanca, así que me sorprende cuando el coche presidencial se detiene delante de un restaurante de cinco estrellas que es muy popular en Washington D. C.

—Todo está listo, señor —informa Wilson.

De repente, Matt tira de mí para que salga del coche y entramos en el

restaurante.

Parece que han abierto el local solo para que podamos cenar en privado.

—¿Y esto? —pregunto, boquiabierta, mientras miro a mi alrededor.

—No me puedo casar contigo sin que tengamos una primera cita oficial.  
¿Me permites?

Retira la silla de una mesa que está al lado de la ventana y que tiene una vela en el centro. Me siento y contemplo el lugar, asombrada. Matt se sienta delante de mí.

—Ni siquiera he probado la comida aún y esta ya es la mejor cita a la que he asistido nunca.

Me responde con una sonrisa dulce y pícaro. Recuerdo la vez que me guiñó un ojo cuando yo era pequeña, hace muchos años.

—Te gusta que todos los hombres te presten atención, ¿verdad? —bromea.

—Todos los hombres no. Solo uno —respondo.

—Más vale que ese sea yo, entonces —contesta.

Sonrío y observo el anillo de compromiso que descansa en mi dedo anular. Deslizo la mano por la mesa para coger la suya.

—Te amo —admito con el corazón desbocado.

Me besa la mano.

—Y yo a ti, cariño.

Dejo un centímetro de separación entre el dedo índice y el pulgar de mi otra mano y pregunto:

—¿Así?

—No tanto.

—¡Matthew! —exclamo. Retiro la mano de la suya y frunzo el ceño.

Poco después, varios camareros se acercan y nos traen una botella de su mejor vino.

—Señor presidente. Primera dama. Es todo un honor servirles esta noche.

Mientras el camarero descorcha la botella de vino, Matt echa un vistazo al menú.

—¿Puedes traernos todas las especialidades de la casa? Y un plato para cada uno, así lo probaremos todo.

—Por supuesto, señor presidente.

Bebemos un poco de vino y, una vez nos han traído los platos, sus ojos de color marrón oscuro me observan con intensidad.



—¿Está bueno el lenguado? —pregunta.

—Muy bueno. —Y lo digo de verdad.

Toma un poquito de pescado de mi plato y lo prueba.

—Mmm... Sí que está bueno.

Pincho un trozo de bistec de su plato y me lo meto en la boca.

—¡Esto también está buenísimo!

Empuja su plato hacia mí y se lleva el mío a su lado. La verdad es que no me importa.

—Me suele gustar más lo que comes tú que lo de mi plato —afirmo mientras corto otro trozo de bistec.

—Siempre te pasa lo mismo, señorita Wells.

—Mira quién fue a hablar. Estás comiéndote mi lenguado.

—Es que está delicioso. ¿Quieres probar el pastel de *mousse* de chocolate?

—Sí, pero no debería. Estoy tan llena que tendré que volver a casa en ambulancia.

Matt llama a una camarera.

—Un trozo del pastel de *mousse* de chocolate de la casa. Y una ambulancia, por favor —dice, y me guiña el ojo exageradamente.

La camarera sonrío y se sonroja.

—Enseguida se lo traigo, señor.

Nos acabamos el postre, Matt deja una buena propina e informa al personal del restaurante de que pagará la cuenta desde su despacho.

—¿Necesitas que te lleve en una camilla? —pregunta. Le brillan los ojos y esboza una sonrisa traviesa.

—No. Puedo caminar. A duras penas —añado, y Matt me estrecha entre sus brazos—. Muchas gracias, cariño —susurro, y me pongo de puntillas para plantarle un beso en la mejilla.

\*\*\*

La semana siguiente, recibimos docenas de confirmaciones de asistencia a la boda de mandatarios extranjeros que han recibido nuestras invitaciones.

Las ruedas de prensa son el pan de cada día, aunque Matt no asiste a todas. Lola informa a los periodistas a medida que surgen novedades. La prensa quiere saber todos los detalles, incluso sobre los regalos que recibiremos, y, como Matt

no les da ningún detalle, yo tampoco. Simplemente me alegro de que el país esté tan contento como yo.

# Boda presidencial

## Charlotte

Los regalos empiezan a llegar la semana antes de la boda. El Servicio Secreto los examina antes de que Matt y yo los abramos. El presidente de China nos ha regalado una escultura de bronce de la bandera de Estados Unidos. El primer ministro de Canadá, una pareja de cisnes para la fuente de los jardines de la Casa Blanca. El presidente de México nos ha pedido permiso para enviarnos una banda de mariachis para el día de la boda. Poco a poco, las habitaciones de la Casa Blanca se llenan de regalos de todas las partes del mundo.

Y nunca olvidaré este día.

Hoy, el Senado ha aprobado la reforma educativa de Matt.

La Casa Blanca está a pleno rendimiento, todos sus habitantes se preparan para el evento.

Me he maquillado temprano, y todo el mundo riñe a Matt y le recuerda que no puede entrar en mi habitación porque no puede verme hasta que estemos frente al altar.

El día empieza con un desfile por la avenida Pennsylvania al que pueden asistir todos los ciudadanos. Se llenan las calles y se dispara una salva mientras los trabajadores de la Casa Blanca colocan una hilera de tenderetes blancos en el jardín de las rosas.

Las mesas para los banquetes se decoran con flores y su aroma, junto con el de las rosas, inunda el aire.

Llevo un vestido con la espalda descubierta, una larga cola y un elegante velo de encaje.

Matt, el chef y yo hemos planeado un menú compuesto de cuatro platos con

maridaje. Hemos optado por una ensalada de cangrejo con pera y queso de cabra, sopa de calabacín, cordero asado con romero y verduras, langosta pochada y tarta de queso y manzana, mi postre preferido del chef de la Casa Blanca, todo ello servido en platos con los bordes de plata que quedan preciosos sobre el mantel blanco y junto a las sillas plateadas.

Entre nuestros invitados hay veintiún presidentes con sus respectivas primeras damas, dos primeros ministros, jugadores de la NBA, directores de Hollywood, actores y cantantes, ganadores del Premio Nobel, todos los niños del hospital Children's National y nuestros familiares y amigos.

Pero nadie puede compararse con mi futuro esposo, el presidente de los Estados Unidos, que viste un esmoquin negro y esboza una de sus sonrisas más encantadoras mientras me observa caminar por la alfombra roja hacia el altar, en el jardín de rosas de la Casa Blanca, lista para ser suya. En todos los sentidos de la palabra.

Matt está guapísimo. Lleva una pajarita, una camisa blanca y un pin pequeño de la bandera de los Estados Unidos abrochado en la chaqueta.

Es tan atractivo...

Y poderoso.

Y mío.

Con los jardines de fondo y miles de rosas blancas detrás del altar, no me puedo creer que el príncipe de América, que ahora lleva la corona de rey con tanta facilidad, vaya a casarse conmigo.

Hoy hará su segundo juramento; ha hecho los dos más importantes de su vida en el mismo año.

Y mientras camino hacia el altar pienso que lo mejor de todo es la sonrisa que esboza. Es sutil, pero la combina con una mirada intensa y brillante. Me acerco a él con la música de la orquesta de fondo y me entran ganas de llorar colgada del brazo de mi padre, que me acompaña por la alfombra roja.

Mi padre tensa la mandíbula con fuerza y tiene los ojos un poco rojos. No puedo imaginarme lo que siente al ver a su hija casarse... con un hombre como este.

—Cuida de mi niña, Matthew —murmura mientras me entrega a Matt.

—Lo haré, señor —asegura él.

Entrelaza sus dedos con los míos y fija la vista en mí. Nos acercamos al altar y nos detenemos delante del cura.

Debajo de la falda del vestido siento como si las piernas no me pesaran

nada, como si estuviera hecha de aire.

Sé que la ceremonia está emitiéndose por televisión e intento reprimirme para no ponerme a llorar, pero me escuecen los ojos solo con notar su presencia a mi lado.

Cuando nos ponemos cara a cara para decir nuestros votos, se me hace un nudo en la garganta.

Su voz, firme e imponente, pero con un deje de seducción, me mata.

—Yo, Matthew, te tomo a ti, Charlotte, como mi legítima esposa para amarte y respetarte todos los días de mi vida, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Mi voz suena firme cuando digo:

—Yo, Charlotte, te tomo a ti, Matthew, como mi legítimo esposo para amarte y respetarte todos los días de mi vida, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

La ceremonia continúa y memorizo la cara de Matthew. No da la impresión de que vaya a llorar, sino que parece seguro de sí mismo. Listo para convertirse en mi esposo.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia, señor —dice el cura.

Matthew levanta las cejas, me acerca a él y me mira los labios con deseo.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar, me rodea el rostro con las manos y me besa de la forma más dulce, firme y apasionada de la historia.

—Señores y señoras, ¡el presidente de Estados Unidos y la primera dama!

Beckett le da una palmadita a Matt en la espalda y yo abrazo a Kayla mientras todos los asistentes exclaman, emocionados. Después Matt y yo caminamos entre ellos por la alfombra roja. Oigo los gritos de la multitud mientras los *flashes* de las cámaras me ciegan. Me enamoro todavía más al notar la sonrisa de Matt contra mis nudillos cuando me los besa.

## Buena suerte

**Matt**

—¡Larga vida al presidente Hamilton!

La arrastro a la pista de baile y me entran ganas de devorarla. Quiero besar su rostro dulce y sonriente, besar los labios que ha estado mordisqueándose todo el día con nerviosismo, desabrocharle poco a poco los botones del vestido y tomarme mi tiempo con ella.

Me siento invencible, como si pudiera hacer cualquier cosa y tener cualquier cosa.

Mientras la hago girar oigo cómo se ríe y, después, cómo jadea cuando la vuelvo a acercar a mí; estoy seguro de que no deseo a nadie en el mundo más que a ella.

A menudo discutía con mi padre durante los últimos años de su vida.

—*¿Por qué casarse con una mujer si no vas a prestarle atención?*

—*Llegará un día, Matthew, en que conocerás a una mujer y querrás hacerla tuya.*

—*No soy tan egoísta.*

«Resulta que sí lo soy, papá». Pero estoy dispuesto a hacerla feliz. No seguiré sus pasos.

Cuando acabamos de bailar, Charlotte baila con su padre y, cuando me toca a mí hacerlo con mi madre, estoy convencido de que está pensando en lo mismo que yo. Él debería haber estado aquí. Habría estado tan orgulloso como el padre de Charlotte.

—Encontraré a la persona que lo mató —digo.

—No, Matt. No vale la pena.

—Sí que vale la pena.

—Matthew, por favor...

—Mamá. Estamos en Estados Unidos. Uno no mata a un hombre y se sale con la suya. Aquí no.

—Matthew... —dice, desolada. Mira a Charlotte—. Disfruta de tu mujer. Ella te ama.

—Y yo también la amo. Y seré un buen marido.

Aprieta los labios, asustada y preocupada.

—Tú no eres como tu padre. Puede que ambos tuvierais el mismo sueño, pero has sacado lo mejor de cada uno de nosotros dos.

Río y le beso la mejilla.

—Gracias, mamá.

—¿Me permites el siguiente baile? —pregunta mi abuelo.

Sonrío y dejo que baile con mi madre.

—Gracias, abuelo.

—Felicidades, hijo. Charlotte será como un soplo de aire fresco para la Casa Blanca. Ahora sé qué has visto en ella.

La miro. Está bailando con los niños del hospital Children's National. Ríe mientras el pequeño Matthew Brems intenta hacerla girar como lo he hecho yo hace un rato y sonrío. Me meto las manos en los bolsillos mientras la observo. Nunca me ha gustado tanto contemplar nada en mi vida.

Charlotte me impulsa a ser la mejor versión de mí mismo. No hay muchas personas en el mudo que me hagan sentir así. También hace que quiera arrodillarme ante ella y venerarla como si fuera un Dios.

Veo que se pisa la cola del vestido una y otra vez, se excusa de la pista de baile y susurra algo al oído de Stacey. Esta última sale disparada hacia la casa.

—Nunca pensé que vería este día, Hamilton.

—Oye, es el puto presidente ahora.

—Venga ya, sigue siendo Hamilton.

Me limito a sonreír.

—Hola —saludo a Lucas y a Oliver, viejos amigos—. Me alegro de que hayáis venido.

—Algunos decían que sería difícil tomarse en serio al «Hombre vivo más

*sexy*», según la revista *People*. Y mírate ahora. Eres el presidente.

Esbozo una ligera sonrisa mientras me señalan su mesa. Me siento con ellos y cojo una copa cuando se acerca uno de los camareros. Entonces la veo por el rabillo del ojo. Se ha cambiado y lleva una falda azul y una chaqueta a conjunto que le acentúa las caderas. La falda deja al descubierto sus hermosas piernas.

Me levanto poco a poco y siento cómo se me concentra la sangre en la entrepierna.

Nuestras miradas se cruzan. Abre sus ojos azules para mirarme, feliz e impresionada. Ansío abrazarla.

—Charlotte —digo, y la presento a los demás—. Estos son Lucas y Oliver, amigos míos de Harvard.

—Encantada —responde, y después se dirige hacia otra mesa para abrazar a mi madre y abuelo. Cuando vuelve, se sienta a mi derecha. Nuestras miradas se vuelven a cruzar y le coloco una mano en la espalda.

—¿Recuerdas aquella profesora de Harvard, aquella tan mona que te miró dos veces cuando entraste en su clase el primer día? —cuenta Lucas, que añade mirando a Charlotte—: No podía hablar con Matt sin sonrojarse.

—Te pusieron un diez por guapo —interviene Oliver.

Me recuesto en la silla y escucho a medias la conversación. He oído estas anécdotas mil veces. Mis amigos de la universidad siempre hablan de lo mismo, como si hubieran sido los mejores años de sus vidas. En mi opinión, prefiero mi vida ahora, y me interesan las reacciones y la risa de Charlotte.

Nunca he visto a una mujer tan feliz. Está preciosa.

Me muevo en el asiento; me duele la entrepierna.

Nada se interpone entre nosotros. No dejaré que el miedo que siento a no ser capaz de ser un buen comandante en jefe y un buen marido me detengan. Estoy segurísimo de que voy hacer todo cuanto esté en mi mano para ser ambas cosas.

Solo espero ser capaz de calmarme un poco esta noche para dejarla disfrutar de la boda antes de llevarla a Camp David para relajarnos juntos.

La observo. Está muy *sexy* con este conjunto azul que le acentúa las curvas y eso hace que aumente mi deseo de verla desnuda; de acostarme con mi mujer.

Dejo la copa de lado y la miro intensamente.

—Disculpádnos, tenemos jefes de estado a los que saludar.

—Ha sido un placer conocerlos. —Ríe mientras se despide y luego me estira de la manga—. Matt, espera. Creo que los niños están esperándome para que acabe de bailar con ellos.



Entonces el presidente de México se detiene delante de mí y Charlotte regresa a la pista de baile.

—Tiene una primera dama hermosa —dice el presidente—. Felicidades.

—Muchas gracias por venir y compartir nuestra alegría. —Esbozo una amplia sonrisa y empezamos a hablar sobre el tratado entre nuestros países.

Sigo estando atento a los movimientos de Charlotte. Meto las manos en los bolsillos mientras ella se acerca al grupo de niños. El pequeño Matt Brems se levanta y señala la pista de baile.

Ella acepta y se ponen a bailar. Charlotte lleva la melena suelta y cientos de cámaras les hacen fotos sin parar. Cuando acaba el baile, ella inclina la cabeza y coge algo de una mesa cercana. Acto seguido, se arrodilla delante del chico y le da el regalo. El pequeño Matt se limita a observarlo y después la mira a ella con curiosidad en el rostro. Charlotte me mira, sonriente.

Yo también sonrío porque sé lo que es. Entonces imagino una versión pequeña de mí, a ella arrodillada delante de él... de nuestro futuro hijo. Aprieto los puños con fuerza; el deseo me invade.

Me deshago de la sensación y sonrío de nuevo. Sigo hablando con el presidente de México y me digo a mí mismo que ahora no es el momento. Pero, al pensar en los años que me esperan, no sé cuándo sucederá.

—Le he dado al pequeño Matt la fotografía en la que está en la Casa Blanca, esa en la que sale contigo; la que te pedí que firmaras —dice Charlotte cuando vuelve.

—Ya lo sé.

—Para que le dé buena suerte.

—Eres preciosa. Qué ganas tengo de sacarte de aquí.

# Camp David

## Charlotte

El helicóptero presidencial nos lleva hasta Camp David y, tan pronto como aterrizamos, nos lanzamos el uno encima del otro en la cabaña Aspen. Matt me acorrala entre la puerta y su cuerpo, me besa intensamente y me coge del pelo mientras me acerca más a él. Me desliza la boca por el cuello, me agarra la falda y me levanta.

Dejo que me sujete por el culo y me apoye contra la pared mientras se agacha y se coloca entre mis piernas. Siento cómo desliza la boca por mi abdomen y mi entrepierna. La barba de un día me raspa la piel sensible que tengo entre los muslos. Me quita las bragas con delicadeza y me acaricia con la lengua.

Gimo, le agarro del pelo negro y suave y gimo de nuevo cuando repite el movimiento con la lengua y me lame lentamente por toda la entrepierna.

Me mete un dedo y me mira, despeinado, con los ojos brillantes y los labios húmedos.

—Por favor, no dejes que me corra sin ti —suplico.

Me lame de nuevo y gruñe.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que te desnudes —jadeo, y cuando quiero darme cuenta se ha levantado, me ha dejado en el suelo de nuevo y me mira mientras empieza a desabotonarse la camisa.

Me echo las manos a la espalda y me desabrocho los botones de la falda. Matt se quita la camiseta y los pantalones.

Está desnudo.

Está tan *sexy* desnudo...

Le da un toque primitivo y poderoso.

Está en su elemento.

Me pone muy cachonda.

Es mío.

Solo mío, así, sin nada: sin máscaras, sin corbata, sin esa imagen de hombre con poder ejecutivo. Solo con sus músculos. Sus labios. Sus palabras.

Estoy casada con el presidente. No me importa que sea el presidente.

Solo me importa él.

Estoy casada con el chico del que me enamoré cuando era pequeña; con el hombre al que amo.

Solo con pensarlo me estremezco. Él hace que me estremezca.

Es la única persona con la que quiero compartir el resto de mis días.

La niña que hay dentro de mí todavía se maravilla ante el hecho de que, de entre todas las mujeres, me escogiera a mí. Decidió amarme a mí. Vio quién era yo en realidad.

Y también me ve ahora, de pie ante él, musculoso, observándome mientras me quito la ropa.

Tiene la respiración entrecortada y fija la vista en mí.

Doy un paso hacia delante, pega su cuerpo al mío y me agarra del pelo. Me acerca los labios al oído y susurra:

—Te amo tanto, cariño... —Presiona la otra mano contra mi pecho y me acaricia el pezón.

—Te amo muchísimo. Te quiero dentro de mí lo antes posible.

Matt me besa. Todos mis pensamientos se desvanecen mientras estiro el brazo para tocar su miembro. Lo noto duro entre mis manos. Gimo cuando me levanta, me lleva hasta una habitación y me deja encima de la cama de matrimonio. Se coloca encima de mí y se agacha para besarme los pechos. La boca de Matthew se convierte en el centro de mi universo. Quiero más. Gimo de nuevo cuando noto su lengua hambrienta contra mi piel y sé que está tomándose su tiempo para disfrutar de mí, para probar mi sabor, para atormentarme. De vez en cuando nuestros labios se encuentran y nos comemos a besos vorazmente.

—¿Qué quiere mi mujer?

—Ya sabes lo que quiero —respondo.

Me recompensa con un beso. Nunca pensé que un hombre llegaría a besarme

con tanta pasión; nunca pensé, cuando una vez le dije inocentemente que no me importaría estar a su lado, que acabaría así. Que Matt no solo sería el hombre con el que estaría durante su presidencia, sino también durante el resto de nuestras vidas.

Y creo que por eso nos besamos así: porque no somos el presidente y la primera dama cuando estamos juntos. Porque el hecho de que me pidiera matrimonio y nos casáramos no es debido a que él sea comandante en jefe y yo sea su primera dama, sino a pesar de ello.

Me pidió matrimonio porque quería pasar el resto de su vida conmigo. Imaginar un futuro con él me hace la mujer más feliz del mundo.

No importa que nuestras vidas queden retratadas en los libros de historia para siempre. Porque esta es nuestra historia; suya y mía.

Matt apoya su frente contra la mía y me mira con intensidad.

—¿Tomas pastillas anticonceptivas, cariño? —pregunta en voz baja, y asiento. Empecé a tomarlas cuando Matt le pidió al médico de la Casa Blanca que me las recetara. Me besa profundamente y me abre de piernas para penetrarme.

Se me escapa un gemido y a Matt también, mientras me recuerda lo mucho que me quiere y lo mucho que le gusta sentir mi piel contra su piel, sin ninguna barrera entre nosotros. Dios, me siento tan llena... Es como si fuera a explotar en cualquier momento a causa del placer de sentir a Matt, grande, grueso y firme, que me penetra como si mi vagina le perteneciera.

Sí que le pertenece.

Coloca mi pierna derecha sobre su hombro para tener mejor acceso a mi interior. Noto cómo se mueven sus músculos bajo mi pierna mientras me embiste y, de repente, me penetra más profundamente que nunca.

Gimo de placer y me calla con su boca.

—¿Quieres que la meta más? —pregunta, y se coloca mi otra pierna sobre el hombro.

Estoy a punto de correrme.

—Dios, Matthew —jadeo.

Con ambas piernas sobre sus hombros, me penetra más profundamente.

—Así —susurra.

Me llena por dentro como si no pretendiera salir nunca. Como si ese fuera su hogar. Como si mi cuerpo estuviera hecho para adaptarse a cada centímetro del suyo. Gruñe cuando llega al fondo y le aprieto las piernas alrededor de los

hombros, porque quiero más, lo quiero todo. Los músculos de mi vagina se amoldan a su miembro cada vez que me embiste.

—Encajamos a la perfección —susurra, y me lame los labios—. Deja que entre un poco más, señora Hamilton. Quiero que te entre toda.

—Sí —jadeo—. Soy toda tuya.

Gimo de placer mientras Matt me observa y, cuando me corro, su mirada refleja pura pasión. Esboza una sonrisa maliciosa cuando me dejo llevar, como si no disfrutara de nada más tanto como de mí.

Gruñe y se corre conmigo, me tapa la boca con la suya y me besa salvajemente.

Durante los siguientes minutos, nos quedamos tumbados, enredados el uno en el otro, desnudos y sudorosos después de hacer el amor. Matt va al baño, vuelve con un trozo de papel y me lo pasa por la entrepierna. Me limpia, tira el papel y vuelve a la cama. Me observa mientras se estira a mi lado. No podemos esconder el deseo que sentimos cuando nos miramos. Matt apoya su frente contra la mía.

—¿Podemos repetirlo? —pregunta mientras se acerca a mí y me acaricia el costado.

Encuentra mi clítoris y lo acaricia mientras me besa.

—¿Puedes hacerlo de nuevo, Charlotte? —pregunta, y me mete un dedo mientras sigue acariciándome el clítoris.

Arqueo la espalda y me muerdo el labio para evitar que se me escape un gemido. Su aroma me invade y me mareo a causa del deseo. Me saca el dedo, me vuelve a masajear el clítoris y extiende todos mis fluidos sobre mi piel. Empiezo a mover las caderas hacia su mano, desesperada porque quiero más. Me vuelve a meter el dedo, lo saca y regresa a mi clítoris. Me estremezco y echo la cabeza hacia atrás mientras tiro de las sábanas. Me derrito de placer.

—Te deseo —jadeo.

No me hace esperar mucho más tiempo.

Gruñe y me aprieta los pezones, los lame y los succiona. Arqueo la espalda para alcanzar su boca y le agarro del pelo mientras profundizo el beso. Matt me penetra. Llega lo más profundo posible, tan profundo que lo siento hasta en el alma antes de deshacerme entre sus brazos.

\*\*\*

La sala de estar tiene una chimenea y Matt la enciende en mitad de la noche.

Poco después, el fuego calienta la estancia.

Sonríe y me acaricia la espalda mientras respira, satisfecho. Estamos estirados en el sofá después de haber hecho el amor de nuevo.

—He pasado tantas noches deseando cogerte de la mano. —Levanto su mano y entrelazo nuestros dedos—. Mirarte sin miedo a que todo el mundo viera lo que siento por ti escrito en mi rostro.

Me agarra de la nuca y noto cómo se mueve su polla debajo de mí cuando escucha mis palabras. Me besa con lengua intensamente.

—Y ahora... eres mi marido.

Me observa.

—Te amo.

Me agarra la mano y me chupa el dedo anular. ¡Mmm! Este hombre sabe cómo volverme loca. Recuerdo que hizo lo mismo el día que me dijo que el pequeño Matt iría de visita a la Casa Blanca y, de repente, me doy cuenta de algo.

—¿Así mediste la talla de mi anillo? ¿Con la boca? Señor presidente, me sorprende usted.

Esboza una sonrisa burlona.

—Te alegrará saber que también sé hacer más cosas con la boca.

Me aparta su camisa blanca, que me he puesto para estar por casa, y me besa el hombro que ha dejado al descubierto.

—Ya lo creo. Se te dan muy bien las ruedas de prensa.

—A mi boca se le da mejor encontrar lugares cálidos y dulces para lamerlos.

Mete una mano bajo la manta y me acaricia la piel del vientre; después mete la cabeza dentro y me besa uno de los pezones.

Se me escapa una risita.

Matt levanta la cabeza.

—Eres preciosa. —Sonríe. Sus ojos son tan bonitos que me cuesta respirar cuando los miro.

—Me pregunto qué pensaría el país si supiese tu fetiche con la letra C —bromeo.

—Que soy el comandante en jefe. Que se me permite disfrutar de cualquier fetiche relacionado con mi esposa

—responde con la voz ronca.

Sonrío.

—Si tu padre te viera ahora... Su único hijo, presidente de los Estados Unidos, realizando un buen trabajo.

—Se pondría igual de contento solo con saber que he sentado la cabeza.

—¿Conmigo?

—No, con Jack. —Matt sonrío con picardía y me acaricia la mandíbula con el pulgar—. Sí, contigo —añade en voz baja.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo sé.

—¿Crees que le gustaría? ¿Soy lo bastante buena? ¿La hija de un senador?

—Mi padre apreciaba mucho a tu familia, pero tú le encantabas. Y a mí me encantas aún más.

—Pues que sepas que esto solo es el principio, señor presidente.

—No me digas. —Sonrío y después frunce el ceño—. ¿Le has dicho al tío ese que ya no estás disponible?

—No necesita que se lo diga. Debería saberlo. No tiene ninguna oportunidad conmigo. No desde que empecé a colaborar en tu campaña presidencial. Nadie se compara contigo. Ya entonces era así. —Levanto una ceja—. ¿Se lo has dicho tú a todas tus *groupies*? Hasta los miembros de nuestro personal sueñan contigo cada noche.

—Yo ya no estoy disponible. Y llevo un anillo que lo demuestra —dice, y da golpecitos a su alianza con el pulgar.

—Eso me ha contado un pajarito... —contesto.

—Tienes muy buen oído, ¿no?

Asiento y sonrío con picardía mientras le paso la lengua por la clavícula.

—También tengo una lengua muy cálida.

—Mmm. ¿Por qué no me lo demuestras más abajo?

—También me han dicho... Matt, ¿me oyes? —pregunto, y le lamo los pectorales.

—¿Qué? —Ríe, distraído.

—También me han contado que han aprobado tu reforma educativa.

—Dios. Sí. —Cierra los ojos con fuerza y echa la cabeza hacia atrás—. Menudo descanso. Por un momento pensé que no lo aprobarían por un voto.

—Estoy muy orgullosa de ti, Matt —añado.

Me mira y sonrío mientras me acaricia el pelo.

—Mejorar el sistema sanitario será lo siguiente.

\*\*\*

Parece mentira que a la mañana siguiente me despierte en Camp David. Soy una mujer casada. Estoy casada. De ahora en adelante, la gente me llamará «señora Hamilton».

A Matthew no le entusiasmaba la idea de que una manada de *paparazzi* nos persiguiera allá donde fuéramos, así que optamos por Camp David. Y me encanta que nos decidiéramos por este lugar. Es precioso y tranquilo.

Es tan temprano que el sol apenas ha salido aún, lo sé por la luz que entra a través de las cortinas. Contemplo el anillo que llevo en el dedo, idéntico al que lleva Matt, aunque el suyo sea un poco más grueso. Descansa a mi lado, así que me acerco a él y me coloco en el hueco que hay entre su pecho y sus brazos para dormir un poco más. Es el mejor sitio del mundo.

Despertamos a las nueve de la mañana y hacemos el amor; después preparamos el desayuno en la terraza. Es relajante. Es la primera vez que estoy a solas con Matt Hamilton sin esconderme. Estamos a solas de verdad. Supongo que hemos llegado a tal punto que el Servicio Secreto de Matt no cuenta, especialmente cuando han intentado ofrecernos el máximo de privacidad posible, aunque siempre se quedan lo bastante cerca como para cumplir con su deber. Esta sensación de privacidad es un cambio muy positivo respecto a nuestro día a día en la Casa Blanca.

Encendemos el televisor mientras lavamos los platos. En todos los canales están emitiendo fotos nuestras y vídeos de la boda. Decidimos apagarlo.

Salimos fuera y exploramos la zona. Matt me explica que antes jugaba al golf con su padre por aquí y que les gustaba caminar por los bosques que rodean la casa con Loki, una de sus antiguas mascotas.

Es casi la una del mediodía y cuando volvemos a la cabaña me doy cuenta de que nunca me he sentido tan feliz y tranquila en mi vida.

Entramos en la sala de estar y después nos dirigimos a nuestra habitación. Matthew se aproxima a la ducha y abre el grifo. Me observa, expectante, y levanta las cejas un milímetro.

—¡Ah! —exclamo—. Quieres que... Esperas que...

Matt asiente poco a poco, empieza a desvestirse y esboza una ligera sonrisa.

—Sí.



Hacemos el amor como nunca antes. Lo hacemos contra la pared, luego la saca y se corre en mi abdomen mientras me mira con deseo. Es lo más *sexy* que he visto en mi vida. Es la experiencia más *sexy* de mi vida. Con el hombre más *sexy* del mundo.

Pasamos la tarde entre risas y hacemos el amor en la cocina. Después hablamos de política; incluso llamamos a la Casa Blanca para ver cómo está Jack y pedimos que nos lo traigan a Camp David en coche.

Horas después llega Jack, que corre hacia Matt cuando lo ve en el umbral de la puerta. Al día siguiente paseamos por el bosque con él, que no para de ladrar y mover la cola de felicidad.

\*\*\*

El sábado pasamos una tarde gloriosa paseando por el campo, disfrutamos de que Camp David esté libre de *paparazzi*, ya que es una base militar, y hacemos el amor lentamente en el sofá. Ya es domingo por la tarde y estamos en el helicóptero de vuelta a casa mientras Jack mira por la ventanilla.

Observo cómo brillan mi anillo de compromiso y mi alianza en el dedo y sonrío. Después me quedo mirando el perfil pensativo de Matt mientras observa por la ventana. Sé que su mente ya está volviendo al trabajo.

Marcharnos de Camp David me pone triste, pero, a medida que nos acercamos al distrito de Columbia y observo los monumentos de Washington y Jefferson mientras nos preparamos para descender en el jardín sur de la Casa Blanca, una sensación de paz y asombro me invade al ver la ciudad desde arriba. Absorbo las vistas de las luces que enfocan las columnas de la entrada y sé que Matt necesita estar aquí. Este es su sitio. Nuestro sitio. Sin importar cuántas veces deseemos parar el tiempo y revivir un momento sencillo y normal una y otra vez.

# Vida

## Charlotte

—La chica de la foto —dice mi marido mientras observa su regalo. Le da golpecitos al cristal con el dedo y levanta una ceja—. La deseo. Siempre.

—Ya se lo diré —respondo, y me quedo sin aliento cuando lo miro a los ojos.

Deja el retrato a un lado y viene hacia mí, envuelto en la toalla de la ducha, listo para meterse en la cama.

—Asumo que pretendías causarme una erección con esa mirada tan seductora.

Río.

—¡No es seductora! Alison me dijo que pensara en ti y eso es lo que hice...

—¿Pones esa cara cuando piensas en mí? —pregunta, y se inclina hacia delante.

Asiento con la cabeza y Matt me coge la cara con ambas manos.

—Piensa en mí ahora —ordena en voz baja mientras me mira.

Examino su rostro.

—No puedo. Estoy muy ocupada mirándote.

—Pues cierra los ojos y piensa en mí.

Le hago caso y se me escapa una risita porque sé que sigue mirándome.

Entonces me lo imagino, de pie mientras me observa envuelto en esa toalla, tan *sexy*... Recuerdo la expresión de su rostro cuando le he dado el retrato que Alison me hizo, de color blanco y negro elegante, con un marco dorado. Me imagino la forma en que me mira, apasionado, como si estuviera viva en el retrato y esperara a que saliese de él para besarlo.

Se me acelera la respiración y luego noto que me toca con delicadeza, que me acaricia la mejilla. Respiro con dificultad cuando siento que su mano desciende un poco más y me toca la piel que la toalla deja al descubierto.

—Estás exquisita —dice mientras respira contra mis labios y me agarra por la nuca. Me besa apasionadamente, se me tensan los dedos de los pies y todos los átomos de mi cuerpo se estremecen.

—¿Quieres hacer el amor otra vez? —Lo acabamos de hacer en la ducha. No nos cansamos el uno del otro; da igual que hayamos vuelto a la Casa Blanca, lo deseo y quiero más de él.

—Sí —responde, y me quita la toalla. Se me entrecorta la respiración cuando se quita la suya y me envuelve entre sus brazos. Estamos piel con piel y nuestras bocas colisionan mientras exploramos el cuerpo del otro con las manos.

Al día siguiente, después de vestirme a toda prisa y ver cómo Matt se pone un traje y se abrocha los gemelos, él se dirige al Despacho Oval con Freddy, su guardaespaldas, que siempre aguarda en la puerta de la habitación. Cuando llego a mi despacho, en el ala este, encuentro una nota adhesiva con su letra enganchada en la mesa.

Señora Hamilton,

Te amo.

P. D.: Bonita falda.

Sonrío. Me parece gracioso porque le dije que me gustaría contestar algunas de las cartas que la Casa Blanca recibe a diario. Se lo comenté hace días, en Camp David; me acuerdo como si fuera ayer, como si estuviera entre sus brazos aquí y ahora.

—Matt, ¿sabes todas esas cartas que llegan a la Casa Blanca cada día?

—Mmm. —Está a punto de dormirse. Tengo la cabeza apoyada en su brazo y una mano en sus bíceps.

—Te dejan unas cuantas en la mesa cada día para que las respondas —específico.

—Sí. —Asiente, y se acerca a mí para empaparse de mi aroma.

—¿Te parece bien si contesto algunas? —Sonríe contra mi cuello—. Si no estás de acuerdo, no pasa nada —añado rápidamente.

—Te gusta lo de las cartas, ¿verdad? —pregunta, y me acaricia el abdomen.

—Supongo que sí —contesto, y sonrío en la oscuridad de la habitación.

—Entonces te escribiré mi respuesta.

Frunzo el ceño.

—¿Qué? ¿Vas a escribirme una carta? —pregunto, confundida. ¿Por qué tantas complicaciones?

Entonces caigo en la cuenta de que está escribiendo algo con el dedo sobre mi piel. Se me eriza el vello mientras miro hacia abajo y veo cómo esboza cada letra con los dedos.

Es tan *sexy* que me cuesta horrores quedarme quieta. Reprimo las ganas de retorcerme bajo sus dedos mientras los desliza lentamente sobre mi cuerpo.

«SÍ».

Sonríe y me mira. Le brillan los ojos.

—¿Contenta, cariño? —pregunta en voz baja.

Acorto la distancia entre nuestras bocas, lo beso y murmuro:

—Sí.

Después me muerde el labio inferior y se lo mete en la boca. Eso marca el final de la conversación.

Ahora observo la nota que está encima de un montón de cartas. Sabe que me gusta leerlas, y sé que la nota de Matt es la primera de docenas de cartas que me dejarán en la mesa cada mañana.

La guardo en el cajón y me sorprendo cada vez que veo mi anillo de casada por el rabillo del ojo.

## **Matt**

—¿Estás diciéndome que es un callejón sin salida?

Cox y yo estamos en el Despacho Oval.

—Eso parece, señor presidente.

Cox señala las imágenes de las cartas, cada una de ellas fotografiadas dentro de una bolsa de plástico, en mi mesa.

—Hemos comparado las cartas que se parecían a la que le enviaron a usted, todas las que pudimos encontrar, hasta de cuando su padre era presidente, y todas las huellas pertenecen a miembros del personal de la Casa Blanca. Solo

una de las cartas tiene una huella ajena. —Cox me muestra la imagen de un hombre calvo—. Enviamos a un equipo a hablar con él. Es un hombre que trabajaba en la oficina de correos de Milwaukee durante la época en que se enviaron estas cartas. No se acordaba de nada.

Me paso el pulgar por el labio inferior, nervioso.

—¿Hay alguna otra pista?

—Negativo, señor.

—Entonces sigamos indagando.

—Sí, señor.

Cox sale del despacho y, durante un segundo, tenso la mandíbula y observo la fotografía de mi padre que tengo en la mesa. Saco algunos documentos del cajón y me preparo para la reunión con el fiscal general.

# Lo inesperado

## Charlotte

Una semana después de volver de Camp David, me abrocho el sujetador y me siento un poco hinchada cuando me pongo la falda.

Cuando me percaté de que tenía un retraso, lo atribuí a los grandes cambios que he experimentado en estos últimos meses, además del hecho de que las píldoras anticonceptivas podrían afectar al funcionamiento regular de mi sistema reproductivo, pero ahora estoy preocupada.

No soy tan irregular en mis ciclos menstruales. Nunca lo he sido.

No puedo dejar de darle vueltas al tema mientras me entrevistan en una de las habitaciones de la Casa Blanca. Tan pronto como terminamos, llamo a mi secretaria de prensa. Lola tiene treinta y cinco años, es joven, divertida y se ha convertido en una amiga. Aunque puede que me lleve mejor con Alison, ya que también es nueva en la Casa Blanca, a Lola se le da mejor guardar secretos y necesito que esto quede entre nosotras. Se reúne conmigo en la Sala Oval Amarilla. Camino de un lado al otro, impaciente.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea.

—Necesito que Kayla venga a visitarme. Y que me traiga un test de embarazo discretamente.

—No hace falta, yo puedo conseguirte uno.

—Gracias, Lola.

No tarda mucho. Casi una hora después, vuelve con una bolsa de plástico en la mano.

—Vale, he procurado ser discreta. También he pedido diferentes marcas. —

Me entrega la bolsa y sonrío—. Estoy nerviosa y emocionada a la vez.

—Yo también.

Se marcha y salgo disparada hacia mi habitación para hacer el test. Cuatro veces. Todos los resultados son positivos.

Estoy embarazada de Matthew Hamilton.

Observo los test de embarazo sin acabar de creérmelo. Estoy emocionada y asustada. De hecho, me siento paralizada por el miedo.

No puedo creérmelo.

Estoy confusa y deambulo por los pasillos de la Casa Blanca mientras espero a que Matt termine sus labores en el Despacho Oval. Llamo a Portia y le pregunto si puedo visitar al presidente. Me dice que está reunido con el gabinete, pero me asegura que me avisará tan pronto como acabe para que podamos vernos antes de su reunión con el consejero de Seguridad Nacional.

Cuarenta y ocho minutos después, entro en el Despacho Oval. Matt está revisando algunos documentos. Lleva las gafas puestas y se agarra el pelo con una mano, como si estuviera frustrado. Supongo que será porque están poniéndole pegas a su reforma.

—¿Matthew?

Mi respiración es superficial. Pongo una mano sobre mi abdomen y Matt levanta la vista. Su rostro refleja preocupación.

—Estoy embarazada —digo en voz baja, preocupada, pero mis palabras resuenan por toda la sala.

Matt se quita las gafas poco a poco para verme bien y levanta una ceja. Tiene una expresión pensativa y se queda callado. Percibo un brillo de esperanza en sus ojos; una esperanza pura y primitiva.

—Estoy embarazada. Estoy tratando de tranquilizarme y no perder los nervios —admito. Prácticamente hablo entre susurros.

Abre los ojos como platos, como si estuviera librando una batalla interna. Agacha la cabeza durante un minuto que se me hace eterno.

Después deja las gafas a un lado, se levanta de la silla, cruza la habitación, me agarra la barbilla para que nuestros ojos se encuentren y coloca una mano sobre mi vientre. Agacha la cabeza, respira profundamente y apoya la frente contra la mía.

—Dilo otra vez —dice.

\*\*\*

Diez minutos después, miro la mano que reposa sobre mi barriga mientras estamos tumbados en la cama. Tengo el corazón desbocado y siento que me va a estallar en cualquier momento.

La verdad es que no ha dicho nada más. Se ha limitado a abrir la puerta del Despacho Oval y señalar al pasillo con un movimiento de cabeza.

Lo he seguido hasta su habitación, en la zona residencial de la Casa Blanca, y él ha cerrado la puerta con delicadeza.

Me tumbo en su cama, y lo observo mientras se quita los zapatos y se sienta a mi lado. Me levanta la camiseta y me coloca una mano sobre el abdomen mientras me mira fijamente.

Empiezo a hablar:

—Sé que es una locura, pero... —No puedo continuar porque Matt me acaricia la barriga suavemente. Es un movimiento que me tranquiliza y hace que me deshaga entre los cojines.

Tiene la piel morena y suave, y sus manos contrastan con la palidez de mi abdomen, que sube y baja a medida que inspiro y espiro.

Observo su mano y una oleada de emoción me inunda. Siento una mezcla de entusiasmo, miedo y sorpresa.

Agacha la cabeza y la apoya encima de mi barriga. Todavía no ha dicho nada más. Estoy poniéndome muy nerviosa.

—Matt... Di algo, por favor —suplico.

No sabía cómo reaccionaría, e incluso pensé en enseñarle el primer test de embarazo positivo. Los otros tres no importaron después de ese. Pero no lo he hecho. Me he limitado a decírselo cara a cara.

Me sujeta el rostro entre las manos y me dice todo cuanto necesito saber.

De repente, me besa con tanta pasión y deseo que me dan ganas de llorar.

Porque no había planeado tener un hijo. Ni él tampoco.

Pero lo quiero. Y también quiero que él lo quiera.

Cuando se aparta, me mira posesivamente y le brillan los ojos. Tiene una expresión que es seria y dulce a la vez en el rostro.

—Te amo —dice en voz baja mientras me acaricia—. Y lo sabes.

Me besa la frente y susurra:

—Ahora sí que no quiero cagarla.

Se aparta y se agacha a la altura de mi vientre. Veo que lo contempla con



asombro y lo besa. Coloca la mejilla en la zona que acaba de besar y nuestras miradas se encuentran.

Vamos a tener un hijo.

Madre mía.

Me doy cuenta de un millón de cosas.

Estoy embarazada de Matthew. Vamos a ser una familia. Va a ser padre. ¡Yo voy a ser madre!

¡Madre mía!

¿Estamos preparados?

Lo miro y ve la preocupación reflejada en mis ojos. Niega con la cabeza para decirme que no me preocupe.

Asiento y susurro:

—¿Qué pasa si no estamos preparados?

Me mira, se acerca a mí y me abraza.

Me acaricia la espalda con sus grandes y cálidas manos y me dejo mimar.

—Tengo miedo —confieso.

Lo amo tanto que creo que me estallará el corazón. Rompo a llorar cuando pienso en todo lo que significa para mí y todo lo que ha hecho por mí. Matt es más de lo que podría desear, más de lo que podría soñar. Llora en silencio y le doy gracias al mundo y al universo por tenerlo.

—Te amo, Charlotte —me dice al oído. Me gira la cabeza para que lo mire a los ojos—. No voy a mentirte, yo también tengo miedo. No quiero que este bebé se quede sin padre. O peor, no quiero convertirme en mi padre. No se lo merece. Ni tú tampoco.

Veo el miedo reflejado en sus ojos cuando me lo dice y me acuerdo de su infancia en la Casa Blanca.

—Sé que no querías que formáramos una familia hasta que ya no estuvieras en la Casa Blanca. Me siento fatal por ser una carga...

—No es una carga. Quiero a este hijo tanto como a ti. —Me observa fijamente y luego traga saliva—. Joder. —Se le escapa una risa nerviosa.

Me coge la cara con ambas manos y clava la mirada en mis ojos.

—Lo quiero. Te apoyaré en lo que necesites. —Parece muy seguro de sí mismo—. Dios mío, cariño. Ven aquí.

Dejo los miedos de lado cuando me acerca la cara a la suya y me besa con una dulzura tan grande que no sé si llorar o sonreír.

Supongo que la gente habla en serio cuando dice que las hormonas del embarazo te vuelven muy sensible.

Río un poco cuando lo pienso y Matt sonrío.

—Charlotte... Me pone muy cachondo pensar que estás embarazada de mí... que llevas nuestro hijo... dentro de ti.

Me mira fijamente mientras dice con decisión:

—Es perfecto. Todo. La mujer. El bebé... Por favor, no quiero que te preocupes más —me advierte con seriedad.

Asiento y solo con mirarle a los ojos mis miedos se desvanecen. Sé que tiene razón. Nunca he estado tan enamorada ni tan comprometida con alguien como lo estoy con él.

Sé que lo hará lo mejor que pueda.

Me doy cuenta de que no solo quiero ser su mujer, sino que también quiero ser la madre de este bebé y que él sea el padre. Quiero formar una familia con este hombre. Quiero a este hijo más que a nada en el mundo cuando veo a Matt contemplarme la barriga, y sé que es perfecto. Sé que todo irá bien.

Ahora me toca a mí cogerle la cara entre las manos.

—Matthew Hamilton, estoy tan enamorada de ti que ya no sé qué hacer conmigo misma.

Sonríe y me besa.

—Te vas a cuidar, porque solo quiero lo mejor para mi futuro hijo y su preciosa madre.

Río.

—¿Preciosa? Si me parezco a mi madre, me pondré como una foca durante el embarazo.

Niega con la cabeza y luego me mira la barriga.

—Vas a estar increíblemente *sexy* y serás una mujer muy deseable. No podré quitarte las manos de encima... —Desliza la lengua desde mi ombligo hacia abajo y, de repente, la situación cambia por completo.

Le sigo el rollo y suspiro exageradamente.

—No lo sé, Matt... A lo mejor quieres que duerma en mi habitación en vez de aquí contigo, porque ocuparé casi toda la cama y no estaré muy atractiva.

Levanta la vista y, muy a mi pesar, deja de jugar con la lengua sobre mi piel, pero la expresión de su rostro me hace reír porque se lo ha tomado en serio.

—El día en que deje de estar atraído por ti será porque me habré muerto —

contesta mientras me desabrocha la falda.

—¿Qué haces? —pregunto mientras se me acelera el corazón—. ¿Vamos a hacer el amor? —digo, fingiendo preocupación.

—¿Estás de coña? Claro que vamos a hacer el amor —afirma mientras me besa el abdomen—. No soy de la clase de hombre que se priva de disfrutar de su mujer —añade, y continúa besándome por la misma zona—. Me pone muy cachondo que estés embarazada de mí y me dan ganas de hacerte disfrutar al máximo.

—¿De verdad? —pregunto. Mi corazón ha explotado al oír esas palabras.

—Sí... Y quiero empezar ya mismo.

Noto cómo me baja la falda y la ropa interior.

Tengo la respiración entrecortada.

—Matt...

—Shh... Déjame hacer —susurra.

Trago saliva y asiento, porque no me salen las palabras cuando noto su lengua por la entrepierna.

—¿No tienes trabajo pendiente? —menciono.

—Volveré al despacho tan pronto como te corras. En mi lengua, cariño —añade. Es una orden.

Regresa al Despacho Oval doce minutos después.

Soy así de fácil.

O quizá el señor presidente sea así de bueno.

\*\*\*

Matt llama al médico de la Casa Blanca para que me visite. Nos comunica que tanto la madre como el bebé están sanos y que saldré de cuentas a principios de diciembre. Ahora estoy en la sala roja con la madre de Matt.

—Cuando Matt me llamó para contarme la noticia, no imaginaba que sería abuela tan pronto —dice, animada y con los ojos brillantes. Hace una pausa para beber un poco de té.

—Muchas gracias, señora Hamilton.

—Llámame Eleanor, por favor. ¿Habéis decidido cuándo lo anunciaréis?

Niego con la cabeza.

—Todavía no. Supongo que no podremos mantenerlo en secreto durante

mucho tiempo. —Sonrío y me paso la mano por la barriga.

Se le iluminan los ojos y, antes de continuar, le da otro sorbo al té. Tiene una expresión sombría, pero comprensiva a la vez.

—Sé que este estilo de vida puede ser muy duro, especialmente con un bebé en camino. Te sientes observada, vulnerable y como si no tuvieras derecho a equivocarte. Con el tiempo resulta más fácil, pero nunca demasiado. —Sonríe para animarme—. Escuché la preocupación en la voz de mi hijo cuando me dijo que iba a ser padre. Ya sabes que se preocupa porque piensa que será igual que el suyo o que cometerá los mismos errores... —añade—. Es un buen hombre, como su padre: es ambicioso, decidido y noble. Te apoyará en lo que sea, nunca querría hacerte daño o darte de lado, ni a ti ni al bebé.

Se le iluminan los ojos de nuevo y presiona los labios, como si tratara de recomponerse. Después se pone en pie y se sienta a mi lado. Me toma las manos y las aprieta.

—Os doy la bienvenida a esta familia; al bebé... y a ti, Charlotte. Todavía no había tenido la oportunidad de darte la bienvenida como es debido.

## Cena de estado

### Charlotte

Los eventos se han convertido en mi vida. Los vestidos, los accesorios. Estoy envuelta en ropa elegante y en los brazos de Matt.

—Ha pasado de ser una ciudadana más a convertirse en una figura pública, y lo ha llevado con elegancia y estilo. Estoy orgulloso de ella —comentó Matt.

Y también hizo declaraciones sobre los rumores de embarazo cuando estaba de ocho semanas.

—Exacto. Seré padre dentro de seis meses. Y tengo que pedirlos un gran favor. —Se dirige a la prensa con una mirada de advertencia—. No os paséis con mi mujer.

—Presidente Hamilton, ¿es un niño o una niña?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Le gustaría saberlo?

—Sí, por supuesto. —Sonríe.

Yo me dedico a cuidar los tulipanes del jardín, e introduzco patos para acompañar a los cisnes de la fuente sur.

Soy la señora de la Casa Blanca.

Organizo eventos para nuestros invitados de honor que los dejan impresionados. Contacto con artistas para que vengan a cantar el himno nacional cuando nos visita alguien importante.

Doy charlas en escuelas de primaria y secundaria, invito a los colegios a que organicen excursiones a la Casa Blanca y planeo cenas de estado para los niños (que en realidad son almuerzos) con comida sana.

Dedico los fines de semana a planear estos eventos, incluidos los que tienen

que ver con otros jefes de estado.

Intento compaginarlo todo y presto atención a cada detalle de las próximas cenas de estado. La siguiente será para el presidente Kebchov este fin de semana. Decido qué manteles utilizaremos, el tipo de platos, las flores, la comida y hasta la disposición de la mesa y el entretenimiento. Quiero que todo el mundo que entre por nuestras puertas se sorprenda por la elegancia y el *glamour* de la Casa Blanca.

Cada pared alberga una historia, cada artefacto, cada habitación. Es todo un honor leer sobre todas estas historias; saber que Abe Lincoln también caminó por estos pasillos, que John Fitzgerald Kennedy y Jackie hicieron el amor en las mismas habitaciones que Matthew Hamilton y yo. A veces me cuesta creer que yo, una chica normal a quien no le interesaba el mundo de la política, pero que estaba demasiado embelesada con un hombre como para alejarse de él, me merezca todo esto.

No obstante, aquí estoy. Para servir y para hacer las cosas de un modo distinto.

Quiero alcanzar mi sueño de infancia y aprovechar esta oportunidad para hacerlo realidad. Quiero cambiar la vida de alguien del mismo modo que Matt y su padre cambiaron la mía el día que vinieron a cenar a mi casa y me trataron como si pudiera ofrecer algo valioso al mundo. Todos lo tenemos; solo necesitamos que alguien nos lo recuerde.

Así que intento mantenerme ocupada cuando Matt está de viaje para dedicarle más tiempo cuando vuelve en casa. A veces, cuando regresamos a la Casa Blanca, cansados de un viaje, nos limitamos a hacer el amor y nos quedamos despiertos toda la noche hablando sobre los días que hemos pasado separados, y le digo a Matt que lo que hacemos no solo llega al corazón de muchas personas, sino también al mío.

\*\*\*

El bullicio constante de la Casa Blanca aumenta todavía más el día de la cena de Estado del presidente Kebchov.

La relación entre Estados Unidos y Rusia ha sido tensa desde hace años.

Kebchov es la clase de presidente al que quieres intimidar. Al que quieres recordar el poder de los Estados Unidos como líder.

No vivimos solos en el mundo. Tenemos vecinos y aliados. Y enemigos

también.

He organizado la cena de Estado perfecta: platos de la gastronomía americana, incluyendo langosta de Maine y patatas de Idaho.

Matt y yo esperamos al presidente Kebchov y a su mujer en la entrada mientras los centinelas se quedan a su lado y ayudan a su mujer a salir del coche.

—Presidente Kebchov. —Matt le estrecha la mano.

—Puede llamarme Kev—contesta con un acento marcado.

Su mujer va vestida de dorado y lleva las muñecas y el cuello cubiertos de joyas.

Yo he decidido ir más sencilla. Llevo un vestido de color verde y unos pendientes pequeños de esmeraldas que me regaló Matt para que conjuntaran con mi atuendo. No llevo ningún collar porque el vestido es palabra de honor y me gusta cómo me quedan los hombros desnudos. Sé que a Matt también le gusta.

—Mi primera dama, Charlotte. —Matt me presenta y estrecho la mano del presidente. Él me presenta a su mujer y ella se dirige hacia Matt para darle un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Si nos permiten el honor de acompañarlos... —Matt nos hace un gesto para que entremos y cuando cruzamos el umbral mil *flashes* se disparan.

Los artistas que nos proporcionarán entretenimiento esta noche son acróbatas del Circo del Sol y han preparado una actuación especial para la ocasión.

El presidente Kev se divierte; dedica toda su atención y admiración a los artistas, a las hazañas que llevan a cabo y que desafían la gravedad.

Matt me aprieta el muslo y me dedica una mirada de aprobación que me indica que le gusta la velada que he organizado.

Después de cenar, los hombres se enfrascan en discusiones políticas profundas y Matt sugiere que las comenten en su despacho. Yo me quedo en el salón con la primera dama.

—Su marido. Es muy joven y viril, ¿*da*? —dice Katarina.

—Sí. —Sonrío y mira a mi marido, que sale del salón junto al suyo, con una expresión codiciosa mientras le da un sorbo al vino—. Y además es muy bueno y cariñoso conmigo —añado, y pone los ojos como platos, como si no esperara que le contara eso.

—¡Me gustas! —declara—. No tanto como tu marido, pero...

Esboza una sonrisa pícaro y acabamos riéndonos y hablando de las funciones de una primera dama y de los problemas que ella cree que padece su pueblo.

—Mi marido ha estado enfadado con Estados Unidos durante muchos años. —Me observa—. Nunca hemos tenido la misma... perspectiva, digamos.

—Nunca hay dos países que compartan la misma perspectiva en todo. Para eso están los acuerdos.

Frunce el ceño ligeramente.

—Sí, pero a mi marido no se le da muy bien llegar a acuerdos.

—Al mío se le da genial. Estoy segura de que conseguirán llegar a un consenso. ¿Quiere que le enseñe la casa? —ofrezco.

Mientras los hombres están en el ala oeste, le hago un recorrido por la Casa Blanca, le explico historias sobre nuestros ancestros y le cuento pequeñas anécdotas curiosas o graciosas de cada estancia.

—La pasión que sientes es muy inspiradora —comenta.

Me limito a sonreír.

—Vas a tener un hijo, ¿verdad?

—Nacerá en diciembre.

—Nosotros nunca llegamos a tener hijos. Kev dijo que era demasiado trabajo tener hijos y encargarse de Rusia a la vez.

Percibo un deje de tristeza en su voz.

—Siento oír eso. Estoy segura de que Matthew también tiene sus preocupaciones al respecto, pero creo que es posible tener una familia y ser comandante en jefe al mismo tiempo.

—¡Ah, la juventud!

—Quizá sea la juventud, o simplemente certeza.

—¿A tu marido no le preocupa dejar un hijo sin padre? Como le pasó a él.

Levanto una ceja.

—No. Confiamos en que el Servicio Secreto nos proteja.

—Pero no pudieron proteger a vuestro querido presidente Law. —Me observa fijamente—. Sería una lástima perder un ejemplo de masculinidad tan perfecto a causa de un error.

Consigo mantener una expresión neutra y fijo la vista en ella.

—Gracias por su preocupación, pero mi marido y su administración son más fuertes que nunca y continuarán siéndolo —contesto; no estoy para tonterías.



Katarina se retira temprano, pero su marido se queda con el mío, no estoy segura de en qué parte de la Casa Blanca; probablemente en el Despacho Oval, donde se discute todo lo importante.

Estoy agotada y me dirijo a mi habitación, ya que no sé cuándo acabará Matt.

Le doy vueltas a la conversación que he tenido con Katarina hasta que me quedo dormida.

Tengo una pesadilla. Todo está oscuro y soy consciente de que estoy soñando, pero parece demasiado real para ser un sueño. El miedo, el remordimiento y la confusión me corroen. Veo a Carlisle ensangrentado y sigo el rastro de sangre hasta Matt. Está tumbado, no respira y en su mano sujeta otra más pequeña: la mía.

Estoy tumbada en el mismo charco de sangre y todavía llevo puesto el pin de su padre.

Me despierto jadeando. Después miro a mi alrededor y se me nubla la visión. Tengo un nudo en la garganta, el corazón me va a mil por hora y estoy mareada. Salgo de la cama, busco el baño y entonces me doy cuenta de que no estoy en mi apartamento. Estoy en mi habitación. En la Casa Blanca. Respiro hondo, agarro el albornoz y salgo. Stacey me ve y se pone en pie de inmediato.

—¿Va todo bien?

—Sí, solo iba a por agua, gracias.

Me dirijo a la cocina y veo a Wilson al final del pasillo. Matt está a su lado, sentado en un sofá de la sala amarilla.

—Has vuelto —susurro.

—He vuelto hace un rato.

—¿Cómo ha ido?

—No tan bien como quería, pero mejor de lo esperado. —Se pasa la mano por la mandíbula, me mira y después fija la vista en Wilson para que nos deje a solas.

Su presencia hace que se apacigüe el miedo que me ha provocado la pesadilla.

Sus ojos de color marrón oscuro, su sonrisa contagiosa, su voz seductora... Estar con él hace que me sienta mejor.

Su voz *sexy* y grave me envuelve como una manta cuando pregunta:

—¿Cómo estás? ¿Estás incómoda?

—No tengo tiempo para estar incómoda.

Sonrío y, cuando me acerco a él, tira de mi mano para que me siente en su regazo.

—Lo has hecho muy bien esta noche. —Me coloca una mano en el vientre y lo besa—. Tienes cara de estar cansada —añade mientras me escudriña.

—Un poco. Creo que ha ido bien. Los Kebchov estaban muy impresionados. Bueno, la primera dama estaba impresionada contigo, pero ya empiezo a acostumbrarme a eso.

Frunce el ceño, me pasa una mano por el pelo y yo inclino la cabeza hacia él mientras le acaricio el pecho. Hay una oscuridad casi imperceptible en sus ojos, pero, de repente, me doy cuenta del deseo reflejado en su mirada.

—Deberías volver a la cama.

—¿Vienes conmigo?

No me contesta y se limita a llevarme hasta allí.

Una vez estoy de vuelta en la cama, Matt me quita la ropa y se desviste. Se queda sentado, apoyado contra el cabezal. Me acurruco contra su pecho y me estrecha entre sus brazos.

—Descansa, Matt —digo, y le beso los pectorales mientras lo acaricio.

—Lo haré. Solo estoy pensando. —Me besa la frente.

Inclino la cabeza hacia arriba para besarlo y le toco el pelo hasta que noto que se relaja y cierra los ojos para dormir unas pocas horas, antes de que el bullicio de la Casa Blanca empiece de nuevo por la mañana. Tenemos un largo día por delante.

\*\*\*

Durante la semana tengo otro grupo de visitas importantes en la Casa Blanca: los alumnos de una escuela de arte de Washington D. C. He colocado mesas pequeñas en la sala este para que podamos realizar un proyecto sobre la Casa Blanca.

Una de las niñas de seis años me pide que vaya a su mesa y pregunta:

—¿Así?

Me agacho y cojo el papel para verlo mejor. Justo entonces, la niña levanta el pincel y me pinta la cara sin querer. Me echo a reír. De repente, la sala se queda en silencio durante unos segundos y todos los niños miran, sorprendidos, hacia la puerta. Matt está en el umbral.

—Niños... —Me pongo en pie. Sigo riéndome mientras cojo un pañuelo y

me limpio la cara—. Tenemos una visita muy especial. ¡Es el presidente!

Me encantan sus reacciones cuando Matt se inclina hacia el micrófono del estrado situado en un extremo de la sala.

—Quienquiera que haya dibujado un retrato de la primera dama, está haciéndolo muy bien —dice, y me guiña el ojo.

Río mientras él se dirige hacia mí, se agacha para estar a la misma altura que la niña pequeña a la que estaba ayudando y le dice:

—Ahora está incluso más guapa que esta mañana.

Toma el pañuelo de entre mis manos, me limpia la pintura de la cara y sonrío.

Nos miramos el uno al otro en esta sala llena de niños. Ambos pensamos en que pronto habrá uno nuestro correteando por los pasillos de la Casa Blanca.

# Multitud

## Matt

—Mi intención de aprobar un impuesto para todas las emisiones de carbono no es debatible. El aire que respiramos lleva años contaminado. No quiero que siga siendo así.

—Señor presidente. —Coin acaba de entrar e interrumpe la reunión con uno de mis asesores—. Ha habido un incidente.

Me lleva a la sala de al lado y enciende el televisor.

Observo cómo Charlotte sale de una escuela de primaria de Virginia y cómo la rodean un cúmulo de reporteros y fans mientras el Servicio Secreto se esfuerza por garantizar su seguridad.

Un niño pequeño trata de atravesar el cordón de seguridad. Lo empujan, cae al suelo y el cordón se rompe. La multitud se abalanza sobre Charlotte.

Observo cómo se agacha para proteger al niño que se ha caído mientras Stacey trata de hacer espacio para sacarla de ahí.

—¿Dónde está ahora? —El tono de mi voz adquiere un matiz amenazante.

Perdí a mi padre en un abrir y cerrar de ojos.

Veo el charco de sangre. Oigo la maldita llamada telefónica. Lo veo en las noticias de nuevo. Siento su pérdida.

—Está de camino, señor —dice Wilson después de utilizar su pinganillo para comprobarlo.

—Quiero verla cuando vuelva.

Me dirijo al Despacho Oval y me quedo sentado delante de la mesa; aprieto las manos mientras trato de respirar con normalidad. Me volvería loco si la pierdo. Me volvería loco si le pasa algo a ella o a nuestro hijo. Veo los

documentos del FBI sobre mi padre: un recordatorio de que aún no se ha hecho justicia. Los agarro y los meto en el cajón. Me frustra mucho pensar que Charlotte haya sido tan imprudente.

## Charlotte

Esto no tendría que haber pasado.

Sigo conmocionada por la cantidad de personas que acuden a mis visitas. Tengo la sensación de que las multitudes no hacen más que aumentar y su obsesión conmigo casi iguala la que sienten por Matt.

«¡Charlotte, por favor, una foto!».

«Charlotte, ¿podrías ayudarme? A mi hijo lo expulsaron...».

«Charlotte, ¿sabes ya si es niño o niña?».

Voy de camino a la Casa Blanca en la parte de atrás de coche presidencial; un médico está curándome unas heridas leves que me he hecho en el brazo. Ha sido culpa mía. Bueno, quizá no. Estaban pisoteando a un niño pequeño, de no más de cuatro años, que se había caído al suelo cuando trataba de alcanzarme, por lo que me coloqué encima de él para protegerlo.

Stacey ya nos ha echado la bronca a mí y a mis guardaespaldas. Estos han intercambiado miradas de preocupación y les he oído comunicar lo sucedido al presidente.

El hecho de que Matt ya sepa lo que ha pasado y que esté preocupado por mí hace que me sienta peor.

Cuando llego a la Casa Blanca estoy agotada. Me voy a mi habitación, me quito los zapatos de tacón y me pongo unos planos. Los pasillos están tranquilos, excepto por los miembros del personal que se pasean de arriba abajo. Camino hacia el ala oeste.

Tengo que verlo. Lo necesito como el aire que respiro. Él es mi ancla en esta nueva, aterradora y emocionante aventura, y también la razón por la que quiero hacerlo mejor que bien. La razón de que forme parte de esta aventura.

También quiero que sepa que estoy bien.

Dale Coin me detiene antes de entrar en el Despacho Oval.

—Charlotte. Me gustaría informarte de que el presidente no se toma a la

ligera su gobierno...

—Coin. —El tono de voz de Matt es severo.

Dale deja de hablar de inmediato. Ambos miramos a Matt, que está en el umbral de la puerta del Despacho Oval.

Se me detiene el corazón cuando percibo la advertencia reflejada en los ojos de Matt, que mira fijamente a su jefe de personal para que se excuse, como si no tuviera derecho a hablarme así.

Me tiemblan las piernas.

Nunca he visto a Matt enfadado. No de verdad. No así.

Dale asiente y me susurra con arrepentimiento:

—El presidente tiene enemigos. Y todos ellos buscan sus debilidades.

La irritación de Matt es tan aparente que se puede palpar, por mucho que intente controlarla mientras espera a que Dale Coin se aleje de mí.

Miro a Matt, su corbata y su garganta mientras entro en el despacho. Cierro la puerta y él se sitúa detrás de la mesa, se inclina hacia delante y apoya las manos en el escritorio. Nuestras miradas se cruzan y me mira despectivamente mientras dice:

—Eres mi primera dama. No puedes actuar como si fueras una chica normal de veintitrés años. No puedes poner en riesgo tu seguridad. No vas a hacerlo más. ¿Me entiendes, Charlotte?

Nos miramos el uno al otro mientras un silencio ensordecedor inunda el despacho.

—Matt, estaban aplastándolo. Solo era un niño que quería darme el dibujo que me había hecho.

Tensa la mandíbula en un gesto de enfado mientras continúa fulminándome con la mirada.

—Sé que quieres hacer las cosas de un modo diferente, y estoy orgulloso de ti por ello —gruñe, y sé que intenta controlarse—. Pero, por Dios, cariño, no vuelvas a ponerte en peligro nunca más. ¿Te ha quedado claro?

El tono de su voz tiene una gravedad y una tranquilidad mortíferas.

De repente, me siento enfadada y frustrada, porque sé de sobra que Matt no querría de verdad que no interviniera si están haciéndole daño a un niño. Así que me doy la vuelta, abro la puerta y empiezo a caminar por el pasillo, incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

Por alguna razón, me entran ganas de llorar.

Matt me alcanza y me agarra del brazo para guiarme escaleras arriba, hasta

la parte residencial de la Casa Blanca.

Me deja en mi habitación, exasperado. La frustración que siente está claramente reflejada en su rostro.

—¿Qué coño ha sido eso? —gruñe.

—¡Siento haberte asustado! —grito—. ¡Yo también tenía miedo! No quería montar un numerito en el Despacho Oval; es un espacio sagrado. En la escuela todo el mundo tenía su atención puesta en mí, Matt, todo el mundo quería salvarme, pero nadie pensó en el niño pequeño. —Me tiembla la voz y aprieto los labios para tratar de controlar el llanto.

Se le oscurecen los ojos cuando me mira. Sigue tensando la mandíbula.

Matt parece indeciso: no sabe si abrazarme o hacerme recapacitar.

—Fue algo muy valiente, Charlotte, pero, por Dios...

—dice mientras me agarra del hombro en un intento desesperado de ser paciente conmigo, pero sin lograrlo del todo—. Piensa en lo que podría haberte pasado. Estás de más de cuatro meses y te exiges demasiado, joder. No me gusta.

—¡Yo solo me mantengo ocupada, Matt! Intento desempeñar mi cargo lo mejor que puedo porque me gusta. E intento hacer lo máximo posible antes de que nazca el bebé. Tú has estado muy ocupado y no me gusta cuando empiezo a echarme de menos...

Bajo la vista y me quedo callada después de confesar cómo me siento.

—Todas las noches te espero despierta, pero siempre me quedo dormida antes de que vengas. Quiero destacar, hacer las cosas bien, y hay tantísimas que quiero hacer que no tengo tiempo para todas, pero a veces, en vez de pensar en ellas, pienso en ti y en cuándo tendremos un minuto para estar juntos...

—Continúa —dice con la voz ronca mientras me aprieta el hombro.

Trago saliva.

—No. Ya he dicho suficiente.

Silencio.

Su voz suena hosca, pero está llena de emoción mientras me acerca hacia él y dice:

—Para que lo sepas, lo haces muy bien. Estoy orgulloso de ti. —Me acaricia la mejilla con delicadeza y su expresión se intensifica todavía más—. Estoy tan orgulloso de ti...

Me agarra por la nuca y apoya su frente en la mía.

—Siempre pienso en cuándo acabaré para ir a tumbarme a tu lado. Y cuando

llego, tú ya te has dormido. Me siento en la silla de mi habitación, como la que tú tienes en la tuya, y te observo. Te contemplo mientras sueñas, aunque no siempre sean buenos sueños. A veces tienes pesadillas y hago esto... —Me acaricia el pelo—. Y te calmas. Y no quiero dormir porque esas horas son las únicas horas de paz que tengo. Son las pocas horas en las que te tengo solo para mí y no me quiero perder ni un segundo.

Lo agarro de la corbata y lo beso. Él me agarra de la nuca, toma control del beso y lo intensifica.

—Te amo —susurra, y me coge el rostro mientras me mira a los ojos—. No puedes volver a hacer lo que has hecho hoy. Nunca. Ni siquiera cuando ya no estemos en la Casa Blanca, ¿de acuerdo? Lo eres todo para mí. No tienes que ponerte en peligro así, ¿me oyes?

—Es solo que te echo de menos. Intentar destacar es lo único que puedo hacer para llenar el vacío que me provoca tu ausencia. A veces, cuando estoy aquí con todas estas personas tan maravillosas, me siento sola. —Bajo la cabeza—. No puedo explicarlo. Pero no quiero sentirlo.

Cierro los ojos con fuerza y me cubro la boca con la mano. «Dios, no puedo creerme que acabe de decir eso».

Estoy siendo una egoísta. Lo quiero todo para mí. Es el maldito presidente. ¿Quién narices me he creído que soy?

Matt parece dolido.

Dios.

Probablemente me parezco a su madre cuando le reprochaba a su padre lo ocupado que estaba siempre. No quiero ser así.

¿Cómo puedo ser tan egoísta? ¿Cómo he podido decirlo en voz alta? Este hombre lo da todo por su país.

—No sabía que te sentías así —dice con la voz grave y ronca.

Me doy la vuelta, pero me detiene y alza la voz.

—¡No te alejes de mí, por Dios! —Me levanta la barbilla y me acerca hacia él para que me dé la vuelta y lo mire. Su tacto es puro fuego sobre mi piel. Y sobre mi corazón—. Lo haré mejor.

—No, ya haces todo lo que puedes. Siento haber dicho eso. Te quiero, ahora y siempre. Y quiero que estemos juntos —admito.

En sus ojos percibo arrepentimiento y frustración.

—Eres mi futuro —dice.

Coloco la mano sobre la que tiene apoyada en mi barbilla.



—No quiero que nos peleemos.

Tensa a mandíbula.

—No estás sola. Nunca. ¿Te queda claro? —añade con firmeza—. Me tienes a mí.

Asiento y me coloca una mano sobre el abdomen mientras me agarra con la otra para que me acerque a él. Su voz se vuelve más ronca y sus ojos, más oscuros cuando se da cuenta de la herida leve que tengo en el brazo.

—¿Te lo ha curado el médico?

—Sí, me he puesto una pomada; no quería llevar una tirita. Estoy bien.

Matt me escudriña mientras frunce el ceño.

—Estoy bien —gruño, y estiro del brazo para que me suelte.

Continúa mirándome y me acaricia la mejilla.

—Tengo que volver al trabajo, pero quiero que te pongas una tirita. Esta noche vamos a ir a pasear y a cenar a algún sitio.

—Es un follón mover a un equipo de cien personas para que tú y yo vayamos a cenar. Podríamos cenar aquí, pero fuera, en los jardines. Como si fuera un pícnic.

Se le iluminan los ojos.

—Tú, como siempre, preocupándote por todo el mundo. —Niega con la cabeza—. Preocúpate por ti y nuestro hijo. —Me besa—. Quedamos así entonces, cariño.

\*\*\*

Acabamos haciendo un pícnic en la zona más recóndita de los jardines de la Casa Blanca, debajo de un árbol. Le he dicho al chef que nos hiciera unos sándwiches y patatas con verduras. Después de cenar, nos tumbamos y observamos las estrellas. Encajamos a la perfección y nuestras manos exploran el cuerpo del otro mientras nos besamos.

—Quiero que te lo tomes con calma, Charlotte —dice mientras me mordisquea el labio inferior.

Lo beso.

—No puedo tomármelo con calma. Empezaré la campaña Niños del Futuro para inspirarlos a que sean valientes y saquen sus talentos a relucir.

Se aparta un poco y me mira con el ceño fruncido, serio.

—Tú eres quien controla tu agenda. Baja el ritmo.

No sé cómo lo hace. Incluso cuando está cachondo consigue que su voz suene dominante.

—No me gustaría tener que cancelarlo.

—Ya lo cancelaré yo, entonces.

Río. Me encanta lo protector que es, especialmente ahora que estoy embarazada.

—¿Órdenes del presidente? —digo con una sonrisa pícara en los labios.

Y cuando se limita a observarme con expresión implacable e ilegible, lo beso. Me derrito cuando intensifica el beso y me acaricia la lengua con la suya.

Me quedo sin aliento, deslizo las manos por su pecho y noto cómo él desliza la suya por mi barriga y después por mi culo, y me acerca hacia él para que me siente en su regazo.

Se me acelera la respiración cuando me coloca las piernas alrededor de su cintura y susurra:

—Ven aquí, preciosa.

Cierro los ojos y me inclino hacia él.

—Matt... —suplico.

—¿Me deseas, cariño? —me susurra al oído.

—Mucho.

Me acaricia las costillas y me mete la mano dentro de los pantalones. Empiezo a jadear.

—Cierra los ojos —pide—. Deja la mente en blanco. Solo estamos tú, yo y este momento.

Me acaricia la entrepierna con los dedos; estoy húmeda. Con su otra mano me agarra de la nuca y me acerca a él. Me besa intensamente y después, en un movimiento rápido, se baja los pantalones y me sienta encima de él.

## Cambio de planes

### Charlotte

—¿Está solo?

—Sí, pero... —dice Portia, pero yo entro al despacho directamente.

—Estaba a punto de ir al evento de mi campaña de Niños del Futuro, pero Clarissa me ha dicho que le habías dado órdenes expresas de aplazarlo hasta que me reorganizara la agenda —espeto.

Está en medio de una llamada y dice algo inteligible a quienquiera que esté al otro lado de la línea.

Aprieto los labios y me doy la vuelta para irme.

—Quédate —pide mientras cruzo el despacho y me dirijo a la puerta.

Me detengo, respiro hondo y me giro. Tengo el sello presidencial bajo los pies.

Frunce el ceño mientras escucha lo que le dicen por teléfono.

Camino hacia él, me apoyo en su mesa y me inclino hacia delante. Hace semanas que preparo este evento; se lo dije ayer. ¿No confía en que tendré cuidado? ¡Está frustrando todos mis planes!

Espero durante un minuto. Sigue absorto en la llamada telefónica, así que deambulo por el despacho y luego me planto entre él y su mesa mientras frunzo el ceño.

De repente, sonrío ligeramente. Estira el brazo hacia mí y me desabrocha un botón de la camisa. Se me corta la respiración cuando lo miro a los ojos.

—Por supuesto, estoy de acuerdo, no será ningún problema —dice mientras habla por teléfono.

Me da un empujoncito hacia la mesa y me sube encima con un brazo. Me

abre de piernas para deslizarme los dedos por debajo de la falda y bajarme las braguitas.

—Para —digo en voz lo bastante baja para que me oiga él, pero no la persona al otro lado de la línea.

Me muerdo el labio y respiro con dificultad mientras me acaricia la entrepierna. Está hablando sobre alguna reforma. Sigue acariciándome y después mete un dedo dentro de mí. Estoy tan húmeda que entra fácilmente. Gimo y arqueo la espalda.

Me desabrocha más botones hasta que me abre la camisa por completo.

—Entonces tenemos que ocuparnos de ello, ¿no? —añade, y me mira fijamente mientras me quita la camisa y me desabrocha el sujetador. Tengo los pezones de punta.

Jadeo cuando se inclina hacia delante y se los mete en la boca. El placer me corre por las venas. Me muerde e intento que no se me escape un gemido. Lo agarro del pelo con fuerza.

—Bien. Lo espero en mi mesa mañana mismo.

Cuelga, se levanta y cierra la puerta. Me guía hasta uno de los sofás y se coloca encima de mí. Me levanta la falda hasta la cintura y le intento bajar la cremallera mientras él me quita las bragas y me vuelve a meter un dedo.

Jadeo. Los dedos de su otra mano me agarran del pelo.

Las mejillas me arden.

—Quiero que pruebes tu sabor —ordena. Saca la mano de mi entrepierna y me abre la boca con ella.

Lo hago.

Se quita los pantalones y los calzoncillos, y, acto seguido, está dentro de mí. Muy profundo, justo donde quiero que esté. Donde necesito que esté.

Empieza a balancear las caderas hacia adelante y hacia atrás y gime conmigo.

Me besa por todo el cuello hasta que llega a mi pezón. Después me acaricia el estómago. Las sombras de los árboles de fuera caen sobre nosotros, pero no consigo centrarme en otra cosa que no sea él.

Inclino las caderas hacia arriba. Quiero que Matt sacie mi sed.

—Dios —gimo.

—Baja la voz, cariño —susurra, y me mete la lengua en la boca mientras me embiste con fuerza hasta que ambos llegamos al clímax.

Después, me pongo en pie y me visto mientras lo observo durante unos

segundos. Le he despeinado, tiene la boca roja y su mirada refleja posesión. Es lo más *sexy* que he visto en mi vida. Pero no quiero que lo sepa.

—Sigo enfadada —murmuro.

Se levanta y se sube la cremallera. Después me agarra la barbilla, me besa y dice en voz baja:

—Y yo también. Sabes que es lo mejor, Charlotte.

Gruño y le doy un empujoncito mientras me arreglo. Matt me devora con los ojos mientras se pone la corbata y se abrocha los gemelos. Siento como si hubiera consumido una droga muy potente llamada presidente Hamilton.

—No lo cancelaré —le advierto.

—No quiero que lo canceles —replica con firmeza—. Quiero que te lo tomes con calma y que bajes el ritmo. Ya te lo dije anoche. No lo decía en broma, no cuando se trata de ti y de nuestro hijo. Tienes años por delante para defender tu causa.

—Matthew... El médico me dijo que continuara haciendo vida normal.

—Y ahí está el problema. Tú no tienes una vida normal, Charlotte.

Abre la puerta del despacho de par en par, se dirige hacia su mesa, agarra las gafas y se las pone. Frunce el ceño cuando se sienta delante de su escritorio de nuevo.

Se pasa el dedo por la barbilla, pensativo, mientras lee los documentos.

—Matt —espeto. Levanta la cabeza—. Te lo prometo. No hay nada que me importe más que tú y este bebé —le aseguro.

Asiente con la cabeza.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo —contesta con sencillez, y vuelve al trabajo.

Me quedo mirándolo.

Levanta la cabeza de nuevo.

—Perdí a mi padre demasiado pronto. No os perderé ni a ti ni a nuestro hijo a causa del cansancio o del exceso de trabajo. No vale la pena.

Mi rabia disminuye un poco; parece que soy incapaz de enfadarme con él.

Sé que le frustra que el FBI no haya encontrado ninguna pista sobre el caso de su padre. Es un caso antiguo. Lo que quiere lograr Matthew es casi imposible. Pero ha estado insistiéndole a la fiscalía para que sigan trabajando en ello, para que busquen más pistas y mejoren sus estrategias, sus servicios de inteligencia y sus equipos. Incluso ha emprendido una estrategia de financiación de las investigaciones del FBI y la CIA para asegurar que Estados Unidos tiene

un nivel de competencia elevado cuando se trata de hacer justicia.

Para él no existe nada imposible.

Y, al fin y al cabo, el caos es el mejor amigo del criminal. Y ayer dejé que el caos me envolviera sin pensarlo y desperté las frustraciones de Matt de nuevo.

Sonríó mientras lo miro leer los documentos que tiene sobre la mesa.

—Me encanta cuando te pones las gafas —admito.

Mi diversión desaparece cuando me mira y sonrío ligeramente.

Me observa por encima de las gafas con escepticismo en la mirada.

—No intentes convencerme con cumplidos. No va funcionar.

—Ya lo sabía —miento, y camino hacia la puerta—. Pero sé lo que sí funciona. —En silencio, vocalizo: «Sexo oral».

Matt esboza la sonrisa más adorable del mundo mientras se recuesta en su silla, me mira con seriedad y contesta:

—Exacto.

Río, salgo del despacho y me dirijo a Clarissa.

—¿Le has dicho al presidente lo que pensabas? —pregunta Clarissa. Le brillan los ojos.

—Desde luego. —«He hecho algo más que eso». Voy hacia mi despacho y miro mi agenda—. ¿Tú también piensas que tengo que bajar el ritmo?

—Cuando lo planeamos todo ya te dije que sería imposible ir a todas las escuelas en tan poco tiempo.

—¿Por qué no insististe? —gruño—. Tenemos que reorganizarlo.

—Porque sabía que él te convencería para que lo hicieras —admite con diversión en la mirada.

Suspiro, miro la agenda y me canso solo con pensar en todas las visitas planeadas que tenemos que cambiar.

—¿Y si buscara un grupo de mujeres entusiastas para que me ayudaran? Podrían ir a los sitios a los que no me diera tiempo de asistir y difundir el mensaje de Niños del Futuro —añado.

A Clarissa le gusta tanto la idea que esa misma noche ya tenemos un nuevo plan de acción y reuniones con mujeres como yo, que quieren que sus hijos tengan las mejores oportunidades, el mejor futuro, la mejor autoestima y las mejores posibilidades de alcanzar el éxito y cumplir sus sueños.

\*\*\*

En mitad de la noche, me despierto cuando noto que se mueve el colchón y Matt me abraza. Suspiro con satisfacción mientras entiendo la nariz en mi cuello y me besa.

—Adivina qué. Al final no me hará falta sobornarte con sexo oral —susurro, medio dormida.

—Siempre puedes intentarlo. —Ríe entre dientes mientras sigue besándome el cuello.

Sonrío.

—Hoy se me ha ocurrido una idea muy buena para no tener que renunciar a nada sin tener que... ¿qué fue lo que dijiste? ¿«Trabajar en exceso»? —Frunzo el ceño, me doy la vuelta y lo miro fijamente mientras se coloca encima de mí y se apoya sobre los codos.

Incluso en la oscuridad, percibo la diversión en su rostro. No lleva camiseta y sus músculos quedan al descubierto.

—Exacto —contesta.

Sus ojos son del mismo color que el mejor café del mundo.

—Aprecio mucho que te tomes mis preocupaciones en serio —dice mientras me aparta un mechón de pelo de la cara—. Lo que es mío, es mío. Quiero que mi mujer esté sana y salva siempre. —Se agacha un poco mientras esboza una mirada depredadora y me besa el abdomen—. Y nuestro bebé también.

Aprieto los párpados con fuerza y una sensación de calidez se extiende por todo mi cuerpo.

—¿Estás listo para saber el sexo del bebé el viernes? —pregunto mientras le toco el pelo y le acaricio la barba de un día.

—Estoy listo para que nazca ya —contesta, sonriente.

Le paso los dedos por la cabeza mientras me besa la barriga de embarazada.

—No estoy segura de si será niño o niña.

—Eso no importa, será lo que tenga que ser —añade. Vuelve a mi lado, se apoya en un cojín y me acerca a él.

Río.

—Es verdad.

—He aplazado algunos compromisos para estar contigo cuando nos lo digan —dice en voz baja. Me agarra de la barbilla y me besa.

—Gracias.

—No me lo perdería por nada del mundo.

\*\*\*

El viernes salimos del coche después de que el ginecólogo me visite. Matt está arreglándose la corbata, se la he deshecho cuando le he dado un beso de película en el coche. Estoy tan contenta... El bebé está sano. Tengo una foto de la ecografía en el bolso; de hecho, tengo varias. Hemos visto su cuerpecito perfecto, sus ojos y su cara. Y su sexo.

Cuando el doctor nos ha confirmado el sexo del bebé, Matt y yo nos hemos mirado, incrédulos. Es como si ahora fuera más real; ya le podemos poner nombre.

Los periodistas de la Casa Blanca están ansiosos porque han descubierto que tenía hora con el ginecólogo y se les ha dado permiso para esperarnos en las escaleras principales.

—Presidente Hamilton, ¿sabe si es niño o niña?

Matt me acerca a su cuerpo y, cuando los dos estamos de cara a los reporteros, se hace el silencio. Pronuncia tres palabras:

—¡Es un niño!

—¡Es un niño! —repiten, felices.

—¡Una foto rápida, señor presidente!

Los demás reporteros también nos piden que posemos.

—De acuerdo, unas fotografías rápidas y después confío en que nos dejaréis volver al trabajo.

Comienzan a fotografiarnos, entusiasmados, mientras posamos en la entrada de la Casa Blanca. Matt me rodea con un brazo y me mira a los ojos mientras sonreímos. Creo que ambos seguimos recreando la escena en nuestras mentes: yo, perpleja y encantada al descubrir que tendré un niño, un Matthew júnior. Matt se endereza y, como el hombre de negocios que es, dice:

—De acuerdo, que tengáis un buen día. —Y entramos en casa.

Me toca el culo mientras caminamos por el pasillo.

—Que tengas un buen día, cariño.

—Lo haré. Tengo una habitación de bebé que decorar.

Me guiña el ojo y esboza una sonrisa deslumbrante mientras se dirige al ala oeste.



# Invitaciones

## Charlotte

Las semanas y los meses pasan volando. Mientras, yo preparo la habitación del bebé y continúo trabajando en la campaña Niños para el Futuro y Matt se reúne con jefes de estado, firma documentos, modifica acuerdos de comercio, etc.

Una de las escuelas que visitaré, según mi nueva y menos frenética agenda, preguntó si el presidente podría dar un discurso para los estudiantes de secundaria; me entusiasmé cuando Matt aceptó.

Allá donde va, Matt atrae a una multitud. Podría pensarse que es gracias a la mítica importancia del legado de su padre y de su apellido, pero yo sé que no es por eso. A la gente le gusta sentirse cerca de él y oírle hablar. Los estadounidenses son personas orgullosas.

A día de hoy, tengo que admitir que todavía me impresiona verlo hablar en público.

—Es fácil creer que no podremos alcanzar todo nuestro potencial. Nunca pensé que yo lo conseguiría... ni siquiera que lo intentaría. Después de perder a mi padre, todo me recordaba a lo que había perdido el mundo con su muerte y me sentía tan impotente... Y entonces entendí que yo podía daros lo que él, con todas sus fuerzas, quería ofreceros: a mí mismo. Nunca subestiméis el poder de vuestro propio valor.

Cuando termina el discurso, los aplausos y los gritos nos acompañan hasta que salimos del edificio.

Volvemos juntos a casa. Wilson y Stacey viajan con nosotros en el coche presidencial. Ambos sonríen de oreja a oreja sin preocuparse por esconder sus expresiones de satisfacción.

Nuestra economía está creciendo exponencialmente, las exportaciones han

aumentado un 20 por ciento y hemos conseguido crear más empleo. Aparte de eso, Matt también ha defendido los derechos del consumidor, de las minorías, de los homosexuales y de las mujeres; ha controlado la proliferación nuclear y promueve la diversidad que ha hecho prosperar al país y que hemos recibido con los brazos abiertos durante años.

Habla con los periodistas como si fueran sus mejores amigos. Se detiene para saludar a todo el mundo. Su mensaje es claro en cada intervención: tú puedes ser diferente. Tú puedes crear nuevo empleo. Tú puedes ser innovador, revolucionario y libre. Tú puedes ser tú mismo.

Gobernar un país no es fácil. A veces me parece que, hace mil años, Matt y yo éramos unos idealistas. Pero otras, como durante este último año, me da la sensación de que éramos realistas.

\*\*\*

Los meses pasan deprisa cuando se gobierna un país y se participa en la escena social de la Casa Blanca. Estoy a punto de salir de cuentas. Me he convertido en una mujer con muchas curvas y, por lo visto, eso le pone mucho a mi marido. Tengo la piel muy sensible; su tacto es eléctrico para mí. Esta noche nos han invitado al estreno en Washington D. C. de una película que ha producido uno de los amigos de Matt. Me pregunto si seré capaz de llevar tacones. Quizá me ponga zapatos planos y un vestido largo que me cubra los pies.

—Estás muy guapa —comenta Lola.

—¿Insinúas que a veces no lo estoy? —bromeo.

—¡Ja, ja, ja! Lo digo de verdad, Charlotte. Todo el mundo está obsesionado contigo y la devoción que Matthew Hamilton tiene por ti. Millones de mujeres del mundo sueñan con tener tu vida. El atractivo presidente, sus manos recorriendo tu cuerpo mientras bailáis, la intensidad de sus ojos al mirarte; el líder mundial más deseado, mostrando su adoración por ti. La política es dinámica y joven; todo un símbolo de la revitalización de nuestro país. Tienes que estar provocativa.

—¡Estoy embarazada de casi nueve meses! —exclamo.

—¡Exacto! Y sigues viva.

—Lola, eres de lo que no hay. —Río.

Lo cierto es que llevo un vestido largo de gasa de color rosa pálido y lo he combinado con un peinado elegante.

Es sofisticado, pero provocativo para una mujer embarazada, supongo.

Matt me abrocha el vestido mientras me miro en el espejo; él se queda detrás de mí mientras me contempla y esboza una pícaro sonrisa.

—Estás tan preciosa que a veces me distraes demasiado

—me reprende, y me besa con delicadeza.

—No tienes ni idea de la cantidad de células que se quedan inactivas en los cerebros de las mujeres cuando pasas por delante de ellas —contesto.

Se le escapa una risa de sorpresa y yo río también. Agarro el bolso y nos vamos.

Hay una fiesta después de la película. Matt y yo decidimos asistir durante una hora para divertirnos un poco.

Durante la noche, mientras me presentan a los actores principales y Matt habla con su amigo productor, me doy cuenta de todas las mujeres que se aproximan a él y me divierte ver cómo lo miran, embobadas aunque saben que está casado. Él es cordial y educado, por supuesto, es un Hamilton; pero la facilidad con la que ha estado socializando se desvanece y Matt no da pie a ningún intento de coqueteo. Es tan leal... Lo amo por ello.

Me sorprende que las mujeres sigan insistiendo, demasiado entusiastas y encaprichadas para darse cuenta de que él no está interesado.

Creo que no solo las atrae su belleza y su poder.

Pienso que es la humanidad de Matt lo que les llama la atención. El hecho de que nunca monte un numerito ni actúe como si fuera perfecto; en vez de eso, siempre se ha comportado como si no fuera perfecto, pero tratara de serlo. Como si fuera consciente de todas sus imperfecciones; de su divertido y conmovedor instinto de sobreprotección e incluso del miedo de no ser el mejor marido, padre y presidente. Todo ello hace que parezca una persona real: nuestras imperfecciones logran que las personas se sientan identificadas con nosotros, porque nadie es perfecto, ni siquiera el presidente. Solo queremos a aquel que nos ofrezca lo mejor de sí mismo. Como él.

Sigo mirándolo fijamente y, cuando me doy cuenta, me regaño a mí misma y me doy la vuelta con rapidez. Al hacerlo, nuestras miradas se cruzan y la suya recorre mi cuerpo hasta llegar a mi vientre, donde llevo a su hijo. Salgo de cuentas dentro de pocas semanas. Y, tal y como he notado estos últimos meses, cuando me mira y contempla mi abultado abdomen le brillan los ojos.

Aunque intenta controlarlo, lo veo. Veo todo el amor, el deseo y el anhelo que siente por mí. Por nosotros.

—El presidente siempre consigue impresionar a todo el mundo —dice Alison, que está a mi lado entre la multitud. Siempre tiene la cámara de fotos lista para captar el momento perfecto.

Es verdad que la gente lo mira. Aunque sé que no lo adoran solo por su cara porque, a pesar de que cuando era pequeño tenía todo cuanto deseaba, no es pretencioso. Sus padres lo criaron para que se convirtiera en un chico normal, con obligaciones, disciplina, y una actitud honesta y altruista. De hecho, nunca le ha gustado que lo traten de forma especial, como cuando no le dejan pagar sus compras. Siempre conseguía que le aceptaran el dinero, incluso cuando insistían en que no hacía falta. Tiene un sentimiento de justicia bien arraigado; forma parte de su ADN.

Es un hombre inolvidable y lo sabe.

Y ahora es el presidente, mi marido y el padre de mi hijo.

Frunzo el ceño cuando veo que Wilson se aproxima hacia él con discreción, lo cual, considerando que todo el mundo tiene su atención puesta en Matt, no habría sido necesario. Él agacha la cabeza para escucharlo, asiente, levanta la cabeza y me mira fijamente.

Hay algo en la expresión de su rostro que me alarma. Me agarro la parte de delante del vestido para caminar sin tropezarme y Matt me indica que me dirija a la salida.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —contesta.

Caminamos hacia la puerta, él me rodea la espalda con un brazo y me ayuda a subir al coche presidencial.

Sé que lo que ha pasado es importante; de lo contrario, no nos habríamos marchado. Algo requiere toda su atención de inmediato.

—Nos han atacado en Oriente Medio.

Abro la boca, sorprendida. Después me llevo la mano a la barriga: acabo de notar una contracción. Las he estado notando desde hace un tiempo, pero me dijeron que era normal, que mi cuerpo se estaba preparando para el parto.

—¿Qué pasa? —Me mira preocupado.

Lo miro fijamente; no estoy segura de qué responder.

—Estoy bien, no ha sido nada.

Pero la ley de Murphy dice lo contrario.

# Me amas

## Charlotte

A medida que nos aproximamos a la Casa Blanca mis contracciones se vuelven más regulares y las tengo cada cuatro minutos.

—¿Puedes esperarme? —pregunta Matt cuando llegamos a casa y me sienta en el sofá más cercano.

—Lo intentaré —prometo.

—Espérame —añade. El tono de su voz es firme y suena como si le estuviera dando órdenes al universo mientras mira fijamente mi barriga.

En su rostro veo reflejado su deseo de estar en dos sitios a la vez; algo imposible de realizar, por mucho que seas el hombre más poderoso de la nación.

Tensa la mandíbula con fuerza.

—Odio hacerte esto. —Se inclina y toma mi rostro entre sus manos—. Te amo.

Asiento para intentar tranquilizarlo.

—Cada vez que me abrazas y me miras me demuestras cuánto me amas. Cuando haces esto... —Levanto su mano, la beso y le deslizo los labios por los nudillos tal y como él hace a veces—. Es todo cuanto necesito. Saber que estás ahí y que eres lo mejor para este país y para mí.

Me estremezco cuando siento otra contracción e intento no encogerme de dolor.

Matt se da cuenta.

—¿Otra contracción?

—Estoy bien. Vete.

Duda

—¡Que te vayas!

Murmura una palabrota. Después, se da la vuelta y se va corriendo.

—¡Llama a su madre! —le ordena a Stacey.

—Sí, señor presidente.

No le digo que mi madre está en el Caribe con mi padre y que no puede venir para apoyarme, por mucho que quisiera.

El dolor va y viene, pero la preocupación sobre qué le habrá pasado a nuestro pueblo es aún peor.

Me siento como si acabara de tragarme un puñado de cristales; el miedo me invade, pero intento calmarme y rezo para que el bebé tarde un poco más en salir.

# Tragedia

## Matt

En la planta debajo del Despacho Oval se encuentra la sala de crisis.

Está abierta las veinticuatro horas del día. Aquí es donde se tratan y se solucionan los temas más importantes. Es el cerebro de la Casa Blanca.

Es donde hablo por videoconferencia con otros jefes de estado, ordeno operaciones encubiertas y efectúo actividades sumamente confidenciales.

Entro en la sala con Dale Coin y Arturo Villegas, mi consejero de seguridad.

Antes de mi investidura, el director de la CIA me informó de todas las operaciones encubiertas que los Estados Unidos llevan a cabo contra enemigos extranjeros. Las había autorizado mi predecesor, Jacobs, y si yo daba la orden, podía detenerlas. Si no decía nada al respecto, las operaciones continuarían como hasta ahora.

Una cosa es ser un candidato a la presidencia, pero otra muy diferente es ser el presidente.

Algunas de estas operaciones eran sumamente peligrosas, con poco beneficio para los Estados Unidos. Pero también tenemos aliados, lo cual es algo que hay que tener en cuenta.

Aun así, cuando diriges el ejército más poderoso del mundo no puedes tomártelo como si fuera un juego. Cada movimiento que realizan tus agentes se tiene que planear, registrar y analizar. Y, a pesar de la información que barajemos sobre los asuntos, los resultados siempre tienen demasiadas variantes. No importa lo bien informado que esté el presidente, no hay nada que te prepare para enviar a tus hombres y mujeres a la guerra.

Las prioridades cambian. Tener más acceso a información confidencial hace

que tu punto de vista varíe drásticamente.

Solo espero haber tomado las decisiones adecuadas.

Y ahora mismo estoy seguro de que lo he hecho.

Los generales ya están en sus puestos. Me siento en mi silla, me acomodo en ella y dejo que la pantalla que hay delante de mí me ofrezca toda la información que necesito saber. El conflicto con Oriente Medio ya suponía un problema antes de que me convirtiera en presidente. Los dictadores, los rebeldes armados, el terrorismo islámico...

—En posición —dice el general Quincy.

Todas las miradas se fijan en mí. El silencio es ensordecedor.

Un segundo, dos segundos.

—Abrid fuego.



# Estoy aquí

## Charlotte

Noto otra contracción y el dolor recorre todo mi cuerpo hasta lo más profundo de mi ser.

Gimo y me agarro del borde de la mesa más cercana.

Siento cómo se mueve el bebé y me quedo quieta mientras cierro las piernas con fuerza para luchar contra sus sacudidas.

«Madre mía, este bebé quiere salir ya», pienso.

Acabamos de entrar en el hospital. Le he pedido a mi equipo que me trajera hasta aquí y le hemos dejado un mensaje a Matt. Mis guardaespaldas me ayudan a entrar y todo el mundo se sorprende al verme sola.

Sin Matt.

Sin el presidente.

—¡Señora Hamilton! Madre mía —exclama una enfermera cuando me ve trastabillando y sujetándome la barriga. Una expresión de dolor se refleja en mi rostro.

El miedo que siento se multiplica cuando me doy cuenta de que tengo que dar a luz mientras mi marido intenta solucionar una crisis de seguridad nacional.

Tiemblo tratando de apartar de mi mente esos pensamientos y me preparo para la siguiente contracción. Gimo y de repente rompo aguas.

—¡Que alguien traiga una silla de ruedas para la primera dama! ¡Ya!

—¡Sí, doctora Conwell!

Me sientan en una silla de ruedas y, en un abrir y cerrar de ojos, ya estoy tumbada en una cama de hospital.

Noto el pinchazo de las agujas que se me clavan en la piel, veo los

monitores a mi alrededor y a los doctores que acuden corriendo. Parece que todo el mundo quiere participar en el parto del hijo del presidente.

Me colocan las piernas sobre los estribos y me cubren con una manta para que todo sea más recatado. Pero, sinceramente, ahora mismo me importa una mierda el recato; quiero coger a mi bebé en brazos.

Oigo algunos murmullos y la voz tranquila y grave del doctor cuando me habla:

—Señora Hamilton, parece que el bebé se ha movido y vamos a tener que realizar una cesárea.

—¿Está bien mi hijo?!

—Sí, señora. No se preocupe, lo tenemos todo bajo control. Haré cuanto esté en mi mano para que nazca sano y salvo.

Se me encoge el corazón y me inunda una oleada incontrolable de miedo.

Aprieto los labios para reprimir un grito y cierro los ojos con fuerza.

«Se valiente, Charlotte», me digo a mí misma. «Tú puedes».

—De acuerdo, Charlotte, allá vamos. No deberías sentir nada, quizá un poco de presión... —Apenas oigo las palabras del doctor, siento como si me desplazara hacia otra dimensión.

Si Matt no puede estar aquí conmigo, yo iré hasta él.

Cierro los ojos de nuevo y pienso en Matt... en sus manos rodeándome la cintura mientras me abraza por la espalda y me mira a través del espejo cuando me visto.

Su voz grave mientras le canta a mi barriga por las mañanas.

Sus labios sobre mi frente cuando me besa para darme las buenas noches.

El tacto de sus dedos sobre mi piel cuando me acaricia la espalda.

El modo inconsciente en que me acerca a él cuando está medio dormido para protegerme de cualquier cosa.

La manera en que me besa el cuello cuando hacemos el amor y me hace cosquillas en la mejilla con su pelo. Cuando inspira mi aroma profundamente y se le escapa un ruido de pura satisfacción masculina justo antes de quedarse dormido.

Me entran ganas de llorar. Lo echo más de menos que nunca. Lo único que quiero es que esté aquí conmigo, que me mire, que tome mi mano y me asegure que todo irá bien y que estoy haciéndolo genial.

Oigo el sonido que emiten los monitores del hospital. Giro la cabeza y veo que Stacey está a mi lado y me agarra la mano.

Le he pedido que entrara conmigo antes de que me hicieran la cesárea porque es mi mejor amiga en la Casa Blanca. Es como si fuera de la familia.

Sus ojos azules se clavan en los míos y asiente mientras me aprieta la mano y me transmite todo su apoyo y ánimos. Sonrío y me siento muy agradecida, pero no consigo pronunciar ni una palabra, así que solo puedo darle las gracias por todo lo que hace por mí con la mirada.

Giro la cabeza y miro hacia el techo.

Me centro en mis respiraciones. «Inspira... Espira...».

Dentro de unos minutos podré ver y abrazar a mi hijo... El que ha crecido dentro de mí... El que baila en mi interior cuando oye mi voz o la de Matt... El que me da patadas cuando tiene hambre...

Y entonces escucho un sonido inconfundible: el llanto de un bebé.

Rompo a llorar.

—Felicidades, señora Hamilton.

Oigo los aplausos de las personas que hay en la sala. Me enseñan un bebé envuelto en sábanas blancas.

Estiro los brazos instintivamente. Quiero sostener a mi hijo.

La enfermera lo coloca encima de mí y observo la carita más inocente y preciosa que he visto en mi vida.

Unas pestañas largas y oscuras enmarcan los ojos grises. Nunca me he sentido tan feliz, completa y afortunada como en este preciso momento.

Estoy tan llena de amor que el corazón podría estallarme en el pecho.

Me veo reflejada en él. Veo a Matt reflejado en él. Representa el principio de nuestra familia.

Las enfermeras se lo llevan demasiado pronto para asegurarse de que está sano.

Siento su ausencia más incluso que la de Matt.

Cierro los ojos durante unos segundos. Estoy tan agotada después de los sucesos de las últimas veinticuatro horas que el sueño empieza a apoderarse de mí.

Intento abrir los ojos, pero me pesan muchísimo.

A lo lejos, oigo una voz inconfundible. Grave, imponente, masculina y exigente:

—¿Dónde está?

Oigo los pasos de Matt y del personal del Servicio Secreto mientras corren

por los pasillos del hospital.

—¡Exijo verla ahora mismo!

—Señor presidente... —responde una voz.

La puerta se abre y se cierra y su presencia inunda la habitación. Susurro su nombre.

—Señor presidente, felicidades...

Al instante, noto cómo me envuelve la cara con sus cálidas manos.

Me seca una lágrima con el pulgar.

—Matt...

Levanto los párpados y lo veo observarme con los ojos brillantes y llenos de amor.

—Estoy aquí, cariño.

## Júnior

## Charlotte

Dieciocho minutos después de haber entrado en el hospital, Matthew sostiene en brazos a su primogénito.

Nunca he estado tan orgullosa de ser la primera dama.

Me acaricia la mejilla y percibo el orgullo reflejado en sus ojos.

—Gracias.

—De nada —digo, y sonrío débilmente.

—Se parece a usted, señor presidente —oigo.

Me guiña el ojo y me mira fijamente durante un rato. Después mira a nuestro hijo y sus ojos brillan de felicidad. Sé que esta noche también ha sido la más oscura de su vida.

—Es perfecto, cariño —dice, y me besa en la frente.

Me apoya los labios en la frente durante unos segundos, como si pretendiera que su beso quedara marcado en mí para siempre. Siento su amor en lo más profundo del corazón.

Cuando se aparta y me sonrío, sus ojos reflejan el dolor del que ha sido testigo y el recuerdo que nunca se desvanecerá. Se me acelera el corazón y necesito abrazarlo y consolarlo.

Estiro los brazos para enlazarlos alrededor de su cuello e intento estrecharlo contra mí, aunque yo esté débil en la cama y él de pie guardando la compostura, como siempre.

Cuando me trasladan a mi habitación, me están esperando mis padres, la madre y el abuelo de Matt y él. Allí vemos por televisión el comunicado que se ha retransmitido por televisión desde su mesa en el Despacho Oval al resto de la

nación mientras yo estaba de parto.

Lleva una corbata negra sombría y un traje negro, y mira directamente a la cámara mientras habla:

—Hace unas horas, entramos en combate aéreo sobre la región hostil de Islar. La misión se realizó con éxito. Nos han confirmado que los cinco terroristas que estaban al mando del ataque han fallecido.

Silencio.

—Nuestro país atraviesa tiempos difíciles. Cada vez que uno de nosotros muere para garantizar nuestra seguridad, podemos seguir viviendo nuestras vidas con plenitud. Tenemos que honrar esos sacrificios y asegurarnos de que continuamos prosperando como hasta ahora, no solo económicamente, sino también como seres humanos. Ahora más que nunca tenemos que formar un gran equipo. Tenemos que luchar por lo que merece la pena. Por nuestra libertad, nuestra seguridad y nuestros seres queridos. Somos un caleidoscopio: diferentes, pero unidos por el amor hacia nuestro país. Orgullosos de ser estadounidenses. Nacimos estadounidenses y así moriremos.

También fallecieron dos soldados. Los medios de comunicación lo han tildado de victoria, pero Matt y yo sabemos que no es así. Nadie gana en una guerra. Pero todos protegemos a los nuestros. No solo tenemos un hijo; los ciudadanos de los Estados Unidos son nuestra familia.

\*\*\*

Dos días después, me envían a casa y Matt y yo planeamos cómo vamos a presentarle el bebé a Jack.

Al final del pasillo está la habitación del bebé, que he decorado con esmero. Las paredes están pintadas de colores pastel y he instalado una cuna blanca con una mantita azul. Nos han llegado muchos juguetes desde que anunciamos el sexo del bebé. Donaremos la mayoría de esos juguetes; mi hijo es afortunado y me emociona el amor que ha despertado en nuestro pueblo.

Aun así, durante las primeras semanas y hasta que duerma del tirón, lo acomodo en mi habitación, que está frente a la de Matt, donde también hay una cuna y una mecedora. Espero allí mientras Matt trae a Jack y mi hijo mira al techo con los ojos abiertos de par en par.

—Ven aquí, pequeño —dice mientras se aproxima al perro.

Jack se tumba y se arrastra, confuso, hacia Matt, que está delante de mí.

—Es Matthew Júnior —comento, y me inclino ligeramente hacia delante para que Jack lo huela.

El bebé emite un ruidito y Jack empieza a mover la cola. Miro a Matt y, mientras mi *sexy* marido me indica «te lo dije» con la mirada, suspiro con alivio. Estaba un poco preocupada de que Jack fuera un peligro para Matthew Júnior.

Pero enseguida me doy cuenta de que será el compañero de aventuras perfecto de nuestro hijo.

# Medalla de honor

## Charlotte

—Señoras y señores, el presidente de los Estados Unidos, Matthew Hamilton, acompañado del portador de la medalla de honor, el sargento Swan.

Tras lo sucedido el día en que nació Matthew Júnior, ha emergido un nuevo héroe. El general Swan ha venido de visita la Casa Blanca para recibir el mayor reconocimiento posible: la medalla de honor.

Demostó su valentía en Oriente Medio cuando emboscaron su unidad militar; hizo frente al fuego enemigo e ignoró sus heridas mientras ayudaba a sus compañeros.

Sé que no hay nada que le pese más a Matt que enviar a nuestros hombres y mujeres del ejército al peligro. Él mismo me explicó que, al ser un hombre que siempre había admirado a las personas que servían al ejército, este era el mayor honor que se le ha otorgado, junto con el de ser presidente: ser capaz de premiar con esta medalla a aquellos que han servido tan bien a nuestro país.

Observo la ceremonia desde una de las sillas dispuestas alrededor del salón mientras ambos suben al estrado. Matt lleva un traje azul y el sargento lleva puesto su uniforme de gala. Matthew se dirige al público:

—El valor no es una característica innata. Es una virtud que ejercitamos; una decisión que tomamos. El valor es lo que sienten nuestros hombres y mujeres cuando se presentan voluntarios para defender nuestro país y protegernos.

El discurso es corto. Sencillo. Saca la medalla de su caja y camina hacia el sargento.

Cuando la medalla cuelga del cuello del soldado, todo el mundo estalla en aplausos.



El soldado se emociona y aprieta los labios para tratar de reprimir las lágrimas.

Matt le da unas palmaditas en la espada, le estrecha la mano y oigo que dice:

—Muchas gracias por tu servicio. Conciliamos el sueño por las noches gracias a que nuestras fuerzas armadas defienden y protegen nuestra nación.

—Gracias, señor presidente. —El soldado vuelve a emocionarse cuando se gira hacia el público.

## Bailando en el balcón

### Charlotte

Hace treinta y nueve días que di a luz. Matt me espera en el balcón de la segunda planta mientras termino de dar de comer al pequeño Matt. Lo encuentro apoyado en la barandilla, pensativo, y me dirijo hacia él.

Cuando se da la vuelta y me mira, siento una mezcla de pasión y amor en mi interior.

Matt sonrío. Me agarra por la cintura y me acerca a él. Los jardines de la Casa Blanca están en silencio. Matt empieza a moverse. Cierro los ojos y apoyo mi frente contra la suya.

Empezamos a bailar al ritmo de una música inexistente, la música que proviene de fuera de la Casa Blanca y que nos proporcionan los jardines silenciosos, las calles de Washington D. C. y nuestros pies al bailar.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada oscura. Me agarra la mano con firmeza y continuamos moviéndonos, acercándonos y girando por el balcón. Agacha la cabeza y me besa con delicadeza y ternura, como si mis labios fueran su tesoro; como si yo fuera su tesoro.

Abro la boca.

Me besa tranquilamente, sin prisas, me acaricia la lengua con la suya y me pasa las manos por el pelo con delicadeza.

Seguimos bailando.

Pero ahora también nos besamos y mi cuerpo reacciona: se me acelera la respiración y me siento rodeada por su calidez, su fuerza y su aroma.

—Te echaba de menos —me susurra al oído.

—Y yo a ti también.

Le brillan los ojos.

—No tienes ni idea de lo tentadora que eres.

—Debería ir a dormir y descansar.

Esboza una sonrisa pícaro y me agarra de la muñeca para que no me vaya.

—Ni se te ocurra. —Sonríe—. Ven aquí.

Su mirada seductora me debilita. De pronto, siento un calor incesante en mi entrepierna. El corazón me late desbocado mientras Matt se acerca aún más a mí.

Me levanta la mano y me besa las yemas de los dedos. Cuando me los lame, jadeo. Se aparta un poco y nuestras miradas se cruzan.

—Treinta y nueve días —dice, y sonrío.

Asiento, sofocada. Me pregunto si está pensando en lo mismo que yo.

Lo agarro de la camisa. Mi intención era pararle los pies, ¿no? Todavía nos queda un día, pero lo único que sé es que está besándome, que su sabor es exquisito y que quiero más. Me aferro a él con fuerza; me cuesta respirar. Me desliza las manos por las caderas, me agarra el culo y me presiona contra su cuerpo. Más cerca.

El calor entre mis piernas aumenta mientras noto su erección en mi abdomen. La tiene muy dura. Me besa sensualmente mientras me desliza sus labios por el cuello y llega hasta mi oído para susurrar:

—Ven a dormir conmigo esta noche.

Me aparto un poco y me apoyo en la barandilla. La luna ilumina sus facciones.

—Pero aún no han pasado cuarenta días y Matthew Júnior...

—Matthew tiene una niñera. Preferiría que se quedara con ella para disfrutar de mi mujer esta noche.

Trago saliva y sé que no puedo aguantar más.

—Me lo pensaré —miento. Le acaricio el pecho y me pongo de puntillas—. Mientras, seguiré besándote —susurro.

Rápido como el viento, Matt me agarra y me da la vuelta, como si estuviéramos bailando un tango prohibido.

Me sujeta contra su pecho como si yo fuera lo más *sexy* del mundo.

Gimo, vuelvo a apoyarme en la barandilla y me subo la falda lo máximo posible para que pueda encajarse entre mis piernas.

Se acerca a mí y me mira fijamente mientras me aparta el pelo de la cara, se

inclina hacia delante y me muerde el cuello. Una sensación abrumadora de placer se apodera de mí y, acto seguido, lo presiono contra mí y lo abrazo con fuerza.

—Matt...

—Sí.

No puedo hablar, no consigo pensar con claridad mientras mordisquea la piel sensible de mi cuello.

—Dios, te deseo. Te echo de menos. Echo de menos el aroma de tu piel y los ruiditos que haces.

Me muerde de nuevo con suavidad. Jadeo, desliza su lengua por mi garganta y se me acelera la respiración aún más. Introduce una mano entre nuestros cuerpos y me acaricia la entrepierna.

Me estremezco, me apoyo contra la barandilla y entonces me subo a ella y le rodeo la cintura con las piernas.

—Te amo —le susurro al oído.

Me sujeta con firmeza. Mis muslos se tensan a su alrededor; le rodeo el cuello con los brazos mientras me besa con frenesí y entramos en casa.

Llegamos a su habitación más rápido de lo que esperaba.

El deseo que sentimos estalla cuando cierra la puerta. Enredo mis dedos en su pelo mientras me coloca sobre la cama. A ambos nos cuesta respirar con normalidad. Se arrodilla ante mí y me levanta la falda hasta las caderas. Gimo mientras besa mi abdomen.

Y después lo lame.

Es tan delicioso...

Es muy atractivo. Me besa la parte baja del vientre y la cicatriz de la cesárea.

Desliza los labios hacia mis pechos y los agarra por debajo de la blusa. Me acaricia los pezones, me quita el sujetador y los chupa hasta que gimo.

—No puedo esperar más, Charlotte. Te deseo tanto...

Le arranco la camisa. Sus manos exploran todos los recovecos de mi cuerpo mientras nos desvestimos a toda velocidad. Cuando estoy desnuda, le bajo los pantalones, se los quita y se tumba encima de mí.

Es tan guapo... Tiene los músculos suaves, firmes y perfectamente delineados. Antes también era muy sexy, pero creo que ha estado haciendo un poco más de ejercicio, quizá por culpa de la frustración sexual. El pensamiento hace que me derrita. Delineo sus músculos con los dedos para apreciar su esfuerzo. Me agacho y beso uno de sus pezones mientras le acaricio el pecho.

Se le escapa un gemido.

—Lámelo más fuerte —pide con la voz grave y ronca.

—Matt... —gimo.

Esboza una sonrisa, me observa y me devora con la mirada mientras sigue acariciándome. Me dice que soy preciosa y me mete un dedo.

—¿Tienes alguna idea de la reacción que provocas dentro de mí, Charlotte?

Se agarra la base del pene y lo dirige hacia mi entrada. Justo donde lo quiero.

Me quedo sin respiración. Agarro las sabanas y se me ponen los ojos en blanco a causa del placer de sentir a mi marido penetrarme de nuevo. Centímetro a centímetro. Despacio. Con tanto cuidado que noto cómo le tiembla el cuerpo.

Somos uno. Piel con piel.

Me agarra la cara y me mira a los ojos. Gimo en voz baja e inclino las caderas hacia él para que se mueva. Pero no lo hace; se limita a observarme. Nuestras respiraciones son entrecortadas y me regala unos segundos para que me ajuste a él de nuevo.

Me muerdo el labio.

—Por favor —suplico.

—Te amo —jadea. Me pasa el pulgar por el labio inferior, se inclina y me da un beso con lengua.

Empieza a moverse poco a poco; con exquisita lentitud. Su poderoso cuerpo controla cada movimiento mientras me hace el amor. Lo hacemos como si yo fuera virgen, como si fuera mi primera vez y quisiera hacerla inolvidable.

En ese momento, Matt se convierte en mi mundo y ondulo bajo su cuerpo mientras me deleito con él. Es el hombre más poderoso del mundo. Es una persona decidida, fuerte y ambiciosa. Es noble y honesto, y sé que puedo contar con él para lo que sea. El deseo que siente por mí es inquebrantable, incluso con los kilos de más que tengo ahora y que espero perder cuando pueda hacer ejercicio de nuevo. Nunca me he sentido tan *sexy*, apreciada y amada.

Y a día de hoy el misterio que es nuestro amor aumenta y me doy cuenta de que sigue cambiando y evolucionando, dependiendo de la experiencia que compartamos en cada momento determinado, de todos los besos que nos damos y de los que no nos damos, de cada susurro y de todo lo que no nos hemos dicho. Nunca he sentido la clase de amor que siento por él. Y la tensión en su cuerpo mientras sus manos me acarician con dulzura es evidente, porque intenta

tener cuidado, pero a la vez también deja entrever su latente deseo con las palabras que me susurra al oído: «preciosa», «perfecta», «mía»... Sé que él también lo siente. Y sé que, probablemente, este sentimiento sea tan misterioso para él como lo es para mí, e igual de maravilloso.

# ¡Cómo crece!

## Charlotte

Matt Júnior crece tan deprisa... Ya camina. Y es el centro de atención de la Casa Blanca. Todo el mundo se queda embobado con nuestro hijo.

Yo también crezco con él.

Crezco como primera dama.

Como madre.

Como mujer.

Como anfitriona.

Como señora de la Casa Blanca.

Como representante de los derechos de los niños.

Como la amada de Matt.

Los años también pasan rápido. Los dos primeros estuvieron llenos de pañales y juguetes, de eventos de alfombra roja y trompetas cuando recibimos a los mandatarios extranjeros en la Casa Blanca y de veladas formales que encarnan el poder y la majestuosidad de los Estados Unidos.

A los líderes extranjeros se les da una gran bienvenida y se les recibe con ceremonias de estado, florituras, banderas, centinelas y orquestas. La prensa está a la espera de estos eventos, ansiosa por conseguir algunas declaraciones. El chef prepara los platos más deliciosos del mundo, presentados de un modo impecable.

Les ofrecemos espectáculos. Andrea Bocelli y *ballet*. Celebramos las victorias de nuestros equipos favoritos y cada Navidad decoramos la casa con un árbol gigante y ornamentos a prueba de Matt Júnior.

Y, lo que es más: la Casa Blanca es el lugar donde se han pactado docenas

de nuevos acuerdos. Donde se ha puesto solución a varios desastres naturales. Donde se han tomado decisiones importantes y se han llevado a cabo tantos cambios en la política. Pero la Casa Blanca es más que *glamour*, política y el parque de juegos de nuestro hijo.

Esta casa no pertenece al presidente, sino a nuestro pueblo.

Aquí es donde empiezan sus futuros.

\*\*\*

—Hola. —Matt esboza una ligera sonrisa cuando nos ve a Jack y a mí. Se desabrocha los dos primeros botones de la camisa y se la remanga hasta los codos. Suspira, satisfecho por tener un momento de relax después de un día intenso en el trabajo, y eso me excita.

Se sienta a mi lado.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta.

—Bien. —Me acerco un poco más y él se inclina hacia mí para besarme con dulzura.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunta, y frunce el ceño, divertido, incluso cuando Jack se aproxima a nosotros y entierra el hocico debajo de la mano de Matt para que lo acaricie.

—Disfrutábamos de la tranquilidad mientras tu hijo duerme.

—¿Cómo está mi legado?

—Grande. Me van a salir moratones en las caderas de llevarlo en brazos.

Ríe.

—Ven aquí, pequeño. —Rasca la cabecita de Jack—. Mi hijo te deja agotado a ti también, ¿verdad? —le pregunta.

Jack le lame la mano y gruñe, feliz. Matt lo sigue acariciando mientras gira la cabeza para mirarme a los ojos.

—Tienes cara de estar cansada.

—Lo estoy. Pero ahora que estás aquí he recuperado la energía. Cuéntame cómo te ha ido el día.

Matt gruñe a modo de queja.

—Preferiría no agobiarte todavía más con mi trabajo. Explícame cómo te ha ido el tuyo.

—Matty ha intentado subirse encima de uno de los patos del estanque y se



habría caído dentro si Jack no lo hubiese evitado.

—¿De verdad? —Levanta una ceja, sorprendido, y mira a Jack, que lo contempla con una mirada suplicante para que le siga rascando detrás de la oreja—. Buen chico —añade, y con su mano libre me acaricia la mejilla—. ¿Entonces crees que deberíamos deshacernos de los patos?

—Ni se te ocurra. Son una gran fuente de entretenimiento para Matty; se queda embobado mirándolos.

Matt ríe de forma contagiosa.

Aunque antes nos encantaba hablar de política porque era algo que nos unía, ahora estamos tan inmersos en ella que disfrutamos hablando sobre otras cosas. Matt prefiere los temas más normales y anhela la vida corriente que nunca ha tenido. Pero él estaba destinado a hacer grandes cosas; la normalidad es un lujo del que no disponemos. Sin embargo, a veces la creamos nosotros mismos. Y en esos momentos él simplemente es Matt, mi marido, el padre de mi hijo y el hombre al que amo.

Me tumbo a su lado y apoyo la cabeza en su pecho mientras ambos acariciamos a Jack.

—Han encontrado una pista.

Me quedo boquiabierta. No por lo que acaba de decir (no es la primera vez que encuentran una pista), sino por la esperanza que percibo en la voz de Matt.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Quién? —pregunto.

—Paciencia, mi pequeño saltamontes —contesta, y la sonrisa le llega a los ojos, pero, acto seguido, se ensombrecen de nuevo—. Si todo va bien, lo sabremos dentro de poco.

—Dios mío, Matt. Espero que sí —añado. Lo abrazo y le beso el cuello.

Sé lo mucho que deseaba este momento; sé que cada callejón sin salida lo hacía más fuerte y lo animaba aún más a cumplir la promesa que le hizo a su padre.

\*\*\*

Ese mismo fin de semana tengo mi primera salida oficial; nos dirigimos a una cumbre. Matthew ha propuesto un impuesto para todas las empresas que emiten dióxido de carbono y que han contaminado el aire que respiramos durante años. Afirma que va a zanjar el tema de una vez por todas.

Mientras hablamos de política, dejo que mi mano deambule por sus

abdominales y se deslice por su firme estómago hasta llegar al vello que tiene bajo el ombligo.

—Sin embargo, con India... —Para de hablar, levanta una ceja poco a poco y me mira con picardía.

Me acerco un poco más y me agacho mientras le bajo la cremallera. La tiene enorme y gruesa cuando me la meto en la boca. Le agarro la base de la polla mientras lamo la punta y, cuando lo miro, cierra los ojos. Lamo con más energía, suspira, abre los ojos de nuevo y me dedica una mirada seductora. Un segundo después, me agarra de la cabeza y presiona hacia abajo para que me la meta entera en la boca.

# Novedades del FBI

## Charlotte

—Señor presidente, el jefe del FBI, el señor Cox, desea verlo cuanto antes. ¡Lo han encontrado!

Matt mira fijamente a Dale Coin con intensidad y le pide que le dé más detalles.

—He preparado una presentación —añade Coin.

Una mezcla de terror, miedo, dolor y esperanza se apodera de mí cuando caigo en la cuenta de lo que significa esto para Matt.

—Dios mío —susurro.

Coin se refiere al asesino del presidente Law.

A Matt le brillan los ojos.

—Vamos. —Se pone en pie y atraviesa el pasillo con Dale y tres hombres más, que le informan de lo que ha pasado.

Se detiene en medio de las escaleras, desanda el camino y se dirige directo a mí. Me mira fijamente y percibe en mis ojos lo importante que es esto para mí también. Para todo el país. Lo que significaría que triunfe la justicia.

—Ven conmigo —dice.

Suspiro, asiento emocionada y camino con él hacia la sala de crisis.

Todo el mundo nos observa al entrar. Matt me mira con la misma intensidad que los demás. Aparta la vista de mí cuando empiezan a saludarlo. Les da la bienvenida y todos toman asiento.

Apagan las luces.

La pantalla que tenemos delante de nosotros se enciende y aparece la imagen de un hombre con barba y pelo rubio.

—Se llama Rupert Larson —dice Cox.

Matt tensa la mandíbula.

—Continúa.

El dolor que siento en el corazón se intensifica.

Matt se levanta y se sirve una taza de café. Después observa la imagen y frunce el ceño.

—Ahora tiene cincuenta y tres años. Se le acusa de violación y de consumo de drogas.

Matt tensa la mandíbula de nuevo y me mira fijamente, una mirada que dice que debemos arreglar este asunto.

—Se le vio por última vez en Georgia.

En la pantalla aparecen más imágenes del mismo hombre, pero con varios peinados y colores de pelo. Lo observamos en silencio. A veces, los ojos oscuros de Matt se cruzan con los míos y solo consigo percibir frialdad en ellos.

—Padece ataques de paranoia y alucinaciones. Aparentemente, se enfadó con el presidente Law. Al principio le escribía cartas en las que los elogiaba a él y su trabajo. Afirmaba que era capaz de ver el futuro, específicamente su muerte. Dejó de enviar cartas durante años. Encontramos una que no llegó a enviar en la que detallaba exactamente cómo moriría: tres disparos. El asesino solo pudo disparar dos veces antes de que el Servicio Secreto se abalanzara sobre él. Ha estado en libertad desde entonces.

Cox mira mientras Matt se acaba el café. Controla muy bien situación, pero es solo una fachada; sé que ahora mismo la procesión va por dentro. Matt fija la vista en Cox con la clase de mirada amenazante que haría que cualquier otra persona saliera por patas.

—¿Por qué estáis seguros de que es él? —pregunta muy serio.

—Por la segunda carta que no envié. Es su confesión; de hecho, es más bien un medio para recrearse en el crimen. Y está firmada.

El tormento que percibo en los ojos de Matt es como una patada en el estómago.

Es el asesino de su padre. El hombre que se llevó la vida de Lawrence Hamilton y que ha vivido en libertad todos estos años. Solo con pensarlo me enfurezco. Ahora mismo estoy tan enfadada como Matt. Pero su voz no deja entrever ni un ápice de tormento o rabia, aunque le brillen los ojos con una mirada letal. Mira a Cox directamente a la cara. Su rostro es una máscara de piedra.

—Ya sabes qué hacer.

Matt me rodea la espalda con el brazo mientras salimos de la sala de crisis y, cuando por fin llegamos a su habitación, mi primer impulso es abrazarlo; sentir que me estrecha entre sus brazos con la misma intensidad que yo.

—¿Crees que lo detendrán? —susurro.

—Más les vale —contesta, y me mira fijamente. Veo el dolor reflejado en su rostro. Le agarro la cara con ambas manos y él sujeta la mía. Nos besamos como si nuestras vidas dependieran de ello y nos transmitimos el dolor, la esperanza, el pesar y la satisfacción que sentimos.

Una hora después, todos los agentes de seguridad del país han sido notificados; ahora todos cuentan con la fotografía y el nombre del sospechoso. Se ha ganado el primer puesto en la lista de los criminales más buscados de la nación y se le considera extremadamente impredecible y peligroso.

Matt se reúne con su madre y hablan durante más de una hora. El FBI le ha devuelto el pañuelo a Matt, ya que lo habían guardado como posible prueba, y él se lo entrega a su madre. Ella llora durante mucho rato.

Cuando nos vamos a la cama, son las dos de la madrugada. Matty ya está dormido y Jack, que acostumbra a tumbarse cerca de la puerta para vigilarla por las noches, sabe que algo va mal. Entra en nuestra habitación mientras nos desvestimos, da un salto, se sube a la cama y ladra para que Matt le haga caso.

Aparto las sábanas, me meto en la cama y le rasco la cabecita a Jack hasta que se tumba. Matt se estira a mi lado, acaricia a Jack y posa una mano sobre la mía. Fijo la vista en él y noto que la intensidad que reflejan sus ojos me envuelve. Su mirada me transmite más que mil palabras.

—Lo siento —susurro, y abro la otra mano, donde guardo el pin del padre de Matt. No he podido evitar aferrarme a él durante todo el día.

—Yo también lo siento —contesta con la voz ronca. Y eso es todo.

Le rodeo el cuello con los brazos, lo beso y nos acurrucamos. Jack se instala entre nuestras piernas.

Cinco horas después, nos llega la noticia de que han capturado a Larson.

\*\*\*

La cara del criminal está en las portadas de todos los periódicos del país. Estados Unidos se alegra, aunque con la noticia se abre una herida del pasado y el recuerdo del presidente Law acecha a Matt y a su madre de nuevo. Voy con él

y el pequeño Matt hasta el cementerio y dejamos tres docenas de rosas blancas en la tumba del expresidente.

—Descansa en paz, papá —dice Matt, y deposita una rosa después de que yo deje la mía. Pone una mano sobre la lápida y una lágrima cae por su mejilla.

Matt Júnior avanza y coloca su rosa entre las nuestras.

—Descansa en *pas*, *abuebo*.

Coloca su pequeña mano al lado de la de Matt y me dan ganas de reír y llorar a la vez.

Matt sonrío y se le llenan los ojos de amor. Le revuelve el pelo a su hijo, lo toma entre sus brazos y nos marchamos. Matthew permanece en silencio, pero sé que está tranquilo. La única que no puede evitar llorar soy yo.

# Infinitamente

## Charlotte

Este otoño, las primarias de los principales partidos han arrancado con fuerza. Las he estado siguiendo por televisión, ya que tenía curiosidad por saber qué rivales de entre las múltiples opciones ganarían. Sé que el abuelo de Matthew ha venido para hablar con él sobre si esta vez debería presentarse como candidato demócrata o republicano.

—Con todos mis respetos, he rechazado su propuesta

—explicó Matt a la prensa cuando esta se enteró de que abuelo y nieto se habían reunido.

Me pregunto cuándo anunciará sus intenciones de volver a presentarse a presidente.

—¿Por qué todos quieren ser como papá?

—¿Qué?

Miro a Matthew Júnior, el niño de dos años más adorable del mundo. Tiene el pelo negro, sonrisa burlona y una actitud atrevida.

—Todos quieren ser presidente. —Frunce el ceño con desdén.

—Sí, porque el presidente toma decisiones importantes —le explico mientras paseamos por los jardines de la Casa Blanca.

—Pero yo quiero que papá sea presidente —admite.

—Ya lo es.

—No quiero irme de casa. —Le tiembla la voz y le acaricio el pelo. Quizá ha oído a alguien hablar de este tema.

—Nuestro hogar es cualquier lugar en el que estemos todos juntos —le aseguro.

Pero las palabras de mi hijo me persiguen durante el resto del día. Pienso en cómo sería empezar de cero. A una parte de mí le alivia la idea, porque disfrutaríamos de más privacidad; pero la otra piensa que es demasiado pronto para marcharse de la Casa Blanca. Estoy segura de que mi marido se siente demasiado motivado, dedicado y apasionado por su trabajo como para abandonarlo.

Además, esta casa ha sido nuestro hogar durante los últimos tres años.

Conozco muy bien al jefe de personal; hasta he organizado fiestas de cumpleaños para él y he ido al bautizo de su hijo. Sé que maneja más de cien empleados, revisa mi agenda y la de Matt, dirige todo eficientemente, lidera el personal de la casa y se encarga de los asuntos del día a día. Tom se asegura de que nuestras vidas se desenvuelvan con facilidad.

Me encanta nuestro chef, que me recuerda a Jessa porque le encanta preparar nuestros pasteles y platos preferidos en las ocasiones especiales. Siempre sabe cuándo Matt ha tenido un día duro y le prepara un plato especialmente delicioso para hacerle sonreír. Y, además, prepara la comida de mi hijo.

Adoro a Lola y su constante estrés con los medios de comunicación y, en especial, con la prensa de la Casa Blanca.

Incluso el Servicio Secreto, que lo ve y lo sabe todo, pero nunca divulga la información. No solo nos protegen físicamente, sino que también se aseguran de que nuestras vidas privadas lo sigan siendo.

Todas las habitaciones de la Casa Blanca tienen un significado. Una historia. Tienen alma.

La presidencia no solo consiste en contar con un programa político o plantar cara a los rivales. La presidencia implica mantener al país unido, orgulloso, seguro, protegido y motivado. No solo hay que amparar nuestros derechos y libertades, sino que también debemos ofrecer el ejemplo y la inspiración necesaria para hacerlo. Todo ello ha hecho que Estados Unidos sea lo que es hoy. No puedo imaginarme a ningún presidente mejor que Matthew Hamilton.

El día siguiente, después de cenar en el comedor antiguo, Matt Júnior le pregunta a su padre por qué deja que todos esos hombres se presenten a la presidencia.

—Porque es su derecho. En este país, es uno de nuestros derechos más sagrados: la libertad —explica mientras nos retiramos a la sala amarilla.

Matt Júnior frunce el ceño, confuso, mientras escucha a su padre. Después añade:



—Pero yo quiero que tú seas el presidente.

Matt ríe y le pasa una mano por la cara. Después Matty se va jugar con sus juguetes y Jack lo sigue.

—Voy a acostarlo —dice Anna, la niñera, y se apresura a irse detrás de él.

Matt me mira mientras se sirve una copa y trae una para mí también.

—He estado pensando. Cuatro años ya, por lo que parece. —Me mira fijamente mientras se sienta delante de mí—. Me he obsesionado contando. —Clava los ojos en el vaso y fija la vista en mí de nuevo—. Los días que he pasado aquí contigo y los que no. Es difícil saberlo —admite con una sonrisa triste—. El día que nació Matt...

—No hubiera permitido que te quedaras conmigo —lo interrumpo rápidamente.

Aunque parece que mi comentario le divierte, no sonrío.

—Esa no fue la única vez. El día que cumpliste veinticinco años...

—El aeropuerto estaba cerrado por la tormenta de nieve. No podías aterrizar. Todo eso escapa a tu control —le aseguro.

Suspira y me mira, curioso, calculador, y ríe ligeramente.

—Charlotte, escúchame.

—Estoy escuchándote y dices cosas sin sentido.

—Cariño —dice con firmeza—. Tenemos que hablar de si te parece bien que me presente a las elecciones de nuevo o no. Y necesito que seas honesta. Sé que mi madre nunca lo fue con mi padre, no de verdad, y no quiero que cometamos el mismo error.

Se ha puesto muy serio. Me mira a los ojos mientras frunce el ceño.

Se me encoge el corazón cuando pienso en sus palabras. Nunca he querido que pensara que nos dejaba de lado. Porque la verdad es que siempre se esfuerza al máximo para no nos sintamos así.

—¿Tenías pensado no presentarte?

—No me presentaré si eso supone un problema para nuestra familia. Sabes que me encanta estar aquí, Charlotte. Amo mi trabajo. —Me dedica una sonrisa sincera y se me acelera el corazón—. Pero os amo a vosotros dos más que a nada en el mundo.

Estoy tan enamorada de este hombre que a veces me duele el corazón.

Sé que Matt siempre ha procurado no perderse nada importante de nuestras vidas, aunque en ocasiones haya tenido que ser así. Sé que se ha esforzado más de lo que lo habría hecho cualquier otra persona para que nuestro hijo y yo nos

sintiéramos amados, apoyados y protegidos.

—Los dos hemos aprendido mucho —digo. Nos quedamos mirándonos unos instantes y entonces me doy cuenta de lo mucho que hemos luchado los dos para hacer que lo nuestro funcionara—. Nunca pensé que podría vivir una vida como esta y llegar tan lejos contigo; y, sin embargo, aquí estoy. No estoy haciéndolo tan mal. —Esbozo una sonrisa pícaro y Matt ríe. Le brillan los ojos—. Y tú... Tengo que decirte que has demostrado con creces que puedes ser ambas cosas: el presidente y el mejor marido y padre del mundo —añado con admiración en la voz.

—No quiero que pienses que Matty y tú estáis en segundo plano —dice mientras me escudriña como si buscara una respuesta en mis facciones—. Pero si alguna vez lo has pensado, quiero que sepas que os escojo a vosotros y que no me presentaré de nuevo.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! —protesto.

Me inclino hacia delante, frunzo el ceño y dejo la copa a un lado.

Inspiro y espiro profundamente antes de decir:

—Aunque yo solo sea una de los millones de ciudadanos que hay en Estados Unidos, he tenido el honor de presenciar personalmente tu presidencia, tu integridad y tu honestidad. —Trato de no emocionarme, pero me resulta muy difícil cuando pongo en contexto todo lo que ha hecho en estos últimos cuatro años—. Sé de corazón que ningún otro candidato será mejor que tú. Tú eres uno de nosotros. Eres todos nosotros. Tengo la suerte de que seas mío para siempre, pero, como ciudadana, me encantaría tenerte como presidente durante cuatro años más. Haz que merezcan la pena. Mi corazón es tuyo, igual que mi voto. No me niegues todo lo que aún tienes por aportar y disfrutar del... honor... de tenerte como presidente los próximos cuatro años. De estar a tu lado mientras te dedicas a lo que estás destinado a hacer —añado—. Por favor.

Sonríe cuando me quedo sin aliento después de exponer mis súplicas.

Poco a poco, deja su copa en la mesa y se pone en pie. Avanza hacia mí, me toma las manos para que me levante y tensa la mandíbula. Me agarra por la nuca y me besa con intensidad durante largo rato, haciendo buen uso de su lengua.

—Gracias. Te amo. Ya lo sabes —susurra, y percibo un deje de pasión en su voz. Apoya su frente contra la mía y me cautiva con la mirada.

—Sí —respondo, y me sonrojo como siempre que me observa de ese modo—. Pero todavía no sé cuánto me amas. Has dicho «infinitamente», pero ¿eso qué significa?

Me escudriña el rostro.

—Significa que no hay sistema métrico en el mundo que lo pueda medir; no tiene principio ni final.

Me ha dejado sin aliento. Sonríe cuando me oye jadear, me vuelve a besar y se toma su tiempo con mis labios.

—Así te amo —añade con la voz ronca, y me agarra el culo.

Nos dirigimos a la habitación de Matt y él llama por la línea interna de la Casa Blanca.

—Carlisle. —Me observa con una sonrisa en los labios y activa el altavoz del teléfono para que yo también escuche la conversación—. Os necesito a ti y a Hessler.

—Mandé a la mierda mi enfermedad cardíaca; me dije a mí mismo que no me podía morir porque estaba esperando esta puta llamada. —Percibo la sonrisa de Carlisle en su voz; la alegría se refleja en mi rostro y en el de Matt.

—Ya está hecho —le digo cuando cuelga—. Es imposible que nadie te gane. Se encoge de hombros y comienza a desvestirse.

—Nunca se sabe. A veces, otros candidatos mejores que yo han llegado a perder.

—Sí, pero los grandes países los dirigen grandes personas, y no hay tantas que sean como tú —afirmo mientras me quito los pendientes.

Cuando me meto en la cama con él, desnuda, me sorprende su tacto cálido contra mi piel.

—¿Estás preparada para poner la nueva campaña presidencial en marcha, cariño? —pregunta mientras se inclina hacia mí, me mira y me aparta la melena pelirroja de la cara.

—Quizá. —Sonrío entre dientes y decido jugar un poco con él; bromeo con mi eslogan favorito de su anterior campaña: «Nacido para esto»—. La verdad es que nací para esto.

—No, cariño —responde rápidamente—. Naciste para mí. —Y para evitar que proteste me cubre la boca con los labios. Aunque quejarme no era precisamente lo que tenía en mente.

# Que empiece el juego

**Matt**

Estoy a tope y no son ni las diez de la mañana.

Después de mi reunión diaria, saber qué están haciendo las demás naciones y realizar algunas llamadas, ahora estoy en la sala de prensa.

Lo estoy bordando. El orgullo, la anticipación y la adrenalina me corren por las venas, y mi intención, deseo y empeño en conservar mi puesto en la Casa Blanca alimentan mi discurso.

—Debo admitir —digo mientras miro a todos los periodistas— que ser presidente es un trabajo muy duro. Requiere cientos de noches sin dormir, tomar decisiones difíciles e incluso tener que veros las caras cada día —añado, y bromeo sobre la obsesión profunda que la prensa tiene conmigo y con mi mujer—. No es un trabajo que pueda tomarse a la ligera. —Resoplo y niego con la cabeza—. Lo he sabido desde que mi padre era presidente, ya que mi familia se vio gravemente afectada por ello. He intentado con todas mis fuerzas que no me pasara lo mismo. Porque, veréis... —Hago una pausa y los miro uno por uno—. Si yo no construyo un mañana mejor para la familia que tanto amo, para el país que tanto amo, ¿quién lo hará? Si yo no garantizo su seguridad y sus derechos ni lucho por ellos, ¿quién lo hará? Si yo les niego a los ciudadanos mi máximo esfuerzo, también se lo estoy negando a mi familia. No quiero fallaros a ninguno de vosotros. Este trabajo tan duro me ha enseñado a ser más fuerte y listo, y a ser diplomático, pero nunca ha sido fácil. La verdad es que no quiero que lo sea. Lo fácil no es divertido, ¿verdad?

Los periodistas ríen.

—Muchas gracias por estos cuatro años. Por creer en mí. Si me lo permitís, y si los ciudadanos lo desean, hagamos que sean ocho. Anuncio formalmente mi

intención de presentarme de nuevo a la presidencia de Estados Unidos.

Miro a Charlotte fijamente y me entran ganas de comérmela a besos.

# Campana presidencial

## Matt

La multitud no deja de corear mi nombre cuando nos dirigimos al primer mitin en Filadelfia.

—¡Tu público es el mejor, joder! —afirma Carlisle. Escudriño el cúmulo de gente y me gustaría que Charlotte pudiera verlo con sus propios ojos. Siempre le emocionaban estos eventos. Se ha quedado durmiendo en el hotel con Matthew Júnior.

—Según nuestros cálculos, hay un sesenta por ciento de mujeres y un cuarenta por ciento de hombres que han asistido. La mayoría vienen a ver tu cara bonita. Aun estando casado, sigues ligando —bromea Wilson.

Esbozo una leve sonrisa.

—Un voto es un voto.

Ríe.

—Sí, sé que te molesta, no pretendía ofenderte. Y no te preocupes, todos los presidentes que abandonan la Casa Blanca salen demacrados. Esperemos que tu belleza dure cuatro años más. Si todavía atraes a multitudes así, significa que algo habrás hecho bien.

—Wilson, tengo una agenda que seguir. —Le indico que detenga el vehículo.

—Es verdad.

—Hazme un favor. —Me inclino hacia el interior del coche cuando salgo—. Llama a Charlotte dentro de un rato para ver cómo está. Ah, y dile que tiene que darle de comer a Jack.

—Tú sigue con lo tuyo, lo tengo todo bajo control.

Salgo con Carlisle y Hessler, y el resto del Servicio Secreto nos sigue de la manera más discreta posible (algunos van de paisano) mientras nos dirigimos al estrado y hacia la multitud de personas que me esperan.

# Gracias por la campaña presidencial

## Charlotte

Lo veo hablar en el mitin para los propietarios de pequeños negocios de Florida y durante unos segundos me mira solo a mí.

—... porque no es solo nuestro objetivo, sino también nuestro deber, fortalecer nuestro país para los que no han nacido aún. Y para las personas que amamos.

Me deja sin respiración, aparta la mirada y la fija en los miembros de su equipo mientras sonrío ampliamente.

Sin embargo, nadie se da cuenta de las miradas que nos intercambiamos. No tienen ni idea de la auténtica conexión que tenemos; de que este hombre es parte de mí. Marido y mujer; saben lo que somos, pero no creo que nadie sepa de verdad lo que significa para mí o para Matt.

El personal de su equipo apunta todo lo que dice Matt con unos bolígrafos que tienen grabado el logo de la campaña presidencial. Después se ponen en pie cuando él se levanta para marcharse. Matt les estrecha la mano para agradecerles su trabajo. Me sorprende que tantos hombres que forman parte del equipo también se acerquen a mí para despedirse.

Matt se pone a mi lado cuando salimos de la sala.

—Será mejor que te dé la palabra ahora —dice, y me acaricia la mejilla. Ríe cuando salimos del edificio, pero seguimos mirándonos a los ojos hasta que volvemos al hotel.

Se supone que tenemos que arreglarnos y asistir a un evento benéfico esta noche, así que decido que me pondré zapatos planos, porque los tacones están matándome, pero no me lo perdería por nada del mundo.



—Mi primera dama atrae muchas miradas —comenta mientras me agarra de la nuca y me besa. Se aparta y me deja con el corazón desbocado. No me creo que sea mi marido. Sonríe. Bromea para chincharme, por supuesto, pero me mira con orgullo, como si dijera: «Sabía que no me equivocaba cuando me casé contigo».

—Tú, sin embargo, lo has hecho fatal. Creo que tu equipo te quiere echar de la campaña, señor presidente. —Niego con la cabeza—. Eres cuatro años más viejo. Ya no eres el joven y atractivo soltero que eras.

Le brillan los ojos.

—Me has envejecido, cariño, qué le vamos a hacer.

—A ver, al menos te has esforzado. Pero no creo que se lo hayan tragado; eras mucho más encantador cuando estabas soltero.

Me mira con dulzura. Sé que no es verdad; está más guapo que nunca. Tiene casi cuarenta años, aspecto maduro y sigue siendo atractivo. Aún no tiene canas, aunque creo que estaría muy *sexy* si le salieran algunas. Se quita las gafas, se las mete en el bolsillo y me mira. Reconozco la expresión en sus ojos y sospecho que la materializará cuando entremos en nuestra *suite*, me pegue contra la pared y me bese apasionadamente.

Me pongo roja y me tiemblan las piernas. Cuando entramos en nuestra habitación, me hago la difícil.

—¿Hay algún motivo para que estés en la otra punta de la habitación, Charlotte?

—No. ¿Por qué? Solo quería estirar las piernas un poquito —contesto, indiferente.

Levanta una ceja y se acerca a mí poco a poco.

—¿Crees que te he pedido que fuéramos a la habitación para devorarte, cariño? —pregunta. Me desliza la mano por la espalda y me agarra el culo.

—No —gimo.

Agacha la cabeza, me besa el cuello y se me acelera la respiración.

Esboza una sonrisa y se le oscurecen los ojos. Su diversión se desvanece del todo y la reemplaza con una expresión de pura frustración y necesidad. Está demasiado cerca, tan cerca que huelo la colonia cara que lleva.

—Charlotte —dice—. No tenemos tiempo, cariño.

—Ya lo sé. Por eso estaba en esta punta y tú en la otra. Pero ahora has venido hasta aquí, así que, ¿qué le vamos a hacer?

Levanta la mano y me delinea el contorno de los labios con las yemas de los

dedos. Una vez. Dos veces.

—Me he dado cuenta de que cuanto más mayor me hago, menos me gusta esperar —confiesa, y frunce el ceño.

Río y me dirijo al sofá.

—Estos zapatos me están matando —comento. Me los quito y relajo los pies durante un segundo antes de meterme en la ducha.

Las campañas presidenciales son tan agotadoras como las recordaba y siguen gustándome muchísimo. Hace años, la juventud nos hacía creer en lo imposible, pero solo aquellos que creen en lo imposible pueden convertirlo en realidad. Y nosotros lo hemos conseguido. Durante cuatro años. Lo hemos intentado y hemos triunfado.

Matt me mira con admiración.

—Te agradezco mucho que estés aquí.

Sonrío con cansancio y saco una botella de agua fría de la nevera. Después regreso a la sala de estar y tomo un sorbo.

—Siempre he pensado que era muy inspirador. Me gusta verte reunir a tantas personas. —Frunzo el ceño ligeramente—. Hace que me pregunte qué es real y qué es mentira.

—Charlotte —me regaña—. No oculto nada. Nada es mentira.

—¡Todos los políticos mienten!

Matt levanta las cejas.

—Yo no soy político.

Río y lo observo acercarse a mí.

La adrenalina que hay entre nosotros se puede palpar en el aire. La satisfacción vibra en su interior y mi cuerpo responde al suyo.

Se sienta a mi lado mientras me estiro en un lado del sofá. Se inclina hacia mí y se apoya en los codos mientras me estira de las piernas para acercarme a él. Lo tengo muy cerca. Nuestras energías se fusionan, se combinan y multiplican la emoción de una noche exitosa por mil.

—Tenía razón.

—¿Sobre qué? —pregunto.

—Invitarte el primer día.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Para recordar los viejos tiempos? ¿Te enamoré con mis malos modales la noche en que nos conocimos? ¿O fue gracias a mi afición por la quinoa? ¿O con mi carta?

Se limita a sonreír y no responde.

Sigue sonriendo mientras me agarra un pie y lo masajea. Durante unos segundos, me quedo embobada y observo sus manos moverse. El escalofrío más satisfactorio del mundo me recorre el cuerpo de arriba abajo.

—Tengo cosquillas.

«No puedo estar más enamorada», pienso.

—Ya lo veo.

Levanta la cabeza y me coge un pie con delicadeza. Abre la boca y me mira mientras me mordisquea la punta de un dedo. Se lo mete en la boca y lo acaricia con la lengua. Succiona suavemente mientras desliza una mano por el brazo hasta mi rostro. Mete su pulgar en mi boca mientras continúa con el masaje.

—Matt —gimo. Lo detengo y miro sus dedos. Sus manos me obsesionan, no sé por qué, pero son tan grandes y fuertes... Hay muchas cosas que dependen de esas manos.

Agarra los zapatos, me los pone y me los abrocha poco a poco. Ninguno de los dos dice nada y deja la mano apoyada en mi empuñadura durante unos segundos más.

—Te amo —dice con sencillez. Me sujeta la cara y me besa con dulzura.

Suspiro. Matt se pone en pie para arreglarse y, cuando veo la hora que es, me levanto de golpe y lo sigo.

\*\*\*

No paramos de viajar. A veces Matty viene con nosotros, cuando no quiere quedarse en Washington D. C. con mis padres o con la madre de Matt.

Allá donde va el presidente Hamilton, lo sigue una multitud de personas. Todo el mundo quiere verlos a él y a su primera dama, mimar a su hijo, acariciar a Jack y hacerse fotos con nosotros. Madre mía, ¿la prensa también nos acompaña a todos lados?

Como siempre, Matt se lo toma con humor, pero yo me pongo nerviosa cuando estoy paseando con el pequeño Matt, los *paparazzi* empiezan a hacer fotos y dificultan el trabajo de Stacey y del resto de guardaespaldas.

Aun así, me gusta visitar el país y ver paisajes nuevos, desde desiertos a bosques, pasando por ciudades, pequeños pueblos, granjas, campos, semáforos y autopistas. Y las personas: son diferentes, únicas, y todas esperan que Estados Unidos siga brillando glorioso. Confían en Matthew Hamilton.

Hoy estamos en Filadelfia y me toca presentarlo.

—Es todo un placer estar con vosotros —digo, casi sin aliento—. ¡Qué público tan maravilloso! —Aplauden y gritan—. Sé por qué estáis aquí: porque mi marido es encantador y da buenos discursos. —Ríen—. Y también porque sé que sabéis que Matthew Hamilton se preocupa de verdad por vosotros, por este país y por vuestros derechos. He sido testigo presencial de su dedicación, esfuerzo y total devoción hacia este país y, si no estuviera ya enamorada de él, todo eso hubiera bastado para convencerme. —Más risas—. Los cambios que ha puesto en marcha durante estos últimos años... Ha creado millones de nuevos puestos de trabajo. Ha mejorado el sistema educativo de nuestros hijos, ha ofrecido un seguro médico más completo y comprensivo, ha conseguido que disfrutemos de una economía en alza y un libre comercio impresionante, lo cual nos permite, como estadounidenses, comprar cualquier producto al mejor precio posible... Eso solo es el principio del resto de cambios que quiere introducir... Espero que os pongáis cómodos y le escuchéis mientras os los explica esta noche. Así que, sin más dilación, damas y caballeros, les presento a mi marido, Matthew Hamilton, ¡el presidente de los Estados Unidos!

Sube al escenario y se acerca al micrófono.

—Dar discursos se le da mejor a ella que a mí —afirma, y esboza una sonrisa pícara. Me guiña el ojo mientras me sitúo a su lado y río al unísono con el público—. Gracias, señora Hamilton —añade, y asiente mientras fija la vista en la multitud—. Tiene razón, sois un público maravilloso...

—¡Hammy! ¡A por ellos, Hammy! —grita alguien.

—Eso haré —promete.

Sonríe de oreja a oreja y después se pone serio.

—Hoy quiero hablar de algo importante. Anoche me enteré de que seré padre de nuevo. La primera dama está embarazada. —Esboza una sonrisa deslumbrante, y es tan contagiosa que no hay ni una cara triste en la sala.

Sonrío cuando recuerdo el momento en que se lo dije: se quitó las gafas y me tomó entre sus brazos. «Me haces muy feliz; muy, pero que muy feliz», dijo. Y nos besamos apasionadamente.

—Así que es algo de lo que quiero hablaros: nuestros hijos —añade, y hace una pausa—. El futuro está en manos de los niños. Criamos a futuros emprendedores y líderes, a niños y niñas que marcarán la diferencia. Y todo empieza con vosotros. Conmigo. Con nosotros.

Noto que Matty me agarra la mano y, cuando lo miro, frunce el ceño; no está

contento con que otro bebé ocupe su lugar.

—¿Me seguirás queriendo más a mí?

—Siempre serás mi primogénito preferido —prometo, y asiente. Está cansado—. Siéntate aquí conmigo. Vamos a ver a papá —susurro mientras escucho el discurso de Matt.

Me encanta cuando todo el mundo lo ve como lo veo yo, cuando tienen la oportunidad de conocer al hombre que hay debajo de la fachada de la presidencia.

El Matt Hamilton que amamos.

\*\*\*

Miro por la ventanilla del avión presidencial. Las nubes que hay por debajo parecen hechas de algodón.

Me coloco la mano sobre la barriga y pienso en Matt.

Estoy tan enamorada de él... No puedo creerme que esté embarazada de cuatro meses de nuestro segundo hijo.

Los debates han finalizado. La campaña presidencial ha sido agotadora, pero muy inspiradora, y ahora regresamos a casa.

Nuestra pequeña familia de tres, que pronto será de cuatro.

Gracias a mis padres, sé que no importa lo fuerte que sea el amor entre dos personas, las relaciones siempre se ponen a prueba. Los límites se cruzan, algunas promesas no se cumplen y a veces nos decepcionamos mutuamente. Así es la vida. No existe ningún camino que sea perfectamente llano o recto.

Pero mis padres también me han enseñado que el amor es una elección. A veces es la elección más difícil de todas. Cuando me giro para mirar a Matthew, su perfil que denota pura belleza masculina y su expresión pensativa mientras analiza un montón de documentos, sé que siempre lo escogeré a él.

Es un pensamiento que me tranquiliza.

Lo escojo a él antes que a una vida normal. Lo escojo antes que a una vida privada. Lo escojo antes que a la inseguridad sobre si algún día seré lo bastante buena como mujer, madre y primera dama. Lo escojo antes que al miedo. Lo escojo por encima de todo...

El amor puede ser apasionado, salvaje, dominante y fascinante. Te pilla de improviso en lo que parece ser una vida normal, la pone patas arriba y te obliga a vivir con cada célula, poro y átomo de tu cuerpo. Te hace experimentar la vida

al cien por cien. El amor intensifica todas tus emociones hasta que parece que antes de que te cruzaras con la otra persona estabas viviendo en silencio, como si estuvieras entumecido.

Experimentar todo al máximo es lo que hace que la vida sea la experiencia más feliz, pero también la más dolorosa. Mientras contemplo las nubes que sobrevolamos y el horizonte azul que se extiende delante de mí, me permito disfrutar del momento y de todo lo que venga en el futuro.

Me veo con Matt. Me veo teniendo hijos con él. Me veo recostada en su pecho mientras tomamos chocolate caliente delante de la chimenea.

Me veo abrazándole y acariciándole después de un largo día de trabajo, después de tener que tomar decisiones difíciles.

Lo veo a él metiéndose en la cama conmigo y besando mi cuello mientras me dice cuánto me ama.

Lo veo tomando la mano de nuestra hija (sí, es una niña, ¡nos lo confirmaron la semana pasada!). La veo a ella con el mismo color de pelo que yo y dando saltitos al lado de su padre mientras lo observa, impresionada, y él la mira a ella como si fuera su mayor tesoro.

Me veo a mí dentro de treinta años, sentada al lado de un Matt viejo, pero que todavía conserva su atractivo, hablando sobre cómo nos conocimos, cómo ganó las elecciones, cómo me pidió matrimonio y sobre la vida que hemos compartido.

Porque si gana, cuatro años más como presidente no son nada en comparación con los años en que será el expresidente y yo, su mujer. El tiempo que pasaremos en la Casa Blanca no es lo único que cuenta. Lo que de verdad perdura en el tiempo es lo que hicimos mientras vivimos en ella, el legado que dejamos.

Es una decisión muy fácil. Lo elijo a él. Siempre.

Y, a pesar de sus inquietudes, decepciones e ideas sobre su capacidad de ser presidente y marido, presidente y padre, presidente y hombre... él también me eligió a mí.

Pase lo que pase, elegimos estar juntos.

\*\*\*

Hace mucho frío, pero Matt y yo pasamos la tarde de noviembre del día de las elecciones en los jardines de la Casa Blanca. He traído un altavoz pequeño y

ponemos la canción que Hozier tocó en nuestra boda, *Better Love*. Bailamos como hacemos a menudo y apoyo la cabeza en su hombro mientras nos balanceamos al son de la música. Nuestro equipo mira la televisión en una de las salas de la Casa Blanca, Matt Júnior duerme y el resto del país contiene el aliento mientras esperan a conocer quién será su nuevo presidente. Matt y yo seguimos bailando.

Y así nos encuentra Carlisle cuando sale a buscarnos.

—Bien, señor presidente —dice, y sonrío con picardía cuando nos ve—. Por lo visto, vas a quedarte cuatro años más.

Me quedo con la boca abierta. Matt me abraza con fuerza y tensa la mandíbula. Le brillan los ojos de felicidad, de agradecimiento.

Me agarra la cara con ambas manos y me besa la frente; después se aparta y le estrecha la mano a Carlisle.

—Es la mejor noticia que me podrías haber dado.

Se abrazan y Carlisle le da unas palmaditas en la espalda.

—Estoy orgulloso de ti, Matt.

—¿Dónde está Matt Júnior? —me pregunta.

—Durmiendo. Matt, no vas a despertarlo...

—Ya lo creo que sí —dice, y se dirige hacia la casa.

Lo sigo hasta la habitación de Matty y, cuando llega, entra y se sienta al lado de nuestro hijo dormido. Se inclina hacia él y susurra:

—¡Eh, pequeñín! —Espera hasta que se despierta.

—Papá —dice, y sonrío de oreja a oreja.

Matt le acaricia la cabeza.

—Nos quedamos.

Matty abre los ojos como platos. Estaba preocupado. Por mucho que yo le asegurara que encontraríamos otro sitio para vivir y que su padre tenía muchas casas a las que nos podíamos mudar, siempre me contestaba que ni los empleados ni los cisnes de la fuente estarían en nuestro nuevo hogar.

—¿Y Jack también? —pregunta. Matt ríe y le planta un beso en la frente.

—Claro que sí.

—Vale —contesta, feliz—. ¡Jack, nos quedamos! —exclama mientras lo arropamos, y nos quedamos observándolo hasta que vuelve a dormirse. Nuestro hijo, nuestro ojito derecho. Jack mueve la cola con entusiasmo y Matt me envuelve entre sus brazos mientras posa las manos en mi barriga y la acaricia.

Es una de las mil formas con las que me demuestra su amor sin tener que pronunciar ni una palabra.



## El final

### Charlotte

Ha ganado. En ambos, el voto popular y el colegio electoral. El personal de la Casa Blanca suspira aliviado. Matt y yo deambulamos por los pasillos de nuestro hogar mientras Matty duerme. El ajetreo de la Casa Blanca nos resulta muy familiar. No volverá a haber un nuevo presidente hasta dentro de cuatro años; cuatro años más de Hamilton se han puesto en marcha y los aprovecharemos para avanzar como país, mejorar nuestra realidad y hacer que nuestra economía prospere.

\*\*\*

Hoy es un día frío de invierno y cientos de miles de personas inundan el National Mall para presenciar el segundo discurso de investidura de Matthew Hamilton.

Normalmente, el protocolo dicta que el supervisor de operaciones organice las cenas el día de toma y posesión del cargo de presidente, que reorganice el mobiliario, gestione las entrevistas que se llevarán a cabo y que traslade las pertenencias del presidente saliente para que el siguiente se mude a la Casa Blanca. Y tiene que hacerlo en unas pocas horas: en lo que se tarda en hacer el juramento, servir el *brunch* y desfilar por la avenida Pennsylvania.

Este año, nadie mueve los muebles. El presidente Hamilton se queda. Pero, aunque esa parte del protocolo permite que los empleados de la Casa Blanca descansen, hay otras partes que tienen que seguir cumpliéndose.

Como la de prepararse para darle la bienvenida al presidente después del discurso por la entrada norte y organizar el bufé para nuestros familiares y

amigos antes de los eventos de inauguración.

Todo el mundo tiene algo que hacer. El bullicio normal de la Casa Blanca se ha multiplicado por tres.

Paso la mañana con un estilista y un maquillador mientras Matt se reúne con los vigilantes de seguridad para ponerse al día.

Nos preparamos para la misa y Matty y Jack vienen con nosotros a visitar la tumba del padre de Matt en el cementerio de Arlington.

Siento una sensación que no tiene fin de satisfacción, humildad y honor cuando nos dirigimos al Capitolio de los Estados Unidos, donde se lleva a cabo la toma de posesión.

Me preocupaba que Matty no se portara bien durante el evento, pero, sin embargo, me he percatado de que es igual de listo que su padre y se ha quedado quieto, ha prestado atención y ha cantado el himno casi por instinto.

Me siento detrás de Matt mientras hace el juramento; observo su perfil y luego, el de mi hijo. Ayer por la noche Matt me dijo que era todo un honor para él compartir este momento con su hijo y que se acordaba con claridad de cuando su padre había realizado el juramento.

Ahora observo a Matt contemplar a su padre mientras jura proteger y preservar la Constitución de los Estados Unidos.

Fui de azul la última que estuve aquí, de blanco el día de mi boda y, hoy, de color rojo. Según Matt, parezco una bola de fuego.

Nunca acabas de acostumbrarte a la adoración que la gente muestra hacia ti; al principio, de hecho, es bastante incómodo. Hay que ser valiente para recibir este tipo de amor y adoración, para absorberlo, porque significa que tiene que ser recíproco y que debes ganártelo. Sé que ha sido más fácil para Matt que para mí. Él nació destinado a ser comandante en jefe. Se podría decir que este cargo le pertenece porque la bandera de Estados Unidos le corre por las venas, pero también pienso que es parte de su personalidad. Es lo que nos ha ayudado a cambiar y a crecer tanto estos últimos años: saber que somos fenomenales, que podemos hacer cosas increíbles y que, además, nos las merecemos; posee la humildad necesaria para aceptar que nadie es perfecto y que hay que trabajar duro para llevar a cabo todos los cambios; y que este país no está basado en una sola persona, sino en el esfuerzo de muchas. Matt solo es el líder.

No podría estar más orgullosa de él.

Su forma de ser, su sonrisa, su espalda musculosa y fuerte.

Cuando termina el discurso y se da por finalizado el evento, subo las

escaleras hacia el estrado, lo abrazo y susurro:

—¡Felicidades, cariño!

Se me pone el pelo en la cara y, cuando estoy a punto de apartármelo, Matt se adelanta. Ríe mientras el viento nos despeina y también aprovecho para retirarle algunos mechones de la cara.

—Cuatro años más —digo.

—Pasan rápido, ¿verdad?

—Demasiado.

Matt sonrío.

—Allá vamos.

Me toma de la mano y noto cómo sus cálidos dedos se entrelazan con los míos. Su tacto me hace vibrar.

—¿Está lista mi primera dama?

—Cuando tú lo estés.

\*\*\*

Después del *brunch* y del desfile, nos dirigimos a la Casa Blanca para relajarnos y arreglarnos para los eventos de esta noche. Voy a nuestra habitación, me cambio de zapatos y me pongo unos más cómodos. Cuando me dirijo al comedor antiguo, ni mi marido ni mi hijo están ahí.

—Señora Hamilton, creo que Matt Júnior está con su padre.

—¿Dónde?

—En el ala oeste.

Camino hacia allí y saludo a Portia, preocupada por si Matty está metiéndose en un buen lío, pero ella se limita a sonreír y a señalarme la puerta del despacho.

—Los dos están dentro, señora Hamilton. Y Alison está de camino... Oh, aquí está. El presidente quería que os hicierais una foto de familia hoy.

Sonrío, divertida, y entro al Despacho Oval. Y ahí está: el líder del mundo moderno, mirando por la ventana con los brazos cruzados. Se gira, los descruza y apoya las manos sobre la mesa. El hombre más poderoso del mundo me mira fijamente y sonrío.

Cierro la puerta.

—Señor presidente —digo, y curvo los labios ligeramente.

—Señora Hamilton —contesta mientras camina hacia mí.

—Por casualidad no sabrás donde se ha metido un niño bastante travieso y muy guapo, ¿no? No lo encuentro por ningún lado.

Niega con la cabeza mientras sonrío y mira hacia abajo.

Alison entra en el despacho cuando Matt Júnior sale de debajo de la mesa y exclama: «¡Bu!».

—Matt, sal de debajo de la mesa de tu padre —lo riño.

Alison hace más fotos.

—Es que es mi escondite favorito... —contesta Matt Júnior.

—Pondremos una tienda de campaña en tu habitación o en la sala roja... No, espera, en la sala azul. Construiremos el mejor escondite del mundo.

—Pero allí no está papá. No es divertido sin papá.

Matt ríe y pone los ojos en blanco.

—¿Tú también eras como él? —pregunto.

—Ni de lejos —contesta, y me mira fijamente.

Me contempla la boca y me doy cuenta de que estoy mordiéndome el labio. Se acerca a mí y me pasa el pulgar por encima de ellos.

—Tengo ganas de besarte.

Me aparto y lo observo.

—Ya lo estabas haciendo con los ojos —susurro.

—Me da igual, mi boca se ha puesto celosa. —Ríe.

Me acaricia la cara y me besa. Es un beso rápido y casto, pero Matty frunce el ceño y levanta las manos para que lo cojamos en brazos. Matt lo hace y le dice a Alison:

—Haz la foto ahora que está quietecito. —Alison sonrío y toma más fotos —. Jack, ven aquí. —Matt silba y me sorprende cuando lo veo salir de debajo de la mesa también.

—¡Madre mía! —Río, y cuando Jack se sienta delante de nosotros miramos a la cámara.

Matthew esboza una sonrisa y el pequeño Matt lo imita. La expresión de Matt hace que me sonroje, incluso después de tantos años. No, no vivimos en un mundo perfecto, pero, entre todas las cosas malas que pasan, también existen estos momentos, estas personas, estos atisbos en nuestros corazones que muestran a quién amamos y la fuerza de nuestro amor. Por eso me aferro a todas las cosas que me recuerdan lo bueno de la vida, lo que nos ayuda a encontrar el

camino que queremos seguir y al que merecemos ir. Felices. Libres. Y amados.

**Fin**

# Playlist

*Gravity*, de Alex & Sierra  
*Better in Time*, de Leona Lewis  
*Love Me Harder*, de Ariana Grande  
*Reckless Love*, de Bleachers  
*Be Here Now*, de Robert Shirey Kelly  
*Real Love*, de Clean Bandit  
*If I Didn't Have You*, de Thompson Square  
*You and Me*, de Lifehouse  
*Holy War*, de Alicia Keys  
*The Ocean*, de Mike Perry (*feat.* Shy Martin)  
*Dangerously in Love*, de Beyoncé  
*Better Love*, de Hozier

## Queridos lectores

Muchas gracias por leer la serie *La Casa Blanca*. He disfrutado de cada segundo de la historia de Matt y Charlotte y espero que vosotros también. Hay un tercer libro que he estado planeando hace tiempo; es otra novela, con personajes nuevos, pero en el mismo mundo, y está situada durante la segunda presidencia de Matt. Espero contaros más cosas sobre ella tan pronto como pueda. De momento estoy trabajando en otra historia, que me muero de ganas de compartir con vosotros muy pronto.

Muchas gracias por vuestro apoyo y entusiasmo por mis libros.

Besos y abrazos,

Katy

## Agradecimientos

Amy, como siempre, gracias por todo lo que haces por mí. La serie *La Casa Blanca* también te pertenece a ti ¡y me alegra compartirla con nuestros lectores! Gracias por creer en mí y en ellos, y gracias al maravilloso equipo de Jane Rotrosen Agency. Me siento muy agradecida por todo vuestro trabajo.

Tampoco podría haber hecho esto sin el amor y el apoyo de mi familia y de muchas otras personas que han contribuido a mis libros. Muchísimas gracias a mi editora, Kelli Collins; a Sue Rohan, por su experiencia; a mis correctoras, Lisa y Anita; y a mis lectoras beta, Nina, Angie, Kim J., Kim K. y Mónica.

A Nina, Jenn y a todo el equipo de Social Butterfly PR, por ser mujeres fabulosas y fenomenales. Gracias por estar igual de entusiasmadas que yo con mis libros y por todo lo que hacéis por mí.

A Melissa, gracias por todo.

Y a Gel, por tu ayuda.

Gracias a mis editoriales extranjeras, por traducir mis historias para que se lean en todo el mundo.

A Shannon, de SanoffFormats, y al diseñador de la cubierta, James, de Bookfly Covers. ¡Habéis hecho un trabajo genial!

A los blogueros, muchas gracias por vuestro apoyo y entusiasmo al leer mis obras. Siempre me alegráis el día cuando elegís compartir, promocionar o reseñar mis libros de entre todas las demás historias. ¡Muchas gracias!

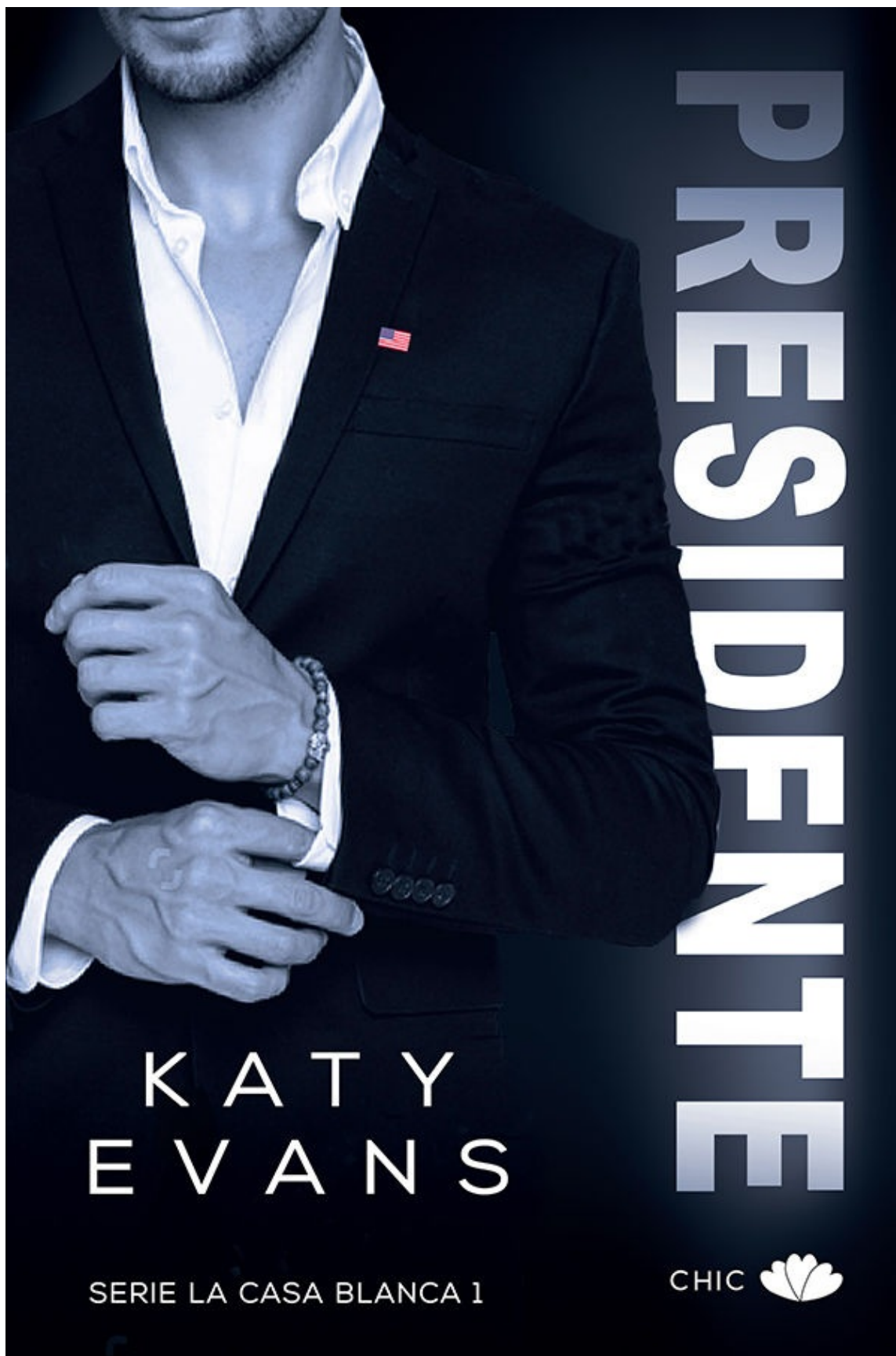
Y a mis lectores. Os tengo en mente siempre que escribo. Cuando llego a una parte que me hace sonreír (o que me provoca otras cosillas) pienso: «Me pregunto si sentirán lo mismo que yo cuando lo lean». Mi objetivo es que siempre sea así, y estoy muy agradecida de que me hayáis dejado entrar en vuestras vidas.



Gracias por todo vuestro apoyo y cariño. Gracias a todos los que habéis leído y compartido este libro.

Katy

**Descubre el principio de esta historia**



# PRESIDENTE

KATY  
EVANS

SERIE LA CASA BLANCA 1

CHIC 

## Sobre la autora



Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy *sexy*, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y por supuesto, escribir. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas y es una de las autoras de referencia en el género de la novela romántica y erótica.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que  
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE  
QUE  
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

# El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros." "Totally Booked Blog"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli  
*Por favor,*  
déjame  
**odiarte**





# Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna  
9788416223473  
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

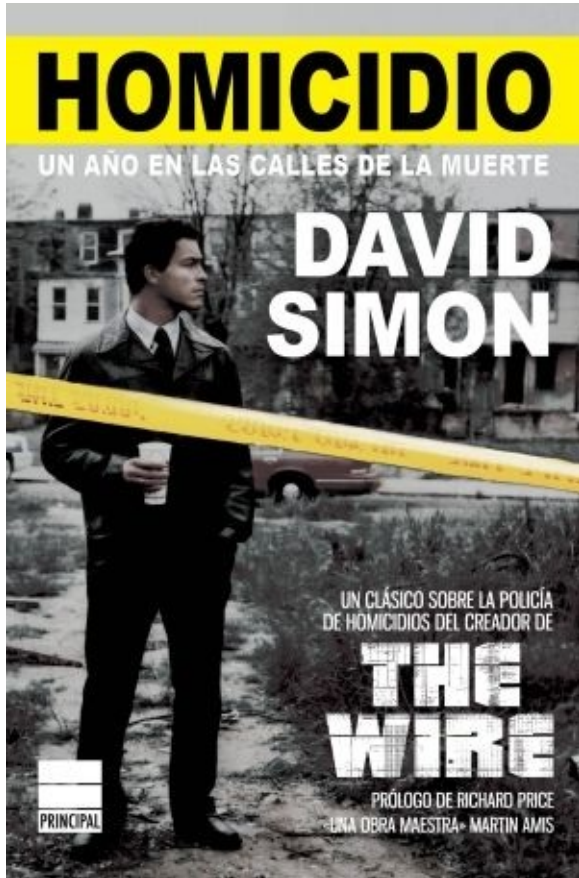
## DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA  
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

### THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE  
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



# Homicidio

Simon, David  
9788416223480  
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL  
de los LIBROS

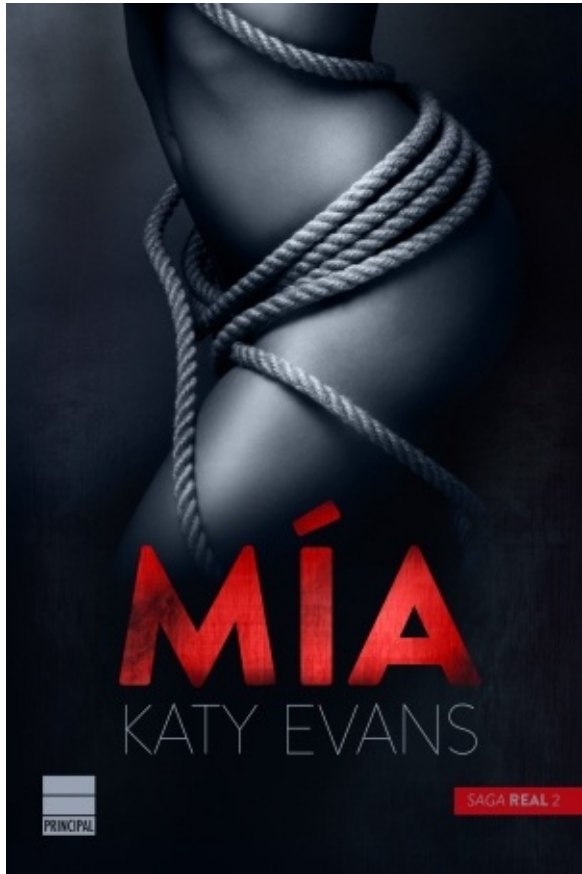
# Real (Saga Real 1)

Evans, Katy  
9788494223488  
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



## Mía (Saga Real 2)

Evans, Katy  
9788416223510  
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Es MÍA, y yo soy suyo. Nuestro amor es ardiente, poderoso, imperfecto y REAL... El implacable boxeador Remington Tate, conocido como «Depredador», ha encontrado por fin un rival a su altura. La mujer que contrataron para mantenerlo en perfecta condición física, Brooke Dumas, ha despertado en él un deseo primario y abrasador. La necesita físicamente, como el aire que respira, y ahora ha descubierto que no puede vivir sin ella. Brooke nunca imaginó que acabaría con un hombre cuyo cuerpo es el sueño de cualquier mujer. Pero no todos los sueños tienen un final feliz, y justo cuando más se necesitan el uno al otro, ella tiene que apartarse de su lado. Ahora Brooke se verá obligada a volver a luchar por el hombre al que ama.

[Cómpralo y empieza a leer](#)